RUTH DRUART
LAS ÚLTIMAS HORAS EN PARÍS
La guerra los unió.
La liberación los separó.
SUMA

Ruth Druart

# Las últimas horas en París

Traducción de Isabel Murillo

*Para Sandra y Michael, mis padres.*
*Gracias por dejarme trepar a todos los árboles que quise.*
*Y por estar siempre listos para pillarme al vuelo si caía*

Amar o haber amado, con eso basta. No pidáis más. No hay otra perla que buscar en los oscuros pliegues de la vida.

*Los miserables*, VICTOR HUGO

# Prólogo

—Ni siquiera te miré la primera vez que te vi.

—Lo único que viste fue el uniforme.

—Sí, y me asustó.

—Bueno, yo tampoco es que te mirase mucho.

Ella le pellizcó suavemente la mejilla.

—¿Lo dices en serio?

—Sabía que no querías que te mirasen, y mucho menos alguien como yo, pero me fijé en ti. —Jugó con los dedos de ella—. Me pareciste intrigante.

—Continúa —dijo ella animándolo.

Le conmovió que quisiese oírlo hablar sobre ella.

—Y desafiante —prosiguió—. Valiente. Sabía que esos policías te daban miedo, pero no te acobardaste ante ellos. —Le soltó la mano—. Me pareció admirable. —Le acarició el cabello—. Aunque me di cuenta de que podías acabar teniendo problemas.

—¿Y pensaste que me salvarías?

—No. —La miró—. Supe que serías tú quien me salvaría a mí.

# Primera parte

## 1963

# 1

*Bretaña, mayo de 1963*

## Élise

Contemplo el mar desde la ventana en saledizo: las olas chocan contra las rocas de color pizarra y la espuma blanca rebota contra sus bordes irregulares. La abro por impulso y dejo entrar los gritos de las gaviotas y el incansable murmullo de la marea. Un par de palomas se balancean sobre un cable telefónico. Inclinan la cabeza hacia mí y me miran con curiosidad.

—Élise. —*Monsieur* Beaufort entra en la estancia y su voz me traspasa—. ¿Has terminado? ¿Quieres que te lleve hasta la estación?

—Gracias.

Cierro la ventana, sacudo el polvo del alfeizar y me vuelvo hacia él esbozando una sonrisa educada. Me quito la bata de trabajo y lo sigo escaleras abajo. Cuelgo la bata detrás de la puerta de la cocina y nos dirigimos al camino de acceso a la casa.

Me abre la puerta del coche.

—*Merci, monsieur*.

Es un caballero, lo cual es de agradecer. Me hace sentir más una persona que su ama de llaves.

—¿Tienes algún plan para el fin de semana? —me pregunta mientras circulamos por las carreteras flanqueadas por árboles que conducen hasta la estación de Saint-Brieuc.

—Nada especial. Comer en casa con mi hermana y luego dar un paseo por la playa, imagino.

—¿Qué tal está Joséphine?

Me llega al corazón que recuerde su nombre.

—Bien, gracias. Acaba el *baccalauréat* el mes que viene. Quiere ir a la universidad. —Oigo el orgullo en mi voz y me contengo antes de comentarle lo inteligente que es—. El mes pasado cumplió los

dieciocho.

—¿Ya? No era más que un bebé cuando empezaste a trabajar para nosotros.

—Sí.

Me recuesto en el asiento y me pregunto si este capítulo de mi vida estará acabado. He alcanzado el objetivo que me propuse. Joséphine ha llegado sin problemas a la edad adulta y pronto le contaré la verdad. Las mentiras que construí alrededor de su infancia han ido creciendo como las rejas invisibles de una cárcel, reteniéndome, atrapándome. Sé que solo la verdad conseguirá liberarme. Pero, por otro lado, me aterra.

El resto del recorrido transcurre en silencio y me siento aliviada cuando llegamos a la estación. El tren ya está allí. Le doy las gracias a *monsieur* Beaufort y echo a correr hacia el andén, donde subo a un vagón vacío y me instalo en el viejo asiento de terciopelo. Pienso que podría salir a dar un paseo con Joséphine esta tarde, aunque no quiero distraerla de sus estudios, la verdad. En cuanto haya terminado los exámenes, tendremos más tiempo para hablar. Para hablar de verdad. Veo que está preparada para desplegar las alas y emprender el vuelo, pero no puedo dejarla marchar hasta que le haya contado todo lo que necesita saber.

Cuando el tren llega a Lannion, me apeo y salgo de la estación a la calle. El viejo Renault 4CV verde de Soizic está aparcado en el mismo lugar de cada sábado cuando viene a buscarme.

—*Bonjour*, Soizic —digo abriendo la puerta del lado del acompañante. Entro y le doy un beso en cada mejilla—. ¿Qué tal va todo?

—Joséphine no llegará a casa hasta tarde —dice a modo de respuesta.

Se me cae el alma a los pies, pero me recupero antes de replicar.

—¿Ha ido a comer a casa de algún amigo?

—Sí, a casa de Hervé.

Introduce la llave en el contacto y nos ponemos en marcha. La miro de reojo.

—Últimamente parece que pasa mucho tiempo con él.

—Está muy bien que tenga novio. Pero no te preocupes, he hablado con ella sobre chicos y… —Se interrumpe, dejando en el aire la insinuación.

—Hablaré también con ella —digo en un intento de reafirmar mi posición como madre de Joséphine, algo que llevo haciendo desde que nació.

Soizic, concentrada en la carretera, arquea una ceja. Vuelvo la cabeza y miro por la ventanilla. El mar ha abandonado a los veleros de Baie de Sainte-Anne, que esperan la llegada de la siguiente marea tumbados de costado. El agua ha barrido a su paso todo aquello que no está anclado o clavado en la arena. A veces, me gustaría poder barrer el pasado de la misma manera, dejando que las olas lo arrastraran hasta el océano, muy lejos, donde nunca pudiera encontrarse. Pero el pasado forma parte de lo que somos y ha llegado el momento de enfrentarme a él. Ha llegado el momento de que Joséphine lo conozca.

—Tengo la comida preparada. —Soizic me mira de reojo—. Sopa de cebolla. Y hay una *baguette* recién hecha.

—*Merci.*

Con el tiempo, he llegado a entender que esta es la manera que tiene Soizic de demostrar su cariño. Porque siente cariño. A pesar de sus comentarios mordaces y su frialdad, sé que quiere mucho a Joséphine, e incluso a mí. Tal vez no tengamos la misma sangre, pero Soizic se ha convertido en parte de nuestra pequeña familia. No sé muy bien si desempeña el papel de madre, de abuela o de padre. A veces, tengo la impresión de que los tres.

Trazamos la última curva y nos paramos delante de la vieja casita de piedra que es mi hogar desde que me marché de París. El olor a ajo y cebolla me recibe nada más entrar y, de pronto, estoy hambrienta. Soizic sirve la sopa con cucharón; el queso fundido asoma entre los picatostes y los carnosos aros de cebolla. Antes de coger la cuchara, se santigua.

—Señor, te damos gracias por esta comida.

—Amén —murmuro.

Comemos sumidas en un silencio cómodo, nacido de los muchos

años que hace que nos conocemos. Soizic nunca ha sido mujer de conversaciones intrascendentes y estoy acostumbrada a su forma de ser. «Taciturna» es la palabra, aunque tiene sus razones. Justo estamos acabando la sopa cuando Joséphine irrumpe en la cocina, con la emoción reflejada en sus brillantes ojos azules.

—¿Sabes qué, mamá?

Ni siquiera dice «hola».

Me alegro de verla tan feliz y me levanto para darle un beso.

—*Bonjour*, Joséphine.

Luego, le tiendo la mano a Hervé, que ha llegado con ella. El muchacho se ruboriza levemente, pero me estrecha la mano con firmeza. Parece un buen chico.

—¿Sabes qué? —repite Joséphine. Mira a Hervé y luego dirige la vista a mí de nuevo—. Hay un viaje escolar a Inglaterra.

Joséphine adora el inglés y sueña con viajar a Inglaterra desde que los Beatles sacaron su primer álbum el mes pasado. A veces, la oigo cantar sus canciones, *Love Me Do*, *Please Please Me*. Miro a mi hija, cuyo rostro rebosa de juventud y emoción, y, con una punzada de nostalgia, pienso en su padre. Tiene su misma *joie de vivre*, sus mismas ganas de vivir, su anhelo por probarlo todo. Y me duele saber que va a llevarse una decepción.

—Lo siento, Joséphine —digo—, pero no podemos permitírnoslo.

Sus ojos se oscurecen y esboza un mohín, haciendo que sus hoyuelos desaparezcan.

—Ni siquiera sabes cuánto cuesta. Y aún me queda parte del dinero de mi cumpleaños.

—Ya lo sé. —Le aprieto la mano—. Pero no nos sobra para estas cosas.

Exhala un suspiro larguísimo y notó cómo su cuerpo entero se desinfla. Hervé se muerde los labios y aparta la vista, incómodo. Los asuntos monetarios no se discuten fuera del entorno familiar.

—Ni siquiera tienes pasaporte —añade Soizic.

La palabra «pasaporte» me acelera las pulsaciones. Joséphine tiene que esperar un poco más, hasta después de los exámenes, hasta que nos dé tiempo a hablarlo todo con calma y diplomacia.

—¡Seguro que puedo sacármelo! —Joséphine levanta la voz y percibo su exasperación. En vez de ayudarla a cumplir sus sueños, estamos poniéndole trabas, siendo un lastre.

Me vuelvo hacia Hervé.

—¿Y tú, vas a ir?

—Tengo que preguntárselo a mis padres. —Mira a Joséphine—. A lo mejor pueden prestarte el dinero.

—¡No! ¡Faltaría más, Hervé, de ninguna manera! —La oferta me pilla totalmente por sorpresa. Tampoco es el momento ni el lugar para hacerla—. Habrá muchas oportunidades más. —Me vuelvo entonces hacia Joséphine para dar por terminada la discusión—. De todos modos, eres demasiado joven para emprender un viaje así —digo, e intento esbozar una sonrisa con la que hacer las paces.

—Mamá, ya no soy una niña. —Joséphine rechaza mi sonrisa—. Estoy segura de que podría conseguir el dinero necesario. —Mira a Soizic y luego vuelve a mirarme a mí—. Lo que pasa es que no quieres que vaya, ¿no es eso? Si ni siquiera me dejarías ir a París. Quieres que me quede toda la vida aquí, muerta de asco en Bretaña.

—¡No, eso no es verdad! —El arrebato de Joséphine me toma por sorpresa—. Ya sé que no eres una niña.

—Entonces, ¿por qué sigues tratándome como si lo fuera?

—¡Joséphine! —La mirada de Soizic es dura como una piedra—. Ya basta.

Joséphine suspira exageradamente.

—No pienso quedarme toda la vida aquí, que lo sepáis.

—He dicho que basta. —Soizic se levanta y se cruza de brazos para reafirmar su postura.

La casa es de ella y vivimos bajo sus reglas. No gritamos y no nos peleamos. Me encojo por dentro y el dolor que siento por mi hija me asciende por el pecho. En realidad, esta discusión no tiene nada que ver con el dinero.

Joséphine se levanta.

—No me importa no ir de viaje. Lo único que quiero es marcharme de esta casa y de Trégastel. Es tan… pequeño. Y la gente es…

Se vuelve hacia Hervé, que la mira como si en este momento

quisiera estar en cualquier lugar del mundo excepto en este. Joséphine le coge la mano y tira de él hacia la puerta.

# 2

*Bretaña, mayo de 1963*

## Joséphine

—Pues yo tampoco iré.

Hervé rodea con el brazo a Joséphine mientras recorren el camino de la costa en dirección a su casa.

Joséphine se para en seco y se vuelve para mirarlo.

—El viaje me da igual, pero estoy harta de que ni siquiera se pueda hablar del tema. Estoy segura de que encontraría la manera de conseguir el dinero. Tengo algo ahorrado, aunque lo que sucede es que mi madre no quiere que vaya. Nunca quiere que haga nada. Todo le da miedo. ¡Le da miedo la vida! —Hace una pausa para coger aire —. Ni siquiera me deja salir los sábados por la noche.

—Recuerda que la noche del sábado es la única que pasa en casa.

—¿Tú de qué lado estás?

«¿Por qué es incapaz de ver lo controladora que llega a ser mi madre?», piensa Joséphine.

—Me sabe mal por ella.

Joséphine mira a Hervé entrecerrando los ojos.

—¿Qué?

—No tiene mucho dinero, ¿no? Y está completamente sola.

—Tiene a Soizic. Y, de todos modos, es culpa suya: nunca ha querido salir con nadie. Ha tenido pretendientes, pero ninguno le ha parecido nunca lo bastante bueno.

Echa a andar de nuevo y se agita al pensar que su madre ni siquiera quiere hablarle de su padre, Frédéric, que falleció de un disparo durante la liberación de París. Siempre que saca el tema a relucir, su madre adopta una expresión recelosa y mira hacia otro lado, como si se perdiera en su universo secreto.

—Podría prestarte algo de dinero —dice Hervé—. Yo también

necesito el pasaporte. Podríamos ir a hacérnoslo juntos.

—¿Qué papeles se necesitan?

—No tengo ni idea. —Le coge la mano y la balancea—. La partida de nacimiento, imagino.

—Jamás he visto la mía.

—Todo el mundo la tiene. Pregúntale a tu madre. Si no, se puede pedir una copia en el ayuntamiento.

Hervé parece saber mucho más de todo que ella, lo cual a Joséphine le fastidia un poco.

—Me vuelvo a casa. Quiero buscar mi partida de nacimiento.

—¿Ahora?

—Sí. Pienso demostrarle que no soy una niña; me haré el pasaporte yo sola.

Le da a Hervé un beso rápido en la mejilla y regresa corriendo a casa, pensando que seguramente Soizic y su madre estarán en el campo, recogiendo las vacas para la noche. Joséphine sabe que podría limitarse a pedirle a su madre la partida de nacimiento, claro está, pero no le apetece volver a discutir. Y se imagina dónde encontrarla: en la pequeña maleta que su madre tiene debajo de la cama, donde guarda fotos y papeles antiguos. No es que le haya prohibido expresamente mirar su contenido, sino que se trata más bien de una de esas reglas no escritas: no hay que fisgonear en los objetos personales de los demás.

Está de suerte: no hay nadie en casa. Entra por la puerta de la cocina y sube las escaleras de dos en dos para ir a la única estancia de la planta de arriba, la habitación de su madre. Una cama sencilla de madera de roble con sólidos cantos redondeados ocupa la parte central. Joséphine se agacha, busca debajo de la cama y saca una maleta vieja y maltrecha. La recordaba más grande y lujosa, pero en realidad no es más que una maletita de cartón grueso forrada con papel de cuadros escoceses en tonos grises. Presiona el pasador oxidado que la mantiene cerrada, pero entonces duda y le viene a la mente la historia de la caja de Pandora. Se queda durante un instante sin hacer nada, con un dedo en el cierre. Huele a lavanda, un aroma dulce y familiar que le trae recuerdos de los domingos por la mañana,

cuando se acurrucaba en la cama junto a su madre mientras Soizic trajinaba abajo, por la cocina.

Ya estaba divagando, como siempre. Por instinto, tira del cierre y abre la maleta. En el interior, hay papeles, cartas y fotografías en blanco y negro. Joséphine las mira por encima, decidida a encontrar su partida de nacimiento, pero la curiosidad la supera y no puede evitar coger las fotos. Su madre de pequeña, sentada entre sus padres, con una sonrisa tímida en los labios; su madre con un vestido largo precioso, de la mano de un hombre. ¿Por qué nunca se las habrá enseñado? Le ha pedido mil veces ver a Frédéric, su padre, pero ella siempre se ha mostrado evasiva, diciéndole que por aquel entonces la gente no se hacía fotos. ¿Quién es entonces este hombre? A lo mejor es un amante, no su padre. Le da la vuelta. El corazón le da un vuelco al ver tres palabras escritas: «Frédéric, febrero 1939». Debe de ser su padre. Pero ¿por qué su madre no le habrá enseñado nunca esta foto?

Coge un libro de poesía de Victor Hugo y se pregunta por qué su madre tendrá un libro escondido. Lo abre por la primera página y descubre una dedicatoria manuscrita:

> Amor mío, Lise,
> mi vida empezó contigo.
> Para siempre tuyo,
> S

¿«S»? «S» no tiene nada que ver con la «F» de «Frédéric». ¿Quién será «S»? ¿Y por qué no habrá escrito el tal «S» su nombre entero? Encuentra cartas antiguas, pero resiste la tentación de leerlas. Lo que está buscando es su partida de nacimiento y no puede permitirse distracciones.

Una carta de aspecto oficial capta de pronto su interés. Es tan breve que la ha leído antes incluso de darse cuenta de ello.

> Sentimos informarle de que Frédéric Dumarché perdió la vida llevando a cabo el leal deber de defender la patria.

Un detalle del encabezamiento le llama la atención. La fecha: mayo de 1940. ¡Cinco años antes de que naciera ella! ¿Cómo es posible? Vuelve a leerla. Tiene que tratarse de otro Frédéric.

El crujido de la puerta de la cocina al abrirse la lleva a meterlo todo de nuevo en la maleta. La cierra rápidamente y la empuja debajo de la cama. Se alisa el vestido e intenta respirar con calma antes de bajar.

—¿Qué hacías en la habitación de tu madre? —dice Soizic. Está a los pies de la escalera con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Dónde está ella? —Joséphine responde con una pregunta.

—Te he preguntado qué estabas haciendo. —El tono de Soizic es frío.

—Necesito mi partida de nacimiento —replica. Tiene todo el derecho del mundo a tenerla, ¿por qué se siente entonces como si estuviera pidiendo algo que no debería?

Soizic se queda blanca.

—¿Y qué quieres hacer con eso?

—Sacarme el pasaporte.

Soizic suelta un largo suspiro.

—No necesitas aún ningún pasaporte. Espera a terminar los exámenes.

—¿Los exámenes? ¿Qué tienen que ver mis exámenes con esto?

—Tienen que ver con que es en lo que deberías concentrar ahora todos tus esfuerzos. —Da media vuelta chasqueando la lengua—. Y no en viajes al extranjero y novios. Te estás distrayendo demasiado.

—Es igual. —Joséphine intenta hablar con tono despreocupado—. Hervé dice que puedo pedir una copia de la partida en el ayuntamiento.

—No. No. —Soizic la mira a los ojos—. No es necesario, seguro que la encontraremos, pero danos un poco de tiempo. —Suspira—. Los jóvenes, siempre tan impacientes.

Este último comentario le parece especialmente injusto a Joséphine. Siempre ha sido muy paciente, jamás ha presionado ni a su madre ni a Soizic para que le hablaran sobre el pasado, sobre la guerra, porque ha visto que les provoca un gran malestar.

—¿Sabes quién era Frédéric Dumarché? —pregunta Joséphine.

Soizic cierra los ojos un segundo y, a continuación, niega con la cabeza.

—¡No deberías andar fisgando en las cosas de tu madre! Removiendo el pasado. No hace ningún bien a nadie. —Duda un momento—. Deberías saberlo de sobra.

Joséphine baja la vista, avergonzada, sintiéndose tremendamente culpable por obligar a Soizic a recordar ciertas cosas. Porque sabe lo que le pasó a su hija. Lo sabe todo el mundo, pero nadie habla de ello.

El sonido de la puerta al abrirse rompe la tensión y la madre de Joséphine entra en casa.

—Hace frío esta noche. —Se quita el abrigo—. Seguro que cambia el tiempo.

No parece haberse percatado del ambiente reinante y pasa a la cocina. Acerca la mano a la mejilla de Joséphine, que se estremece al sentir su piel helada.

# 3

*Bretaña, mayo de 1963*

## Élise

Si no conociera bien a mi hija, pensaría que está de mal humor, pero ella no es así. Le gusta pensar, y en estos momentos está pensando en ese viaje a Inglaterra. Es casi como si estuviera oyendo los engranajes de su cabeza funcionando a toda máquina, urdiendo un plan.

—Siento mucho lo de ese viaje escolar, Joséphine. —Intento buscar la manera de llegar a ella cuando nos sentamos a cenar—. Para compensarlo, podrías ir a París después de los exámenes. Podrías alojarte en casa de tu tía Isabelle; seguro que le encantaría acogerte y enseñarte la ciudad.

Joséphine se encoge de hombros.

—Bueno.

—¿No te gustaría ir a París?

—Supongo.

Soizic reparte en silencio las patatas hervidas.

—Ya llegará el día en que puedas ir a Inglaterra. —Intento relajar el ambiente—. Tienes toda la vida por delante.

Soizic levanta la tapa de la cazuela e inspiro el intenso y rico aroma del estofado de buey a la *bourguignon*. Sirve los platos y después se santigua.

—Señor, bendice los alimentos que vamos a comer.

Joséphine y yo murmuramos:

—Amén.

Aunque la comida consiste básicamente en zanahorias y apio, y a pesar de que contiene los cortes de carne más baratos, es muy sabrosa y el buey está tan tierno que se desprende del tenedor. Pero Joséphine solo picotea un poco y juega con la patata en el plato, partiéndola en dos.

—¿Te gusta la poesía? —dice sin venir a cuento con mirada inquisitiva.

La pregunta me sorprende.

—La verdad es que no mucho. ¿Por qué?

Soizic se queda paralizada, con el tenedor a medio camino de la boca, y me mira.

—Porque pienso que me gustaría leer algo. —Joséphine arrastra un trozo de pan por la salsa—. ¿Tienes algún libro de poesía?

—¿Yo? —Miro a Soizic. Entre las dos, solo tenemos una docena de libros y Joséphine los ha leído todos. Pero entonces me acuerdo: el libro que guardo en la maleta arriba. Espero que Joséphine no haya estado revolviendo mis cosas. Nunca haría eso, ¿verdad?—. No —respondo con cautela—. Creo que no.

Joséphine deja caer el pan en la salsa.

—Pues es una lástima.

Pincha un trozo de carne con el tenedor, se lo lleva a la boca y mastica lentamente sin dejar de mirarme.

Y entonces estoy segura. Estoy segura de que ha estado hurgando en mi maleta, la maleta de los recuerdos. Ha visto el libro de poesía que Sébastian me regaló y sus mensajes, aunque nunca firmó con su nombre, así que no puede saber de quién se trata. En la maleta no hay nada peligroso. En realidad, no.

—Hace tiempo, me regalaron un libro de poemas. —Intento sonreír —. Y leí algunos.

—¿Quién? —La pregunta es corta y directa.

—Una persona que conocí.

Joséphine suspira, coge el pan empapado y se lo lleva a la boca. Soy consciente de que mis respuestas no son suficientes y deseo contarle más cosas, contárselo todo. Pero no ahora, no de esta manera. No es el momento adecuado.

—Creo que en París te lo pasarías muy bien —dice Soizic de pronto con un tono agudo y falsamente alegre.

—Y tendrías la oportunidad de conocer a tu tía Isabelle. —Sonrío, pero tengo la sensación de que mi cara se ha desencajado.

—Y a mis abuelos; no los conozco apenas. No he visto nunca a mi

abuelo, ¿sigue vivo?

—Sí, sigue vivo. —Intento que no me tiemble la voz—. Pero nunca volvió a ser el mismo después de la guerra.

La guerra: el tema prohibido en esta casa. Miro de reojo a Soizic, preocupada por ella ahora que empezamos a adentrarnos en arenas movedizas.

—¿Y no quieres verlo? —dice Joséphine presionando—. No creo que dure mucho tiempo más.

—Es él quien no quiere verme. Ya te lo he contado.

—¿Porque no estabas casada cuando me tuviste? —Joséphine se rasca la nariz—. No fue culpa tuya que mataran a mi padre.

Noto que mis mejillas se encienden. Jamás debería haberle dicho eso. Habrá muchísimas cosas que corregir. Intento engullir entero el trozo de zanahoria que tengo en la boca, pero me atraganto. Toso y me llevo la mano al cuello. Vuelvo a toser y se me llenan los ojos de lágrimas. Soizic se levanta y me da un golpe seco en la espalda. Intento dejar de toser, cojo el vaso de agua y bebo un buen sorbo.

Joséphine me mira como si estuviera viéndome por primera vez. Me siento totalmente expuesta. Lo sabe. Sabe que todo han sido un montón de mentiras.

# 4

*Bretaña, mayo de 1963*

## Joséphine

Es domingo por la noche, su madre se ha marchado ya a Saint-Brieuc y Joséphine está intentando dormirse cuando le viene a la cabeza. Un recuerdo de infancia de su madre guardando una carpeta detrás de unos platos que nunca utilizan, pretendiendo disimularla con el fondo del armario. La dejó con aire de secretismo, como si nunca más fuese a sacarla de allí. Incluso siendo una niña, Joséphine intuyó su importancia. De pronto, sabe con seguridad que la carpeta contiene su partida de nacimiento.

Joséphine se queda dormida con esa imagen, pero es de esas que no desaparecen con el sueño y, a la mañana siguiente, se despierta temprano con inquietud. Se levanta rápidamente y va directa al armario de la cocina donde guardan los platos que no utilizan. Observa con atención detrás de la vajilla antigua. En el fondo del armario, hay una carpeta de color verde claro.

Se apresura a sacarla y la abre. Estudia el contenido y extrae el primer papel. Su nombre aparece en la parte superior.

Joséphine Chevalier
Élise Chevalier
Sébastien Chevalier

**Nombre**:
**Nombre de la madre**:
**Nombre del padre**:

Se le cae el papel de la mano. Un estremecimiento le recorre la espalda y, de pronto, siente frío. El tiempo se mueve en un plano distinto, hacia atrás, hacia delante, pero no aquí, no donde está en estos momentos. Ha perdido la noción de dónde se encuentra. Cierra los ojos con fuerza e intenta centrarse. ¿Qué significa esto? «Nombre del padre: Sébastian Kleinhaus». Es imposible. Su padre era un francés

llamado Frédéric. ¿Tendría otro nombre?

Otro recuerdo. Algo que en su día no tenía ningún sentido, pero las palabras resuenan ahora con claridad en sus oídos, como si llevaran años esperando a que llegara este momento, esperando a que ella comprendiera su significado.

Era un domingo por la mañana y salían de la iglesia. Ella tendría unos ochos años. «¿Qué diferencia hay entre un *boche* y una golondrina?», le preguntó un niño algo mayor. Se encogió de hombros, puesto que por aquel entonces no sabía lo que era un *boche*, solo que era algo malo. «Pues que, si una golondrina tiene un bebé en Francia, cuando migra se lo lleva, pero un *boche* siempre lo deja aquí». Lo dijo con odio y Joséphine siempre ha recordado aquellas palabras, sin entender muy bien qué tendrían que ver con ella.

Sébastian Kleinhaus. ¡Un alemán! ¡Un *boche*! De pronto, Joséphine entiende los silencios que rodean el tema de su padre. Su madre se vio obligada a huir a Trégastel para tener a su bebé *boche*, a un lugar donde nadie sabía nada de ella. Todo ello explica por qué no la ha llevado nunca a París; por qué, en toda su vida, solo ha visto a su abuela y a su tía Isabelle en cuatro ocasiones; por qué ni siquiera conoce a su abuelo, el hombre que fue enviado a un campo de trabajo en Alemania durante la ocupación y regresó con el corazón lleno de odio hacia cualquier cosa que fuera alemana.

Es una bastarda *boche*.

Su madre lleva toda la vida mintiéndole. ¿Quién más lo sabe? ¿Lo sabe Soizic?

Seguramente no; nunca la habría aceptado en su casa de haberlo sabido. Su madre debe de haberle mentido también a ella. *La honte*, la vergüenza de haber dormido con el enemigo.

—*Putain!* —murmura Joséphine —. ¡Mi madre es una mentirosa!

El sonido de pasos la paraliza. Se le encogen los pulmones; el aire que la envuelve es demasiado escaso para llenarlos. Intenta respirar y se lleva la mano al esternón. Y, entonces, con la partida de nacimiento en la otra mano, se vuelve y se enfrenta a Soizic.

Soizic está blanca como la pared y tiene los ojos muy abiertos; la mira asustada. Lo sabe. Siempre lo ha sabido.

—¿Por qué no me lo dijiste? —La voz de Joséphine tiembla. Sus ojos se llenan de lágrimas, pero no piensa llorar; parpadea para ahuyentarlas—. ¡Tenía derecho a saberlo!

Soizic se ha quedado muy quieta. Mueve los labios para decir algo, aunque no le salen las palabras.

—¿Sabías que mi padre era un *boche*?

—¡No digas esa palabra! —Soizic se sujeta al aparador con una mano temblorosa; su cara sigue sin color. Por primera vez, aparenta los setenta y siete años que tiene—. No deberías meterte en los asuntos de los demás.

—¡Los asuntos de los demás! —La sensación de injusticia embarga a Joséphine—. ¡Es mi partida de nacimiento!

—Dártela depende de tu madre. ¡No puedes ir tranquilamente y cogerla!

—¿Lo sabías? ¿Y nunca me dijiste nada?

El dolor del engaño de Soizic es como una puñalada. Las dos personas que la han criado, querido y cuidado le han escondido este vergonzoso secreto, como si no fuera alguien a quien poder confiárselo, como si no estuviera capacitada para saber quién era su padre.

—Sí. —La voz de Soizic suena firme—. Sí, lo sabía.

—¿Por qué? —La confusión se apodera de Joséphine—. ¿Por qué la aceptaste en tu casa? —Sin esperar la respuesta, formula otra pregunta —. ¿La violó? —Por alguna razón, sabe que no fue así, pero tiene que preguntarlo de todos modos—. ¿Lo hizo? —insiste.

Soizic niega con energía con la cabeza.

—¡No! ¡No! —Se suelta la garganta, donde tiene una marca roja por la presión que ha ejercido con la mano, e intenta tocar a Joséphine—. Lo siento mucho. Tu madre quería contártelo, pero no dejé que lo hiciera.

Joséphine retrocede y se pega a la pared, intentando alejarse todo lo posible de Soizic. Pero quiere saber. Quiere saber lo malo que era su padre.

«Su padre». Las lágrimas no derramadas le escuecen en los ojos. Intenta pestañear de nuevo, pero tienen su origen en un lugar tan

profundo que ya no puede contenerlas más.

—Joséphine, *mon coeur*.

Soizic da un paso hacia ella. Intenta abrazarla y Joséphine casi se lo permite, pero no quiere su consuelo. Se aparta y se seca con torpeza las lágrimas con el dorso de la mano.

—Dime quién era. Qué hizo.

Tiene que saberlo. Tiene que saber si su padre era un monstruo.

—No lo sé. No lo sé, Joséphine. Nunca dejé que tu madre me hablara de él.

# 5

*Bretaña, mayo de 1963*

## Joséphine

En vez de ir a la escuela, Joséphine se acerca a la cabina telefónica que hay en el pueblo. Quiere irse de Trégastel antes de que su madre llegue el siguiente fin de semana. Quiere averiguar personalmente la verdad.

Antes, ha de llamar a información para que le den el número de su tía. En cuanto lo consigue, lo marca e Isabelle le responde con voz adormilada.

—Lo siento —dice Joséphine—. ¿Te he despertado?

—Joséphine, ¿eres tú? ¿Va todo bien?

—Sí, todo va bien. —No sabe cómo pedírselo—. Es solo que…, bueno, es que me preguntaba si podría ir a tu casa a pasar unos días —dice, y se estremece al percatarse de su atrevimiento.

—¿Ahora? ¿Quieres venir ahora? —La sorpresa de Isabelle resuena por la línea—. ¿Y el colegio?

—En estos momentos solo hay clases de repaso.

—Me sorprendes de verdad.

A Joséphine se le encoge el corazón. Seguro que su tía le dice que no. Pero, de pronto, su tono de voz suena más alegre.

—Sería estupendo. ¿Cuándo quieres venir?

—¿Mañana? —sugiere vacilante, porque en realidad le gustaría marcharse ahora mismo.

—¡Mañana! —La línea se queda en silencio. Pero finalmente Isabelle vuelve a hablar—. ¡Sí! ¿Por qué no? —Baja la voz—. ¿Qué tal sigue tu madre? ¿Está bien?

—Sí. —Joséphine responde con una mentirijilla—. Te llamaré en cuanto tenga el billete para decirte a qué hora llego.

—Espera. Creo que tengo un horario de trenes por aquí.

Joséphine introduce otro franco en la ranura.

—Hay uno a las ocho y media de la mañana. ¿Crees que podrías coger ese?

—¡Sí!

Una oleada de emoción le recorre el cuerpo a Joséphine cuando ve que su idea impulsiva se está haciendo realidad.

Le gustaría ver a Hervé y contárselo todo, pero no le apetece ir a la escuela y se pasa el resto de la mañana paseando por la playa, intentando comprender por qué lo que acaba de descubrir ha dado un giro a su vida, por qué se siente tan desnuda, tan vulnerable. Vuelve a casa a la hora de comer y le comunica a Soizic que se marcha a París.

—Pero ¿y tu madre? Se enfadará mucho. ¡No puedes marcharte así!

—Necesito averiguar qué pasó. Tengo dieciocho años y el dinero suficiente para pagarme el billete. —Inspira hondo—. No puedes impedir que vaya.

—¿Y la escuela? ¿Y los exámenes?

—Me llevaré los libros. —Joséphine suspira—. Puedo repasar allí.

Joséphine se muestra firme y no deja ninguna posibilidad a Soizic para hacerle cambiar de idea, de modo que el martes por la mañana esta accede a acompañarla en coche a la estación. Llueve con fuerza y los limpiaparabrisas chirrían al oscilar de lado a lado.

Soizic habla sin apartar la vista de la lluvia.

—No seas tan dura con tu madre. Piensa que siempre ha hecho lo que ha considerado mejor para ti.

Joséphine la fulmina con la mirada.

—¿Para mí?

—Sí, para ti. Quería darte un hogar seguro y feliz. —Cambia de marcha y toma una curva—. Esa siempre ha sido su prioridad.

Joséphine no replica. Observa los árboles que flanquean la carretera, sus ramas sucumbiendo al viento, los maltrechos y delicados capullos en flor.

Paran delante de la estación y Joséphine acerca la mano a la manilla de la puerta, pero entonces duda. En el interior del coche, el ambiente es de calma, mientras que fuera el viento y la lluvia aporrean el techo y las ventanas; se siente protegida aquí dentro. En

cuanto abra la puerta, quedará expuesta a los elementos y estará sola. Soizic siempre ha sido su salvavidas, siempre ha estado cuando la necesitaba, lista para brindarle consejos prácticos y ayuda, aunque no ha dudado nunca en mostrarse dura. Cuando no ha estado de acuerdo con ella, se lo ha dicho. Nunca se ha tomado la molestia de andarse por las ramas con palabras amables. «Sincera», piensa Joséphine con ironía. Es la palabra con la que siempre habría calificado a Soizic, pero ya no. Mira de reojo su perfil y una parte de ella desea abrazar a esa mujer tan dura y bondadosa, mientras que la otra parte sigue tambaleándose porque se siente traicionada y herida.

Soizic contempla la lluvia con las manos descansando sobre el volante.

—Perdí una hija —dice con una voz que suena muy alejada de aquí —. No soportaría perderte también a ti.

«Pero yo no soy tu hija —querría decirle Joséphine—. No soy tu hija muerta». Sin embargo, no puede decirlo. No puede herirla de esta manera.

—Lo siento —murmura en cambio, y lo dice de verdad. Lo siente por todas ellas, por las cosas que no se han dicho nunca, por las historias que nunca se han contado. Pero ahora lo único que desea es marcharse.

Inspira hondo, coge la manilla y abre la puerta.

—*Au revoir*.

Joséphine viaja sola en el vagón del tren con destino a París. A pesar de la agitación emocional que la embarga, no puede evitar disfrutar de la sensación de estar a bordo del tren rápido. Se levanta, baja la ventanilla y asoma la cabeza. El viento le corta la respiración, le levanta el pelo y se lo echa hacia atrás con su fuerza. Abre la boca para tragar aire y su corazón late rápido por la emoción de la velocidad. La visión de otro tren acercándose por la vía contraria le hace pensar que debería esconder la cabeza. Pero no lo hace. Soporta el terror. Y, luego, en cuanto se aparta de la ventanilla, todo vuelve a quedarse en silencio. Se sienta de nuevo en el irregular asiento

tapizado en terciopelo y nota todos los muelles bajo la falda. Le gusta la sensación de estar entre dos lugares: no se encuentra ni en el punto de origen del viaje ni todavía en su destino. Está en un espacio seguro, en un lugar donde puede ser quien le apetezca.

Su madre pretende que sea alguien que no es, quiere que estudie ingeniería en la universidad. No entiende que ella se siente atraída por las letras y los idiomas, que le encanta enlazar palabras, crear imágenes con ellas, encontrarles el ritmo a las frases y utilizarlas para despertar emociones. Joséphine ha sentido la aguda ausencia de palabras que ha habido siempre en su casa, como si estuvieran escondidas en los armarios, debajo de las camas, dentro de los cajones, acumulando polvo. Todo lo que ha aprendido de la vida ha sido a través de los libros. Empezó a devorarlos en cuanto supo leer; en secreto en la cama, iluminándose con una linterna bajo la colcha después de que le ordenaran apagar la luz; en la playa en verano, tumbada bocabajo, con la barbilla apoyada en las manos y los granos de arena correteando sobre el papel. Y con todas aquellas páginas aprendió cosas sobre la vida, sobre el amor, sobre la valentía y sobre la cobardía. Las palabras son poder. Pueden deprimirte, pueden animarte, pueden agitarte el corazón, pueden hacer que te enamores. O pueden llevarte a odiar. Piensa en esas dos palabras —«Sébastian Kleinhaus»— y en su poder para cambiar su persona.

El tren llega a la estación de Montparnasse cinco horas más tarde. El nivel de ruido sorprende a Joséphine en cuanto baja del vagón: gente que corre de un lado a otro hablando en voz alta, anuncios que retumban por los altavoces, cambios de vía de los trenes y sonido de silbatos. Por suerte, divisa enseguida a Isabelle al final del andén.

—*Bonjour! Bonjour,* Joséphine. ¡Por fin estás aquí! —Isabelle la besa y fija la vista en su maletita—. Me alegro de que viajes ligera de equipaje, así podremos ir andando.

—*Bonjour, tante* Isabelle.

—No me llames «tía», mejor imaginemos que soy tu hermana mayor. Lo de tía suena muy rimbombante y solo te llevo diez años.

Soy más bien como una hermana. ¿Te gusta el jazz?

A Joséphine le da vueltas la cabeza de lo rápido que habla Isabelle.

—Sí, no, no sé.

—Pues lo averiguaremos el sábado por la noche. ¡Iremos a un club de jazz! ¡París te encantará! —Se fija en la falda de Joséphine—. Y te llevaré también de compras. Voy a malcriarte. Pero, antes, a comer. Me muero de hambre.

Joséphine baja la vista hacia su falda y el corazón le da un vuelco cuando la mira con los ojos de Isabelle: completamente carente de estilo. En Trégastel, le pareció chic cuando la vio en el maniquí del escaparate, pero aquí en París la etiqueta claramente como una *plouc*. Las parisinas se pasean con faldas rectas entalladas, chaquetas tipo sastre, tacones elegantes, bolsitos de cuero colgados del codo. Joséphine lo ha visto en revistas de moda, pero no pensaba que la gente vistiera en realidad así. Y aquí está ella, con una falda anticuada, arrastrando la maleta y el sudor empezando a acumulársele en la frente y las axilas.

Isabelle se da cuenta de que está incómoda.

—Dame, deja que te lleve yo la maleta.

Agradecida, Joséphine le pasa la maleta a su tía. El tráfico circula a toda velocidad por las calles: coches deportivos, coches descapotables, coches haciendo sonar el claxon, autobuses con la parte posterior descubierta y los pasajeros fumando con la cabeza asomada. Joséphine gira sobre sí misma y contempla los edificios altos, los balcones de hierro forjado y las caras de piedra que le devuelven la mirada.

—Entremos aquí.

Isabelle se vuelve de pronto hacia una *brasserie* y, en un abrir y cerrar de ojos, están sentadas en una mesita redonda de la terraza. Joséphine sigue abrumada con tantos sonidos y cosas nuevas.

En cuanto llega el camarero con la carta, Joséphine estudia la larga lista de alternativas que se presentan delante de ella.

—El *plat du jour* es *magret de canard*. ¿Te gusta el pato? *Oeuf mayonnaise* de primero y *mousse au chocolat* de postre.

—Sí —dice Joséphine, aunque le habría gustado probar los caracoles y el cordero.

—Y una jarra de medio de vino tinto. Una comida sin vino no es más que un tentempié.

Isabelle ríe y pide enseguida, antes de que al camarero le dé tiempo a retirarse.

Algunas de las mujeres que pasan por la calle llevan una melena cortita, con un estilo muy chic, mientras que otras llevan el pelo recogido en lo alto de la cabeza. Joséphine, con su denso cabello ondulado, vuelve a sentirse como una pueblerina.

—Eric me ha dado dinero para que te lleve de compras. —Es como si Isabelle acabara de leerle los pensamientos—. Es un encanto. —Guiña el ojo a Joséphine—. Está muy contento de que hayas venido. Creo que solo os habéis visto dos veces, ¿verdad? Pero se acuerda muy bien de cuando fuimos a Bretaña a visitaros. Siempre pregunta por vosotras. —Descansa la mano en la rodilla de Joséphine y continúa—. A los dos nos supo muy mal que no pudieseis venir a nuestra boda.

Joséphine intenta esbozar una sonrisa, pero sus labios se niegan a moverse. No le apetece que le recuerden el día en que su madre y ella se tuvieron que quedar en Trégastel mientras Isabelle recorría el pasillo de la iglesia para casarse con Eric. Su madre dijo que eran pobres, que no podían permitirse un viaje a París.

—Le he comentado a mamá que venías —continúa Isabelle— y se muere por verte de nuevo. ¿Cuántas veces has visto a tu abuela?

—Cuatro.

—¿Solo cuatro? Bueno, da igual. ¡Porque ahora ya estás aquí! —Isabelle calla un momento mientras revuelve en su bolso—. Y tengo algo para ti. ¡Un regalo de cumpleaños! —Le entrega a Joséphine un paquete bellísimamente envuelto en papel plateado y con una elegante cinta negra—. Me habría encantado haberte visto más de pequeña, Joséphine, pero pienso compensártelo a partir de ahora.

—*Merci.* —Joséphine se inclina para darle a su tía un beso en la mejilla. Piensa en decirle que ahora sabe bien por qué apenas se han visto, por qué ha permanecido escondida en Trégastel: *la honte*, la vergüenza de la familia. Pero no quiere estropear el momento y decide abrir el paquete. Aparece una cajita con «Chanel N.º 5» escrito. Ella jamás ha tenido un perfume; es un lujo, algo decadente incluso—. Oh,

Isabelle, muchísimas gracias.

Mira fijamente el símbolo de Chanel y se le llenan los ojos de lágrimas. «Por el amor de Dios —se dice—. ¡Si no es más que un perfume!». Pero le parece mucho más que eso, es como si fuera la llave de acceso a ser mujer, a un nuevo mundo que se abre ante ella.

Isabelle sonríe.

—Pruébatelo.

Joséphine abre la caja y saca la delicada botellita, una obra de arte en sí misma. Con cuidado, se rocía un poco la muñeca y agita la mano en el aire antes de olerlo. Huele ligero y fresco, a nuevos principios, a sensualidad y a aventura. Aspira el perfume.

—¿Te gusta?

—¡Me encanta!

La llegada del camarero con el primer plato las interrumpe.

—¿Qué tal está tu madre? —pregunta Isabelle en cuanto el camarero se marcha.

Coge un trozo de huevo con el tenedor y se lo lleva a sus labios pintados de rojo. Mastica con elegancia mientras estudia a Joséphine.

Joséphine coge una rebanada de pan de la cesta y la picotea; se siente incómoda bajo el escrutinio de Isabelle. Quiere contarle lo que ha descubierto, pero todavía no. Sabe que podría cambiarlo todo y echar a perder su visita. No puede empezar hablando de esto.

—Bien —miente—. ¿Dónde está la torre Eiffel? —Intenta alejarse del tema de su madre—. ¿Queda lejos?

—No te preocupes. Tengo todas las visitas planeadas para mañana. He pensado que hoy será mejor tomárselo con calma… Iremos a casa pasando por los Jardins du Luxembourg.

Después de comer, mientras pasean por las avenidas del parque, flanqueadas por castaños alineados, Joséphine observa las hojas de color verde oscuro que la brisa ondea y se pregunta cómo va a ser su vida a partir de ahora. Se siente extrañamente desconectada. ¿Quién es ella en una ciudad tan grande como esta? ¿Podrá llegar a ser la persona que quiera ser?

Al pasar junto a un estanque donde unos niños juegan a empujar con palitos sus pequeños veleros de madera, le pregunta a Isabelle:

—¿Venías aquí de pequeña?

—Sí, Élise, tu madre, me traía a menudo a este parque. —Hace una pausa—. Pero después dejamos de venir. Durante la ocupación, los jardines estaban abarrotados de alemanes con sus amiguitas. Élise no quiso venir más.

—Pero… —Joséphine se muere por preguntar cómo es posible que su madre no quisiera ir al parque cuando ella también tenía un novio alemán.

Isabelle la mira y en su frente se forma una arruga.

—Mejor no hablemos ahora de aquellos tiempos. —Le da la mano a Joséphine—. Sé que no hago más que repetirme, pero me alegro mucho de que estés aquí.

# 6

*París, mayo de 1963*

## Joséphine

Cuando llegan al piso, suben seis plantas por una estrecha y sinuosa escalera de madera e Isabelle saca la llave.

—Ya hemos llegado. Hogar dulce hogar.

Isabelle abre la puerta y Joséphine comprende enseguida que el ascenso ha merecido la pena. La vista sobre los tejados la hace sentirse en la cima del mundo.

—¡Qué maravilla! —exclama.

Deja la maleta en el suelo y abre la ventana para asomarse.

—Solo tenemos una habitación, de modo que tendrás que dormir aquí en el sofá.

—Me parece estupendo. Gracias.

Joséphine se deja caer sobre los cojines del sofá. Le da igual dónde duerma. Se siente feliz por estar en París.

—Voy a preparar la cena. Eric llegará a casa a las siete.

Joséphine está impaciente por conocer la ciudad y piensa en sugerirle a su tía ir a dar una vuelta sola, pero le parece de mala educación. En cambio, se ofrece a ayudarla a preparar la cena.

Eric llega a las siete en punto. Está muy elegante, con su traje marrón y su pelo oscuro peinado hacia atrás. Besa primero a su esposa y después a Joséphine. Huele a colonia cara.

—Bienvenida a París. —Retrocede unos pasos para mirar bien a Joséphine—. Estás hecha toda una mujer.

Joséphine sonríe, agradecida por el cumplido.

—Me cambio en un momento y luego tomamos un aperitivo.

Cuando Eric reaparece, con una camiseta sencilla y pantalones holgados, su aspecto resulta menos elegante. Se dirige a la cocina abierta, coge tres copas de *champagne* y sirve un poquito de *crème de*

*cassis* en cada una de ellas.

—*Kir royale?* —dice.

Sin esperar respuesta, saca una botella de *champagne* de la nevera y, apuntando al techo, retira el alambre que sujeta el corcho. El tapón sale disparado y la espuma se derrama por ambos lados de la botella. Riendo, llena rápidamente las copas.

—Por Joséphine —dice a modo de brindis—. Y por su primera visita a París.

El combinado está delicioso y las burbujas suben a toda velocidad a la cabeza de Joséphine.

—Voy a poner un poco de música. —Eric se vuelve y repasa los discos—. ¿Qué te gusta? ¿Johnny? ¿Jacques Brel? ¿Gainsbourg?

—¿*La Javanaise*? Esa me encanta. —Joséphine solo la ha oído dos veces, pero el título le viene a la mente.

—¡A mí también!

Eric saca el vinilo de la funda, lo sopla un poco antes de ponerlo en el tocadiscos, levanta la aguja y la deja caer con suavidad.

«*J'avoue, j'en ai bavé, pas vous, mon amour*».

La voz ronca y sexy de Gainsbourg suena en la estancia. Eric se balancea levemente de lado a lado y acompaña cantando la melodía. Isabelle se le suma y Joséphine bebe un trago largo de su combinado antes de aceptar la mano abierta de Eric como una invitación a bailar. ¡Oh, estar en París! Es la decadencia personificada. Eric e Isabelle no tienen absolutamente nada que ver con su madre, Soizic y su pequeña vida en Trégastel, son muchísimo más exóticos.

Después, toman asiento en la mesa y la conversación se vuelve más formal.

—¿Qué tal está tu madre? —pregunta Eric.

Joséphine se encoge de hombros.

—Bien.

La verdad es que no le apetece hablar de eso. Esta noche no.

—Sigue trabajando en aquella mansión, ¿verdad?

—De lunes a sábado. —Joséphine está un poco mareada entre el combinado y el baile—. A veces, pienso que debe de tener otra familia allí.

—¿Por qué lo dices? —pregunta Isabelle con un tono brusco.

Joséphine se sorprende por haber expresado eso en voz alta. Apura la copa.

—Porque pasa la mayor parte del tiempo allí. Podría llevar perfectamente una doble vida. Un marido, otros hijos.

Eric ríe y vuelve a llenar la copa de Joséphine.

—¡Vaya imaginación que tienes! Un hombre, sí, creo que puedo imaginarme a un hombre llevando una doble vida. Pero no a una mujer. ¡Vaya idea!

Isabelle mira con mala cara a Eric.

—¿De verdad que puedes imaginártelo?

Joséphine no sabe muy bien si Isabelle habla en broma o en serio.

—Debes tener en cuenta que todo ha sido muy duro para tu madre. —Isabelle se vuelve hacia Joséphine—. Ser madre soltera no es fácil. Siempre ha tenido que trabajar. No deberías echárselo en cara. Encontrar trabajo después de la guerra era muy complicado, y tu madre aceptó lo que había.

—Por suerte, estaba Soizic. Ha hecho más de madre que mi propia madre.

La mirada de Isabelle se vuelve gélida.

—Soizic hizo muy bien al aceptar a tu madre en casa, pero todo lo que ha hecho tu madre ha sido por ti.

«¡Esto es demasiado!». Joséphine se dispone a contarles la verdad; el alcohol la está volviendo osada. Apura la segunda copa y Eric vuelve a llenársela.

—Despacio, Eric. Supongo que Joséphine no está acostumbrada a beber.

Isabelle se levanta para recoger los platos y la deja sola con Eric. Tendrá que esperar a que vuelva.

Joséphine bebe un sorbito mientras piensa cómo empezar.

—Sé el motivo por el cual nunca he conocido a mi abuelo. —Mira a Isabelle cuando reaparece con una bandeja de quesos—. Por qué mamá nunca ha querido traerme a París.

Isabelle mira de reojo a Eric mientras deja la bandeja en la mesa y se dirige a Joséphine.

—¿A qué te refieres? Tu abuelo lleva enfermo desde que estuvo en los campos alemanes.

Joséphine arquea una ceja.

—Sí, eso debió de ser duro para él. —Hace una breve pausa—. Pero más duro debió de ser volver a casa y enterarte de que tu hija… —Se siente incapaz de pronunciar las palabras.

Isabelle se queda blanca. Eric tose, como si se sintiera incómodo. Y el silencio se asienta, como la calma antes de la tormenta.

—Sé lo de mi padre —continúa Joséphine sin aflojar.

Isabelle se deja caer en una silla.

—¿Qué es lo que sabes?

—Que era un *boche*.

—No utilices esa palabra —dice Isabelle llevándose la mano a la boca.

—Pero lo era, ¿no? Era un *boche*. —El *champagne* burbujea en su cabeza y la hace más atrevida de lo que debería ser—. ¿Por qué todo el mundo me lo ha escondido? ¿No creéis que tenía derecho a saber quién era mi padre? —Joséphine es consciente de que su tono se está volviendo agresivo, pero no puede evitar que el resentimiento se combine con su osadía recién descubierta—. Todo esto explica muchas cosas, muchísimas cosas que nunca había acabado de entender.

Por la cara que pone Eric, Joséphine comprende que debería cerrar la boca, que ya ha hablado demasiado. Intenta serenarse.

Isabelle se inclina hacia ella y coloca una mano sobre la suya.

—¿Qué te ha contado tu madre?

—Encontré mi partida de nacimiento.

—¿La encontraste?

—Sí, de hecho, la estaba buscando. Y allí constaba el nombre de mi padre. Y resultó que no se trata de un hombre llamado Frédéric, como siempre me había dicho mi madre. ¡Sino de un hombre con nombre alemán! Sébastian Kleinhaus.

La voz de Isabelle se convierte en un susurro.

—¿Hizo constar su nombre? Siempre imaginé que habría puesto «padre desconocido».

Joséphine está confusa.

—Pero no era un desconocido. ¡Lo conocíais todos!

—¿Es que no lo ves? Tu madre sabía que llegaría el día en que lo averiguarías. Siempre quiso contártelo, pero quería esperar a que estuvieras preparada para ello.

—¿Preparada? Jamás debería habérmelo escondido.

—Sé que debe de haber sido muy turbador para ti descubrirlo de esta manera. —Isabelle le presiona con delicadeza la mano—. Pero tienes que entender lo duro que fue para tu madre. Cuando se enteró de que estaba embarazada de ti, no tenía dónde ir. Soizic fue la única persona dispuesta a aceptarla, aunque nunca quiso oír ni una sola palabra sobre tu padre.

—Todo eso da igual. —Eric se sirve un trozo grande de *brie*—. Ya es pasado. No cambia para nada la persona que eres.

Joséphine retira la mano de debajo de la de su tía y descansa el mentón sobre sus dos palmas abiertas. Es como si creyeran que se está comportando como una niña mimada y enrabietada. O, como mínimo, está segura de que Eric piensa eso. No entienden que todo su mundo se ha trastocado por completo de repente; es lo que siente, aunque no sabe cómo explicarlo.

—Sí lo cambia —empieza a decir—. Resulta que no soy la persona que creía que era. No soy la hija de un héroe francés, sino una… —No puede pronunciar la palabra—. Esto lo cambia todo.

—Tú eres exactamente la misma persona que eras. —Eric corta otro trozo de *brie* y lo coloca sobre su *baguette*—. El que es distinto es tu padre. No tú. —Habla con autoridad, y Joséphine empieza a preguntarse si estará montando un escándalo por nada.

—Y, mira, todo ha salido magníficamente —añade Isabelle—. Tienes una madre que te quiere y tienes a Soizic. Y nos tienes a nosotros. —Hace una pequeña pausa—. ¡Y estás en París!

—Pero… —El corazón de Joséphine late acelerado—. Yo ya no me veo igual. —Necesita dar voz a los pensamientos que le llenan la cabeza—. Me siento…, me siento distanciada de la persona que era antes. Porque esa no era yo.

Eric mastica el pan y frunce el entrecejo.

—Es como si hasta ahora hubiera sido una persona —continúa

Joséphine— y acabara de descubrir que no lo soy, que soy otra distinta.

—Oh, vamos, eres la misma persona que has sido siempre. —Eric deja de masticar.

—¡No lo soy! —Joséphine parpadea para no romper a llorar—. No lo soy —repite en un susurro.

—Joséphine —dice Isabelle muy suavemente—, tu madre y tu padre se enamoraron. Es todo lo que necesitas saber.

—¡No! ¿Cómo puedes decir eso? ¡Era un *boche*!

—¡Por favor, deja ya de utilizar esa palabra! Espero que no la pronunciases delante de tu madre. —Isabelle se queda dudando—. ¿Qué fue lo que te dijo exactamente tu madre?

Joséphine nota que le sube el calor a las mejillas.

—Poca cosa… —murmura con intención de contar que huyó de casa antes de darle la oportunidad de explicarse.

Pero, entonces, Eric la interrumpe.

—Mirad —dice con firmeza—, no discutamos. Me imagino que para Joséphine fue un shock descubrir que su padre era un *bo*…, un alemán, pero esto no cambia para nada la persona que eres, Joséphine. —Le sonríe, haciendo gala de todo su encanto—. No dejes que todo esto estropee los días que vas a pasar aquí. —Coge la bandeja de los quesos y se la pasa—. El *brie* está delicioso.

Joséphine sacude la cabeza y se esfuerza por tragar el nudo que se le ha formado en la garganta. Se dirige entonces a Isabelle.

—¿Sabes qué hacía aquí? ¿Cuál era su papel?

—¿No te lo contó tu madre? Era traductor.

—¿Traductor?

Eso no suena muy malvado; de hecho, parece un trabajo bastante normal. La invade una oleada de alivio.

Isabelle le presiona el hombro con cariño.

—No te pongas triste, por favor, Joséphine. No era un mal hombre. —Se levanta y se coloca detrás de ella. Y, entonces, se inclina levemente para abrazarla por detrás—. Mi pobrecilla Joséphine. ¿Te serviría de algo que te contara todo lo que sé sobre tu padre? ¿Te iría bien que hablásemos sobre él?, ¿sobre aquella época?, ¿sobre todos

nosotros?

—Sí. —Las lágrimas ruedan por las mejillas de Joséphine. Lágrimas de alivio y agradecimiento—. Sí.

Porque eso es lo que quiere. Necesita saber quién era en realidad su padre. Y quién es en realidad su madre.

# Segunda parte

## 1944

# 7

*París, abril de 1944*

## Élise

París estaba en silencio. Los *boches* no tocaban constantemente el claxon, como los parisinos. Conducían veloces y mudos e, igual que los coches fúnebres, indicaban la presencia de la muerte. Cuando iban a pie, no paseaban, sino que se pavoneaban, y sus botas con clavos resonaban por las calles vacías. París ya no era París. Era una ciudad ocupada; era incluso como si los edificios estuvieran conteniendo la respiración, a la espera. No había flores en los balcones y no se oían ni risas ni música en las calles. Lo más probable era que los soldados alemanes apostados en la ciudad no se dieran ni cuenta de que le habían arrancado el corazón a París. Lo único que veían eran los impresionantes edificios de estilo Haussmann, la innovadora arquitectura que dibujaba una estrella alrededor del Arc de Triomphe, los restaurantes, los cabarets, las tiendas, el *champagne*, el vino. Y con eso tenían suficiente. Les encantaba. Pero aquello no era París. París dormía, a la espera de ser rescatada.

El estómago me rugió mientras cruzaba la Place Saint-Sulpice. Me detuve junto a la fuente y recé una oración para mis adentros mientras contemplaba la gigantesca iglesia. «Por favor, que todo esto termine pronto».

—*Bonsoir, mademoiselle*. —Se me acercó un joven soldado—. ¿Tiene fuego? —dijo mostrándome un cigarrillo.

Me habría gustado arrebatárselo de un golpe brusco. Sabía perfectamente que el soldado llevaba un mechero encima y que solo quería comprobar si yo era una de esas chicas que aceptarían encantadas un cigarrillo, luego una copa, quizá una cena y, después, a saber cuántas cosas más. Negué con la cabeza y me marché con el corazón acelerado, guardando en los bolsillos mis manos temblorosas.

Estaba segura de que vendría a por mí, de que me arrestaría sin motivo alguno.

Crucé corriendo la calle y enfilé la callejuela donde vivíamos. Abrí apresuradamente la pesada puerta que daba acceso a la *entrée* y accedí a nuestro apartamento, en la planta baja. El olor a col hervida me recibió nada más entrar. Cerré y apoyé la espalda en la puerta, exhalando un suspiro de alivio. Luego, aspiré el hedor a podrido de la col que tan familiar me resultaba.

—*Bonsoir* —dije yendo directa a la cocina.

Mi madre se secó las manos enjabonadas con el delantal, me dio un beso en la mejilla y bajó la vista hacia mis manos vacías.

—¿No has encontrado pan?

—No.

Esbozó una media sonrisa que ni siquiera le llegó a los ojos.

—Pues esta noche solo habrá sopa. ¿Cenamos?

La seguí hasta el comedor, donde mi hermana menor, Isabelle, estaba poniendo la mesa. Mi madre creía que no iba a poder tener más hijos, pero, entonces, trece años después de mí, llegó Isabelle, un pequeño milagro. Llevaba el pelo en una trenza larga que bailaba de lado a lado y estaba colocando platos hondos encima de platos llanos, como si después de la sopa fuéramos a comer algo más. Le di un besito en cada mejilla.

—¿Has tenido un buen día en el trabajo? —me preguntó poniendo voz de mayor.

—Sí, gracias. ¿Y qué tal te ha ido a ti el colegio?

—Aburrido. Marc se ha ido. —Mi madre y yo intercambiamos una mirada. ¿Otra deportación? Isabelle vio nuestra expresión—. Seguramente no volverá. *Madame* Serriers ha dicho que sus abuelos son judíos.

—Dios mío, ¿cuándo acabará todo esto?

El pecho me ardía por la sensación de rabia e impotencia. Gente inocente estaba siendo arrestada a diario y enviada a saber dónde mientras los que seguíamos donde estábamos no podíamos hacer otra cosa que observar lo que sucedía impotentes y agradecer que no nos tocara a nosotros.

Mi madre suspiró y se volvió.

—No nos queda otro remedio que esperar. Esto acabará algún día.

—¿Cuándo? ¿Cuándo los hayan deportado a todos? —dije a su espalda.

Mi madre se quedó paralizada y todo se sumió en un intenso silencio. Isabelle me miró ansiosa. Había molestado a nuestra madre.

Mi madre estaba haciendo todo lo posible por mantener las apariencias, para fingir que la vida transcurría con normalidad. Nunca se quejaba, nunca formulaba preguntas, se limitaba a bajar la vista. Ya había tenido que aguantar que yo insistiera en trabajar como voluntaria en la UGIF, la Union Générale des Israélites de France, donde solían ir a parar los niños judíos que se quedaban huérfanos. A veces, les llevaba ropa usada y, otras veces, comida, si nos sobraba algo, cosa que no podíamos permitirnos, pero, aunque fuera poco, siempre resultaba útil: alguna patata o una zanahoria, unos hojas de col.

Si se hubiese enterado de las demás cosas que estaba haciendo para la UGIF, se habría puesto furiosa.

Con cuidado, Isabelle colocó los cuchillos y los tenedores al lado de los platos.

—No necesitamos ni cuchillos ni tenedores, Isabelle —no pude evitar decir. ¿Por qué no podía quedarme con la boca cerrada?

—Sabes de sobra que me gusta poner la mesa correctamente. —Mi madre intervino antes de que a Isabelle le diera tiempo a replicar.

Isabelle debía de sentirse como si tuviera dos madres dándole órdenes, aunque quizá eso compensara no tener un padre en casa. Papá estaba en Alemania, en un campo de trabajos forzados de los *boches*. Al ver el cartel para reclutar a hombres de su edad, nos habíamos quedado horrorizadas. Papá trabajando para los *boches*. Era inimaginable. Pero, entonces, una mañana, después de muchos gritos, palabras malsonantes y portazos, mi padre se había marchado. Nos habíamos quedado devastadas al verlo irse de aquella manera, pero la verdad era que nuestra vida se había vuelto mucho más tranquila tras su marcha. Se habían acabado el malhumor, los gritos, el estar con el alma en vilo preguntándonos si estallaría en cualquier momento. Me

preguntaba cómo se sentiría mi madre. Con ella, era imposible saberlo.

—*Asseyez-vous, les filles* —dijo mi madre poniendo voz alegre, y entró en la cocina.

Reapareció con la sopera, que dejó en el centro de la mesa. A continuación, tomó asiento y unió las manos.

—Señor, bendice los alimentos que vamos a tomar. Vela por todos nosotros. Amén.

Isabelle y yo murmuramos «Amén» y le pasamos los platos a nuestra madre. Nos sirvió con el cucharón el líquido amarillo aguado con algún que otro trocito de patata y, cuando estuvimos servidas, colocamos la servilleta en nuestro regazo…, como si pudiéramos permitirnos el lujo de derramar alguna gota.

—*Bon appétit, mes filles*.

—*Bon appétit*.

—Le he puesto poca sal, igual tenéis que echarle un poco más.

—Pásame la pimienta, por favor.

—¿Queréis agua?

Mi madre levantó la jarra como si fuese de vino e Isabelle y yo le acercamos los vasos para que nos los llenara.

Y proseguimos con la rutina de la cena, sorbiendo despacio la sopa, aprovechando al máximo cada cucharada. Cogí el molinillo de la sal y giré la ajada parte superior de madera, viendo cómo caían en la sopa los cristales, casi transparentes, y se disolvían. Como nosotras, pensé para mis adentros, intentando siempre volvernos invisibles.

Isabelle levantó la cuchara, la ladeó y la sopa aguada cayó de nuevo en el plato.

—Ojalá tuviéramos algo bueno para comer.

—Para eso, tendremos que librarnos antes de los *boches*. —Cacé un trocito de patata en la sopa.

—¿Y eso cuándo será? —Isabelle suspiró—. ¿Han estado siempre aquí?

Isabelle tenía solo seis años cuando los *boches* habían irrumpido por los Champs-Élysées y ya tenía ya diez; apenas recordaba cómo era todo antes de que llegaran. Pensé entonces en Frédéric, mi prometido,

que cuatro años atrás había sido enviado junto con otros soldados franceses a proteger la Línea Maginot. Una barrera indefendible ante los tanques alemanes. Nunca regresó. Lo que más me dolía era el modo en que había partido a la guerra, tan voluntariamente, tan lleno de entusiasmo. Tan estúpidamente ingenuo. Una vida desperdiciada.

Soñaba a menudo con comida: madalenas esponjosas que se derretían en mi boca, *croissants* que iba separando con las manos para ver cómo se estiraba la masa. Aquella mañana estaba soñando con *pains aux raisins* cuando algo me despertó. Volví a cerrar los ojos con la esperanza de recuperar el sueño, pero mi estómago vacío no me lo permitió. Me levanté y fui directa a la cocina para prepararme una taza de nuestro café especial, hecho con bellotas y achicoria, confiando en que aplacara los calambres que me provocaba el hambre.

—*Bonjour*, Élise —dijo mi madre, que me recibió con un besito en la mejilla—. *Madame* Dumaison nos trajo ayer algo de ropa. Me comentó que está harta de que le ocupe espacio en el armario. Si quieres, puedes llevarla a la UGIF.

—*Merci, maman*.

Mi madre reconoció mi agradecimiento con un leve gesto de asentimiento, aunque tenía los labios apretados.

—Ya que insistes en hacer labores de voluntariado en ese lugar. —Me miró fijamente—. Sé que piensas que estás ayudando a esos pobres huérfanos judíos, pero si han montado estas asociaciones es precisamente para tener controlados a los judíos, y ten por seguro que te controlarán también a ti si sigues yendo por allí.

—Lo sé, pero es lo único que tienen. De no ser por eso, se morirían de hambre.

—Solo te pido que vayas con cuidado, Élise. No queremos problemas.

Me quedé un rato callada, preguntándome si mi madre tendría idea de en qué andaba yo metida, pero descarté esa posibilidad. De intuirlo, no me habría dejado ir. Me bebí rápidamente mi *ersatz* y salí de casa con las dos cajas de ropa. Al llegar a la rue Saint-Jacques, vi

un grupo de mujeres sentadas delante de una peluquería mientras les envolvían el pelo en turbantes. Así se ahorraban el lavado y quedaban más o menos chic. A mí lo de estar chic me traía sin cuidado. Prefería llevar el pelo corto y vestir con pantalón siempre que fuera posible; cualquier cosa con tal de no llamar la atención de los soldados alemanes.

—*Vos papiers!*

Dos soldados se plantaron de repente delante de mí, cerrándome el paso.

Me paré en seco; el corazón me latía a mil por hora. Andaba tan distraída pensando que ni siquiera los había visto.

—*Oui, messieurs.*

Dejé las cajas en el suelo y saqué del bolsillo mi documento de identidad. El soldado más alto me lo arrancó de la mano. Contuve la respiración mientras estudiaba el documento, esperando que me lo devolviera, pero no lo hizo.

—¿Qué hay en las cajas?

—Ropa para la UGIF —dije esforzándome para mantener la voz firme.

—Ábralas.

Con dedos temblorosos, tiré de la tapa de cartón y abrí la caja para que inspeccionaran su contenido. El soldado pasó mi documento de identidad a su compañero y metió ambas manos en la caja. Un hilillo de sudor empezó a descender entre mis costillas mientras el soldado removía el material blando, imagino que con la esperanza de dar con algo más duro, como una radio o quizá papeles con mensajes secretos. Y me dio la impresión de que se llevó una decepción al no encontrar otra cosa que ropa de niño.

El otro soldado me devolvió mi identificación.

—Vámonos. —Le dio un codazo a su compañero—. Tenemos cuestiones más importantes que atender.

Ni siquiera se tomaron la molestia de revisar la otra caja y se largaron con la clara intención de toparse con problemas más relevantes. Esperé a que mis pulsaciones volvieran a su ritmo normal antes de coger de nuevo las cajas, pero, mientras recorría el camino

hacia el orfanato, seguía sudando. ¿Por qué me habrían parado? ¿Estaría bajo sospecha? ¿Sabrían en qué andaba metida? Las palabras que me había dirigido mi madre justo aquella mañana retumbaron en mis oídos: «Solo te pido que vayas con cuidado, Élise. No queremos problemas». Sabía que no me estaba poniendo en peligro solo a mí, sino también a mi madre y a Isabelle, y además sin que tuvieran conocimiento de ello o dieran su aprobación.

Doblé la esquina de la rue Claude Bernard con un gran peso en el corazón. La puerta de entrada estaba cerrada y había que llamar para pasar. Leah me abrió y deposité las cajas en sus brazos. Sin decir palabra, señaló en dirección a Anaïs, que se encontraba con dos niños. Cogidos de la mano, los dos pequeños estaban delante de una pared gris, donde el papel pintado empezaba a despegarse. El más pequeño se mordía el labio, como si estuviera intentando mantenerse concentrado, mientras que con la mano libre tiraba con nerviosismo del papel pintado en un punto en que se había desprendido. Las lágrimas del más mayor se habían secado, dejando regueros de sal en sus mejillas; al instante, comprendí que estaba reprimiendo el llanto por el bien de su hermano. Me miró con una confianza en sí mismo que no se correspondía ni de lejos a su edad, asumiendo ya el papel de cabeza de familia.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Isaac.

—¿Y cuántos años tienes, Isaac?

—Ocho.

—¿Y tu hermano?

—Cuatro.

—Me llamo Élise.

Le tendí la mano para estrechársela, tratándolo como el hombre que tenía que ser.

—Y tú, ¿cómo te llamas? —dije volviéndome hacia el hermano menor, que apartó la mano del papel de la pared para llevarse el pulgar a la boca y me miró con recelo.

—Se llama Daniel —respondió Isaac por él.

Le di a cada uno un caramelo. Isaac se lo guardó en el bolsillo, sin

apenas mirarme. Estaba dándole un parche minúsculo para tapar una herida abierta y ambos lo sabíamos: un caramelo para aliviar el dolor de una infancia robada. Daniel empezó a pelearse con su caramelo para desenvolverlo y, al final, su hermano lo cogió, le quitó con cuidado el papel pegajoso y se lo devolvió. El modo en que Daniel se lo metió en la boca y lo masticó me dio a entender que estaba famélico. Me acordé entonces de la manzana que llevaba en el bolsillo desde el día anterior. Con solo pensar en ella me atacó esa oleada de hambre que no me abandonaba nunca. Cuando la saqué, los ojos de los niños se abrieron de par en par. Me pregunté cuándo habrían comido por última vez. Le ofrecí la manzana a Isaac.

—*Merci.*

Sin ni siquiera mirarla, se la entregó a su hermano menor. Daniel le dio un mordisco enorme y luego otro. Iba ya a por el tercero cuando se paró en seco, miró a Isaac con ojos tristes y le devolvió la manzana. Me entraron unas ganas locas de abrazarlo, pero lo que hice, en cambio, fue abrir las cajas y empezar a pasar la ropa a las mujeres.

—Son los siguientes en marchar —me dijo Anaïs en voz baja cogiendo una camisa de talla pequeña—. Este domingo.

Se me encogió el estómago. ¿Este domingo? Seguía todavía nerviosa por el encuentro que acababa de tener con la policía y habría preferido esperar un poco más. No podía evitar la sensación de que algo no iba del todo bien. Nervios, me dije. Miré a Anaïs e hice un gesto de asentimiento. Estaría allí. Estaría allí el domingo para acompañar a los niños hasta el Bois de Boulogne, donde se reunirían con su *passeur*, que los sacaría de París y los llevaría hacia el sur, hasta la frontera con Suiza. Mi papel era mínimo, mi riesgo no era nada comparado con el que corrían los demás.

# 8

*París, abril de 1944*

## Sébastian

París en primavera. Sébastian siempre había soñado con visitar la Ciudad de la Luz en esta época del año. Aunque no de esta manera. No viendo cómo se encogía delante de él, derrotada y sin vida. París se había convertido en una ciudad de uniformes oscuros, de coches negros siniestros circulando en silencio, de botas de clavos resonando por las calles vacías. Ya no era la ciudad que había visitado ocho años atrás, cuando era un muchacho impresionable de solo dieciséis años. Se sentía perdido y extraño en un lugar que en su día le había abierto las puertas. Habría preferido mil veces estar en su casa de Dresde que en París.

Estaba paseando por los muelles del Sena, echando una ojeada a las colecciones de libros viejos y fotografías que los *bouquinistes* exponían en los puestos de madera de color verde oscuro que recorrían las orillas del río. Le habría gustado entablar conversación con alguno de los ancianos que regentaban los puestos, pero sabía que le respondería con un gruñido y miraría hacia otro lado. Era normal e intentaba no tomárselo como algo personal. Era por el uniforme, eso era todo. Preferiría no tener que llevarlo en su tiempo libre, pero era precisamente por eso por lo que los obligaban a llevarlo siempre, porque era un recordatorio de que aquella ciudad y sus ciudadanos eran propiedad del Tercer Reich. Durante toda su vida, Sébastian había tenido la sensación de pertenecer a alguien, de no haber podido ser él mismo nunca. Y se preguntaba qué se sentiría siendo libre, teniendo poder de decisión.

Sébastian se asomó al puente y contempló el Sena; brillaba azul oscuro bajo el sol primaveral. Hacía buen tiempo, pero la suave brisa que soplaba desde el río impedía que hiciera demasiado calor. Decidió

poner rumbo a su librería favorita antes de que cerrara.

Cuando abrió la puerta, sonó la campanilla y el propietario levantó la vista del libro que estaba leyendo. Dirigió un gesto de saludo a Sébastian.

—*Bonsoir, monsieur*.

Sébastian se quitó la gorra y la sujetó con el codo contra su cuerpo. Al verlo entrar, dos mujeres se fueron de la tienda de inmediato, fingiendo exageradamente no advertir su presencia cuando pasaron por su lado con la cabeza muy alta. Lo invadió una oleada de soledad, una sensación que empezaba a resultarle ya demasiado familiar. La reacción de las mujeres había tenido justo el resultado que pretendían: hacerlo sentirse excluido, hacerlo sentir deseos de no estar allí.

Al mirar alrededor, Sébastian vio una pareja de ancianos en la sección de los atlas. En la tienda, reinaba el más absoluto silencio y no pudo evitar preguntarse si antes de su llegada la gente estaría charlando. Se quedó parado un momento, poniendo en orden sus pensamientos, preguntándose qué leer. Ya había leído *Madame Bovary* y prácticamente todas las novelas de Victor Hugo. Pero se sentía inquieto, no sabía qué quería. Algo que lo alejase de sí mismo. Tal vez le iría bien probar con la poesía.

Después de pasar por delante de las primeras estanterías, Sébastian vio una persona inclinada sobre un libro. De escasa estatura, con el pelo oscuro echado hacia delante, ocultándole la cara, y unos pantalones holgados sujetos por un cinturón ancho de color marrón. Se quedó observando unos instantes aquella figura, delgada y frágil. Y, cuando esta levantó la cabeza, vio que era una chica. La joven lo miró con frialdad y volvió a bajar rápidamente la vista hacia el libro. Sébastian siguió avanzando en dirección a las siguientes estanterías.

En aquel momento, se abrió la puerta y entraron dos policías. Sébastian se colocó detrás de la estantería, fuera del ángulo de visión de los hombres, con curiosidad por lo que pudiera estar buscando la policía en aquella librería.

—*Papiers!*

Sébastian asomó la cabeza y vio que la pareja de ancianos mostraba su identificación, pero los policías se limitaron a echar un vistazo a los

papeles y siguieron avanzando directos hacia las estanterías, como si estuvieran buscando a alguien escondido entre ellas.

—*Vos papiers!*

Sébastian no veía nada desde donde se encontraba, pero imaginó que estaban hablando con la mujer con la que acababa de cruzarse.

—*Messieurs*, lo siento, me he dejado la documentación en casa.

Oyó la carcajada de un hombre, potente y burlona.

—¿Que se la ha dejado en casa? Esta sí que es buena.

—Es la verdad. La guardo en el bolsillo de mi chaqueta y esta tarde he salido sin ella.

—¿Sin chaqueta? ¿La que luce la estrella amarilla?

—Pero… yo no soy judía.

—Pues, si no lleva encima su documentación, no nos queda otro remedio que asumir que lo es.

—¡No lo soy! *Monsieur* Le Bolzec… me conoce bien, puede confirmárselo.

—¿*Monsieur* Le Bolzec? No intente meter a más gente en problemas. Será mejor que nos acompañe.

Sébastian suspiró sonoramente y se hizo visible.

—¿Por qué no le preguntan antes a *monsieur* Le Bolzec?

Los policías se quedaron mirándolo boquiabiertos, a todas luces sorprendidos de oír a un alemán hablando en perfecto francés. Dirigieron la vista rápidamente hacia el cuello de su uniforme y su manga izquierda, donde exhibía su rango. Sébastian era un simple soldado raso, pero era alemán y ellos, franceses. El orden jerárquico estaba claro.

—Son unos mentirosos. Siempre mienten.

El policía puso la mano sobre el hombro de la mujer, como si con ello quisiese subrayar su afirmación.

—Le sugiero que retire la mano de su hombro —dijo Sébastian, sorprendiéndose a sí mismo por el tono autoritario de su voz.

El policía obedeció al instante. La mujer hizo rodar el hombro, como si acabara de liberarse de un peso enorme. Sébastian la miró. Llevaba el pelo corto, con una media melena que apenas le llegaba a la barbilla. Tenía facciones elegantes y sus ojos brillaban como los de

un gato: verdes con motitas amarillas. Todo junto le daba cierto aspecto élfico y rebosaba de energía.

—Va indocumentada —insistió el policía—. ¡Es la ley! ¡Ha quebrantado la ley!

—¡No me venga a mí con leyes! —Sébastian levantó la voz y dio un paso al frente. Evitó expresamente mirar a la mujer, pues aquello no tenía nada que ver con ella, sino con unos policías insignificantes que abusaban de su poder. Eran odiosos. Se volvió hacia el hombre del mostrador—. ¿*Monsieur* Le Bolzec?

—*Oui, monsieur*.

—¿Conoce a esta mujer?

—Sí, la conozco a ella y a su familia desde que empezó a leer. Se llama Élise Chevalier.

—¿Puede, entonces, responder por ella?

—Sí, por supuesto. Pertenece a una familia de buenos católicos.

—Pues, en este caso, todo solucionado. —Sébastian se volvió entonces hacia los policías—. No hay necesidad de molestar a las autoridades con esto. ¿No les parece que ya tienen bastante trabajo?

—Pero…, pero es que es… es la ley —no pudo evitar decir el más alto. El de menor estatura bajó la vista; tenía más cabeza, evidentemente.

—¿Quién ha redactado estas leyes? —dijo Sébastian. Los dos policías se quedaron mirándolo—. ¿Eh?

—Los alemanes —respondió el más bajo.

—Eso es. Y, ahora, márchense de aquí antes de que los arreste.

Sin decir palabra, los policías salieron a toda prisa del establecimiento.

Sébastian se volvió entonces hacia la mujer.

—No debería olvidarse nunca los papeles en casa.

Intentó poner cara seria, pero la luz de los ojos de aquella chica lo atravesó y se sintió obligado a apartar la vista. Incapaz de saber qué decir, se puso a toser.

—Hoy hacía tan buen tiempo que me he dejado la chaqueta en casa.

—Sí. Esta semana está haciendo mucho calor.

Sofocado de repente, Sébastian tiró del cuello de su uniforme. La

chica asintió y dio media vuelta. Sébastian intuyó que quería que él se marchase. Sin pararse a pensar, cogió un pequeño libro de poemas de la estantería que tenía delante.

En la caja registradora, *monsieur* Le Bolzec levantó una ceja al ver el libro, como si estuviese cuestionando la elección de lectura que acababa de hacer.

—¿Le gusta la poesía?

Era la primera vez que un francés lo abordaba con una pregunta, y eso lo hizo sentirse normal. Casi.

—No sé mucho de poesía —reconoció—. Pero he pensado…, he pensado que podría intentarlo.

—Victor Hugo. Un buen comienzo. —*Monsieur* Le Bolzec le devolvió el libro e hizo girar la manivela de la caja registradora—. Tres francos cincuenta, por favor.

Sébastian pagó y se dispuso a marcharse, pero la idea de salir de la pequeña tienda y empezar a dar vueltas en solitario por las calles de París le inspiraba pavor. Le habría gustado quedarse y charlar con *monsieur* Le Bolzec sobre libros, sobre lo que fuera. Anhelaba conversación, una cara amigable. No le apetecía ver la puesta de sol sobre Notre-Dame solo. Aquellos atardeceres de primavera, cuando el día iba perdiendo paulatinamente la luz, estaban llenos de anhelo. Por un momento, el vacío que sentía en su interior pareció expandirse hasta transformarse en todo lo que quedaba de él, y su inmensidad le resultaba aterradora. Por impulso, se volvió de nuevo hacia *monsieur* Le Bolzec. El hombre estaba mirándolo, como si acabara de leerle los pensamientos.

# 9

*París, abril de 1944*

## Élise

A primera hora de la mañana, me senté a la mesa de la cocina para repasar mentalmente el plan y verificar si me acordaba bien de todos los detalles falsos en torno a la identidad de los dos hermanos. Parecía que las ocho de la mañana no fueran a llegar nunca, de modo que me marché sin desayunar, dejando que mi madre e Isabelle siguieran holgazaneando un rato, como solían hacer los domingos por la mañana a modo de pequeño regalo semanal. Recorrer las calles silenciosas solo sirvió para acentuar mi inquietud y, cuando llegué al orfanato, miré alrededor y examiné las ventanas de los pisos cercanos. Un movimiento en la periferia me llevó a echar la vista atrás, pero no era nada, solo mis nervios. Inspiré hondo para intentar tranquilizarme y llamé a la puerta.

Leah me abrió al instante.

—Hoy tenemos a Alfred.

Suspiré aliviada. Era el *passeur* más experimentado y fiable con el que contábamos y ya había culminado con éxito siete viajes de ida y vuelta a la frontera con Suiza.

Isaac y Daniel estaban otra vez pegados a la pared y me miraban con ojos grandes y solemnes; comprendían a la perfección el peligro al que se enfrentaban. Anaïs y Leah estaban pálidas y ansiosas. Cuanto antes empezáramos, mejor para todo el mundo. Pero, antes de ponerme en marcha, el protocolo me obligaba a formular a los niños una serie de preguntas. Me alegró comprobar que las chicas se habían encargado de asearlos y conseguir que, con sus mochilas de cuero y sus zapatos lustrados, parecieran un par de colegiales aplicados.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté a Isaac.

—Pierre.

—Buen chico. ¿Y dónde vas?

—A casa de mi tía, en los Alpes. —Hizo una pausa—. Porque tengo ax…, asma.

Se quedó aliviado al ver que había sido capaz de pronunciar la palabra. Y entonces tosió un poco, llevándose la manita cerrada en un puño al pecho. Todo formaba parte de la actuación.

—¿Y este quién es?

Señalé a su hermano menor.

—Marcel. Solo tiene tres años.

Entendí por qué habían decidido hacerlo un año menor de lo que en realidad era: un niño de tres años podía seguir adelante sin tener que abrir la boca. Cuanto menos hablaran los más pequeños, mejor. Podían llegar a ser tremendamente impredecibles.

—¿Tres? —repetí—. ¿En qué fecha es su cumpleaños?

—El treinta y uno de julio.

—¿Y el tuyo?

—El cinco de diciembre.

—Enséñame vuestros papeles.

Isaac se descolgó la mochila y la abrió. Me entregó sus documentos de identidad con una dulce sonrisa. Me sentí orgullosa; lo estaba haciendo muy bien.

—¿Estarán allí mamá y papá? —preguntó Daniel con un hilillo de voz.

Isaac lo miró.

—Ya te lo he dicho, tienen que quedarse aquí para trabajar.

—¿Y por qué no nos dijeron adiós? —preguntó Daniel, y las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas.

—Nos dijeron adiós, pero estabas dormido.

Daniel se secó la cara con la manga.

—¿Por qué no me despertaron? Yo quería decirles adiós.

Isaac rodeó a su hermano con el brazo. Daniel se veía pequeño y perdido, pero tendría que ser fuerte.

—Marcel —dije en voz baja. Daniel no respondió—. Marcel —repetí subiendo un poco el tono.

Conteniendo la respiración, miré a las otras dos mujeres. Aquello no

marchaba bien. Si había aunque fuera el más mínimo riesgo, no podía llevármelos y, de no hacerlo, sabía que en cualquier momento los niños serían víctimas de una deportación. Cuando la policía no conseguía proporcionar prisioneros suficientes para cumplir con sus cupos, siempre acudía al orfanato.

Isaac le dio un codazo a su hermano pequeño.

—Responde. Dile tu nombre secreto.

—No quiero un nombre secreto —dijo Daniel echando hacia delante el labio inferior en un gesto de terquedad.

—Pero si es un juego —insistió su hermano—. Tienes que jugar para que podamos ver de nuevo a mamá y a papá.

—Será mejor que no hable. —Me volví hacia Isaac—. Dile que permanezca callado, dile que finja que no sabe hablar.

—Vale.

Isaac se sonrojó, como si estuviera avergonzado por su hermano menor. ¿O sería porque tenía miedo?

Era arriesgado. Siempre lo era. No estaba segura de que estuviesen preparados y sabía que Alfred los interrogaría todavía más antes de embarcarse en un viaje tan peligroso como aquel.

—Deberías irte. Es la hora. —Leah habló con autoridad—. Llévate a otros seis niños contigo.

—Sí, por supuesto.

Siempre salía del orfanato con un grupo numeroso para que, de este modo, si había alguien vigilando, pudiese volver con niños en vez de no volver. Nunca se sabía. Siempre había gente en busca de alguien a quien denunciar con la esperanza de ganarse el favor de los alemanes y que, a cambio, la ayudaran a conseguir un piso más grande o raciones extra de comida.

Leah fue a buscar seis niños más y salimos todos juntos del edificio; Isaac llevaba de la mano a su hermano. Caminamos en grupo hasta llegar al *métro*, donde nos separamos. Leah subió en el último vagón con los otros seis niños, como dictaba la norma para los judíos, y yo monté en un vagón intermedio con los dos hermanos. Recé para que no nos pidieran los papeles, aunque, si lo hacían, sabía lo que tenía que decir, y los niños también. Era un domingo muy temprano y ni

siquiera los *boches* estaban levantados. Cogí a los dos hermanos de la mano, tomamos asiento y vi que había dos pasajeros más.

—Marcel —dije subrayando su nombre falso—, hoy nos vamos de aventura. —Me miró con ojos grandes e inocentes y le presioné la mano—. Será divertido. —Me habría gustado que me sonriera, que pareciera un niño normal que va a pasar el día en el bosque—. Jugaremos a muchas cosas. —Pero Daniel seguía mirándome como si me hubiera vuelto loca.

—Sí —dijo su hermano saliendo en mi ayuda—. Y haremos un pícnic.

Los otros dos pasajeros miraban por la ventanilla, como si estuvieran a miles de kilómetros de allí, pero no podía fiarme de nadie.

Cuando salimos del *métro* en la estación de Michel-Ange-Auteuil, nos reagrupamos y caminamos juntos hacia el bosque. Los árboles habían florecido, pero el ambiente seguía siendo fresco. Inspiré hondo para intentar aliviar los calambres de mi estómago. Algunos de los niños empezaron a darse empujones entre ellos, como si al estar al aire libre se sintieran algo más seguros. El lago brillaba bajo el sol matutino y las barquitas de remos estaban ya en el agua. Ojalá hubiese podido subir con los niños a una de esas barcas, pero, naturalmente, los judíos tenían prohibido ese placer. Uno de los pequeños se paró un momento para coger un palito del suelo y lanzarlo al lago.

Un hombre que estaba sentado en un banco se levantó.

—Un día precioso, ¿verdad?

Me volví hacia el hombre. Era Alfred, nuestro *passeur*.

—*Oui* —repliqué—. Y tenemos dos niños aquí que están muy emocionados porque se van a ver a su tía.

—Bien, bien. ¿Son ellos? —dijo Alfred mirando a los dos hermanos.

Hice un gesto afirmativo.

—Pierre y Marcel.

Alfred extendió una mano enorme y estrechó las manitas de los hermanos.

—Encantado de conoceros, Pierre y Marcel. —Los niños le dieron un

beso en cada mejilla, como les habían dicho que tenían que hacer, igual que si fuese un familiar. Y, entonces, Alfred me dijo en voz baja —: Ahora, déjalos conmigo y da una vuelta alrededor del lago. Si considero que no están lo suficientemente preparados, me reuniré de nuevo contigo dando la vuelta en dirección contraria.

Los otros niños se despidieron de los hermanos y nos alejamos de allí. Todos sabían qué sucedía, pero no estaban autorizados a hablar sobre los compañeros que se marchaban de aquella manera. En cuanto se iban, teníamos que fingir que no habían existido nunca. Los niños eran sorprendentemente buenos para estas cosas y nunca habían preguntado por qué. Yo imaginaba que en el fondo lo sabían. Todos eran muy listos para su edad.

Caminamos un rato alrededor del lago. Los niños, desanimados, daban puntapiés a alguna que otra piedrecita. Yo estaba demasiado preocupada y ansiosa como para entablar conversación con ellos. Y casi me esperaba ver aparecer en cualquier momento a Alfred y los dos hermanos caminando en dirección contraria a mí: la señal de «misión abortada». Pero no volví a verlos.

# 10

*París, abril de 1944*

## Sébastian

Sébastian se levantó de su mesa en el antiguo edificio del banco Louis-Dreyfus, que había dejado de ser tal y albergaba el Commissariat Général aux Questions Juives, el CGQJ. Sin despedirse de sus compañeros, salió a la Place des Petits Pères. Eran solo las seis de la tarde y aún había luz. Tiró del cuello de su uniforme para aflojarlo un poco, inspiró hondo y soltó el aire lentamente, como si de esa manera pudiera expulsar de su interior toda la amargura y el veneno de las cartas de denuncia que se había visto obligado a traducir durante la jornada. Tenía el estómago revuelto y un fuerte ardor le abrasaba la garganta. Nunca antes había sufrido acidez y tenía la impresión de que su origen estaba en todas las palabras que había tenido que tragar a lo largo del día. No le apetecía comer nada, de modo que, en vez de sentarse en la terraza de una cafetería y pedir algo para cenar, decidió dar un paseo. Había adquirido la costumbre de caminar hacia el río, cruzar el Pont Louis-Philippe hasta la Île de la Cité y luego pasear por la zona que quedaba detrás de Notre-Dame. Era la vista de la catedral que más le gustaba: mucho menos grandiosa, con jardines similares a los de una mansión y arcos que se extendían en los extremos para sostener el lado más pequeño del edificio. La religión, pensó para sus adentros, la presunta causa de tantísimas guerras.

En cierto sentido, el nazismo era una religión, con la única diferencia de que no había perdón, no había redención y, a buen seguro, no había resurrección. Pero ¿un dios? ¿Hitler? Si no obedecías sus órdenes, eras castigado, probablemente condenado a muerte, pero no sin sufrir antes por tus pecados. El malentendido no tenía cabida, ni siquiera el entendimiento. El individuo no valía nada; todo era por el bien del grupo. Hitler comprendía a la perfección la psicología de

las masas, e incluso había dejado escrito que toda la propaganda debía estar pensada para el nivel intelectual del menos inteligente, que la verdad era mucho menos importante que el éxito. El mejor ejemplo de ello era la propaganda sobre los judíos que había logrado difundir con tanto éxito, que tenían que ser discriminados por su «raza», no por su religión. Había conseguido unir a la gente contra un enemigo común. Como debía de sucederles a muchos otros, imaginaba Sébastian, él no tenía nada personal contra los judíos, pero se había sentido impotente y le había resultado imposible nadar contra corriente. *Putain!* Debería haber visto venir la que iba a caerles encima. Tragó más bilis, pensando en lo mucho que le gustaría que hubiese una salida a todo aquello. Cruzó de nuevo a la otra orilla, se detuvo en el puente y observó el río: la corriente llevaba trozos de madera. Se imaginó la posibilidad de arrojarse a sus aguas, de dejarse arrastrar por ellas. Pero dio media vuelta, se apoyó en la barandilla y rechazó pensamientos tan oscuros como aquel. Buscó en el bolsillo del pecho de su uniforme, sacó una cajetilla de Gitanes y, colocándose de espaldas al viento, rascó el mechero y lo protegió con las manos para encender un pitillo. Pero la brisa que soplaba del río era fuerte y apagó la minúscula llama antes de que consiguiera prenderlo. ¡Mierda! Ni siquiera podía encenderse un cigarrillo. Frustrado y rabioso, lo estrujó y lo lanzó al agua.

No debía fumar tanto, de todos modos; antes no lo hacía. Se adentró en las estrechas y serpenteantes callejuelas y observó las cafeterías, las mesas y las sillas que llenaban las aceras. Había algunos ancianos sentados, disfrutando de una copa de vino tinto, y le habría encantado acompañarlos, pero notaba su mirada fulminándolo por la espalda a su paso. Suspiró para sus adentros y siguió andando en dirección al Panthéon.

La librería le quedaba de camino y, por un impulso, Sébastian abrió la puerta y entró. Le recibió el olor a polvo y papel viejo. Percibió el silencio que inundó al instante el local y no pudo evitar preguntarse si la campanilla haría las veces de señal de alarma para disimular rápidamente cualquier actividad ilegal que se estuviera llevando a cabo allí. ¿Y si la librería fuera un lugar de encuentro de gente de la

Resistencia? Confiaba en que no lo fuera.

—*Bonjour, monsieur.*

El librero salió de detrás de las estanterías, rompiendo el silencio. El saludo animó a Sébastian, mejorando su estado de humor.

—Veo que tiene abierto hasta tarde.

—Hasta la hora del toque de queda.

El silencio se apoderó de nuevo del establecimiento mientras los pocos clientes que quedaban salían discretamente. Sébastian los vio marchar, consciente de que era por él, una circunstancia agravada por cómo lo había recibido el librero en lugar de ignorarlo. Entendía que la gente utilizara el silencio a modo de arma y le dolía que fuera la única que les quedaba.

—¿Qué está buscando? —preguntó el librero mirándolo.

—Algo para leer.

—¿En serio? En este caso, está usted en el lugar adecuado.

El librero no sonrió, pero sus palabras tenían cierto tono jocoso, como si quisiera mostrarse amigable aunque no se conocieran. Aquello animó a Sébastian a proseguir con la conversación.

—Me gustaría descubrir más autores franceses, tal vez leer algo de poesía.

—Oh, sí, poesía, palabras salidas del corazón. ¿Pero no compró ya un libro de poesía la última vez que estuvo aquí?

Sébastian notó que el rubor le ascendía a las mejillas.

—Sí —reconoció—, aunque pensaba que quizá tuviese algo más que recomendarme.

—La poesía está en la parte de atrás.

Sébastian lo siguió hacia un lóbrego rincón del fondo de la tienda. El olor a polvo penetró sus orificios nasales y le entraron ganas de estornudar.

—Me temo que la poesía no es lo mío; eso de meterse en la cabeza de otra persona de esa manera… —El librero repasó con el dedo los polvorientos lomos de los libros que tenía delante de él, como si aquel pensamiento lo hubiera distraído—. ¿Qué le parecería un libro de relatos cortos? ¿Maupassant?

—Sí, no he leído nada suyo.

Sébastian lo siguió hasta el siguiente grupo de estanterías.

El librero se paró de repente y se volvió, quedándose frente a frente con él.

—Creo que no nos hemos presentado adecuadamente.

—Kleinhaus, Sébastian.

—Yannick Le Bolzec. —Le tendió la mano—. He de decir, Sébastian Kleinhaus, que me gustó mucho su modo de manejar a esos policías el otro día.

Sébastian experimentó una oleada de orgullo. Era la primera vez en varios años que alguien le dedicaba unas palabras amables.

—La verdad es que a algunos les queda un poco grande el uniforme.

—Tiene usted razón. —*Monsieur* Le Bolzec hizo una pausa antes de continuar—. No mentí, se lo aseguro, conozco a esa mujer desde que era una niña.

Sébastian se preguntó por qué el librero sentiría la necesidad de contarle aquello.

—¿Cómo es que la conoce?

—Su madre la traía siempre a la librería. Aprendió a leer aquí.

De pronto, Sébastian se sintió hambriento de información.

—¿Es estudiante?

—No. —Se calló, como si estuviese decidiendo si proseguir con la conversación—. Trabaja en un banco —dijo por fin mientras sacaba un libro de la estantería—. Mire, una selección de relatos cortos. —Le pasó un libro a Sébastian—. ¿Es la primera vez que está en París?

—No, estuve aquí con dieciséis años. —Sébastian abrió el libro por la página del título, pero su cabeza estaba en otra parte. ¿De verdad tenía dieciséis años? Lo recordaba como si estuviera recordando a alguien a quien había conocido en otra vida muy distinta—. Mi abuela francesa me trajo aquí para celebrar mi cumpleaños —murmuró—. En 1936.

Había habido una pequeña celebración en la cocina de su casa, en Dresde, donde le pasaron una copa alta que contenía un líquido burbujeante y alcohólico que no era *champagne*, como bien señaló *mamyne*, sino un *sekt* alemán. Hizo chocar su copa con la de su abuela y ella le murmuró al oído:

—¡Dieciséis! Ya eres casi un hombre. Ya es hora de que te lleve a conocer París.

*Mamyne* se había trasladado a Alemania para ayudar a su hija, que, en contra de su firme consejo, se había casado con un alemán, un hombre al que había conocido en un tren poco después de la Gran Guerra. «¿Cómo es posible conocer a gente en un tren?», se preguntaba *mamyne* millones de veces.

A pesar de la desaprobación de sus padres, *mamyne* utilizó los ahorros que tenía en Francia para comprar billetes de tren a París. Dinero que, en opinión de los padres de Sébastian, habría estado mejor empleado de haberse usado para alimentar a su familia alemana. El caso es que llegaron a París por la tarde y fueron directos al restaurante favorito de su abuela, L'Escargot, en el primer *arrondissement*.

En cuanto cruzaron las cortinas de terciopelo granate que cubrían la puerta principal, Sébastian entendió que estaba entrando en otro mundo. El comedor rebosaba lujo y placer y el aroma a masa recién salida del horno y a ajo les dio la bienvenida. Más terciopelo granate colgaba a modo de cortinajes de unos rieles dorados y las mesas lucían manteles blancos bordados. Los techos eran de madera oscura de roble repujada en dorado y la sala solamente estaba iluminada con la luz de las velas, que titilaban en todas las mesas. Era un ambiente íntimo y Sébastian seguía recordándolo con todo detalle.

*Mamyne* pidió por él: caracoles para empezar y, luego, una carne tiernísima envuelta en una masa de hojaldre que se deshacía en la boca, todo ello acompañado por un vino tinto con cuerpo. La cabeza de Sébastian daba vueltas a un ritmo de lo más placentero mientras su abuela lo educaba sobre la vida y el amor.

—Sébastian —le dijo—, no olvides nunca tu origen. Francia es mi verdadero hogar y espero que un día consideres que también es el tuyo. Los franceses saben vivir. Mira esa pareja de ahí. —Sébastian siguió la mirada de *mamyne*—. A nadie le importa que él no tenga las manos sobre la mesa, sino sobre ella. Disfrutamos viendo a las parejas enamoradas; no hay nada de qué avergonzarse. En el único momento que hay que separar las manos de tu amada es cuando toca cortar la

carne o pagar la cuenta —dijo riendo—. Tienes aún mucho tiempo por delante para estas cosas. Y, ahora, cuéntame qué autores estáis leyendo en la escuela.

Sébastian se sintió aliviado de dejar de hablar de chicas, pues le parecía que no era un tema que uno soliera discutir con sus abuelas.

—Ahora solo nos permiten leer autores alemanes —le explicó—. Pero yo sigo leyendo a Victor Hugo. Tengo *Los miserables* escondido debajo de la cama.

*Mamyne* chasqueó exageradamente la lengua.

—*Bien!* ¿Cómo se les puede pasar por la cabeza ordenarnos qué podemos leer y qué no? ¡Ignorantes! Mañana iremos a visitar la casa de Victor Hugo y compraremos otro de sus libros.

Al día siguiente, en la Place des Vosges, se sentaron a tomar un expreso en la terraza de la cafetería contigua a la casa de Victor Hugo. En la plaza, llena de verdor, una pareja de hombres mayores sentados en un banco se entretenían jugando al ajedrez en un tablero que habían dispuesto entre los dos. Se los veía tan educados que Sébastian se imaginó perfectamente al escritor paseando por el parque y parándose a charlar con los vecinos.

Durante la visita a la casa de Victor Hugo, a Sébastian le llamó la atención un poema expuesto en una de las paredes del comedor. *Mamyne* se lo leyó en voz alta.

*Demain, dès l'aube, à l'heure où blanchit la campagne,*
*Je partirai. Vois-tu, je sais que tu m'attends.*
*J'irai par la forêt, j'irai par la montagne.*
*Je ne puis demeurer loin de toi plus longtemps*.

Mañana, al alba, cuando blanquea el campo,
yo partiré. Mira, sé que me esperas.
Iré por el bosque, iré por la montaña.
No puedo permanecer lejos de ti más tiempo.

*Mamyne* le contó a Sébastian que la hija de Victor Hugo había muerto ahogada en un accidente de barco cuando contaba diecinueve

años. Sébastian sintió el dolor del padre y la añoranza por la hija perdida casi como si fuesen suyos y tuvo que tragar con fuerza para eliminar el nudo que se le había formado en la garganta y mirar hacia otro lado para serenarse antes de poder enfrentarse de nuevo a su abuela. Siguieron visitando las estancias de la casa y, en el dormitorio principal, su abuela le señaló la presencia de una segunda puerta, disimulada con papel pintado para que pareciera parte de la pared: la puerta secreta a través de la cual entraban y salían con discreción las amantes del gran escritor.

Más tarde, cuando el sol empezaba a ponerse, Sébastian y su abuela visitaron el Louvre, donde la belleza y la genialidad de las pinturas de los impresionistas dialogaron con él. Entendió rápidamente aquel deseo de capturar la luz. Él también la buscaba y, rebosante de optimismo juvenil, estaba seguro de que las oportunidades acabarían llegando. Lo único que tenía que hacer era estar preparado para aprovecharlas.

Al día siguiente, cuando volvieron a casa, su padre lo informó de que el alistamiento a las Juventudes Hitlerianas había pasado a ser obligatorio.

—¿Y qué le pareció nuestra ciudad por aquel entonces?

Con aquella pregunta aparentemente amigable, *monsieur* Le Bolzec devolvió a Sébastian al presente, aunque este no pudo evitar percatarse de la utilización posesiva de la palabra «nuestra».

—Me pareció muy bella. La luz era distinta, distinta a la de Alemania.

—París, la Ciudad de la Luz. —*Monsieur* Le Bolzec suspiró—. Todo un tópico.

—No, en absoluto. Era verdad.

—¿Era? —*Monsieur* Le Bolzec levantó una ceja y esbozó una media sonrisa.

—La piedra que se utiliza para la construcción es blanca —replicó Sébastian—, y hace que todo parezca más luminoso. En Alemania, los edificios son más oscuros.

—No he estado nunca en Alemania —declaró el librero—. Es decir, más allá de la línea del frente. —Sonrió con ironía.

Debía de haber servido en la Gran Guerra, por supuesto, y en ese momento estaba atrapado en otra. Su cinismo era más que perdonable.

—¿Me permite preguntarle dónde aprendió a hablar tan bien el francés?

—Mi madre es francesa.

*Monsieur* Le Bolzec levantó de nuevo una ceja.

—¿Y padre alemán?

—Sí. Estoy aquí en calidad de traductor —le explicó Sébastian.

—Un hombre de palabras, pues.

—Supongo que podría decirse así, sí, aunque pocas veces me encuentre con palabras poéticas. —Se interrumpió, pensando si haría bien en continuar explicándose—. Papeleo, documentos, nada de gran importancia.

No quería revelar más cosas. *Monsieur* Le Bolzec parecía inofensivo, pero, aun habiendo percibido en él cierta cordialidad hacia su persona, habría sido ingenuo por su parte dar por sentado que fuera sincera.

De pronto, *monsieur* Le Bolzec dio media vuelta y retiró otro libro de la estantería.

—Tenga, este podría gustarle.

Sébastian cogió el libro y observó la portada. *El retrato de Dorian Gray*.

—Oscar Wilde. No es un autor francés.

—No, es irlandés, pero en este caso está traducido al francés. Un libro muy interesante; creo que le gustará.

# 11

*París, abril de 1944*

## Sébastian

—¡Mecachis!

De la mejilla de Sébastian brotó una gota de sangre. Apartó la maquinilla de afeitar de su barbilla y se inclinó hacia delante para poder verse en el mugriento espejo mientras el borde del lavabo se le clavaba en el estómago. El blanco de sus ojos había adquirido un color amarillo acuoso y sus iris, un azul turbio, similar al del mar en plena tormenta. Estaba seguro de que antes eran más brillantes. Se pasó la mano por la barba incipiente y pensó en lo mucho que había cambiado a lo largo de los últimos cuatro años. Había perdido su brillo, su chispa, su *joie de vivre*, o como quisiera que se llamara eso. Miró fijamente sus ojos, apagados e inexpresivos, y recordó cómo los habían hecho brillar las emociones experimentadas. Pero sabía ya demasiado sobre la vida, demasiado sobre sí mismo.

Volvió a pensar en la mujer de la librería. Ella sí tenía esa luz interior. No es que fuese bonita —sus facciones eran demasiado marcadas—, pero tenía algo. Una mirada desafiante, una fuerza de voluntad. Y le resultaba intrigante.

Siguió pasándose la maquinilla de afeitar por la barbilla y esbozó una mueca de dolor cuando la hoja le rascó la piel, dura y seca. Con aquel jabón tan malo que le daban era imposible conseguir una espuma decente. Después de afeitarse, con un resultado insatisfactorio, se puso la camisa sobre el cuerpo húmedo, se acabó de vestir y salió del hotel de la rue du Temple. Al menos, no estaba alojado en barracones, como el resto de la Wehrmacht. Al formar parte del personal administrativo, tenía derecho a una habitación propia, y en los hoteles requisados había habitaciones de sobra.

Cuando llegó a la oficina, le costó concentrarse en su trabajo. Se

sentó a la mesa y fijó la vista en la montaña de cartas de denuncia que esperaban ser traducidas al alemán. Por mucho que no se encargase personalmente de irrumpir en viviendas a media noche y registrarlas, de sacar a los niños de la cama o de sus escondites y obligarlos a subir a empujones a los camiones, por mucho que no fuese el responsable de apretar el gatillo, Sébastian era su cómplice.

Apesadumbrado, cogió la siguiente carta.

> A quien pueda interesarle:
>
> Como ciudadanos preocupados, hemos considerado oportuno llamar su atención sobre el hecho de que el orfanato de la UGIF de la rue Claude Bernard parece estar perdiendo niños últimamente. Vivo en la acera de enfrente y he estado observando los movimientos de entrada y salida del edificio durante las pasadas semanas. Los niños suelen salir a pasear los domingos por la mañana, pero a menudo el número de niños que regresan al orfanato es inferior al de los que salen.

Sébastian dejó de leer y se frotó los ojos, secos y cansados. Un nudo de abatimiento le cerró el estómago al imaginarse la escena que se desarrollaría en el orfanato: las mujeres saliendo esposadas de allí para ser interrogadas, los niños llorosos y confusos siendo trasladados al campo de internamiento de Drancy. No alcanzaba a comprender cómo era posible que ciudadanos franceses denunciaran a gente que se dedicaba a salvar niños; niños que podían ser sus vecinos.

La puerta del despacho estaba abierta y, cuando miró a través de ella, vio a todo el mundo concentrado en su trabajo; las máquinas de escribir sonaban como disparos de pistola, una bala tras otra. Se presionó las sienes con las palmas de la mano e intentó sosegar sus pensamientos. Pero su pulso se aceleró cuando una idea empezó a tomar forma en su cabeza. Era una idea peligrosa y, si alguien descubriera lo que había hecho, sería el final de su carrera. Y, probablemente, también el suyo propio. No estaba seguro de tener el

coraje suficiente para llevarla a cabo, por lo que, en consecuencia, retrasando su decisión, dobló la carta en cuatro y se removió nervioso en su asiento mientras se la guardaba en el bolsillo posterior del pantalón.

Durante el resto del día, Sébastian trabajó de forma mecánica, intentando no pensar, y a las cinco y media estaba exhausto por el esfuerzo que aquello le había conllevado. No había alcanzado la cuota de cartas que debía traducir diariamente, pero se levantó y cogió la gorra. Había llegado el momento de tomar una decisión y allí era incapaz de pensar como era debido. De camino hacia la salida, pasó por delante de sus compañeros e intuyó que algunos levantaban la vista de su trabajo al verlo marcharse, pero mantuvo los ojos fijos en la puerta.

Una vez fuera, la realidad le impactó como un puñetazo en el estómago. ¿En qué demonios estaba pensando? Un sudor frío le empapó la nuca cuando se imaginó lo que podrían hacerle si alguna vez descubrían que había eliminado una carta de denuncia. Un coche negro de la Gestapo dobló en aquel momento la esquina. Por instinto, Sébastian se pegó a la pared hasta que el coche pasó y, a continuación, enfiló la primera calle que encontró y echó a andar sin rumbo mientras intentaba decidir qué hacer con la carta.

Al cabo de poco rato, se dio cuenta de que estaba en la rue Montmartre e imaginó que aquella calle lo conduciría directamente hasta el pequeño pueblo de Montmartre, en cuyo punto más alto se alzaba la iglesia blanca del Sacré-Coeur y se dominaba todo París. No la había visitado aún y, a pesar de que no era mucho de iglesias, supuso que sería un buen lugar para estar tranquilo y pensar. Siguió caminando unos diez minutos hasta que vio el famoso molino de viento, iluminado de rojo: el Moulin Rouge. Una cola de soldados alemanes llenaba la acera. Pasó rápidamente de largo, dobló una calle y enseguida encontró una empinada escalera que llevaba hasta la iglesia. Se sujetó a la barandilla de metal que dividía la escalera en dos y su respiración se fue acelerando a medida que iba ascendiendo; la escalera parecía infinita. Más adelante, oyó música y pronto descubrió su origen: un anciano inclinado sobre una guitarra con dos

mujeres a su lado tarareando la melodía. Cuando lo vieron, la música se paró en seco. Continuó caminando, vagamente consciente de que la música se reanudó en cuanto él se perdió de vista.

Una vez arriba, siguió la estrecha callejuela que flanqueaba un parque y llegó a la iglesia. Las cúpulas eran blancas resplandecientes, parecía un castillo de cuento de hadas.

Al entrar en la iglesia, lo golpeó el silencio. No era solo ausencia de sonidos, sino un silencio pacífico e implacable. A pesar de los altísimos techos, el ambiente era acogedor. Indeciso, Sébastian recorrió la nave lateral de la iglesia, fijándose en los confesionarios y en las escasas velas encendidas ante los altares. En los bancos, había una veintena de personas arrodilladas con la cabeza inclinada en señal de oración. Se dirigió a una de las filas de la parte delantera y se sentó. De pequeño, iba a la iglesia con su familia por Navidad y Semana Santa y, aunque siempre le había resultado aburrido, le gustaba imaginarse que Dios velaba por él, le hacía sentirse seguro. ¡Qué tontería! Nadie velaba por él, ni mortal ni inmortal. Pensó en los dioses griegos y en cómo jugaban con la gente como si fueran peones de un tablero de ajedrez. Eso le parecía más realista.

A medida que iba absorbiendo la paz y el silencio del espacio, se iba apoderando de él una desconocida sensación de calma. Dirigió la vista al techo: Jesucristo, con los brazos extendidos, lo observaba desde arriba, pero tenía una mirada inexpresiva, indiferente incluso. Si había un Dios, no estaba ahí para gente como él. No, estaba ahí para las víctimas y los inocentes, para los que buscaban consuelo, no razones. Con un suspiro, Sébastian se levantó para marcharse y, al hacerlo, notó el crujido de la carta que llevaba en el bolsillo, como si estuviera susurrándole, diciéndole que siempre había posibilidad de elección, aunque uno pensara que no. De pronto, supo lo que iba a hacer con la carta.

A Sébastian le temblaron los dedos mientras sostenía la carta sobre la vela de uno de los altares de ofrendas y veía cómo el papel se volvía anaranjado al prender la llama hasta acabar totalmente negro y desintegrarse en cenizas. Sopló para apagarlo por completo y los minúsculos fragmentos se dispersaron por el suelo de la iglesia. Con la

suela de la bota, los empujó para que desaparecieran por entre las ranuras de las baldosas.

Salió de la iglesia a la noche. *Putain!* ¿Qué acababa de hacer? Cerró los ojos, inspiró hondo hasta forzar la entrada de aire en los pulmones y luego lo soltó muy lentamente. De repente, lo embargó una inusual sensación de orgullo. No era más que un pequeño gesto, aunque se sentía más firme, como si fuera un hombre que controlaba su destino. ¿Pero era suficiente? Podría hacer lo mismo con otras cartas. Eran como malas hierbas: cuando cortabas una, salían más. Una vez cruzada aquella línea, tendría que vigilar por si aparecían más. Sabía que debía avisar a la gente del orfanato, ¿pero cómo? Nadie se fiaría de él; a quienquiera que se lo contara pensaría que era una trampa. El único francés que tal vez estuviera dispuesto a escucharlo era *monsieur* Le Bolzec, aunque apenas lo conocía. Podía ser perfectamente un *collabo*, ¿y acaso no se había jugado ya el tipo lo suficiente? Tendría que pensarlo muy bien.

El sol se ponía lentamente detrás del Sacré-Coeur cuando Sébastian enfiló de nuevo la escalera para bajar. Dos soldados subían en dirección contraria, riendo a carcajadas.

—*Heil, Hitler!*

Se pararon y levantaron el brazo a modo de saludo. Sébastian sonrió en vez de alzar el brazo. El soldado más joven puso mala cara, pero el otro le preguntó si quería acompañarlos a tomar una copa.

—Esta noche no, gracias —dijo Sébastian intentando mostrarse amigable; no quería meterse en problemas.

—Tú mismo —replicó el más joven—. Pero ándate con cuidado con las chicas, *mein freund*, todas tienen la gonorrea.

El otro soldado le dio una palmada en la espalda a su compañero.

—Eso lo sabes tú bien, ¿no?

Sébastian los dejó con sus risas y siguió bajando.

Una chica emergió de repente entre las sombras.

—Hola, soldado. —Como un gato, avanzó provocativamente hacia él y posó la mano en su hombro con delicadeza—. ¿Buscas compañía

esta noche?

Estaba demasiado oscuro para verla bien y, además, un sombrero de gran tamaño ocultaba en parte su cara. El olor a vino rancio lo golpeó con fuerza. Ignoró a la mujer y continuó caminando, aunque un segundo después experimentó una punzada de arrepentimiento. Tener un poco de compañía no habría estado mal y ¿tan terrible era que una mujer se prostituyera a cambio de algo de dinero? Había cosas peores, mucho peores. Los hombres y las mujeres se vendían a diario para sobrevivir. De más joven, él mismo lo había hecho sin siquiera ser consciente de ello, cuando había ganado tantos trofeos de atletismo para las Juventudes Hitlerianas, cuando había saboreado aquellos elogios y desfilado en uniforme sintiéndose uno de los pocos elegidos. Qué idiota había sido. Mucho peor que una prostituta barata.

Por impulso, Sébastian decidió pararse a tomar una copa en una de las cafeterías que encontró al final de la escalera. Cuando se sentó en un taburete y pidió un coñac, se fijó en dos mujeres en el otro extremo de la barra. Llevaban las piernas al aire y el vestido lo suficiente subido como para exhibir la palidez de sus muslos. En la parte posterior de las piernas, se veían unas líneas borrosas dibujadas para emular unas medias.

De pronto, las tuvo a su lado.

—¿Qué te parecería invitar a una copa a estas dos señoritas?

Sébastian, admirado por su atrevimiento, pidió al camarero una jarra de vino blanco para compartir entre los tres. Sin miramientos, el camarero empujó la jarra por la barra y Sébastian se vio obligado a servir.

Brindaron mirándose a los ojos.

—*Santé*.

Una de las mujeres tenía una fina línea negra dibujada en las pestañas inferiores y los labios pintados con carmín rojo oscuro y perfilados en morado. La otra no llevaba maquillaje, pero tenía los labios carnosos y sensuales. Hizo un mohín cuando se llevó un cigarrillo a la boca y dio una larga calada. Sébastian la observó mientras apuraba su copa de vino y sintió la mano de la mujer ascendiendo firmemente por su muslo. Y, entonces, se inclinó hacia él

y Sébastian percibió la turgencia de sus senos contra su pecho. La mujer le dijo al oído:

—Dos son mejor que una. Podemos hacerte muy feliz.

La boca de la mujer se deslizó por el cuello de Sébastian, mordisqueándolo. Él cerró los ojos un instante y disfrutó de la estimulante sensación de excitación. Y, entonces, notó que la otra mujer trazaba una línea en su mejilla con la uña.

—¿Qué te parece, *soldat*? —susurró.

Fue la palabra «soldat» la causante; eso y un inesperado olorcillo a una colonia que le resultaba conocida. Olía igual que la que utilizaba el comandante. El deseo se esfumó de repente.

—Escuchen, señoritas, tengo que irme, pero pueden seguir disfrutando del vino.

Dejó unas monedas de la barra y dio media vuelta, dispuesto a marcharse.

—No sabes lo que te pierdes, *soldat* —le gritó una de las mujeres a sus espaldas.

La hora del toque de queda estaba más que superada y el ambiente en las calles era distinto. Cualquiera que deambulara por ellas tenía derecho a estar allí, lo que significaba que o era alemán o había quedado integrado entre ellos. La presencia de prostitutas estaba tolerada, aunque los nazis preferían que estas realizasen su trabajo en cualquiera de los burdeles autorizados.

De camino hacia el *métro*, una chica apoyada en una pared le llamó la atención. Tenía un aire distinto, como si sus pensamientos estuvieran a muchos kilómetros de allí, y sus mejillas lucían un atractivo toque de color.

Sébastian se paró.

La chica levantó la vista y sonrió. Era una sonrisa sincera y natural, y Sébastian sonrió también sin darse ni cuenta. Se disponía a seguir caminando cuando la chica avanzó hacia él y, sin decir palabra, le dio la mano. Le pareció ligera y frágil, como si pudiese romperla solo con presionarla un poco. La apretó con los dedos.

—¡Eh! —exclamó la chica.

Sébastian aflojó la presión y sonrió.

—*Pardonnez moi.*

El miedo que reflejaban los ojos de la chica se transformó al instante en alivio. Qué vulnerable era. Podría hacerle cualquier cosa y no aparecería nadie dispuesto a protegerla. Estaba mal, todo estaba terriblemente mal.

—¿Te apetece tomar una copa conmigo? —dijo la chica.

Sébastian se llevó la mano al bolsillo y sacó la cartera.

—Esta noche no puedo —dijo—. Pero, ten, coge esto.

Depositó un billete de cinco francos en la mano de la chica.

—*Merci, monsieur, merci* —dijo cuando Sébastian reemprendió su camino.

# 12

*París, abril de 1944*

## Sébastian

Sébastian consultó el reloj de la pared: no eran más que las cinco. Se recostó en su asiento, extendió los brazos por detrás de su cabeza y giró su rígido cuello hacia un lado y hacia otro para ver a sus atareados colegas, inclinados sobre máquinas de escribir o montañas de papeles. Estaba inquieto, y la idea de tener que volver a cenar solo le resultaba deprimente.

Suspiró y miró una vez más los montones de cartas a la espera de ser traducidas. Haría dos más y se iría. Tenía los ojos secos y cansados, de modo que eligió una de las mecanografiadas, que siempre eran más fáciles de leer. Estudió por encima la hoja. Estaba firmada por «Un homme honnête» y afirmaba saber de alguien que era comunista. Insertó un papel en blanco en la máquina de escribir y empezó a traducirla palabra por palabra.

Eran apenas las cinco y media cuando se marchó, y algunos de sus compañeros levantaron la vista de su trabajo al verlo salir por la puerta. Al cruzar el Pont Neuf, se paró un momento para ver el barco que pasaba por debajo; navegaba algo hundido en el agua debido al peso de su carga. Continuó caminando por el muelle de la otra orilla y pasó por delante de varios soldados alemanes sentados en las terrazas de las cafeterías en compañía de mujeres francesas. No pudo evitar preguntarse qué sentirían realmente aquellas mujeres por esos hombres. ¿Los verían como un vale para comprar carne o albergarían sentimientos hacia ellos? ¿Acaso tenía eso importancia?

Sin darse cuenta, puso rumbo hacia la librería. La campanilla sonó para anunciar su entrada y el librero apartó la vista de la estantería que estaba reponiendo. Sébastian vio un destello de reconocimiento en los ojos de *monsieur* Le Bolzec, aunque enseguida se enfriaron.

Probablemente, sería porque no era tan bienvenido como se imaginaba.

La campanilla volvió a sonar. Entró una anciana, que lo saludó con un gesto.

—*Bonsoir, madame* —dijo *monsieur* Le Bolzec sonriéndole.

—*Monsieur* —replicó la mujer escuetamente, volviéndose hacia Sébastian con el ceño fruncido.

—*Bonsoir, madame* —se apresuró a decir Sébastian.

La anciana lo miró de arriba abajo y, sin decir palabra, dio media vuelta y salió de la tienda. Sébastian oyó el suspiro de *monsieur* Le Bolzec y se quedó parado un instante, muy incómodo.

—Lo siento. Me parece que estoy espantándole la clientela —dijo Sébastian preguntándose si haría bien en marcharse.

—No se preocupe. De todos modos, esa señora nunca compra nada. En este momento, no suelo vender más de dos libros al día.

El ambiente seguía cargado y la sensación de aislamiento y soledad de Sébastian se volvía más dolorosa a cada minuto que pasaba. Pero no estaba preparado para irse. Se quitó la gorra, la guardó bajo el brazo y se acercó a una estantería, donde eligió un libro al azar y lo hojeó sin asimilar nada de su contenido.

—Confío en que no le moleste la pregunta —dijo rompiendo el silencio *monsieur* Le Bolzec, que lo había seguido—. ¿Tiene que llevar uniforme cuando está fuera de servicio?

Sébastian cerró el libro y miró al librero.

—Nunca estamos fuera de servicio.

*Monsieur* Le Bolzec arqueó una ceja.

—¿Nunca?

—Así es. Nunca.

—No los harán dormir también de uniforme, imagino.

—No, pero, si me sorprendieran vestido de civil, podrían formarme un consejo de guerra.

*Monsieur* Le Bolzec estudió unos instantes a Sébastian.

—No es usted más libre de lo que podamos serlo nosotros, entonces.

—La verdad es que no. —Sébastian negó con la cabeza—. La única diferencia es que tenemos mejor comida.

—Y jabón.

—Sí, tenemos jabón.

Los dos hombres siguieron mirándose un rato más y, si no estaba equivocado, a Sébastian le dio la sensación de que entre ellos se transmitía alguna cosa, una especie de entendimiento mutuo.

—¿Ha leído ya ese libro de Oscar Wilde? —preguntó por fin *monsieur* Le Bolzec.

—Sí, lo terminé justo ayer —respondió Sébastian pensando en cómo el modo de vida depravado de Dorian había acabado cautivándolo—. Me han gustado mucho las descripciones de Londres.

*Monsieur* Le Bolzec levantó imperceptiblemente una ceja, como sugiriendo que su respuesta resultaba algo superficial.

—¿Qué le pareció el final?

—Inteligente. Tarde o temprano, la superficie acaba resquebrajándose.

Sébastian se preguntó si el librero estaría intentando trazar un paralelismo entre el nazismo y la vida de Dorian Gray. Porque existía: los oficiales de rango más alto iban siempre impecablemente vestidos, eran el modelo de la buena educación y utilizaban eufemismos como «reasentamiento» e «interrogatorio» sin ni siquiera levantar la voz, como si fueran conceptos civilizados.

—Efectivamente. —*Monsieur* Le Bolzec sacó un libro de la estantería —. Durante su última visita aquí, me comentó que, cuando visitó París por primera vez, era usted un muchacho de dieciséis años.

—Así es. Mi abuela francesa quería enseñarme la ciudad en la que se había criado.

—¿Cuándo fue eso? Si no le importa decírmelo, por supuesto.

—En 1936.

—El año en que Alemania ganó la mayoría de las medallas olímpicas.

—Sí.

—¿No fue también ese el año en el que Hitler hizo obligatorio que los niños se incorporasen al ejército?

—¿A las Juventudes Hitlerianas? Sí.

—Cualquier joven menor de dieciocho años.

Sébastian asintió.

*Monsieur* Le Bolzec observó a Sébastian.

—Debo admitir que en su momento pensé que era una decisión muy inteligente. —Sébastian se quedó sin saber qué replicar, pero no tuvo necesidad de decir nada porque *monsieur* Le Bolzec siguió hablando—. De este modo, consiguió hacerse con un ejército leal, ¿verdad? Apuesto lo que quiera a que les dio uniformes elegantes y les llenó bien el estómago. —Sébastian bajó la vista, pensando en que quizá estuviera siendo desleal por mantener una conversación de aquel calibre con un francés que era prácticamente un desconocido—. Debieron de pasárselo bien, tantos chicos juntos. Seguro que jugabais.

¿Pasarlo bien? ¿Jugar? Sin querer, Sébastian rememoró uno de aquellos «juegos».

Tenía que ver con pelotones, grupos de chicos que supuestamente estaban en el mismo bando, excepto uno, que era elegido como víctima. La víctima disponía de diez minutos para correr a esconderse antes de que los demás salieran en su búsqueda. Cuando volvían y se presentaban ante el comandante con el pobre chico, tenían que encargarse también de aplicarle el castigo. En una ocasión, el comandante se dio cuenta de que Sébastian no estaba participando en una paliza a su compañero.

—Kleinhaus, es usted demasiado compasivo, ¿no le parece? ¡Dele una patada en la cara! ¡Es una orden!

Sébastian bajó la vista a sus rígidas botas y, luego, miró la cara aterrada del chico. Echó la pierna hacia atrás para lanzar la patada, pero algo en su interior pudo con él y salió corriendo a la máxima velocidad que le daba su cuerpo. Era el mejor atleta del grupo y pasó varias horas corriendo como si le fuera la vida en ello. Finalmente, cuando cayó la noche, se quedó en el bosque y allí siguió hasta el amanecer.

A la mañana siguiente, cuando se reincorporó al grupo, el comandante lo recibió con expresión dura y desagradable. Señaló a uno de los chicos de más edad, que se acercó a él con andares chulescos y mirada malévola. A Sébastian le circulaba la sangre a toda velocidad por las venas y, una vez más, sintió la necesidad de salir

corriendo, pero ya no le quedaba energía.

El puñetazo llegó veloz y certero a su cara, tumbándolo de lado. El dolor le atravesó la mandíbula. Intentó enderezarse, pero la cabeza le daba vueltas y se tambaleó, apenas consciente de las carcajadas que lo envolvían.

—¡Celda de castigo para Kleinhaus! —gritó alto y claro el comandante.

El chico de más edad agarró a Sébastian por el hombro, lo empujó hasta situarlo delante de él y le dio un puntapié en el trasero.

—Muy bien, Kleinhaus, si no sabe luchar, siempre puede echar a correr.

La risa del comandante vibró en el cuerpo de Sébastian hasta que lo perdió de vista.

Sébastian miró a *monsieur* Le Bolzec, aunque seguía perdido en aquel recuerdo.

—Sí —dijo—, jugábamos.

# 13

*París, abril de 1944*

## Élise

Pensé en pasarme por la librería al salir del trabajo porque quería comprarle a Isabelle un libro como regalo de cumpleaños. *Monsieur* Le Bolzec no solía cerrar hasta la hora del toque de queda, razón por la cual iba con tiempo de sobra.

—Élise, querida mía, qué placer verte.

*Monsieur* Le Bolzec salió de detrás de una estantería, seguido por un hombre con uniforme. El alemán de la otra tarde.

—*Bonsoir, mademoiselle*.

Tuvo la audacia de tenderme la mano, como si fuéramos viejos conocidos.

Sin embargo, no separé las manos de los costados y me quedé mirándolo. El *boche* tuvo incluso el descaro de devolverme la mirada, pero desde luego no iba a ser yo la primera en apartar la vista. Seguí observándolo con ojos gélidos. La situación debió de prolongarse solo un par de segundos, pero me sentí como si el tiempo se estirase cual goma elástica. Me fijé entonces en que sus iris eran de color azul claro, similares a la tonalidad del aguamarina que yo tenía engarzada en un anillo.

—Debería irme —dijo entonces.

Me sentí triunfante. Y no estaba dispuesta a permitir que el modo en que sus hombros se vinieron abajo y el tono triste de su voz emborronaran mi sentimiento de victoria.

—No tiene por qué marcharse —dijo enseguida *monsieur* Le Bolzec, mirándome.

Pero el alemán le estrechó la mano, me saludó con un gesto, se puso la gorra y se fue.

En cuanto la puerta se cerró a sus espaldas, *monsieur* Le Bolzec se

volvió hacia mí.

—No deberías ser tan hostil.

—¡Estamos en guerra con ellos! —El corazón me iba a mil de pura rabia—. ¡Es un *boche*!

—Pero él no es el responsable de la guerra.

—¡Todos ellos son responsables! Del primero al último.

*Monsieur* Le Bolzec sacudió la cabeza y suspiró.

—En realidad, es casi un niño.

Lo miré con exasperación y me pregunté si seguiría con más excusas para justificar al *boche*.

—Se llama Sébastian, Sébastian Kleinhaus. Es medio francés: su madre es francesa y su padre alemán.

—*Je m'en fous!* ¿Y eso qué importa? ¡Lleva el uniforme nazi!

Lo miré a los ojos y le sostuve la mirada, desafiándolo, aunque encararme a él de aquella manera me hizo sentir incómoda.

Sonó la campanilla y los dos nos volvimos hacia la puerta. Era un joven con una señora mayor del brazo.

—*Bonsoir, mademoiselle, monsieur* —dijeron al entrar. Se acercaron a una estantería y empezaron a mirar libros.

*Monsieur* Le Bolzec se volvió de nuevo hacia mí.

—La verdad es que eso de las nacionalidades es una cosa graciosa. ¿Qué significa realmente ser francés?, ¿o ser alemán?

No sabía muy bien adónde quería ir a parar *monsieur* Le Bolzec con todo aquello y no me apetecía continuar la discusión habiendo más gente presente. Me planteé marcharme, pero tampoco quería irme con mal sabor de boca. Y mi intención era comprar un libro, además.

—¿Has oído hablar de las Juventudes Hitlerianas? —prosiguió *monsieur* Le Bolzec.

—Sí.

Me fijé en los otros clientes, pero parecían concentrados en un libro que estaban mirando juntos.

—El adoctrinamiento de toda una generación. La idea brillante de Hitler. —Bajó un poco la voz—. Todo basado en el nacionalismo. Y Hitler nunca les dio posibilidad de elegir. A partir de los doce años, todos tenían que alistarse en ellas.

—No entiendo por qué insiste en excusarlo —dije en voz baja.

*Monsieur* Le Bolzec me puso la mano en el codo.

—No se trata de excusas, Élise, sino de razones. Cuando llegues a mi edad, verás el mundo de otra manera, te darás cuenta de que existe la historia y luego existe la historia detrás de la historia. —Se inclinó más hacia mí—. No juzgues nunca tan rápidamente.

La señora mayor empezó a toser y, cuando miré hacia allí, vi que el joven le estaba frotando la espalda. No me dio la impresión de que sirviera de mucho, puesto que la mujer volvió a toser y luego otra vez; la tos era tan seca que me hizo sufrir por ella.

*Monsieur* Le Bolzec corrió a la trastienda y reapareció con un vaso de agua. Se lo ofreció a la anciana y le puso una mano en el hombro. La mujer bebió un sorbito y miró a *monsieur* Le Bolzec con ojos lagrimosos.

—*Merci, monsieur. Merci.*

—Venga y siéntese.

*Monsieur* Le Bolzec la cogió por el brazo y la acompañó hasta uno de los taburetes que tenía detrás de la caja registradora. Observé cómo la ayudaba a sentarse, sin soltarla ni un instante y sin dejar de hablarle en voz baja para tranquilizarla. Me fijé entonces en el joven y advertí que estaba aliviado. La amabilidad de *monsieur* Le Bolzec me hizo sentir torpe e incómoda.

Cuando se marcharon, *monsieur* Le Bolzec volvió a hablar conmigo.

—Élise, no puedes permitirte ser tan… tan transparente.

—¿A qué se refiere?

*Monsieur* Le Bolzec se rascó las patillas, estudiándome.

—Te conozco desde que eras una niña. Sé lo que piensas de la ocupación, de los alemanes. —Suspiré ruidosamente; aquello no era ningún secreto—. Y veo que vives en un estado de nervios constante; lo noto. No es necesario que me cuentes en qué andas metida. Lo único que quiero decirte es que nunca se sabe cuándo alguien puede acabar resultándote útil, cuándo te convendrá tener al enemigo de tu lado.

—¿Está diciéndome que podríamos utilizarlo?

—Nunca se sabe. Disculpa mi arrogancia, pero creo que sé juzgar

bien el carácter de las personas. Ese chico vive atormentado por la culpa y la soledad, una combinación letal.

—¿Chico? ¡Pero si es un hombre!

—Sí, tienes razón, aunque todavía es muy joven, apenas se conoce a sí mismo. Nunca ha podido tomar sus propias decisiones. Fue un hijo obediente que se convirtió en un soldado obediente. Pero en él hay algo más. Es un alma en conflicto.

—¡Como debe ser!

Me parecía increíble que *monsieur* Le Bolzec aspirara a que yo simpatizara con un *boche*.

Esbozó una media sonrisa.

—Hablar un poco con él no te haría ningún daño. —Hizo una pausa —. Solo cuando no haya nadie más en la tienda, claro está. Ambos sabemos lo aficionada que es la gente a los chismorreos. Este chico está lejos de su casa y se siente perdido y solo. Yo tenía su misma edad cuando me enviaron al frente, cuando la Gran Guerra. ¿Crees que me apetecía ir a combatir? ¿Crees que me apetecía ir y matar a chicos que ni siquiera conocía, que habían sido enviados a la guerra igual que yo? No, pero fui igualmente, ¿verdad? No es tan diferente a lo que está haciendo ese chico ahora: seguir órdenes, porque la alternativa da mucho miedo.

Exhalé un prolongado suspiro. Pese a que entendía su razonamiento, no era mi problema. Mi problema era plantar cara al enemigo, y eso era justo lo que Sébastian Kleinhaus era: el enemigo.

# 14

*París, abril de 1944*

## Sébastian

*Est-ce à nous qu'il prête l'oreille?*
*Est-ce aux anges? Est-ce aux démons?*
*A quoi songe-t-il, lui qui veille*
*A l'heure trouble où nous dormons?*

¿Es a nosotros a quienes escucha?
¿Será a los ángeles? ¿A los demonios?
¿En qué está pensando, el que vela por nosotros,
durante las horas inquietas en las que dormimos?

Sébastian cerró el libro de poesía de Victor Hugo. Estaba cansado, aunque el sueño se negaba a liberarlo. Apagó la lamparita y se tumbó de lado, pero tenía calor, demasiado calor. Oyó un portazo. Un compañero que debía de estar de vuelta después de unas horas de juerga. Una risa de mujer. ¡Mierda! Le tocaría oír el crujido de los muelles de la cama durante toda la noche.

Encendió de nuevo la luz de la mesita de noche y consultó el reloj: las dos y media. El sonido de las botas de clavos interrumpió las risas de la habitación contigua. Sébastian salió de la cama y abrió las ventanas, soltó el pasador que cerraba las contraventanas y se asomó. Inspiró una bocanada de aire fresco. Vio pasar tres soldados, con los rifles apuntando hacia arriba. Se detuvieron delante de un bloque de pisos un poco más adelante en la misma calle. Uno de ellos abrió la puerta golpeándola con la culata del rifle y entraron.

Salieron de nuevo pasados unos minutos, apuntando con los rifles la cabeza de un hombre. Estaba en pijama y caminaba con los brazos en alto. A su lado, iba una mujer en camisón con un niño de la mano.

Sébastian se asomó un poco más y oyó el llanto del niño hasta que se perdió en la distancia.

Deseaba bajar a la calle, impedirles que se llevaran a aquella familia, pero se sentía impotente, era un don nadie. Se apartó de la ventana y se dejó caer en la cama. Cerró las manos en puños y, con una sensación de desesperación apoderándose de él, aporreó repetidamente el colchón. Las paredes de la habitación se cerraron sobre él, asfixiándolo, mientras la cama de la habitación contigua seguía crujiendo. Miró el uniforme colgado de la puerta del armario. Parecía burlarse de él en la penumbra; era como si estuviera diciéndole: «Sí. Te pertenezco, y tú me perteneces a mí».

Cogió el paquete de Gitanes que tenía en la mesita de noche y encendió un pitillo, sin dejar de mirar el uniforme.

—Ya verás tú —murmuró Sébastian.

Se quitó el cigarrillo de la boca, se levantó y lo acercó al tejido gris oscuro de la chaqueta. Hipnotizado, fijó la vista en el agujero que se iba formando. Retiró el cigarrillo y retrocedió unos pasos para observar el círculo perfecto que había dejado. El crujido de la cama de la otra habitación se interrumpió de repente y todo se quedó en silencio. Sébastian contuvo la respiración, a la espera de que la puerta se abriera y cerrara cuando la mujer se marchara. No tuvo que esperar mucho tiempo. La mujer dio un portazo al salir. Al menos, ya podía volver a tumbarse en la cama.

Aplastó la colilla en el cenicero que tenía en la mesita de noche, apagó la luz y se acostó en la oscuridad. Notó que su cabeza empezaba a ralentizarse, que las olas de sueño empezaban a ir y venir. Las recibió agradecido, confiando en dejarse arrastrar por ellas, pero una se estampó contra él. Se despertó sobresaltado, con el corazón retumbándole en el pecho. Henrik. Estaba soñando otra vez con Henrik. Rusia. Se sentó y se secó el sudor que le empapaba la frente. Nunca se libraría de aquello. Jamás.

Se levantó, se quitó el pijama, que tiró de cualquier manera en el suelo, y se vistió de mala gana con el uniforme, sin molestarse siquiera en ponerse una camisa. Necesitaba salir de la habitación.

Deambuló de madrugada por las calles, tenebrosamente silenciosas,

hasta que vio el sol asomar por encima de los edificios Haussmann y entró en una cafetería, donde pidió un café y un *croissant*. Era sábado y no tenía nada que hacer, por eso se encontró poniendo rumbo de nuevo hacia la librería, desesperado por ver una cara amistosa.

La tienda estaba vacía y *monsieur* Le Bolzec estaba ocupado en el mostrador de la caja registradora. Sébastian se dirigió al rincón donde se encontraban los libros de poesía. De pronto, sonó la campanilla, sobresaltándolo. Era Élise. Vio que dudaba y comprendió que deseaba dar media vuelta y salir. «Qué lo haga, si es lo que quiere», decidió Sébastian. Estaba en su derecho.

Pero *monsieur* Le Bolzec fue más rápido que ella.

—Élise. —La saludó con un beso en cada mejilla—. Encantado de verte de nuevo. —Sébastian sacó un libro de la estantería y fingió estar leyéndolo—. ¿Qué tal va todo? —oyó que le preguntaba *monsieur* Le Bolzec—. Tengo algo para ti, para que lo lleves a la rue Claude Bernard.

¿Rue Claude Bernard? El nombre le sonaba. *Merde!* Era el nombre de la calle donde estaba aquel orfelinato, el centro de la UGIF; estaba seguro.

*Monsieur* Le Bolzec entró en la trastienda y salió con una bolsa de papel marrón.

—Unos libros y unas galletas para los niños.

Sébastian contuvo la respiración, a la espera de la réplica de la chica, pero esta no dijo nada. Tuvo que contenerse para no volverse a ver qué pasaba. Entonces, la oyó decir:

—*Au revoir*.

Y sonó otra vez la campanilla. Se había ido. *Monsieur* Le Bolzec volvió a la caja registradora. *Merde!* ¿Qué hacer?

Se acercó al librero y esperó a que levantara la vista. Tenía un nudo en la garganta y no sabía cómo empezar. Imágenes de la Gestapo registrando el orfanato le llenaban la cabeza.

—No he podido evitar oír su conversación —dijo finalmente.

—¿Qué? —*Monsieur* Le Bolzec lo observó con cautela.

—Rue Claude Bernard.

Los ojos de *monsieur* Le Bolzec se oscurecieron un poco.

—¿Qué pasa con la rue Claude Bernard?

—Se trata del centro de la UGIF, ¿verdad? Del orfanato.

—Creo que sí. —*Monsieur* Le Bolzec hizo una breve pausa—. Es una institución legal. ¿Dónde quiere meter a todos los niños cuyos padres han sido deportados?

—El problema no es ese. —Sintió un escalofrío mientras intentaba pensar una manera de explicarse—. Podrían estar en un lío.

—¿Qué quiere decir? —*Monsieur* Le Bolzec, que se había quedado blanco, se inclinó por encima del mostrador de la caja registradora.

—No puedo darle detalles. —Sébastian ya se había metido hasta el cuello y no podía permitirse revelar nada más—. Dígale simplemente que vaya con cuidado. Dígales a todos que vayan con cuidado.

*Monsieur* Le Bolzec lo agarró por el brazo.

—¿Qué sucede?

—Podrían estar vigilándolos. —Sébastian se soltó—. Debe alertarlos.

—¿A qué se refiere? ¿Por qué están vigilándolos?

—No lo sé.

—Élise no ha hecho nada malo.

Durante un momento, los dos hombres se quedaron mirándose, conscientes de que aquello no tenía nada que ver con nada.

—Entendido, se lo diré. Le diré que se lo comunique a todos —dijo *monsieur* Le Bolzec, dándose por vencido.

Sébastian se marchó abruptamente antes de caer en la tentación de decir algo más.

# 15

*París, abril de 1944*

## Élise

Los golpes regulares de una pelota de tenis resonaron en mis oídos mientras cruzaba los Jardins du Luxembourg de camino al trabajo. Resultaba incongruente, igual que los primeros capullos en flor. A primera vista, todo parecía normal, pero, si observabas la escena con más atención, veías que la mayoría de los que paseaban felizmente eran soldados alemanes y, si te fijabas un poco más, distinguías los carteles clavados en los parterres: *«Interdit aux Juifs»* («Prohibido a los judíos»). Los judíos habían sido condenados al ostracismo en nuestra comunidad y, luego, de forma lenta pero segura, habían sido borrados.

Me paré en seco; se me aceleró el pulso. Un soldado alemán acababa de detenerse delante de mí.

—¿Podría hacernos una foto? —me preguntó sonriente.

Respondí con un gesto afirmativo, pero sin hablar, pensando en lo mucho que me habría gustado ser lo bastante valiente como para ignorarlo y proseguir mi camino. El alemán, entendiendo mi silencio como una aceptación, me pasó una cámara fotográfica grande y me explicó, con un francés nefasto, los botones que debía girar y pulsar. No dije ni una palabra y al soldado le dio igual en apariencia. La mujer que llevaba colgada del brazo apartó la vista cuando la miré, pero, luego, cuando retrocedí unos pasos para enfocarlos a ambos con la cámara, sonrió, sus ojos titilaron y su carmín rojo brilló, como un corte ensangrentado en su cara. Si fingía que era feliz, estaba haciendo una actuación estupenda. Me entraron ganas de tirar la cámara al suelo, pero lo que hice, en cambio, fue colocarla en el ángulo adecuado para que en la imagen solo salieran las piernas. Con cierta satisfacción, devolví la cámara al soldado y sonreí.

—*Guten Tag*.

Miré la cara redonda y feliz del soldado y, hablando en voz baja, casi para mis adentros, dije:

—*J'espère vous aurez ce que vous méritez.*

Su sonrisa se extendió de oreja a oreja.

—*Danke schön! Merci, mademoiselle.*

Me alejé a toda velocidad, tan rápido que a punto estuve de tropezar con el cartel de *«Interdit aux Juifs»*. Me enderecé y lo miré fijamente, recordando a mi amiga Ellen, que había sido arrestada junto con su familia en la gran redada del 42. Los habían llevado al Vélodrome d'Hiver y oí decir que de allí los habían trasladado a Drancy, un campo de transición. Había escrito a Ellen tres veces y nunca había obtenido respuesta. No tenía ni idea de dónde estaría. La rabia y la frustración hervían en mi interior. Sentí deseos de arrancar aquel estúpido cartel de la tierra donde lo habían plantado. Y casi lo hago, pero comprendí que no ayudaría a nadie con ello y solo serviría para satisfacerme a mí momentáneamente. En consecuencia, seguí caminando hacia el trabajo.

—*Bonjour, les filles.*

Entré en el banco, me quité la boina, la colgué en el perchero con mi chaqueta fina de verano y fui a saludar a mis compañeras, dándoles a todas un beso en la mejilla.

—*Salut*, Élise. —Françoise se quedó mirándola—. Por lo visto, los *boches* pasarán hoy a visitarnos.

—¡Los alemanes, Françoise! —*Monsieur* Desgardes entró en la sala —. No puede llamarlos «*boches*», al menos aquí no. Y, sí, quieren verificar algunas cuentas. ¿Quién lleva la cuenta de los Dreyfus?

—Yo —respondí.

—Pues asegúrese de tenerlo todo a mano.

La atmósfera estuvo tensa durante toda la mañana y fue casi un alivio que poco antes de la pausa de la comida entrara por la puerta un único oficial alemán. Examinó el local con la mirada y se puso firme, dando un puntapié en el suelo. Al menos, nos libró del habitual saludo de *«Heil Hitler!»*. Nadie le respondió verbalmente, aunque todo el mundo levantó la vista para reconocer su presencia. Era alto y delgado y con un color saludable en las mejillas. Seguro que se habría

pasado el fin de semana paseando por los Jardins du Luxembourg.

—La cuenta de los Dreyfus —anunció.

—La tengo aquí.

Me percaté de un leve temblor en mi voz y confié en que el oficial no se hubiera dado cuenta. No quería que pensase que le tenía miedo porque lo pondría de inmediato en una posición de ventaja, aunque intuí que ya la tenía por el modo en que recorrió con avaricia la sala con los ojos, por el modo en que unió sus manos a la espalda cuando empezó a caminar hacia mí. Los *boches* siempre estaban en posición de ventaja respecto a nosotros.

—*Bien, bien.* —Tenía un acento muy marcado y entendí que su francés era más bien limitado, lo que alivió mi miedo, aunque no debería haberlo hecho. Me levanté y le entregué el archivo—. *Assis, assis.* —Su francés era horroroso y me pregunté si repetiría siempre las palabras o si sería un tic nervioso. Sin ni siquiera abrir el archivo, lo sujetó contra su pecho y se inclinó hacia mí—. Vacíe la cuenta.

Me aparté de él.

—¿Dónde tengo que transferir el dinero? —pregunté mirándolo con falsa inocencia aunque estuviese furiosa por dentro. De modo que eso era lo que se llevaba entre manos, la razón de su visita.

—*Ici, ici.*

Me pasó un trozo de papel con un número de cuenta anotado.

—Se trata de otro banco. Tendré que escribir una carta.

—*Oui, oui* —dijo con impaciencia.

Coloqué la máquina de escribir frente a mí e introduje una hoja de papel en blanco. Aunque casi no había espacio, el oficial presionó el trasero contra el borde de mi mesa y miró por encima de mi hombro mientras yo escribía, como si no se fiara de que fuera a poner correctamente la cuenta. En la oficina, se hizo el silencio; lo único que se oía era el sonido de las teclas escribiendo las letras y los números que robarían a una familia toda su riqueza, aparte de la respiración del *boche*, pesada, trabajosa, como la de un animal inclinado sobre su presa. Eso desencadenó en mi interior una oleada de rabia. Lo tenía allí mismo, robando el dinero de uno de los clientes del banco delante de nuestras narices y sin que nadie pudiera hacer nada para

remediarlo.

Durante el resto del día, me sumergí en tablas de cifras y números, me concentré en calcular porcentajes, tasas de crecimiento e impuestos. Aquello me servía para alejarme del presente y viajar a un mundo de números. De los números podía fiarme. Los números no mentían si sabías interpretarlos, y yo sabía. Entendía a la perfección que los *boches* habían fijado un tipo de cambio que les daba una cantidad infladísima de francos por cada uno de sus marcos alemanes, lo cual significaba que los alemanes instalados aquí, que recibían su paga en marcos alemanes, eran mucho más ricos de lo que deberían, algo que les permitía comer en nuestros restaurantes, cosa que nosotros no podíamos hacer. Podían comprar perfumes caros, pañuelos Hermès y medias de seda para sus esposas, mientras que nosotros teníamos que conformarnos con arreglar la ropa que teníamos. Presumían de nuestro dinero como si se lo hubieran ganado, como si tuvieran derecho a tenerlo, cuando en realidad nos lo robaban en nuestra cara. Eran ladrones. Asesinos y ladrones. Cómo los aborrecía, por Dios.

Por la tarde, cuando salí del banco, caminé rápido hacia casa, con la sangre hirviéndome todavía de rabia por los nazis y por verme obligada a convertirme en su cómplice. «*Merde!*», pensé de repente: le había prometido a mi madre que intentaría comprar pan. Di media vuelta y recordé que me había dicho dónde podría encontrarlo. Y tenía razón. Cuando llegué a la panadería, ya había una cola larguísima. Me sumé a ella, justo detrás de dos señoras mayores. Hablaban tan fuerte que no pude evitar oír su conversación.

—Si los *boches* no fueran unos cerdos avariciosos, habría comida suficiente para todos.

—Calla, no grites tanto.

—No te preocupes, ten por seguro que en esta cola no hay ninguno. —Su amiga miró alrededor y rio con cinismo. Le sonreí—. Y podrías apostar lo que quisieras a que en esta cola tampoco hay *collabos*. Aquí solo estamos nosotros, los imbéciles.

—¡Calla, Micheline!

—Tranquila, en las viejas nunca se fijan. Somos invisibles para ellos.

—La anciana se volvió hacia mí—. ¿Por eso te has cortado el pelo?

—¿Perdón? —Sabía a qué se refería, pero su pregunta tan directa me dejó descolocada.

—No quieres que se fijen en ti, ¿verdad?

Me llevé la mano a la cabeza; un gesto de autodefensa.

—Me gusta llevarlo corto.

—Sí, no está mal. Hace que te resalten más los ojos. —Se quedó pensativa—. Pero los hombres las prefieren con el pelo largo.

—Me da igual.

La anciana volvió a reír, echando la cabeza hacia atrás.

—*Bien dit!* Si no fuese por los hombres, no estaríamos aquí haciendo esta maldita cola, ¿verdad?

—Tienes razón —dijo su compañera—. Estaríamos bailando, cantando…, comiendo.

—¡A la mierda todos ellos!

—Son todos iguales.

Me sumé a sus risas, feliz de ver que la cola se estaba moviendo. Resultó ser una de esas raras ocasiones en las que era posible comprar pan por la tarde. Con mi media *baguette* bajo el brazo, emprendí el camino de vuelta a casa pasando por los Jardins du Luxembourg. El estanque brillaba bajo el sol de última hora de la tarde y, como era habitual, varios soldados alemanes paseaban por el parque en compañía de sus novias, como si los jardines fueran de su propiedad. Suspiré con exageración cuando me crucé con uno que estaba besando a su novia. La sangre me entró en ebullición cuando contuve las ganas de darle a la chica un bofetón, de gritarle. ¿Pero qué demonios hacía, besando de aquel modo al enemigo?

Era inútil. Cada vez eran más los que aceptaban su presencia, los que les reían las gracias en vez de resistirse a ellos. Era imposible saber en quién confiar y quién podía traicionarte. No debería haber sido así, todo el mundo debería haber permanecido unido. Pero había gente que había comprendido que podía sacar provecho de la situación, y luego estaban los antisemitas, encantados de librarse de una vez por todas de los judíos. Y allí estaba de nuevo el dichoso cartel: «Prohibido a los judíos», el mismo con el que había estado a

punto de tropezar por la mañana. Con un impulso, eché la pierna hacia atrás y le di un puntapié. No debía de estar muy bien clavado en el suelo, porque cayó a la primera. «*Merde!*». Me alejé rápidamente.

—¿Pero qué hace?

El alemán con el que acababa de cruzarme venía directo hacia mí. Se me paró el corazón. Y, entonces, sin pensarlo, eché a correr, segura de que el *boche* no se tomaría la molestia de perseguirme, puesto que estaba con su amiguita.

Pero me equivoqué. El ruido de pasos detrás de mí era cada vez más potente. Aceleré y doblé por la primera esquina.

Y entonces me di de bruces con un policía.

—¿A qué vienen tantas prisas, *mademoiselle*?

Intenté esquivarlo, pero el policía me había puesto la mano en el hombro y lo presionó.

—*Vos papiers!* —Solté el pan—. *Vos papiers!* —gritó de nuevo.

Con mano temblorosa, removí el contenido del bolso. Aquello era un caos: papeles, libros, estilográficas, todo revuelto. Seguí buscando con desesperación mi documento de identidad.

Apareció el alemán, respirando trabajosamente por el esfuerzo de correr.

—¡Queda usted arrestada! —dijo jadeando.

Las costillas se contrajeron sobre mis pulmones. Intenté coger aire inútilmente. Se me cayó el bolso al suelo y su contenido se desperdigó. El alemán sacó un par de esposas y me sujetó las manos detrás de la espalda. Con la cabeza dándome vueltas, me quedé boquiabierta mirando todas mis cosas esparcidas por el suelo. ¡Aquello no podía estar pasando!

—Meta de nuevo las cosas en su bolso —le gritó el alemán al policía.

¡Estaba pasando! Y tenía que impedirlo. Tragué saliva y obligué a las palabras a emerger por mi tensa garganta.

—He tropezado con el cartel. No era mi intención tumbarlo. ¡Lo siento! —le dije al alemán, que estaba inmóvil y me observaba con frialdad—. Lo siento —repetí.

El alemán levantó la mano, pero no lo vi venir. El bofetón me cruzó

la cara; me tambaleé hacia atrás. Por el rabillo del ojo, vi que su amiguita me estaba mirando.

—¡Me la llevo a la rue de la Pompe! —gritó el *boche*.

¡Dios mío, no! ¡Los cuarteles generales de la Gestapo no! Desesperada, me volví al policía, que apartó la vista, distanciándose de la escena.

—¿A la rue de la Pompe? —dijo la chica que acompañaba al alemán —. Creía que íbamos a pasar la tarde juntos…

El alemán la miró y suspiró exageradamente.

—¿Es que no ves que tengo asuntos urgentes que atender?

—¿Pero no podría llevársela el policía?

Contuve la respiración, temiéndome la respuesta, aunque esperanzada.

—¡No! ¿Cómo voy a fiarme de él? Tengo que hacerlo personalmente. Esta mujer ha destruido propiedad alemana.

Advertí las dudas de la chica.

—Pero, Stefan, me moría de ganas de pasar tiempo juntos. —Le puso la mano en el brazo—. Es tu tarde libre.

—¡Jamás estoy fuera de servicio!

La chica me miró a los ojos y vi una expresión de tristeza y disculpa. Lo había intentado.

El *boche* me agarró por el codo y tiró de mí por los jardines hasta llegar a un coche negro que estaba aparcado en la calle colindante. Me arrojó con brusquedad al asiento, lesionándome el hombro. Me empapó un sudor frío. ¿Me someterían a un interrogatorio? «Interrogatorio». La palabra resultaba aterradora. Cerré los ojos e intenté bloquear las imágenes de aquella gente pegándome, arrancándome las uñas, electrocutándome. ¡Basta! Aquello no iba a pasar. Reconocería que le había dado una patada al cartel y así me dejarían tranquila. Quizá me enviasen a prisión unos días. Otra punzada de terror me atravesó el estómago.

Cuando el coche se detuvo en la rue de la Pompe, el *boche* me sacó a la fuerza, tirando de mi codo, y me obligó a entrar en el edificio. Había hombres de las SS por todas partes, gritando órdenes. Las rodillas me flaquearon mientras me conducía por un pasillo.

Trastabillé y estuve a punto de caer al suelo. El alemán tiró de mí y, luego, me empujó para que me sentase en una silla metálica junto a la puerta de un despacho. Cerré los ojos y recé a Dios, en el que ya no creía.

# 16

*París, abril de 1944*

## Sébastian

Ya eran las seis de la tarde, pero Sébastian seguía en su mesa de trabajo. Había sido un día muy ajetreado y las palabras de traición de todas las cartas que había traducido le provocaban punzadas en la cabeza. ¿Cómo era posible que la gente denunciara de aquel modo a sus vecinos? Por el mismo precio, podrían coger una escopeta y matarlos. Aquel modo de actuar tan taimado, mediante el cual cualquiera podía eliminar frívolamente a sus vecinos judíos camuflándose bajo el disfraz de «ciudadano preocupado» lo ponía enfermo de verdad y le daba migraña.

Sonó el teléfono de la mesa, sobresaltándolo. Descolgó el auricular.

—*Heil Hitler!*

—*Heil Hitler!* Aquí el oficial Wenner. Lo necesitamos para un interrogatorio en la rue de la Pompe. Nuestro intérprete se ha puesto enfermo.

—Entendido, oficial Wenner.

—Venga a verme directamente. Planta baja.

Sébastian se levantó y cogió su maletín. Se le aceleró el pulso al pensar en lo que le esperaba. Solo le habían pedido hacer de intérprete en un interrogatorio en una ocasión y la cosa había acabado tan mal que no habían vuelto a pedírselo nunca más. Había vomitado al ver que sujetaban los brazos del prisionero a la mesa y sacaban las tenazas.

Cogió el *métro* y subió al primer vagón, el que estaba siempre reservado a los alemanes. Vio algunos judíos en el último vagón y no pudo evitar preguntarse cómo habrían hecho para sobrevivir tanto tiempo con los objetivos de deportación tan exagerados que había que cumplir mensualmente.

Al entrar en los cuarteles generales de la Gestapo, el vello de los brazos se le erizó y un escalofrío le recorrió la espalda. Hombres y mujeres en uniforme aporreaban las teclas de las máquinas de escribir, tan concentrados en su trabajo que ni siquiera levantaron la cabeza cuando pasó por su lado. De pronto, un alboroto le hizo volverse. Un hombre maldecía y gritaba en francés mientras era conducido a la fuerza por un grupo de soldados alemanes, que lo obligaron a tumbarse en el suelo. Sébastian apartó la vista cuando los soldados empezaron a arrearle puntapiés en los riñones con sus duras botas. Un oficial salió corriendo de su despacho.

—¡Paren! —gritó—. Necesito sacarle información. Llévenlo a mi despacho.

Poco a poco, el agonizante sonido de las botas contra el cuerpo se apagó y los soldados recogieron al hombre del suelo para meterlo en el despacho, con los pies arrastrándose tras él formando ángulos poco naturales.

Y, mientras los ojos de Sébastian seguían el movimiento, advirtió a cuatro ciudadanos franceses sentados fuera de otro despacho. Miró una segunda vez. Uno de ellos era aquella chica: Élise. Ella se fijó en él un instante y lo reconoció. Sébastian la observó con frialdad, confiando en que la chica entendiera lo que estaba intentando comunicarle: que no diera ni la más mínima pista de que lo conocía.

Todo el mundo estaba distraído contemplando cómo se llevaban a rastras al otro prisionero. Sébastian vio en ello una minúscula oportunidad y decidió aprovecharla. Se encaminó hacia la chica y se dirigió a ella con voz autoritaria.

—Sígame.

Élise se levantó sin decir palabra y con la mirada fija en el suelo. Y siguió a Sébastian para salir por donde él acababa de entrar. A Sébastian le retumbaba el corazón en los oídos, que parecía latirle al ritmo de las teclas de las máquinas de escribir. Decidió que, si alguien lo paraba para preguntar, fingiría que no tenía nada que ver con la chica.

Élise lo siguió hasta cruzar las robustas puertas de madera de la entrada y, luego, enfilaron la calle y doblaron la esquina. Cuando

Sébastian consideró que estaban lo bastante alejados del edificio, se paró y se volvió. Élise casi tropieza con él. La agarró por los brazos y sintió su cuerpo entero temblando, vio sus pupilas negras agrandándose hasta formar grandes lagunas de terror. Rápidamente, la hizo cruzar la calle hasta alcanzar la entrada de un bloque de pisos y de allí pasaron a un patio interior.

—¿Qué estaba haciendo ahí dentro? —preguntó Sébastian sujetándole los brazos con fuerza. Al darse cuenta de que le estaba clavando los dedos, aflojó la presión.

—Tiré al suelo uno de esos carteles —respondió Élise tartamudeando—, de los de «Prohibido a los judíos».

—¿Qué? ¿Pero de qué me habla?

—Ha sido en los Jardins du Luxembourg. Y me ha visto un oficial alemán.

—Pero… —No entendía nada.

—Le he dado una patada. No tenía ni idea de que iba a caerse.

—¿Y la han enviado allí por eso? —¿Por qué la habrían mandado a los cuarteles generales de la Gestapo solo por eso?

—Ese oficial está loco. No encontraba mi documento de identidad.

A Sébastian le entraron unas ganas absurdas de soltar una carcajada.

—¿Otra vez?

—Lo llevaba en el bolso, pero se me ha caído todo al suelo. Me ha entrado el pánico.

—¿Y dónde está ahora su identificación? —preguntó Sébastian sin soltarla.

—No lo sé. En mi bolso, supongo.

—¿No se la han pedido cuando ha llegado aquí?

—No. Todo el mundo gritaba. Solo me han ordenado que me sentase en esa silla.

Sébastian se sintió aliviado, pero la cabeza le daba vueltas. Retiró las manos y se tapó los ojos. La chica se había escapado por los pelos.

—Gracias —dijo entonces Élise—, Sébastian.

¡Acababa de llamarlo por su nombre! Sébastian ni siquiera estaba al corriente de que lo supiera. Miró sus ojos verdes y todo se volvió más

nítido, más realzado: el olor del jazmín que crecía en la pared que tenía a su lado, el sonido de los camiones que pasaban por la calle. El tiempo se ralentizó, casi como si pudiera escapar de él.

Pero el tiempo volvió a ser real de repente.

—Vaya directa a su casa. —Descansó las manos en sus hombros—. No mencione a nadie ni una palabra de lo sucedido. Simplemente, vaya a su casa y quédese allí.

Élise asintió y tragó saliva antes de dar media vuelta y marcharse.

Con el corazón todavía acelerado, Sébastian exhaló un prolongado suspiro. Probablemente, acababa de salvarle la vida. Tal vez se estuviera volviendo loco. Tal vez debería volverse loco. En lugar de volver a los cuarteles generales de la Gestapo, en lugar de colaborar en el desarrollo de aquel interrogatorio, podría correr tras ella, cogerle la mano y huir juntos los dos.

«¡Deja de fantasear!», se dijo. No, tenía que volver al edificio y fingir que acababa de llegar. Inspiró hondo, llenó de aire el pecho y asumió el papel que estaba obligado a representar.

# 17

*París, abril de 1944*

## Élise

Me temblaron las piernas durante todo el trayecto de vuelta a casa y me supuso un auténtico esfuerzo ir poniendo un pie detrás del otro sin tropezar. Un escalofrío me recorrió de repente el cuerpo entero. ¿Y si alguien había visto a Sébastian saliendo conmigo del edificio? ¿Y qué estaba haciendo él allí? Ni siquiera se lo había preguntado.

Estaba tan cansada y temblorosa que comprendí que no podría llegar a pie hasta mi casa, de modo que decidí coger el *métro* en Passy. Introduje el billete y pasé por el torniquete sin levantar los ojos del suelo, aterrada. Cuando subí al vagón, me senté al lado de la ventana y fijé la vista en los túneles oscuros mientras el *métro* circulaba bajo las calles de París. Llevaba en la mano mi documento de identificación, listo para enseñarlo si me lo exigía algún soldado. Aunque el vagón iba medio lleno, reinaba el silencio. Antes de la ocupación, la gente hablaba, la gente se miraba, pero en ese momento era como si todo el mundo fingiera estar en cualquier otra parte. Nadie se fiaba de nadie. Los únicos que parecían no entender esa regla no escrita eran los niños, y el niño que tenía sentado justo delante de mí me estaba taladrando con la mirada, haciéndome sentir incómoda.

Cuando por fin crucé la puerta de entrada de nuestro apartamento, lloré de alivio.

—¿Traes el pan?

Mi madre salió enseguida de la cocina. Me tragué las lágrimas y mentí.

—No había pan, *maman*. Lo siento.

Mi madre suspiró.

—Qué raro. Me dijeron que había.

—Voy a acostarme —dije—. Me duele muchísimo la cabeza.

Necesito tumbarme a oscuras. No me despiertes ni para cenar. A ver si consigo dormir hasta mañana.

No esperé su respuesta y fui directa a mi cuarto. Cerré las contraventanas y, de inmediato, me sentí menos acalorada y más segura. Me senté en la cama, me descalcé y, en la penumbra, descansé la cabeza sobre la almohada, mirando al techo. Tenía dolorido el antebrazo izquierdo, donde Sébastian me había agarrado con tanta fuerza. Encendí la lámpara de la mesita de noche y me quité la blusa para ver si tenía algún moratón, aunque me sorprendió no encontrar ninguno. Me acaricié la piel y percibí calor, como si su mano permaneciera ahí. Apagué la luz y, cuando volví a tumbarme, oí de nuevo su voz resonando en mis oídos, sus preguntas apremiantes: «¿Dónde está su identificación? ¿No se la han pedido al entrar aquí?». Sus palabras se repetían en mi cabeza mientras rememoraba la escena, su evidente alivio al contarle que me habían arrestado por tirar aquel estúpido cartel de una patada. Se había cubierto los ojos con las manos, como habría hecho un niño. Y deduje que en aquel momento había comprendido realmente la enormidad del riesgo que estaba corriendo por mí. Y, como un niño, no creo que hubiera sopesado las consecuencias cuando me había visto sentada en aquella silla delante de aquel despacho. Aunque sí sabía lo que me esperaba al otro lado de esa puerta.

Aquella noche, mis sueños fueron reales y confusos; soñé con Sébastian y con el soldado que me había arrestado, todo mezclado. Me desperté varias veces, con el hambre devorándome, pero no me levanté. ¿Por qué aquel hombre, al que apenas conocía, había corrido un riesgo tan grande por mí? Tal vez *monsieur* Le Bolzec tuviera razón y Sébastian estuviera consumido por el sentimiento de culpa y salvarme había sido lo único que podía hacer. Noté que estaba ablandándome respecto a él y me vi obligada a recordarme que seguía siendo mi enemigo.

# 18

*París, abril de 1944*

## Sébastian

Sébastian sabía que tener costumbres no era lo más adecuado en tiempos de guerra, porque significaba que la gente sabía dónde estabas y con quién te relacionabas, pero no podía evitarlo. No podía mantenerse alejado de la librería, donde sabía que *monsieur* Le Bolzec le daba siempre una cálida bienvenida. Y donde sabía que tal vez coincidiría con Élise; estaba preocupado por ella. Aquella tarde, cuando abrió la puerta, se preguntó si ella estaría allí. Pero la tienda estaba vacía; no se veía ni siquiera a *monsieur* Le Bolzec.

—*Bonsoir* —dijo.

Y entonces la vio, saliendo de la trastienda. Llevaba el pelo alborotado, como si acabara de pasarse las manos por él, y cuando habló lo hizo con un leve temblor.

—*Monsieur* Le Bolzec ha tenido que salir. Me ha pedido que me ocupase de la librería durante su ausencia. —Sébastian la miró y se hizo el silencio; el único sonido perceptible era el tictac del reloj que resonaba a sus espaldas. Entonces, ella se movió y él captó el ligero roce del vestido contra sus piernas. Intentó pensar en alguna cosa que decir, lo que fuera, pero ella se le adelantó—. Debería darle las gracias por lo del otro día, por sacarme de aquel lugar.

Sébastian hizo un gesto de asentimiento, fijándose en que había utilizado la palabra «debería». Porque Élise no podía darle las gracias, por supuesto; habría sido demasiado irónico.

—*Monsieur* Le Bolzec me ha dicho que están vigilando el orfanato de la rue Claude Bernard —continuó Élise.

—Es posible.

—¿Cómo lo sabe?

Los ojos verdes de Élise lo taladraron. Y la forma tan directa de

formular la pregunta lo cogió por sorpresa.

—No puedo decírselo.

Élise lo miró.

—No debería estar hablando con usted. —Apartó la vista. Sébastian esperó a que se alejara, pero se quedó allí—. No debería haber necesitado que me rescatara, para empezar.

Hacía un instante, había dicho que no debería estar hablando con él, pero al siguiente estaba haciéndolo. Estaba llena de contradicciones.

—Lo sé. Lo siento.

—¿Lo siente?

—Sí, siento estar aquí vestido con este uniforme. —Sébastian dudó un instante y se lanzó a la piscina—. Yo no soy este.

—¿Y entonces quién es?

Sébastian notó que le subía el calor a las mejillas. No era el tipo de conversación que debía mantener. Pero estaban solos, y tal vez fuera su única oportunidad de hablar con ella, de manera que siguió adelante.

—No soy más que un hombre normal y corriente.

Una arruga minúscula cruzó la frente de Élise, que subió la mano para rascársela con el dedo meñique.

El gesto le pareció adorable a Sébastian, que siguió avanzando por el camino que sabía que no debería seguir.

—Normal y corriente, y en absoluto valiente. Era muy joven cuando empezó la guerra, joven e ingenuo. No tenía ni idea de que el conflicto desembocaría en esto. Incluso imaginaba que Francia y Alemania podían construir juntas una Europa mejor y más fuerte.

—¿Juntas? —Rio con cinismo—. La verdad es que esto sería gracioso de no ser tan trágico.

—Jamás imaginé… —Dudó mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas—. No pretendo excusarme de nada. La posición en la que me encuentro… Aborrezco estar aquí en estas condiciones.

—Pues entonces no diga nada.

Élise tenía razón: debía cerrar la boca. La distancia que los separaba era demasiado grande. Sébastian retrocedió un paso.

—¿De dónde ha salido todo este odio? —dijo ella de repente.

El ambiente empezaba a cargarse. Élise estaba formulándole otra pregunta, dándole pie a continuar.

—¿El odio?

Sabía que cada palabra que pronunciase sería juzgada duramente y, por lo tanto, pensó muy bien lo que iba a decir.

—De la pobreza. La gente se moría de hambre. Las familias no podían ni permitirse dar de comer a sus hijos. Pero no estoy excusando nada.

—Bien —se limitó a decir ella mirándolo a los ojos.

—Solo estoy intentando responder a su pregunta. —Sébastian dio un pequeño paso al frente—. Después de la Gran Guerra, Alemania quedó destrozada. Los padres veían morir de hambre a sus hijos. Hitler brindó a la gente un chivo expiatorio, un enemigo común. —Élise se rascó de nuevo la frente con el meñique mientras lo estudiaba. Sébastian sabía que necesitaba hacérselo entender antes de que entrara alguien en la tienda—. Fue duro. —Élise no se movió, de modo que siguió desarrollando su argumento—. Nuestro dinero no valía nada.

—Sí, conozco bien la hiperinflación.

La conversación era como una partida de ajedrez; pequeños movimientos de los peones para empezar, mientras pensaba la mejor estrategia, pero debía tener cuidado de no ofenderla.

—No fuimos capaces de recuperarnos después de aquella guerra.

Élise arqueó una ceja.

—¿Y por eso empezaron otra?

—Yo no empecé esta guerra.

—No, pero ahora está aquí, uniformado y representando a su país.

—Ojalá no estuviera aquí de esta manera.

Sébastian sintió necesidad de arrancarse el uniforme allí mismo. Se quitó la chaqueta y la dejó junto a la caja registradora, quedándose solo con la camisa beis, con las manos en los costados y las palmas abiertas hacia ella.

Élise abrió los ojos como platos y sus mejillas se sonrosaron. Durante un momento, permanecieron así, mirándose, y él sintió la

atracción recorriéndole el cuerpo como una corriente eléctrica. Se le aceleró la respiración al imaginarse cómo sería el hombre que deseaba ser, con ella.

La campanilla de la entrada destrozó aquel momento de intimidad. Los dos policías del otro día entraron en la tienda. Se pararon en seco, dejando la puerta entreabierta, sorprendidos. Élise bajó la vista, ruborizada. Los policías pasaron los ojos de ella a él y, después, de nuevo a ella y, habiendo llegado a una conclusión, cruzaron una mirada cómplice.

—¿Así que esta tarde no está por aquí *monsieur* Le Bolzec? —preguntó el más alto.

—Volverá en cualquier momento. —La voz de Élise tembló al dar su respuesta.

—Estoy esperándolo para hablar con él —dijo Sébastian con autoridad—. ¿Qué quieren de él?

—Estamos haciendo nuestra ronda, nada más.

—Es bueno saber que velan por nuestra seguridad. —Sébastian sonó irónico.

A la conversación, siguió un silencio incómodo. Sébastian los miró fijamente, instándolos a marcharse.

Cuando salieron de la librería unos minutos después, Élise aporreó la caja registradora.

—Supongo que ya se imaginará lo que van a pensar ahora.

—Lo siento. No debería haber venido.

—No. La gente chismorrea.

Sébastian se volvió, pero no tenía ganas de irse.

—¿Harán una redada en el orfanato? —murmuró Élise sin mirarlo.

—Podrían hacerla. —Se puso la chaqueta y, mientras se la abrochaba, miró a Élise con ansiedad—. Lo siento mucho, Élise.

—Váyase —dijo ella entre dientes.

# 19

*París, abril de 1944*

## Élise

Dejé de ir al trabajo pasando por los Jardins du Luxembourg. De hecho, los evitaba expresamente; siempre estaban llenos de soldados alemanes bien alimentados paseando con sus amiguitas francesas y me aterraba la idea de tropezarme con el que me había arrestado. Por otro lado, estaba muy preocupada por el orfanato. Había puesto sobre aviso a las mujeres que trabajaban allí y habían acordado no sacar más niños del país por el momento, lo cual solo significaba más probabilidades de sufrir una redada cuando la policía no pudiera cumplir sus objetivos de deportación. Y, entonces, una noche, incapaz de conciliar el sueño, se me pasó una idea loca por la cabeza. Era demasiado peligrosa y arriesgada para compartirla con alguien, pero, cuantas más vueltas le daba, más factible me parecía. Aunque, antes de hacer cualquier cosa, necesitaba hablar con *monsieur* Le Bolzec.

Al salir del trabajo, me dirigí a la librería. *Monsieur* Le Bolzec levantó la vista de la caja registradora en cuanto crucé la puerta.

—Élise, ¿qué tal estás?

—Bien, gracias.

Pasé junto a una joven que hojeaba libros de la primera estantería. Esperé a que se fuera y no dije nada hasta que la tienda se quedó vacía.

—¿Podría cerrar la puerta para que no entre nadie?

Sin decir palabra, *monsieur* Le Bolzec dio la vuelta al cartel de «Cerrado» y echó la llave. Se volvió hacia mí.

—El otro día cometí una estupidez —empecé diciendo—. Le di una patada a uno de esos carteles de «Prohibido a los judíos». —Las

palabras brotaron de mi boca como si me quemaran.

—¡Élise! —La sorpresa transformó sus ojos en dos círculos perfectos —. ¿Te vio alguien?

—Un soldado.

—¿Qué?

—Me arrestó. Y me llevó a la rue de la Pompe.

—¡Dios mío!

—Me dejó esperando en la puerta de un despacho. Iban a interrogarme.

La sangre desapareció por completo del rostro de *monsieur* Le Bolzec, que se quedó paralizado.

—¿Interrogarte?

—Ese alemán, Sé… Sébastian, el que estuvo aquí la otra tarde, acudió en mi rescate. Me sacó de allí, delante de las narices de todo el mundo.

—¿Sébastian Kleinhaus?

Respondí moviendo la cabeza en un gesto afirmativo.

—¿Y tu documento de identidad?, ¿lo vieron?

—No, no conseguí dar con él.

*Monsieur* Le Bolzec se echó a reír; una risa ronca y profunda rebosante de alivio. Pero, entonces, con la misma brusquedad con la que había empezado a reír, paró.

—¿Qué hizo Kleinhaus?

—Me pidió que lo siguiera y me sacó de allí. Me dijo que volviera directamente a mi casa.

—¡Dios mío! ¡Te salvó la vida!

—No sé qué habría pasado de no haber estado él allí. —Nos quedamos un minuto en silencio, imaginando lo que sabíamos con toda certeza: me habrían encerrado en una celda y lo más probable es que nadie hubiera vuelto a saber nada de mí—. Creo que… Empiezo a pensar que quizá podamos fiarnos de él.

—Quizá. —*Monsieur* Le Bolzec se pasó el índice por el puente de la nariz—. Seguramente.

—Me alertó de lo del orfanato.

—Ya te dije que estaban vigilándolo —musitó *monsieur* Le Bolzec,

echando un vistazo rápido a la tienda vacía.

—Pero, si hacen una redada, se llevarán a todos los niños. —*Monsieur* Le Bolzec me miró con ojos tristes, aunque no abrió la boca —. He estado pensando en lo que me dijo —continué, intentando evaluar su reacción, consciente de que, en cuanto le contase lo que había estado haciendo y en lo que estaba pensando, ya no habría marcha atrás—. Sobre que se sentía culpable y solo. Sobre utilizarlo.

—¿Utilizarlo? ¿Dije yo eso?

—Con estas mismas palabras.

—Me da lástima. Se lo ve tan perdido y, sí, muy solo, lejos de casa, lejos de su familia. Y además ha demostrado ser valiente, mucho más de lo que imaginaba. —*Monsieur* Le Bolzec me estudió con la mirada —. Debes de gustarle mucho para haber corrido un riesgo tan grande por ti.

Noté que me ruborizaba.

—Tal vez. —De hecho, sabía que le gustaba. Lo notaba en el modo en que sus ojos se clavaban en los míos, como si estuviera buscando algo en mi interior. En otras circunstancias, yo también me habría sentido atraída por él. Me gustaba su aspecto infantil, la intensidad de su mirada, su boca expresiva. Pero no estaba allí para hablar de eso, ni tan siquiera para pensar en ello—. Me preguntaba si podría pedirle ayuda a Sébastian.

—¿Ayuda? ¿A qué te refieres?

—Lo que dijo sobre el orfanato, que los alemanes creen que estamos sacando niños clandestinamente…, es verdad. Ya he sacado de allí once niños. Los entrego a un *passeur*. —Los ojos de *monsieur* Le Bolzec se abrieron de par en par y el ambiente se volvió cada vez más asfixiante. Solté todo el aire—. Llevo seis meses haciéndolo. No lo sabe nadie, solo las mujeres del orfanato.

—Pero Élise… —Le tembló la voz—. Si hay arrestos, hablarán. Darán tu nombre.

Asentí, con el miedo encogiéndome el estómago.

—Tenía que asumir ese riesgo. —Cerré los ojos y engullí la sensación de terror—. Creo que podríamos utilizar a Sébastian. Él mismo podría sacar de allí a los niños que quedan; ya solo hay seis.

Nadie sospecharía de un soldado alemán saliendo del orfanato con niños. Todo el mundo pensaría que se los lleva a un campo de internamiento.

—¡No puedes pedirle que haga eso!

—Creo que sí puedo. —Hice una pausa—. Y creo que lo haría.

—¡No! Eso podría hacerle cambiar de idea. —*Monsieur* Le Bolzec sujetó su cabeza entre las dos manos, sacudiéndola con incredulidad.

—¿Cambiar de idea?

—Sí, si piensa que estamos utilizándolo, podría volverse contra nosotros.

—No creo que haga eso. Sé que desearía no tener que llevar ese uniforme.

—Una cosa son los deseos y otra muy distinta es hacer eso que dices. Se estaría jugando la vida.

—¡Como todos nosotros! Cada vez que saco un niño del orfanato, me juego la vida, pero luego pienso en esos niños y en cómo me sentiría si no hiciese nada. Tenemos que hacer todo lo que esté en nuestras manos.

—Tienes razón, pero…

—Tenemos que pedírselo. No podemos esperar.

—No sé, Élise. Debemos estar seguros.

—Creo que es un riesgo que merece la pena correr. Por los niños.

—Tal vez, pero incluso los mejores hablan cuando tienen miedo.

—Usted mismo acaba de decir que es más valiente de lo que parece.

—No utilices mis propias palabras en mi contra. Sé que el otro día asumió un riesgo enorme por ti, pero eso no significa que esté dispuesto a volver a hacerlo.

—Quiero pedírselo. —Hablé con determinación, con más confianza de la que en realidad sentía—. Si consigue un coche, podría recoger a los niños en el orfanato, que podrían cambiarse de ropa en él, y luego dejarlos en la esquina. Y, una vez los tengamos aquí, podríamos esconderlos hasta que encontremos un *passeur*. Piénselo bien. A nadie le parecería raro que unos niños entraran en la tienda. Y podemos lograr que gente de confianza los recoja si no damos pronto con un *passeur*.

—No, Élise. No. Es demasiado arriesgado. Imagínate qué pensará la gente si descubren que tenemos niños aquí.

—¿Y qué hacemos entonces?, ¿esperar a que haya otra redada? —Me ardían los ojos por culpa de las lágrimas no derramadas.

*Monsieur* Le Bolzec se rascó las patillas mientras negaba con la cabeza.

—Es demasiado peligroso. Exageradamente peligroso.

Tragué saliva. Y esperé. Sabía que entraría en razón.

—Deja que me lo piense. Necesito pensar. ¿Cómo conseguiremos los *passeurs*? Primero, habría que encontrar pisos francos. Tendríamos que actuar con cuidado, con mucho cuidado, y asegurarnos antes de que realmente está de nuestro lado.

—Estoy segura de que lo está. Las mujeres de la UGIF pueden encargarse de buscar los *passeurs*. Pero no tenemos mucho tiempo. ¿Y si la redada se produce mañana?

—Paciencia, Élise. Paciencia. Debemos estar absolutamente seguros de que Sébastian está con nosotros.

# 20

*París, abril de 1944*

## Élise

Al salir del trabajo, empecé a ir a la librería a diario con la esperanza de ver a Sébastian Kleinhaus. Apareció a la tercera tarde. Esa vez, le sonreí al verlo entrar. De no haber sido él, de haber sido un francés, habría sido conmovedor ver cómo sus ojos se iluminaron al percatarse de mi presencia.

—*Bonsoir.*

No tuve el valor de pronunciar su nombre. Ya me resultaba bastante incómodo recibirlo de aquella manera. Dos chicas que estaban al fondo de la tienda murmuraron entre ellas y se quedaron mirándome. Noté que me ruborizaba. «No es lo que os pensáis —me habría gustado decirles—. Soy una francesa leal».

—*Bonsoir*, Élise.

El sonido de mi nombre en su boca me hizo sentir una traidora, aunque no estaba del todo segura de a quién estaba traicionando, si a él o a mí. Hacía aquello por los niños, me recordé. Única y exclusivamente por los niños.

Las dos chicas salieron de la tienda, pasando por al lado de *monsieur* Le Bolzec, que estaba encaramado en una escalera, ordenando la parte alta de una estantería, de Sébastian y de mí. Se marcharon sin decir palabra y sin mirar a nadie. «¡No es lo que parece!», me habría gustado gritarles. Pero me volví hacia Sébastian, consciente de que nos habíamos quedado los dos a solas con *monsieur* Le Bolzec.

—No puedo dejar de pensar en esos niños del orfanato. —Las palabras salieron de repente de mi boca—. Estoy muerta de preocupación. ¿Qué sabe sobre el tema?

Sébastian bajó la vista y respondió sin alzar la voz.

—Solo lo que ya le conté el otro día.

Respiró hondo, devolviéndome la mirada. Y algo se transmitió entre nosotros. Un conocimiento tácito. Él sabía lo que yo estaba haciendo y yo supe que podía confiar en él.

—Sébastian —dije—, ¿de verdad desearía no tener que estar aquí vestido con ese uniforme? —Me esforcé por no mirarlo a los ojos.

—Sí —respondió.

—¿Quiere demostrarlo? —Era una pregunta peligrosa y me recorrió la espalda un escalofrío.

—Sí —volvió a decir con convicción.

—Necesitamos sacar a los niños del orfanato.

Sébastian inspiró hondo bruscamente.

—¿Quiere que los saque de allí?

Asentí sin dejar de mirarlo.

—Solo tendría que traerlos hasta aquí. —Hice una pausa a la espera de su reacción, pero no la hubo—. Es lo único que necesitamos que haga. Nosotros nos ocuparemos del resto.

—¿Se fía de mí lo suficiente como para pedirme esto?

Capté la perplejidad en su voz. Y la alegría. Sus ojos tenían más luz y sentí su felicidad como si estuviera abrazándome.

—Me salvó de la Gestapo —le recordé—. Aquello no fue ningún truco preconcebido.

—Probablemente, es lo más valiente que he hecho en mi vida.

Asentí.

—Tendrá que conseguir un coche.

# 21

*París, abril de 1944*

## Sébastian

Conseguir el coche resultó ser la parte más fácil. Lo único que tuvo que hacer Sébastian fue tragarse el orgullo y pedírselo al oficial responsable del departamento de traductores. Fingió que quería impresionar a su novia.

—Ya me he fijado en que anda algo distraído últimamente. —El oficial arqueó una ceja—. Mientras no se implique demasiado…, recuerde que el matrimonio está prohibido. —Le guiñó un ojo—. Todo lo demás está permitido, claro está, siempre y cuando tome precauciones. Adelante, disfrute de la vida y, luego, de vuelta a trabajar con ganas. ¡Se acabó holgazanear!

Así pues, se había dado cuenta de que Sébastian se marchaba más temprano. Sus pensamientos volvieron a la carta que había destruido. Si llegaban a descubrirlo algún día, era hombre muerto.

Pasó por la librería dos tardes después, tal y como habían decidido. Y, en cuanto se quedó vacía, *monsieur* Le Bolzec giró el cartel para dejarlo en «Cerrado» y se reunieron al fondo de la tienda, donde estaban los libros de poesía, para comentar el plan.

Sébastian estaba inquieto y tenía los nervios a flor de piel, aunque, por otro lado, se sentía vivo, como no se había sentido desde que era un niño.

*Monsieur* Le Bolzec le dio unos golpecitos en el hombro y Élise levantó la ceja. Sébastian no podía evitar sentirse orgulloso después de haber superado el primer obstáculo.

—Tendremos que representar el papel. —Sébastian miró a Élise—. Le he dicho a mi superior que quería impresionar a mi novia. Utilizaremos el coche a última hora de la tarde.

Élise tragó saliva y se mordió el labio.

—¿Utilizaremos el coche? —repitió.

—Sí. —Sébastian se quedó pensando antes de continuar—. Podríamos ir a un restaurante.

—¡No! —Élise negó con la cabeza y su cabello se movió de lado a lado—. Eso no puedo hacerlo.

—Si no lo hacemos y se enteran, sospecharán. —Tenía que reducir los riesgos al mínimo, por mucho que no creyera que se tomaran la molestia de seguirlo. Si lo hacían, se metería en problemas—. Podría recogerla en un lugar discreto, ir los dos a cenar a un restaurante y, luego, dejarla en algún sitio tranquilo.

—¿Estaría de vuelta a casa antes del toque de queda? —preguntó Élise entrecerrando los ojos.

Sébastian se sintió tanto aliviado como sorprendido al ver que aceptaba la propuesta.

—Sí. Luego, volveré a mi hotel y saldré de nuevo a las cuatro de la mañana para recoger a los niños. ¿Cuántos hay?

—Seis —murmuró Élise.

—¿Y los traerá aquí de madrugada? —preguntó *monsieur* Le Bolzec.

—¿Dónde si no puedo llevarlos a esas horas? —Sébastian se quedó sorprendido con la pregunta—. Si alguien ve un coche alemán delante de su tienda, asumirá que se ha metido en algún lío y no lo denunciará. El único problema sería que los nazis me viesen y se preguntaran qué está pasando. Por eso, creo que las cinco de la mañana es el mejor momento. Cualquier nazi que ande por la calle a esas horas estará ocupado haciendo sus rondas.

—Sí, seguro que tiene razón. Debe de conocer sus movimientos mejor que nosotros. —*Monsieur* Le Bolzec se quedó más tranquilo.

—¿Quién habrá en ese restaurante? —preguntó Élise a Sébastian.

—Solo alemanes y sus amigas. Nadie más.

—Nadie ha de verme con usted. Por la calle, me refiero.

—Por supuesto. En el restaurante, hay un conserje que se ocupa de aparcar los coches. Puede entrar y salir directamente sin que nadie la vea.

—¿Ha estado allí antes? —preguntó Élise mirándolo a los ojos.

—No, nunca. Solo he oído hablar de él. Es un restaurante alemán

muy conocido.

—¿Alemán?

—Solo para alemanes.

—*Les salauds!* —murmuró Élise—. ¡Los muy cabrones!

Sébastian le devolvió su dura mirada.

—Lo único que tiene que hacer es fingir…, fingir ser una *collabo*. ¿Podrá hacerlo?

Élise se apartó el pelo de la frente.

—Si tengo que hacerlo, lo haré.

—Y tendrás que ponerte un vestido bonito —dijo *monsieur* Le Bolzec dirigiéndole una pequeña sonrisa—. Y hacerte algo en el pelo.

Élise se pasó la mano por el pelo sucio.

—¿Tiene jabón? —Miró a Sébastian.

—Se lo conseguiré. ¿Qué más necesita?

—Medias, si tan bien tengo que representar el papel.

Sébastian asintió.

—Conozco una tienda.

—Muy bien —dijo *monsieur* Le Bolzec con determinación—. Todo acordado, pues. Los niños se esconderán arriba, en mis habitaciones, hasta que les consigamos un piso franco o hasta que haya un *passeur* disponible.

—¿Qué? ¿No tienen todavía a nadie? —dijo Sébastian poniendo mala cara—. ¿Y si hacen ruido?

—No lo harán —replicó Élise de inmediato—. Saben guardar silencio.

—¿Y si alguno llora?

—No son como los demás niños. —El verde abandonó los ojos de Élise—. Viven aterrados.

A Sébastian se le encogió el corazón al pensar en todo lo que ya debían de haber pasado.

—No podemos correr ningún riesgo.

—Somos conscientes de ello —sentenció con frialdad *monsieur* Le Bolzec.

—Por supuesto. —El miedo empezaba a revolverle el estómago. Aquello se estaba haciendo realidad—. ¿Dónde la recojo, Élise?

Élise se ruborizó y Sébastian se arrepintió rápidamente de las palabras que había elegido. Parecía una cita.

—En algún lugar que no quede muy alejado ni de mi casa ni de mi trabajo. —Se quedó pensando—. En el Marais. Delante de la iglesia de Saint-Paul, en la rue de Rivoli.

—De acuerdo. Para entonces ya habré conseguido jabón y medias. —Se volvió hacia Élise—. Lo dejaré aquí por la mañana y pasaré a recogerla a las seis y media de la tarde en la iglesia de Saint-Paul.

Sin decir nada más, y con el corazón rebotando contra sus costillas, Sébastian se marchó. Si se hubiera parado a sopesar la situación, no lo habría hecho. Y esa fue la razón exacta por la que no se paró a pensar. Estaba siguiendo los dictados de su corazón, no de su cabeza.

# 22

*París, abril de 1944*

## Élise

A las seis y media en punto, me planté delante de la iglesia de Saint-Paul, con el pelo recién lavado y un par de medias de verdad en el bolso. Había decidido no ponérmelas hasta subir al coche, por si acaso me tropezaba con algún conocido. Las mujeres que conseguían medias eran consideradas al instante sospechosas de colaboracionismo.

No tuve que esperar mucho a que un coche negro parase delante de mí. Sin levantar la cabeza, entré y nos pusimos en marcha sin cruzar palabra.

Sébastian apenas me miró y, concentrado, empezó a conducir.

—¿Va todo bien? —pregunté, pensando que tal vez se hubiera arrepentido de su decisión de implicarse en el plan.

—Sí, por supuesto. Pero estoy nervioso por lo del restaurante. Es solo para alemanes. Estoy seguro de que no le gustará nada. —Hizo una pausa—. Y a mí tampoco.

—Da igual, todo forma parte del plan. Y tiene razón: hay que representar el papel y minimizar riesgos.

Las calles estaban vacías y circulamos sin obstáculos, de manera que en muy poco tiempo aparcamos delante de una puerta roja. Un hombre con sombrero de portero abrió la puerta del lado del conductor y Sébastian salió para entregarle las llaves. Con un pañuelo cubriéndome la cabeza, salí por mi lado del coche. Sébastian apareció rápidamente junto a mí, me rodeó con el brazo y me guio hacia la entrada. Un escalofrío me recorrió la espalda y, durante un breve momento, me sentí protegida, feliz incluso, como si fuéramos una pareja normal y corriente que sale a cenar.

Cuando me abrió la puerta, recibí un golpe de calor, luz y música; sonidos alegres que tenía prácticamente olvidados: gente riendo y

charlando, alguien tocando el piano. No sin cierta mirada de desaprobación, un camarero nos acompañó hasta una mesa y, en cuanto estuvimos sentados, se presentó otro, que nos hizo entrega de las cartas.

—*Un apéritif, monsieur?*

—*Oui, deux verres de champagne, s'il vous plaît* —pidió Sébastian para los dos.

En cuanto se marchó el camarero, miré la carta.

—¡Está en alemán!

—Tranquila, ya se la traduciré yo, pero no se preocupe, los platos son franceses. —Rio un poco y empezó a leer la carta—. Caracoles o *foie-gras* como primero y buey a la *bourguignon*, *confit de canard* o cerdo como plato principal.

¡Tres tipos de carne! ¿Cómo era posible? ¿De dónde demonios sacaban todo aquello? Miré a los comensales que había a mi alrededor: todos alemanes uniformados, acompañados en su mayoría por francesas bien vestidas. Me pasó por la cabeza que yo también era una de esas mujeres. Reían estruendosamente y con exageración y no pude evitar sentir una oleada de vergüenza. Una mujer atractiva con una melena oscura y brillante que le caía en cascada alrededor del rostro se fijó en mí y me sonrió. Sin darme ni cuenta, le devolví la sonrisa y, durante ese brevísimo segundo, se produjo entre nosotras un destello de comprensión mutua y complicidad silenciosa. Ambas estábamos representando un papel, por razones que era mejor que solo conociéramos nosotras.

El camarero llegó con el *champagne* y se dispuso a tomar nota. Después de tanto tiempo de privaciones, elegí los platos más consistentes de la carta: *foie-gras* de primero y pato de segundo. Cuando el camarero se marchó, Sébastian levantó la copa para brindar.

—Por la paz.

—Por la paz.

Levanté la copa, la hice chocar contra la de él y lo miré a los ojos. Habría sido de mala educación no hacerlo. Y no pude evitar fijarme en su tonalidad azul turquesa. Bajé la vista y bebí un sorbito. Las suaves

burbujas estallaron en mi lengua. Cerré los ojos y recordé las ocasiones especiales en las que solíamos tomar *champagne*, la bebida de la alegría, rebosante de esperanza y de expectativas, e incluso allí, en aquella sala llena de nazis, percibí su magia. Y, en aquel momento, supe que el día en que Francia volvería a ser nuestra no tardaría mucho en llegar. Miré de nuevo a Sébastian y, más animada, le sonreí.

Me respondió con una amplia sonrisa de niño.

—Cuando la guerra termine, descorcharemos juntos una botella de *champagne*.

No dijo quién iba a ganarla, aunque ambos sabíamos que los días de los alemanes estaban contados. La avaricia de Hitler y su insaciable sed de poder terminarían siendo su perdición.

Acabábamos de brindar con el *champagne* cuando el camarero reapareció con una botella de vino con la etiqueta oculta debajo de una gruesa servilleta blanca. Y, entonces, retiró la servilleta con una floritura, como si fuese a hacer un truco de magia.

—Sauternes, 1939 —anunció.

Sébastian lo cató con gran solemnidad e hizo un gesto de asentimiento para dar su aprobación, representando también su papel. Nadie sospecharía jamás lo que estábamos planeando. El *foie-gras* llegó acompañado con una cestita de tostadas finas. Sébastian cortó un trozo de *foie*, lo puso sobre una tostada y le añadió unos granos de sal marina. Seguí su ejemplo, pero, cuando le eché la sal, me acordé de mi madre e Isabelle, que estaban en casa y volvían a tener sopa de col para cenar. Pensé en guardar algo de comida en la servilleta y meterla en el bolso, pero mi madre no tenía ni idea de dónde estaba y se habría quedado horrorizada si se enteraba de que había estado en un restaurante alemán.

Incómoda, di un mordisco a la tostada con *foie-gras*. Se me deshizo en la lengua y me dejó una sensación cálida e intensa en toda la boca. Bebí un trago largo de sauternes. Hacía años que no degustaba algo como aquello y tuve que obligarme a comer despacio por temor a que me sentara mal. Entonces, me di cuenta de que Sébastian apenas había dicho nada.

—Cuénteme más cosas sobre Alemania. —Prefería dejarlo hablar

para así disfrutar yo de la comida—. ¿Cómo fue su infancia allí?

Unió las cejas y me miró fijamente.

—Si quiere conocer mi infancia, debería hablarle sobre mi abuela. Era francesa, y todo un personaje. Le encantaba leer y en su brillante bolso de piel siempre llevaba caramelos. —Sonrió—. Y comíamos caramelos durante horas mientras disfrutábamos de su magnífica colección de libros. Me hizo leerle *Los tres mosqueteros, Los miserables, El conde de Montecristo*…

—¿*El conde de Montecristo*? Me encanta ese libro…, hay que ver la de cosas que le pasan y él siempre sale adelante.

—Sí, la conquista del bien sobre el mal. Es de lo que están hechas todas las grandes novelas.

—¿Solo las novelas?

Sébastian se quedó un instante pensando y siguió hablando.

—Pasábamos mucho tiempo juntos porque mis padres siempre estaban muy ocupados. Nos gustaba llamarnos *«Les deux complices». «Où est mon petit complice?»,* decía con su voz cantarina cuando andaba buscándome. Y eso a mis padres les fastidiaba. —Dudó y se quedó mirándome—. Era una mujer muy valiente.

—¿A qué se refiere con esto?

—Bueno… —Se inclinó hacia mí y bajó la voz—. Un día estábamos paseando por la calle, en Dresde, mi ciudad natal, cuando nos cruzamos con un grupo de hombres de las SA, las tropas de asalto de Hitler. Cuando te encontrabas con esa gente, debías levantar el brazo a modo de saludo para no tener problemas, porque, si no lo hacías, podían arrestarte. Mi abuela tiró de mí hacia la entrada de un edificio y me dijo: *«Pas ça!».* Yo estaba asustadísimo. No quería desobedecer las órdenes.

—No era más que un niño. —Me sorprendí excusándolo—. ¿Y falleció su abuela? —dije intentando cambiar el rumbo de la conversación—. Está hablando en pasado.

—No. —Una arruga minúscula apareció entre sus ojos, como si no se hubiera dado cuenta de ese detalle hasta que yo se lo había hecho notar—. Debe de ser porque todo eso me parece haberlo vivido en otra vida, todo lo de Alemania; es como si fuera algo que solo existe

en el pasado. Me resulta difícil creer que vuelva a verla algún día.

Me habría gustado decirle que la vería, que la guerra no duraría eternamente, que llegaría un día en el que volveríamos a ser libres y podríamos estar con nuestra familia y vivir la vida que quisiéramos, pero ¿cómo iba yo a ofrecerle esas palabras de consuelo estando en la posición en la que me encontraba? Así pues, no dije nada.

—Fueron tiempos muy duros para mis padres. Teníamos muy poco dinero. —Esbozó una sonrisa torcida—. Mi hermano y yo íbamos a menudo a robar manzanas. Mi madre fingía que se enfadaba, pero se alegraba de tener manzanas en casa. —Bebió un trago de vino—. Dinero, dinero…, era una preocupación constante. Desaparecía delante de nuestros ojos, literalmente. La gente bromeaba diciendo que había que llevar una carretilla al banco; una barra de pan que costaba un marco por la mañana podía llegar a costar ocho mil por la tarde. De la mañana a la noche, el dinero perdía todo su valor. Había hombres que recibían su paga tres veces al día y, en cuanto tenían el dinero en el bolsillo, no les quedaba otro remedio que salir corriendo a gastarlo en los cinco minutos siguientes. Para comprar cualquier cosa, tenías que ir cargado con un montón de billetes sin valor.

—Sí, he oído decir que fue una época muy mala.

Sébastian asintió.

—Por suerte para nosotros, mi padre era funcionario y, al menos, sabía que cada mes recibiría su paga. Al día siguiente de cobrar su salario, mi madre nos despertaba a las cinco de la mañana e íbamos todos al mercado, incluso mi abuela. Yo tendría solo tres o cuatro años y mi padre me llevaba en un carrito que había hecho para mí. Pero a la vuelta me tocaba ir andando porque el carrito lo utilizábamos para cargar la comida, que tenía que durarnos todo el mes. Teníamos que gastar el dinero antes de que perdiera su valor y comprábamos todo lo que podíamos: carne enlatada, galletas, cosas que se podían guardar. —Su mirada se perdió en la distancia—. Adoraba aquellas mañanas. Estábamos todos juntos y a mi madre se la veía feliz, para variar un poco.

Estaba tan absorta en lo que me estaba contando que ni me di cuenta de que se había acercado a la mesa una cantante. El piano se

detuvo un instante y empezó a sonar con un ritmo distinto. La cantante colocó una mano en el hombro de Sébastian, me miró a los ojos y se puso a cantar.

*Elle fréquentait la rue Pigalle…*
Ella frecuentaba la rue Pigalle…

¡Era una canción sobre una prostituta! Los demás comensales levantaron la vista, algunos de ellos marcando el ritmo tamborileando con los dedos sobre la mesa. Imaginé que los alemanes no estaban entendiendo ni una palabra de lo que decía.

Fue un alivio ver que la mujer daba media vuelta, aunque me quedé preguntándome de qué había ido aquello. ¿Pensaría de mí que era una prostituta de lujo? ¿Me importaba acaso? Yo, por suerte, tenía claro que estaba haciendo lo que había que hacer.

El camarero retiró los platos y reapareció minutos después con el plato principal, que colocó primorosamente delante de nosotros, girándolo de modo que el muslo de pato quedara envolviendo las judías y las patatas.

—*Bon appétit!* —dijo Sébastian, que deslizó la piel grasa del pato con el cuchillo para dejar a la vista la carne escondida debajo.

La mantequilla se fundía por encima de las judías verdes calientes, dejando un fino reguero de grasa amarilla. Cogí una judía con el tenedor: estaba firme y fresca. Probé una patata: crujiente por fuera y blanda por dentro, tal y como a mí me gustaba. Con el tenedor y el cuchillo, retiré la piel del muslo de pato y empecé a cortar su oscura carne.

# 23

*París, abril de 1944*

## Sébastian

Sébastian condujo hasta su hotel y aparcó el coche. Entró en su habitación, se tumbó vestido en la cama y encendió un cigarrillo. El humo ascendió hasta el techo formando espirales. A pesar de la peligrosa misión que estaba a punto de emprender, se sentía alegre y animado. La velada había sido mágica. Élise y él habían hablado como si fuesen una pareja normal que estaba conociéndose y había disfrutado contándole su pasado, aunque era consciente de que ella había revelado muy poco acerca de su persona. Comprendía su reticencia y por eso no había querido presionarla.

Decidió poner el despertador a las cuatro de la mañana, por si acaso se quedaba dormido, pero, cuando sonó la alarma, no había pegado ojo; se había pasado todo el rato pensando en Élise y, además, estaba nervioso por la inminente recogida de los niños del orfanato. Se recordó una vez más que a nadie se le ocurriría parar a un soldado alemán que conducía un coche alemán. Apenas corría ningún riesgo. En realidad, no corría ninguno.

Cuando bajó al coche, reinaba el silencio y no se veía ni un alma. Sébastian se puso rápidamente en marcha y circuló por las calles desiertas. Se detuvo en un semáforo en rojo. Unos golpecitos en la ventanilla le dieron un susto de muerte. Era un soldado joven, pero no tenía tiempo para esas cosas. Lo ignoró y arrancó enseguida.

Llegó a la rue Claude Bernard y se preguntó si el «ciudadano preocupado» estaría despierto a esas horas, montando guardia para vigilar el orfanato. Pero daba igual. De estarlo, se alegraría de ver que su carta había sido tomada muy en serio y que un soldado alemán se disponía a hacer un registro. La puerta estaba abierta, tal y como Élise había dicho, y Sébastian entró directamente.

Un grupo de niños, apiñados alrededor de una mujer de facciones finas, se acurrucaron más si cabía contra sus piernas al verlo llegar. Una niña, de unos siete años con pelo largo y oscuro, estaba llorando.

—Tranquila —susurró la mujer—. Ya te he dicho que ha venido a ayudaros y que os va a llevar a todos a un lugar seguro.

La niña negó con la cabeza enérgicamente y el miedo abrió de par en par sus grandes ojos castaños.

Sébastian se agachó, pensando que resultaría menos aterrador si se ponía a su altura, pero los niños retrocedieron, aferrándose a la falda de la mujer. Entonces, una niña más alta y muy delgada con una piel tan blanca que parecía transparente, dio un paso al frente.

—¿Dónde nos lleva? —preguntó mirando directamente a Sébastian, como si pretendiera desafiarlo.

Sébastian esbozó una sonrisa, que confiaba en que resultara cariñosa.

—Voy a llevaros a una librería.

—¿Una librería? —repitió la niña con cara de preocupación—. ¿Por qué?

—Porque, si permanecéis muy callados, nadie sospechará que estáis allí. Y podréis leer todos los libros que queráis.

—Yo quiero quedarme aquí. —Un niño tiró de la falda de la mujer y levantó la vista hacia ella—. Por favor.

—Vamos, tranquilos, ya lo hemos hablado todo. —La voz de la mujer sonó cálida y convincente—. Si queréis volver a ver a vuestros padres, tenéis que permanecer muy callados y hacer exactamente lo que se os dice.

Uno de los pequeños gimoteó. Temiendo que el miedo de los niños escalase hasta volverse incontrolable si la cosa se alargaba, Sébastian decidió que había que acabar lo antes posible con aquello.

—Seguidme hasta el coche que tengo aparcado fuera —dijo.

La mujer empujó a los niños y, sin decir nada más, todos siguieron a Sébastian. Abrió la puerta de atrás.

—Entrad y tumbaos. —Sujetó la puerta abierta con una mano mientras colocaba la otra en la espalda de los niños, empujándolos, metiéndoles prisa. En un momento, quedaron apretujados en el

interior—. No levantéis la cabeza para que nadie pueda veros. —Los niños obedecieron y enlazaron piernas y brazos en el asiento trasero.

Antes de arrancar, Sébastian observó las ventanas de las casas colindantes al orfanato. Le pareció ver una cara en una de ellas, pero pensó que debía de ser producto de su imaginación. Era imposible que hubiera gente vigilando a las cuatro de la mañana. Se puso en marcha y contuvo el aire en sus pulmones mientras circulaba por la rue d'Ulm y pasaba por delante de la universidad, ocupada por los alemanes. Lo único que se oía era la respiración de los niños y el ronroneo del motor.

Dobló una esquina y, de pronto, apareció un hombre como salido de la nada. Sébastian pisó a fondo el freno. Los niños emitieron un sonido sordo al caer contra el respaldo de los asientos delanteros. Dos de ellos gritaron.

—Silencio —dijo en voz baja Sébastian—. No digáis nada.

Todo se quedó tan callado que fue como si el coche entero hubiese dejado de respirar. A Sébastian le retumbaba el corazón en los oídos. El hombre soltó una carcajada, golpeó el capó y se acercó a la ventanilla del lado del conductor.

Sébastian acercó el pie al acelerador. ¿Haría bien en pisarlo? Por el abrigo y la gorra del hombre, vio que se trataba de un oficial. Un oficial borracho. ¿Se acordaría un borracho del número de matrícula? No podía correr ese riesgo. Retiró el pie y bajó la ventanilla.

—*Guten Abend.* —Sébastian habló como si estuviera totalmente relajado.

—*Guten Abend* —respondió el oficial arrastrando las palabras.

Se agachó y miró el interior del coche, lanzándole a Sébastian su aliento cargado de whisky directamente a la cara. Se oyó un gemido en la parte de atrás. Sébastian tosió enseguida para disimularlo y notó que empezaba a sudar. Por suerte, era una noche oscura y las farolas de las calles estaban apagadas.

—He perdido el coche. —El hombre rio a carcajadas—. ¿Podría llevarme a casa? —El oficial ya había echado a andar hacia la puerta del lado del acompañante. La abrió y entró. Se dejó caer en el asiento exhalando un suspiro—. Al Majestic —dijo, como si Sébastian fuera un

taxista.

¡Mierda! A Sébastian se le aceleró el pulso. Tendría que cruzar el río y recorrer toda la rue de Rivoli.

—Por supuesto, señor.

Sébastian metió la primera marcha y empezó a circular, rezando en silencio para que los niños permanecieran callados. Y, entonces, con una punzada de pavor, cayó en la cuenta de que los niños no habrían entendido aquella charla en alemán, que pensarían que estaba entregándolos al enemigo. ¡Dios! Si el oficial los veía, él estaría acabado y ellos serían enviados directos a Drancy.

—¿Se lo ha pasado bien esta noche? —El oficial volvió a reír—. ¡Yo sí!

—Sí, gracias, señor. —Sébastian quería seguir hablando para disimular cualquier ruido que hubiera en la parte de atrás—. Una noche magnífica. He cenado en Montmartre. ¿Y usted, señor?

Pero el oficial ya estaba roncando.

Sébastian exhaló un suspiro de alivio.

—No hay que preocuparse —susurró, tanto para sí mismo como para los niños—. Todo irá bien.

El oficial murmuró alguna cosa y se removió en su asiento.

Sébastian se quedó paralizado, con todos los músculos tensos, como si pudiera detener el tiempo. Pero los ronquidos empezaron de nuevo. Y detrás no se oyó nada.

Cuando aparcó delante del hotel, un botones se acercó para ayudar al oficial a salir del coche. Se inclinó para cogerlo por el brazo y, al hacerlo, ladeó la cabeza hacia la parte posterior del coche.

A Sébastian se le pusieron los pelos de punta. Y un escalofrío le recorrió la espalda entera.

Pero el botones se enderezó, sujetando al oficial por el brazo.

—¿Qué es ese olor? —preguntó el botones—. Ahí atrás huele como a pipí.

No esperó la respuesta, sino que dio rápidamente media vuelta y guio al oficial al hotel.

El hedor ácido de la orina inundó los orificios nasales de Sébastian. Soltó el aire, puso el pie en el acelerador y se alejó de allí. Tendría que

limpiar el coche antes de devolverlo.

—Muy bien —dijo en voz baja—. Lo habéis hecho muy bien. Y, ahora, vamos de una vez por todas a la librería.

Se sentía orgulloso de aquellos niños que no conocía.

Cuando paró delante de la librería, bajó del coche y abrió la puerta de atrás.

—Ya podéis salir —dijo Sébastian en voz baja—. Entrad en la tienda. —Seis pares de ojos redondos y brillantes se quedaron mirándolo—. No pasa nada, es un lugar seguro.

Tiró de una de las manos. La manita lo agarró con fuerza y una niña salió del coche.

—Daniel se ha hecho pipí encima. —La niña miró a Sébastian dubitativa—. No ha sido culpa suya. Ha sido porque tenía miedo.

*Monsieur* Le Bolzec abrió la puerta de la tienda en pijama e indicó con señas a los niños que entraran. La niña se soltó de la mano y echó a andar hacia allí. Sébastian sacó del coche a cuatro niños más y fue empujándolos hacia la librería. ¿Y si aparecía casualmente por allí otro coche alemán? No podía permanecer aparcado más tiempo. Podía pasar cualquiera y pararse a preguntar qué sucedía. Debía darse prisa.

El último niño estaba acurrucado en el asiento de atrás, sollozando. A Sébastian le recordó a un perro que siempre tenían atado en una casa de su calle. Todo el mundo sabía que su dueño le pegaba, pero nadie le dijo nada nunca, sino que miraban hacia otro lado al pasar por delante. En una ocasión, Sébastian le echó un hueso de pollo a través de la valla y el pobre animal tensó la cuerda para alcanzarlo, pero no consiguió llegar. Se había sentido fatal al comprender que, con su gesto, solo había conseguido causarle más sufrimiento al perro.

El olor a orina era muy fuerte.

—Tengo que irme. —Sébastian tiró del niño, pero este se resistió, echando rápidamente hacia atrás sus omoplatos, que parecían de pajarito. Sébastian lo cogió por la cintura y lo sacó. Sorprendido al ver lo poco que pesaba, lo metió en brazos en la librería y lo dejó en el suelo—. Ha sufrido un pequeño accidente —le explicó a *monsieur* Le Bolzec.

—Vamos, hijo, te buscaremos ropa limpia.

Y *monsieur* Le Bolzec cogió al niño de la mano y se lo llevó.

Sébastian miró el grupo de niños, temblorosos y apiñados. Le habría gustado ofrecerles unas palabras de consuelo, de ánimo, de admiración incluso por lo valientes que habían sido, pero cualquier cosa que se le ocurrió murió en sus labios antes de formar una frase. Lo que hizo, en cambio, fue acuclillarse y extender una mano hacia ellos. La niña más alta se quedó mirándolo un momento y, entonces, acercó su huesuda mano y se la estrechó. Los otros siguieron su ejemplo y, en silencio, uno a uno fueron dándole la mano a Sébastian.

Sébastian les dirigió un gesto de asentimiento, se incorporó y salió de la librería, parpadeando para contener las lágrimas que le llenaban los ojos.

# 24

*París, mayo de 1944*

## Élise

Habían pasado cinco días y seguía sin tener noticias. Intentaba comportarme con normalidad, ir al trabajo, hacer colas para conseguir comida, pero los niños estaban constantemente presentes en mis pensamientos. ¿Estarían a salvo? ¿Habrían sido ya trasladados? Empezaba a arrepentirme de haber accedido a mantenerme alejada tanto de la librería como del orfanato; necesitaba saber. Pero Anaïs estaba organizando todo lo del *passeur* y no querían que me involucrase, pues yo era la pista que podía acabar vinculando el orfanato con la librería.

El viernes por la tarde, mientras estaba concentrada repasando unas cuentas, Françoise se acercó a mi mesa.

—¿Estás bien? —preguntó—. Se te ve muy preocupada.

—¡Y lo estoy! —le espeté—. ¡Estamos en guerra, por el amor de Dios!

Françoise se apartó un poco.

—¡Pero la vida continúa! —Sonrió—. Esta noche vamos a un *bal clandestin*. ¿Por qué no vienes?

No pude evitar negar con la cabeza.

—No estoy de humor para bailes.

—Te irá bien. —Me miró con perplejidad—. ¿Es que no lo ves? Si dejamos que nos impongan sus reglas, habrán ganado: obligándonos a quedarnos en casa, sin ir nunca a ningún lado, sin divertirnos con nada. —Suspiró—. ¿Cómo pueden prohibirnos ir a un baile? Nos hacen bailar para ellos. ¡Pero deberíamos bailar para nosotras!

Su energía era contagiosa y no pude evitar sonreír.

—Tienes razón. Pero es que me siento tan… tan harta de todo.

—Oh, vamos, Élise. ¡No te rindas a ellos!

Sus últimas palabras me calaron hondo. ¿Qué tenía yo que perder?

—De acuerdo, vale —claudiqué—. Iré.

Aquella misma tarde, a las siete, me dirigí al *métro* de Saint-Sulpice. Mis zapatos con cuña de madera resonaban en la acera y me daban más altura que el calzado plano que solía utilizar. Hacía una tarde preciosa y el sol poniente proyectaba sombras alargadas. Me crucé con varios alemanes que patrullaban las calles con sus siniestros uniformes oscuros, seguramente a la espera de disfrutar de una noche más de diversión en París.

De camino hacia el *métro*, me esforcé por evitarlos en todo lo posible y, cuando llegué a la estación, bajé con rapidez las escaleras, con ganas de llegar a Bastille, donde imaginé que estaría menos concurrido. El andén se llenó enseguida y me fijé en dos mujeres con estrellas amarillas que esperaban al fondo para subir al vagón que les correspondía, mientras que los alemanes se congregaban en el otro extremo, preparados para montar en los vagones delanteros. Los alemanes reían a carcajadas, sin apenas mirar hacia donde ellas estaban. No pude evitar ponerme nerviosa al ver mujeres judías tan cerca de hombres que podían arrestarlas en cualquier momento sin otro motivo que ser judías.

Cuando por fin llegó el tren, todos retrocedimos un poco, pero, en cuanto se paró, la multitud volvió a adelantarse para entrar. Los asientos se ocuparon al momento y yo me quedé de pie, sujetándome a una de las barras metálicas. Cuando el tren se puso en marcha, el brusco arranque me pilló desprevenida y me hizo girar alrededor de la barra, por lo que acabé chocando contra un hombre uniformado.

—Perdón —murmuré.

—¡No pasa nada! —Se volvió y me sonrió—. No se preocupe.

Era joven y su sonrisa parecía sincera y amable.

A punto estuve de devolverle la sonrisa, pero enseguida maldije para mis adentros. Nunca, jamás, debía aceptar su presencia allí. Nunca debía verlos como individuos. Ya era bastante malo haber conocido a Sébastian, y si lo había hecho había sido única y exclusivamente porque me había resultado de utilidad.

—¿Quiere sentarse, *mademoiselle*? —dijo otro soldado levantándose

y extendiendo el brazo para indicarme el asiento que acababa de dejar libre.

—No, gracias —respondí evitando mirarlo a los ojos.

—¿Está segura? —insistió el soldado.

Asentí con la cabeza y me alejé para no tener que ser testigo de su humillación cuando volvió a sentarse. Un francés que estaba de pie en el otro lado me guiñó el ojo. No fue lascivo, sino cómplice, y no pude evitar sonreírle.

Cuando el tren llegó a Bastille, el francés bajó también.

—¡Bien hecho! —dijo colocándose a mi altura en el andén—. Así hay que tratarlos.

—Simplemente intento hacer lo que toca.

Me volví para mirarlo. Sus ojos marrón oscuro brillaban con picardía.

—¿Hacia dónde va? —preguntó.

—He quedado con unas amigas.

—¿Les gustaría a usted y a sus amigas sumarse a mis amigos y a mí? —Se detuvo y se acercó un poco, bajando la voz—. Vamos a un *bal clandestin*.

—Pues no me parece a mí muy clandestino. —Aceleré el paso para adelantarlo—. *Au revoir* —le grité sacándole la delantera.

Aquel breve flirteo me levantó los ánimos.

Françoise me esperaba delante de la cafetería que hacía esquina con la rue de la Roquette. La saludé con dos besos en las mejillas, me cogió del brazo y echamos a andar.

—Las demás ya estarán allí. No queda muy lejos, justo en la esquina con la rue de Lappe.

Rara vez me aventuraba por aquella parte de París y me sorprendió su suciedad y el aspecto sórdido de sus cafeterías. Françoise debió de percatarse de mi reacción.

—Sé que no es la zona más bonita de París, pero a mí me gusta, y tiene la ventaja de que los *boches* no se toman la molestia de desplazarse hasta aquí —dijo, y se quedó mirándome expectante.

—No, tranquila, cualquier lugar donde no haya *boches* me parece bien.

—Esperemos que sea así. —Ralentizó el paso—. Esta es la dirección.

Nos detuvimos delante de una pequeña cafetería. Los marcos de las ventanas estaban desconchados y se veía la madera de debajo. Françoise abrió la puerta y, cuando nuestros ojos se acostumbraron a la penumbra, vi que aquello era más un bar que una cafetería, con una barra larga de zinc que recorría el local en toda su longitud. Varios hombres mayores, todos con sus copas de vino en la mano, nos miraron de arriba abajo cuando pasamos por delante de ellos.

—*Mesdemoiselles?* —nos saludó con frialdad el camarero de la barra.

—*Bonsoir, monsieur* —replicó Françoise con la misma frialdad dirigiéndose al final de la barra. La seguí, preguntándome si estaríamos en el lugar correcto y, de ser así, si realmente me apetecía estar allí.

El camarero llegó también al final de la barra.

—Vienen por lo del baile, imagino —dijo en un susurro.

Françoise me miró y asintió. Sin decir nada más, el camarero salió de detrás de la barra y se dirigió al fondo de la sala, donde abrió una puerta y nos invitó a pasar. Nos topamos con una cortina gruesa de terciopelo, que al retirar dio paso a una sala mucho más grande. En una esquina, había un grupo de músicos charlando, mientras que varias mujeres, pegadas a las paredes, parecían estar esperando a que empezasen a tocar. A medida que avanzábamos, íbamos evaluándonos mutuamente con la mirada, como suelen hacer las mujeres, y fijándonos en la ropa que habíamos conseguido. La mayoría llevábamos faldas y blusas sencillas; habría resultado indecoroso vestir otra cosa. En la sala no había ventanas y las paredes estaban cubiertas con el mismo terciopelo grueso de la cortina que acabábamos de cruzar. La única luz era la de las lamparitas dispuestas en mesas alrededor de la estancia. Había pocos hombres y me pregunté cómo se las habrían arreglado para eludir los trabajos forzados en Alemania. Tal vez desempeñaran ahí una labor esencial, fuera la que fuese.

—Me parece que llegamos un poco pronto —susurró Françoise—. Veamos si podemos conseguir una copa.

Recorrimos la sala y encontramos una mesa con vasitos que contenían un líquido transparente.

—¿Qué es? —le pregunté al hombre que atendía la mesa.

—Un invento mío —respondió con orgullo—. Una bebida alcohólica hecha con patatas.

—¿No es vodka, entonces? —dijo Françoise levantando una ceja.

—No exactamente. Pruébenlo.

Cogimos cada una un vasito, brindamos mirándonos a los ojos y bebimos un trago.

—*Mon Dieu!* —La garganta me ardía y se me llenaron los ojos de lágrimas—. ¡Esto parece alcohol puro!

—¿Por qué no lo combina con alguna cosa? —le preguntó Françoise al hombre.

—Lo haría si tuviese algo con lo que combinarlo.

—Podría mezclarlo con agua. —Le devolví mi vasito—. Así no puedo beberlo.

El hombre le echó un poco de agua de una jarra que tenía en la mesa y entonces comprendí que se estaba riendo a nuestra costa.

Le dimos un franco y nos fuimos. Justo en aquel momento, los músicos empezaron a tocar y una melodía animada pero suave llenó la sala.

De pronto, noté unos golpecitos en el hombro. Era el francés del *métro*. Me tendió la mano, pero su sonrisa confiada y el brillo pícaro de sus ojos me llevaron a declinar el ofrecimiento.

—No, gracias.

Me aparté, justo a tiempo de ver la cara de sorpresa de Françoise.

—¿Por qué no bailas con él? —preguntó dándome un codazo—. Es mono y hay poquísimos hombres. Yo habría aceptado.

—Supongo que no estoy de humor.

Y, de pronto, salido de la nada, Sébastian pasó a ocupar todos mis pensamientos.

# 25

*París, mayo de 1944*

## Sébastian

Sébastian había salido del trabajo y estaba sentado solo en la terraza de una cafetería, pensando en los niños, preguntándose si habrían sido ya trasladados. Suspiró sonoramente y, con ello, atrajo la atención de la camarera.

—*Oui, monsieur?*

La chica estaba nerviosa y Sébastian comprendió que debía de haber interpretado su suspiro como un signo de insatisfacción. La jarra de vino estaba aún medio llena y no había terminado el *confit de canard*.

—¿Me trae la cuenta, por favor?

Mientras esperaba, miró a su alrededor. Dos mujeres francesas estaban sentadas con un grupo de cuatro oficiales alemanes y en otra mesa había tres mujeres compartiendo una jarra de vino. Imaginó que no estarían solas mucho tiempo. Sébastian aborrecía el trato que los alemanes le estaban dando a París; era como si fuese un patio de colegio y muchos de ellos albergaban la esperanza de hacerse con una novia francesa mientras siguieran allí. Las francesas resultaban exóticas y misteriosas y no tenían nada que ver con las alemanas. A pesar de la guerra, vestían bien y tenían cierta dignidad, aunque se negaban a admitir que vivían bajo una ocupación. Mejor dicho, la mayoría de ellas vestían bien; Élise era la excepción, pues iba siempre con pantalones masculinos y blusas sencillas, llevaba el pelo corto y nunca utilizaba maquillaje. Sin embargo, todo aquello, curiosamente, no hacía más que subrayar su feminidad, que estaba en los contrastes: en su cintura acentuada por el cinturón marrón, en su cabello denso y brillante, en sus pómulos resaltados por la luz natural, en su mirada más suave que la de un hombre.

Volvió a pensar en los niños y decidió que cinco días había sido un

plazo suficiente. Consideró que volver a la librería, hojear algunos libros y, posiblemente, recoger un mensaje no le comportaría un gran riesgo. La camarera llegó con la cuenta. Sébastian dejó una propina generosa y echó a andar hacia el quinto *arrondissement*.

*Monsieur* Le Bolzec se quedó sorprendido al verlo y, evidentemente, no se mostró muy satisfecho. Estaba demacrado y pálido, y sus ojos, que habitualmente lucían vivos y curiosos, se desplazaron con ansiedad hacia los otros clientes de la tienda mientras saludaba a Sébastian con una leve inclinación de cabeza en vez de hacerlo con su acostumbrado y alegre *«bonjour»*.

Sébastian se encaminó hacia las estanterías de la zona central, el lugar donde había visto a Élise por vez primera, con el objetivo de que *monsieur* Le Bolzec se acercara en cuanto tuviera oportunidad. La librería estaba más concurrida de lo habitual y tuvo que esperar un buen rato. Pensó que habrían hecho bien concibiendo un plan secreto que consistiera en dejar mensajes ocultos en determinados libros. Necesitaba saber que los niños habían conseguido huir sanos y salvos. Finalmente, *monsieur* Le Bolzec se acercó para colocar una montaña de libros en la estantería contigua a la que estaba consultando Sébastian.

—Disculpe —dijo pasando por el lado de Sébastian—. Tengo que guardar este.

Deslizó un libro delgado entre dos libros de gran tamaño y señaló el lomo con el dedo índice.

Sébastian captó el significado del gesto y retiró el libro. Lo abrió con cuidado y, allí, en el interior de la cubierta, encontró un papelito en el que había escrita una sola frase: *«Ils sont tous partis»*.

*Monsieur* Le Bolzec sabía a qué había ido Sébastian y allí tenía su respuesta. Los niños ya habían sido trasladados. Sébastian suspiró aliviado: había funcionado. El riesgo había valido la pena. Cerró el libro con el papel dentro y se acercó a la caja para pagar.

Reconfortado, salió de la tienda y caminó en dirección al Panthéon. Luego, se dirigió a la Sorbona, testigo silencioso de tanta historia. Siguió andando y pronto se encontró delante de la fuente de Saint-Sulpice contemplando la imponente iglesia. Una mujer cruzó la plaza; sus cuñas de madera resonaban en la noche y su cabello corto se

balanceaba de un lado a otro. Le recordó a Élise y, por pura curiosidad, empezó a seguirla. Cuando se colocó a su altura, miró su perfil. Su nariz era apenas visible detrás del mechón de pelo que le caía hacia delante y le escondía prácticamente la mitad de la cara.

La mujer se volvió. El miedo brillaba en sus ojos, pero su expresión se volvió rápidamente de alivio en cuanto lo reconoció.

—Élise… —musitó Sébastian.

Élise se apartó y aceleró el paso. Sébastian consultó el reloj.

—El toque de queda es dentro de diez minutos.

—Lo sé. Por eso estoy yendo a casa —replicó Élise alejándose de él.

Sébastian volvió a ponerse a su altura y se le contrajo el estómago cuando se armó del valor suficiente para volver a hablarle.

—Puedo ir con usted, por si acaso la paran.

—¡No!

Élise miró a su alrededor y Sébastian comprendió que le preocupaba que los vieran juntos, pero faltaba tan poco para el toque de queda que las calles ya estaban desiertas.

—Está muy guapa. —La alcanzó de nuevo—. ¿Ha ido a algún lado?

—Sí, he estado en la Bastilla —respondió amigablemente, dándole a Sébastian confianza como para seguir hablando.

—¿A bailar?

Ambos sabían que los ciudadanos franceses tenían prohibidos los bailes. Aun así, Élise respondió:

—Sí.

Sébastian sintió una punzada de dolor al imaginársela bailando, riendo y feliz sin él.

—Ojalá hubiera ido con usted.

Las palabras salieron de su boca sin que pudiese evitarlo. Sébastian observó su perfil, deseoso de acariciar con el dedo el puente de su nariz, y su frente, donde, gracias a la luz de la luna, veía que empezaba a formarse una pequeña arruga.

—Los niños ya están fuera —dijo en voz baja, agradecido de poder darle una buena noticia.

Élise se llevó la mano al pecho.

—Gracias a Dios. —Se detuvo y lo miró—. Ha hecho una buena

obra.

Sus miradas se encontraron durante un breve segundo. Sébastian deseó abrazarla en aquel momento, pero notó su tensión al ver que se acercaban dos mujeres. Élise apartó la vista y siguió cruzando la plaza. Sébastian se puso a su altura y ella bajó el ritmo para enfilar una calle estrecha, donde se detuvo delante de una puerta pintada de color burdeos.

Entonces, se volvió hacia él.

—Gracias por acompañarme hasta casa, Sébastian.

¡Le había dado las gracias! ¡Y se había dirigido otra vez a él por su nombre! Sébastian sintió un escalofrío de emoción.

—De nada. —Consultó el reloj—. ¿Le apetece pasear un poco más? Conmigo está a salvo.

Sabía que estaba forzando su buena suerte, pero bajo la luz de la luna vio cómo se formaban unos hoyuelos en sus mejillas. Hoyuelos que desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos. Élise negó con la cabeza.

—Solo cinco minutos —insistió él. Vio que Élise miraba de nuevo a su alrededor y comprendió que estaba ansiosa por temor a que alguien estuviera viéndolos. En la calle, reinaba un silencio sepulcral, pero siempre podía haber alguien observando a través de las cortinas. Sébastian esperó unos instantes, consciente de que la insistencia iría en su contra, y entonces se le ocurrió una idea. Se quitó la chaqueta, la colocó sobre los hombros de Élise y le subió el cuello. Cuando sus dedos rozaron la piel de ella, experimentó una descarga eléctrica—. Puede esconderse con esto —dijo con una sonrisa.

Élise abrió los ojos de par en par.

*Merde!* Acababa de cometer un error enorme al cubrirla con una chaqueta alemana. ¡Qué imbécil era!

Élise tiró la chaqueta al suelo y se apartó. Sébastian la cogió al vuelo.

—¡Lo siento! ¡Dios mío, soy un idiota! ¡Lo siento mucho!

Élise se volvió; una arruga profunda cruzaba su frente.

—No pasa nada —musitó.

Sébastian imaginó que abriría la puerta y se marcharía, pero Élise

echó a andar por la calle. A Sébastian le estalló el corazón de alegría y tuvo que disimular su sonrisa cuando aceleró para alcanzarla y se puso a su lado.

# 26

*París, mayo de 1944*

## Élise

Eran solo cinco minutos. ¿Qué mal podía hacer eso? Sébastian se había jugado la vida sacando a los niños del orfanato. Yo también podía correr un mínimo riesgo por él. Tal vez me hubiera pasado con aquella bebida alcohólica de patata, porque sentía la cabeza ligera y el mundo me parecía menos oscuro. Lo notaba caminando a mi lado, oía su respiración rompiendo el silencio de las calles. Era una situación íntima. Peligrosamente íntima. Apasionantemente íntima. No estaba preparada para la oleada de euforia que me estaba asaltando por dentro. ¿O sería miedo? Fuera lo que fuese, me hacía sentir viva. En el ambiente había algo místico, como si las preocupaciones y los horrores de la vida se hubieran evaporado y me hubiera quedado atrapada en un estado entre la realidad y el sueño.

—Creo que París es mucho mejor cuando duerme —dijo Sébastian en voz baja—. Cuando está en silencio, como ahora. —Dudó—. Cuando no hay soldados. —Se quedó un momento sin decir nada y me pareció oír incluso el rumor de sus pensamientos—. Es una ciudad llena de secretos, ¿no le parece?

—Ahora lo es, sí. —Yo caminaba con la mirada fija al frente, pero noté que esbozaba aquella sonrisilla tan suya—. Nunca le he preguntado cómo es que lo destinaron aquí —dije—. ¿Alguien le debía un favor?

No respondió enseguida y empezaba a preguntarme si lo haría cuando habló casi en un susurro.

—Después de lo de Rusia estaba destrozado.

—¿Rusia?

—Sí, me enviaron al frente. Era soldado de infantería, un donnadie. —Había oído hablar sobre la impresionante derrota de Alemania en

Rusia, sabía que los alemanes habían perdido centenares de miles de hombres. En su día, nos habíamos alegrado de sus enormes pérdidas, pero en ese momento pensé en el dolor que debieron de causar a sus seres queridos tantos fallecimientos, en cómo aquellas grandes cifras habían deshumanizado la muerte—. Mi padre movió algunos hilos y me consiguió este puesto.

Esperé a que continuara, pero unos gritos y unas carcajadas interrumpieron la tranquilidad. Un grupo de soldados alemanes borrachos venían tambaleándose hacia nosotros. Un hombre alto y obeso chocó conmigo y su barrigón casi me tira al suelo. El soldado extendió los brazos para sujetarme. Y, entonces, sin soltarme, se echó a reír.

—*Habe ich dir Angst gemacht?*

Me quité de encima sus manazas y me aparté.

— *Du bist direkt in ihr hineingelaufen!* —vociferó Sébastian.

—*Excusez-moi, mademoiselle.* —El soldado gordo me sonrió y sus dientes brillaron en la penumbra. Y, entonces, se dirigió a Sébastian—: *Wieviel nimmt sie dafür?*

Los otros soldados estallaron en carcajadas. No tenía ni idea de lo que acababa de decir aquel hombre, pero por el rabillo del ojo vi que Sébastian enderezaba la espalda y echaba los hombros hacia atrás. Contuve la respiración y me pegué a la pared, en un intento de volverme invisible. De pronto, todo se quedó en silencio.

Sébastian cerró la mano en un puño.

—¡No! —grité agarrándolo por el brazo.

Sébastian se volvió hacia mí. Sus ojos ardían de rabia. Los soldados rieron de nuevo. Y, entonces, tan bruscamente como habían aparecido, se esfumaron, carcajeándose y abrazándose, hasta que sus estridentes voces desaparecieron con ellos.

Con los dedos clavados aún en su brazo, miré los ojos rabiosos de Sébastian. Y, como si me estuviera quemando, lo solté.

—No pasa nada —murmuré—. No tiene importancia.

La rabia de sus ojos fue menguando lentamente.

—¿Que no tiene importancia? —Se pasó la mano por el pelo—. Me siento avergonzado por ellos. —Suspiró—. Siento vergüenza de estar

aquí, de esta manera.

—Lo sé.

Lo miré a los ojos por primera vez y él me sostuvo la mirada.

—¿Qué ha dicho ese hombre? —pregunté rompiendo el momento.

Sébastian echó a andar de nuevo.

—Nada que merezca la pena repetir.

—Dígamelo.

—No es necesario que lo sepa.

—Quiero saberlo.

Sébastian suspiró.

—Ha dicho que tiene unos ojos preciosos.

—¿Y pensaba pegarle por eso? No, no ha dicho eso.

—Élise, son palabras que no merece la pena repetir, de verdad. No pienso hacerle ese honor. Olvídelo. Por favor.

Era evidente que me había insultado, pero lo dejé correr.

—Me alegro de que no le haya pegado.

—Sí, alégrese por él. —Rio; era una risa tan infantil, tan espontánea que rompí también a reír y la tensión se evaporó. Nuestras carcajadas debieron de despertar a una rata dormida, que cruzó corriendo la calle y desapareció por una alcantarilla. Asustada, di un salto y, sin querer, pisé a Sébastian. Me sujetó por la cintura y un escalofrío me recorrió el cuerpo entero—. No pasa nada, no es más que una rata. —Rio a carcajadas—. París está lleno de ratas últimamente.

No retiró las manos de mi cintura y, por un momento, ninguno de los dos se movió. El contacto me hizo vibrar, atrayéndome hacia él. Sentí de pronto la necesidad de inclinarme sobre su cuerpo e impregnarme de su calor.

Pero me aparté.

—¿Qué pasó en Rusia? —dije entonces al recordar de qué estábamos hablando.

Pero mi pregunta fue respondida con silencio y quedó flotando incómodamente entre nosotros. Lo único que se oía eran mis cuñas de madera y sus botas de clavos resonando en la noche como el tictac de dos relojes descompasados.

Seguimos caminando sin decir nada, con el sonido de mi respiración

golpeando mis oídos.

—Tenía un amigo —murmuró de pronto Sébastian—. Se llamaba Henrik.

Bajé el ritmo de mis pasos al percibir su porte alicaído, al percatarme del temblor de su voz.

—No me lo cuente si no quiere.

—No. Quiero contárselo —dijo—. Henrik y yo nos criamos juntos. —Contuve la respiración y cerré los ojos—. Lo hacíamos todo juntos. —Su voz llenó la oscuridad—. Entonces, llegó la guerra. Nos enviaron a los dos a Rusia, en la misma unidad. Y, al estar juntos, pensamos que no podría pasarnos nada malo, como si fuéramos invencibles. ¡Qué tontos y críos éramos! —Se calló, dejando sus últimas palabras flotando en el aire. Tragué saliva dolorosamente, temiendo lo que vendría a continuación—. Sufrimos una emboscada, Henrik y yo, todo el mundo. —Su voz se volvió ronca—. Estaba nevando, copos muy gruesos. No se veía nada. Salieron de no sé dónde: soldados rusos armados hasta los dientes. Nos dispararon. —Inspiró hondo. Me tapé la cara con la mano, como si con ello pudiera protegerme de lo que fuera a decir después—. Y, entonces, todo se quedó en silencio. —Su voz se redujo a un susurro—. Y de pronto empezaron los gritos. Henrik me estaba llamando.

Sébastian hizo una pausa, sacó un paquete de Gitanes del bolsillo del pecho de su chaqueta y me ofreció. Negué con la cabeza. Encendió un pitillo y, después de darle una larga calada, seguimos andando y empezó a hablar de nuevo, con los ojos clavados en algún punto invisible por delante de nosotros.

—Me arrastré hacia donde sonaban sus gritos. Ignoré por completo a los demás. Lo localicé. Le habían disparado en el estómago. —Se detuvo y dejó caer la ceniza del cigarrillo. Esperé—. Había mucha sangre. Se olía. El orificio era tan grande que ni siquiera podía taparlo con las manos. Se estaba desangrando. Intenté levantarlo del suelo, cargué con él. —Sébastian se quedó mirándome, pero sus ojos eran distantes, como si no me estuviera viendo—. Los rusos habían empezado a avanzar de nuevo. Hubo más disparos, más gritos. Henrik pesaba mucho. —Hizo otra pausa y vi gotas de sudor cubriéndole el

labio superior, como si las palabras le estuvieran quemando por dentro—. Tropecé. Caí al suelo con él en brazos, caí encima de él. Henrik temblaba muchísimo. No tuve fuerzas para volver a cogerlo y salir corriendo de allí. Los rusos se estaban acercando. Me pidió que acabara con él. —Tiró el cigarrillo y lo aplastó contra el suelo con la bota—. ¿Cómo iba yo a dispararle? Intenté cogerlo otra vez en brazos, pero gritó. Me suplicó. —Se secó bruscamente la cara con el dorso de la mano—. Le sujeté la cabeza y… y…

—¿Le disparó?

Me estremecí, con el estómago repentinamente revuelto. Fijé la vista en la pared que tenía delante para intentar bloquear la imagen de Henrik yaciendo en un charco de sangre sobre la blanca nieve.

Sébastian se volvió hacia la pared. Extendió los brazos y presionó el muro con las manos, inclinándose hasta dejar la espalda en posición perpendicular a la pared. Le empezaron a temblar los brazos. ¿Estaba llorando? ¿Era así como lloraban los hombres? Esperé a que recuperase el control, pero los temblores se transformaron en convulsiones. Aterrada, y viendo cómo los espasmos sacudían todo su cuerpo, pensé que acabaría perdiendo el conocimiento. Di un paso hacia él y lo abracé por detrás para intentar calmarlo.

—Sébastian… —Su nombre ardía en mis labios—. Ya está. Ya pasó.

Descansé la cabeza sobre su espalda, abrazándome a él, hasta que los temblores empezaron a perder aquella energía tan viscosa y se derrumbó. Pero no lo solté. Noté que inspiraba hondo. Y entonces se volvió, agarrándose a mí, como si se estuviera ahogando. Dejé que me abrazara, que pegara su mejilla a la mía, que me mojara con sus lágrimas calientes.

—Lo siento, Élise.

El calor de su aliento al pronunciar aquellas palabras me hizo estremecer. Sentí que me fundía, que me perdía en él. Que lo perdía todo.

Necesité de toda mi determinación, de toda mi fuerza de voluntad, pero conseguí apartarme mínimamente de él. Fue como si se hubiera levantado un viento amargo, separándonos. Retrocedí un paso más y el viento me sacudió, dejándome con una sensación de frío y de vacío.

Una encrucijada se abrió delante de mí. El momento que lo cambiaría todo. Le cogí la mano y lo atraje hacia mí, cerrando aquel vacío. Y lo besé. Lo besé con toda la pasión de mi cuerpo.

# 27

*París, mayo de 1944*

## Élise

Sébastian sabía dónde vivía, un hecho que me aterraba y me emocionaba a la vez. Cada día, cuando llegaba del trabajo, estaba con el alma en vilo, oscilando entre la esperanza de que viniera a verme y el rezo por que no lo hiciera. No creía que fuera a ocurrírsele venir a mi casa, aunque debía tener en cuenta que había sido testigo de su lado impulsivo. Pensaba en lo cauteloso que había sido al llevarme al restaurante, donde se había asegurado de que nadie nos viera juntos. Pero pensaba también en su impulsividad cuando me había rescatado en la rue de la Pompe, en su valentía cuando había accedido a ayudarme con los niños del orfanato, en su vulnerabilidad de la otra noche. Pensaba en aquel abrazo salvaje, como si fuéramos los únicos supervivientes de este mundo.

El timbre de la puerta interrumpió mis pensamientos. El corazón me subió a la garganta, por mucho que estuviera prácticamente segura de que no era él, pero la posibilidad fue suficiente para acelerarme las pulsaciones.

—¡Ya voy yo! —grité.

Cogí la chaqueta y corrí a abrir la puerta. El corazón me dio un vuelco. Era una mujer con un paquete.

—¿*Madame* Chevalier?

—Soy su hija —dije cogiendo el paquete.

Una sensación irracional de decepción se apoderó de mí cuando entré en la cocina y le entregué el paquete a mi madre, sin quedarme a ver qué contenía.

Pasó una semana.

No, decidí, teniéndolo todo en cuenta. Sébastian no vendría a mi casa. Era yo quien tenía que ir a buscarlo.

Había acordado no volver a la librería, pero supuse que Isabelle sí podía ir. Aquello no la pondría en ningún peligro, pues no tenía que hacer nada. *Monsieur* Le Bolzec comprendería por qué había enviado a mi hermana y, en el caso de que hubiera algún mensaje para mí, podría hacérmelo llegar, tal vez dentro de un libro.

Al día siguiente, le pedí a mi hermana que fuera cuando pudiese a la librería, con la excusa de que quería un libro de relatos cortos. Se mostró encantada de ir sola hasta allí un sábado por la tarde. Regresó emocionadísima.

—¿Sabes qué? —dijo entrando en la cocina con un paquete envuelto en papel marrón bajo el brazo.

—¿Qué? —pregunté con indecisión levantando la vista del colinabo que estaba rallando.

—Que en la librería había un *boche*.

Me puse tensa.

—No utilices esa palabra, no sé cuántas veces te lo habré dicho —dijo mi madre secándose las manos en el delantal y volviéndose hacia Isabelle.

—¿Y qué hacía? —no pude evitar preguntar. Podía haber sido cualquiera, pero sabía que era él, Sébastian.

—Hablar con *monsieur* Le Bolzec —respondió Isabelle.

—¿Y qué hace ese hombre hablando con ellos? —Mi madre suspiró —. No debería animarlos a visitar su establecimiento. Cuando termine la guerra, la gente se acordará de estas cosas.

—Los alemanes pueden ir a las librerías, *maman*. —Me mordí el labio, ansiosa de repente por la posibilidad de haber hablado demasiado—. A nadie se le ocurriría pensar que *monsieur* Le Bolzec es un *collabo*.

Mi madre puso mala cara.

—Nadie sabe de lo que es capaz la gente.

Oí sus palabras, pero estaba pensando en el paquete que Isabelle tenía aún en la mano.

—¿Es para mí? —le pregunté.

Me ofreció el paquete.

—Me ha dicho *monsieur* Le Bolzec que le habías pedido este libro. —

Lo cogí—. ¿Qué es?

Me encogí de hombros, fingiendo indiferencia mientras giraba el paquete entre mis manos. Estaba atado con un cordel, con la clara intención de que solo lo abriera yo. ¿Cómo podía escabullirme para abrirlo en privado? Noté los ojos de mi madre clavados en mí. Me senté a la mesa de la cocina e intenté respirar con más calma mientras colocaba el paquete delante de mí y empezaba a tirar del cordel. El papel marrón se abrió.

—Sí —dije—. Ya recuerdo que le pedí que me lo reservara.

El corazón se me aceleró cuando recordé que Sébastian estaba comprando precisamente ese libro la primera vez que lo vi en la tienda.

—¿Qué es? —preguntó mi madre mirando por encima de mi hombro.

—Poesía —respondí, aunque la palabra sonara falsa en mi boca.

—¿Poesía? —Su sorpresa quedó patente en la inflexión con que dijo la última sílaba de la palabra.

—Pensé que estaría bien leer algo de poesía para variar.

Mi madre siguió a mi lado, a la espera de que abriera el libro.

—¿Y es eso todo? —dijo Isabelle, a todas luces decepcionada.

—¿Qué más pensabas que habría? —dije esforzándome para hablar con un tono desenfadado.

—No sé. Algo mejor que poesía. —Giró sobre sí misma, como si el asunto empezara a aburrirla.

—¿Por qué no nos lees un poema? —Noté cierto matiz de ironía en las palabras de mi madre.

Abrí el libro por la mitad; un lugar seguro, supuse.

Tuve la clara sensación de que Sébastian había leído justo esa página hacía muy poco tiempo. Comencé a leer en voz alta.

—*«Est-ce à nous qu'il prête l'oreille?»* («¿Es a nosotros a quienes escucha?»).

—*«Est-ce aux anges? Est-ce aux démons? A quoi songe-t-il, lui qui veille»* («¿Será a los ángeles?, ¿a los demonios? ¿En qué está pensando el que vela por nosotros?»).

Dejé de leer. Sébastian debía de haberle dado aquel libro a *monsieur*

Le Bolzec para que me lo hiciese llegar y en algún lugar entre sus páginas debía de haber un mensaje suyo. Pero no podía buscarlo con mi madre revoloteando a mi alrededor como un buitre. Cerré el libro, desesperada por encerrarme en la intimidad de mi habitación.

—¿Por qué has parado? —Mi madre levantó una ceja—. Me estaba gustando.

—Voy a elegir otro para leer esta noche, después de cenar.

Dejé el libro y seguí rallando el colinabo.

Esperé una hora y me excusé para ir a mi habitación. Cerré la puerta y me senté en la cama. Estaba sola por fin. Esa vez, abrí el libro por la primera página. Había una dedicatoria.

> Amor mío, Lise,
> mi vida empezó contigo.
> Para siempre tuyo,
> S

Me acerqué el libro a la cara, aspiré el aroma a papel, a imprenta, a la emoción de un mundo abriéndose ante mí, intentando capturar el olor de Sébastian. Y entonces cayó una nota. La cogí. Era el dibujo de un mapa del Bois de Vincennes, con varias flechas guiando hacia la parte de Saint-Mandé y su pequeño lago, y unas frases escritas debajo: «Sigue la pintura blanca de los árboles. Siete de la tarde. Sábado y todos los días, hasta que vengas».

Mi corazón se disparó. El mundo resplandecía, rebosante de esperanza. Consulté el reloj y vi que ya eran las siete. Tal vez estuviera allí, esperándome. Sentí un escalofrío. Al día siguiente. Iría al día siguiente.

La tarde del domingo, le dije a mi madre que había quedado con una amiga y que no me esperase para cenar.

—Estaré de vuelta antes del toque de queda —le aseguré.

—Ya lo sé —replicó—. ¿Pero dónde vas con tantas prisas?

—A ver a una amiga.

Di media vuelta y marché corriendo antes de que pudiera seguir preguntándome.

Paré un bicitaxi para que me llevara hasta Châtelet e insté al flaco ciclista a pedalear más rápido. Allí, cogí el *métro* hasta Vincennes. En cuanto llegué al bosque, empecé a respirar más tranquila y a prestar atención al canto vespertino de los pájaros. Rodeé el lago y me dirigí hacia la zona boscosa. Al llegar a los árboles, observé los troncos en busca de algún rastro de pintura blanca, pero no vi nada. Con desazón, miré los centenares de árboles que me rodeaban y me pregunté si encontraría algún día los que había pintado Sébastian. Me adentré en el bosque, separando las ramas, buscando desesperadamente un rastro blanco. Y entonces vi una mancha de pintura blanca en el tronco de un árbol grande. Con el corazón encogido, toqué la marca. ¡Estaba ahí! Busqué con la mirada la siguiente marca: estaba tan solo dos árboles más allá, y había otra cinco después. Pero, luego, nada más. Aunque no se veía mucha gente, tuve que contenerme para no gritar su nombre mientras avanzaba, abriéndome paso entre ramas bajas y arbustos. Y, entonces, cuando levanté la vista, me encontré con una rosa blanca.

—Sébastian —susurré acariciando sus finos y sedosos pétalos.

Se oyó un crujido y me quedé inmóvil. De pronto, noté que me agarraba una mano, que tiró de mí para hacerme pasar por un estrecho hueco entre arbustos, rascándome piernas y brazos. Sofoqué un grito y dejé que Sébastian me guiara hasta un pequeño claro, donde encontré una tosca manta marrón extendida sobre la tierra y las ortigas, con una botella de vino tinto y un camembert entero. Me atrajo hacia él y me rodeó la cintura. Mi respiración se aceleró cuando nuestras caras se rozaron.

—Has venido —murmuró—. Pensé que no lo harías.

Durante un momento, los dos permanecimos inmóviles. Aquello no parecía real; era como si de pronto hubiera accedido a un jardín secreto. ¿Cómo era posible que estuviera tan cerca de él como para oír su respiración y oler el aroma de su piel? Deseaba tocarlo. Acerqué la mano a su cara. Él la cogió al vuelo y se la llevó a los labios. Posó la otra mano en la parte baja de mi espalda para atraerme más hacia él;

su barba áspera me rozó la mejilla.

Me había quedado sin palabras. Y, en consecuencia, le acaricié los labios, separándoselos delicadamente, consciente de que cuando nos besáramos ya no habría marcha atrás. Ya no habría un antes. De tal modo, me entretuve en ello, prolongando aquel exquisito momento, antes de que todo explotara en un millón de fragmentos que jamás podríamos volver a unir. Percibí la urgencia enfebrecida en su aliento, pero esperó. Esperó a que yo empezara.

El beso, cuando llegó, fue tentativo de entrada…, exploratorio, probatorio, pero iba haciéndose desesperado a pasos agigantados. Aquello no era suficiente para él y yo lo quería todo. Si quedaba en mí alguna pizca de racionalidad, se esfumó por completo.

# 28

*París, junio de 1944*

## Élise

La única manera de guardar un secreto es no contándoselo a nadie. ¿Pero cómo esconder el amor que corría por mis venas, que daba luz a mis ojos y color a mis mejillas? Ensayé delante del espejo, me esforcé por poner cara de pena, por intentar apagar aquella luminosidad, aunque cualquiera que me conociera bien podía verlo. Mi madre lo sabía; lo notaba por sus miradas de reojo y su mohín. Ella veía que estaba cambiada, pero, en lugar de sentirse feliz, estaba preocupada. Por supuesto. Eran tiempos en los que las sonrisas secretas y el buen humor levantaban sospechas.

Sin embargo, aquella primera noche, cuando volví a casa, mi madre no dijo nada. Ni la siguiente vez, ni la otra. Pero sabía que estaba escondiéndole algo por cómo yo miraba hacia el otro lado cuando llegaba sin hambre después de que Isabelle y ella ya hubieran cenado. Les llevaba pan negro y queso, incluso fresas en una ocasión. Y eso fue un error por mi parte. Mi madre no me lo aceptaba y tenía que dárselo a mi hermana, que lo devoraba todo sin formular preguntas mientras mi madre observaba, con los brazos cruzados y la boca cerrada, y yo me maldecía por ser tan idiota, por hacerlo todo tan evidente.

—¿Cómo se llama? —me preguntó por fin aquel día mientras Isabelle, con los ojos cerrados de puro éxtasis, chupaba incluso la cabeza de las fresas.

Miré a mi madre, consciente de que no podía seguir evitando aquella conversación.

—Sébastian —confesé.

—¿Sébastian qué?

No podía decir el apellido. ¿Cómo iba a mencionar un apellido alemán en casa?

—Es medio francés —dije entonces, recordando las palabras de *monsieur* Le Bolzec cuando intentó hacerme ver a Sébastian desde otro punto de vista. Y mi respuesta: «¿Y eso qué importa? ¡Lleva el uniforme nazi!».

—¿Medio francés? —repitió, hablando despacio y con intención, dejando que la pregunta tácita flotara entre sus palabras.

—Su madre es francesa. Su padre es… alemán.

Isabelle levantó la vista y el silencio empezó a cargar el aire de la cocina, dificultando incluso la respiración. Me senté a la mesa y levanté el mentón. Quería defender a Sébastian, ¿pero cómo? No podía contar lo de los niños que había salvado. No podía explicar que era distinto a los demás.

—Isabelle —mi madre enderezó la espalda—, a la cama.

Mi hermana, intuyendo la tensión, fue lo bastante lista como para no discutir y desapareció sin decir nada, dejándome a solas con mi madre.

—¿A qué te piensas tú que estás jugando? —dijo, furiosa—. Ojalá tu padre estuviera aquí. Pero, por el amor de Dios, ¿sabes lo que estás haciendo? —Sus palabras cayeron sobre mí como una lluvia torrencial —. ¿Un alemán? Creía que los odiabas. ¿Has perdido la cabeza?

—Él no tiene la culpa de ser alemán.

Me miró con incredulidad.

—Y tampoco tenemos nosotras la culpa de ser prisioneras en nuestro propio país. Me importa un comino de quién sea la culpa. ¿Qué ha pasado con tu lealtad? Ese chico es el enemigo.

—No es más que un hombre. Quería esta guerra tan poco como nosotros.

—¡Has perdido la cabeza! —Se presionó las sienes, como si todo aquello fuera demasiado para asimilar—. La guerra terminará pronto. —Hizo una pausa para respirar—. ¿Y entonces qué? ¿Has tenido eso en cuenta? Luego lo sentirás. Todos lo sentiremos. ¿Has pensado en Isabelle? ¿Te has parado un momento a pensar en todos nosotros? A saber qué le pasará a la gente, a la gente que…

—No, *maman*. Por favor, no es así. Tú no lo conoces.

Ansiaba contarle todo lo que Sébastian había hecho para ayudar a

los niños, pero no podía hablar de esas cosas. Era demasiado peligroso.

—¿Cómo puedes ser tan ingenua, tan estúpida?

—*Maman*, por favor. Cuando me reúno con él, nadie sabe dónde voy. Es solo una hora, nunca estamos más tiempo juntos.

Mi madre cogió una cacerola que se estaba escurriendo. Por un momento, pensé que iba a tirarla al suelo, pero la dejó en el fregadero.

—Estoy agotada. —Se secó los ojos con el dorso de la mano—. Estoy cansada de vivir con miedo. Cansada de pasar hambre. Cansada de intentar encontrar comida para todas nosotras. Y a ti solo se te ocurre pensar en tu alemán. ¿Cómo puedes ser tan egoísta?

—No solo pienso en él. Nadie sabe de su existencia.

—¿Por qué tienes que correr tantos riesgos, por el amor de Dios? Los aliados ya han desembarcado en las playas de Normandía. Sus ejércitos están de camino. Solo tenemos que aguantar un poco más.

—Lo sé, *maman*. Lo sé. —Di un paso hacia ella y busqué su mano. La retuve entre la mía—. Yo también lo presiento. La liberación llegará. Pero, por favor, permíteme que pase este tiempo junto a Sébastian. —Le presioné la mano—. Lo quiero.

Mi madre retiró la mano y me miró furiosa.

—No le cuentes jamás eso a tu padre —dijo en tono amenazador.

Y pasó por mi lado para salir de la cocina.

# 29

*París, 15 de agosto de 1944*

## Sébastian

Sébastian sabía que Élise seguía dormida por la suave regularidad de su respiración. Tenían las manos unidas bajo las sábanas y separó los dedos entrelazados con los de ella. Se puso de lado y la miró. Los rayos de luz del sol tempranero se filtraban entre las persianas e iluminaban su cara, sus pómulos. Desde que se habían enamorado, hacía justo cuatro meses, era la primera vez que se quedaba toda la noche con él. Estaban corriendo un riesgo, lo cual implicaba que Élise había tenido que mentirle a su madre. Pero había merecido la pena. Todos los minutos que habían pasado juntos habían sido maravillosos.

Trazó una línea con el dedo por debajo de su oreja, a lo largo de su clavícula, hasta alcanzar ese punto donde el hueso se hundía levemente. Élise se desperezó.

—Shhh, Lise —susurró—. Duerme.

Era una parte de ella íntima, privada. Por mucho que los demás pudieran verla, nadie más la tocaría. ¿Tendría un nombre? Si no lo tenía, debería. Era un lugar especial. Su yo secreto. Y ella le había permitido entrar, había confiado totalmente en él, y él se había expuesto por completo a ella, junto con todos sus terrores. Sébastian se inclinó y acarició con los labios ese hueco caliente, seguro de que nunca jamás traicionaría su confianza.

Le acarició el cabello, esperando acompañarla de nuevo al sueño. Deseaba empaparse de esos momentos, grabarlos en su cabeza hasta el último detalle: el modo en que sus párpados se agitaban cuando soñaba, el modo en que sus mejillas se sonrosaban cuando estaba excitada. Necesitaba almacenar todo aquello para que, cuando se separasen, pudiera evocarlo. Sabía que esos instantes con ella eran fugaces, que se escabullían antes de que le diera tiempo a aferrarlos

con fuerza. Anhelaba algo que pudiera retener para siempre. Deseaba escribir un poema sobre ella. Palabras a medio formar empezaron a dibujarse en su mente, luchando por escapar, inciertas. Temía el impacto que tuvieran cuando se liberasen. El poder de las palabras. Las palabras mentían. Las palabras traicionaban. Las palabras mataban. ¿Y si la asustaban? ¿Y si la hacían sentirse atrapada, responsable de él en algún sentido? ¿Y si las palabras mataban la magia?

Élise volvió a moverse; esa vez, haciendo girar ligeramente las caderas hasta acabar tumbada de lado, de cara a él. Entonces, sin abrir los ojos, le acercó la mano a la nuca y lo atrajo hacia ella, buscando su boca.

Más tarde, acostados el uno al lado del otro, con el cuerpo húmedo y brillante, ella le acarició la mejilla. Él esperó, sabiendo que quería seguir profundizando hasta conocerlo por completo.

—¿Crees en el amor a primera vista? —preguntó Élise en voz baja.

Sébastian cerró los ojos un segundo, pensando.

—No. —Por supuesto que no creía en eso; no era más que un instinto de apareamiento. ¿Qué tonto confiaría en un instinto animal como ese?

—Yo tampoco. Ni siquiera te miré la primera vez que te vi.

—Lo único que viste fue el uniforme.

—Sí, y me asustó.

—Bueno, yo tampoco es que te mirase mucho.

Élise le pellizcó suavemente la mejilla.

—¿Lo dices en serio?

—Sabía que no querías que te mirasen, y mucho menos alguien como yo, pero me fijé en ti. —Jugó con los dedos de ella—. Me pareciste intrigante.

—Continúa —dijo ella animándolo.

Lo conmovió que quisiese oírlo hablar de ella.

—Y desafiante —prosiguió—. Valiente. Sabía que aquellos policías te daban miedo, pero no te acobardaste ante ellos. —Le soltó la mano

—. Me pareció admirable. —Le acarició el cabello—. Aunque me di cuenta de que podías acabar teniendo problemas.

—¿Pensaste que me salvarías?

—No. —La miró fijamente—. Supe que serías tú quien me salvaría a mí.

—Que te salvaría para hacerte mío. —Sonrió y se le formaron hoyuelos.

—Jamás perteneceré a nadie ni a nada más. —En ese momento, se creyó un hombre totalmente libre. Libre de su país. Libre de su familia —. Nos pertenecemos el uno al otro —murmuró—. Y, pase lo que pase, siempre tendremos nuestros recuerdos.

Pensó en las tardes de primavera, cada vez con más luz, cuando se encontraban en el Bois de Vincennes, en ese escondite detrás de las zarzas donde las ortigas crecían libremente; en el cuidado con el que extendía la manta en el suelo y se despojaba de las botas, la gorra, la chaqueta y la camisa. Libre de prácticamente todo lo que lo etiquetaba, tenía la sensación de ser simplemente él. Siempre había sabido que esos momentos serían escasos y por eso los atesoraba, los saboreaba como habría hecho con un vino añejo. Solo que sabían un millón de veces mejor.

—Me acuerdo de nuestras maravillosas tardes —dijo Élise, como si le hubiera leído la mente—. Pensabas en todo. La primera vez estaba aterrada. Aterrada pero emocionada. Y nos escondimos tan bien que era como si estuviéramos en otro mundo. —Lo miró fijamente—. Iría a cualquier parte contigo. Contigo me siento a salvo.

—¿A cualquier parte?

—Sí, mientras estuviéramos juntos. —Suspiró—. Huyamos. Vayámonos muy lejos.

Sébastian sabía hacia dónde se dirigía la conversación; ya la habían tenido antes.

—¿Y dónde iríamos? No tengo coche y, aunque lo tuviera, no hay gasolina.

—Podríamos conseguir caballos.

Sébastian se echó a reír. Eso no lo había sugerido antes.

—¿Y qué comerían los caballos?

—Hierba, hojas.

—La hierba está seca. Está siendo un verano muy caluroso. —Le besó la oreja.

—Podríamos ir parando en granjas. Algo de heno deben de tener.

—¿Y dónde iríamos con esos caballos? —preguntó con tono animado y burlón.

—Al sur. —Le recorrió el muslo con la punta del dedo—. Muy lejos de aquí. A algún sitio en medio de la nada.

—No hay ningún sitio en medio de la nada. Están por todas partes.

Los aliados se aproximaban y la Resistencia estaba reuniendo a todos sus efectivos. La batalla empezaría pronto y los alemanes acabarían siendo expulsados de una forma u otra.

—Nos esconderemos —insistió Élise.

—¿Y qué pasa con los maquis y la Resistencia? —preguntó Sébastian, porque en verdad los temía más a ellos que a los británicos o a los norteamericanos.

—Lo que pasa es que no quieres huir conmigo, ¿verdad? —dijo Élise pellizcándole la barbilla.

Sébastian le cogió la mano y se la llevó a los labios. Palabras aún no formadas ascendieron a su garganta y descendieron de nuevo. Sus emociones eran demasiado crudas, demasiado rebeldes, demasiado grandes. Ansiaba que Élise percibiera todo lo que sentía por ella. La rodeó por la cintura y la atrajo hacia él mientras le besaba la boca y aspiraba su aliento, como si pudiera insuflarle de ese modo todos sus pensamientos.

Las siguientes palabras que pronunció no fueron de amor. Fueron palabras duras que tuvo que extraer de un rincón oscuro de su cabeza, del lugar donde residían todas sus preocupaciones.

—Lise, has corrido un gran riesgo viniendo aquí.

—Pero no me ha visto nadie. Estaba oscuro.

—Las paredes oyen. Lo sabes muy bien, no podemos fiarnos de nadie. No pueden encontrarte aquí. Los alemanes perderán París muy pronto. —Se apartó y se recostó en el cabezal—. Podría ser incluso cuestión de días y, en cuanto los franceses estén en una posición de ventaja, muchos arrasarán con todo y estarán sedientos de venganza.

Habrá violencia, seguro. Y cualquiera que haya colaborado o simpatizado con los alemanes pagará por ello.

—¡Yo no he hecho nada de eso!

—¿De verdad crees que se pararán a escucharte? La gente te ha visto hablar conmigo en la librería. Esos policías… seguro que se acuerdan perfectamente de ti. Y no se entretendrán formulándote preguntas. —Sintió náuseas al pensar en lo que podía llegar a pasarle a Élise—. No pueden encontrarte aquí, tienes que volver a casa. —Hizo una breve pausa—. ¿Le has dicho a tu madre que venías?

—No.

—¿Qué le has dicho?

—Que me quedaba a dormir con mi amiga Françoise, del banco. Le dije que teníamos trabajo que hacer en casa porque los bancos han tenido que cerrar. —Se volvió para mirarlo—. Aunque no sé si me ha creído.

—Sabe que estás viéndote conmigo.

—Sí.

—¿Le contaste lo del orfanato?

—No, por supuesto que no. Ella piensa que solo les llevaba ropa de vez en cuando.

La atrajo con fuerza hacia él.

—No hablará, seguro.

Élise se apartó y lo miró.

—Todavía nos queda hoy, ¿verdad? Dime que todavía nos queda hoy.

—No sé cuánto tiempo tenemos. Estamos a la espera de recibir órdenes, pero hay hombres que ya han emprendido la huida. Les da más miedo que los franceses consigan armas y entren los aliados que ser sometidos a un consejo de guerra.

—A lo mejor también tú deberías huir.

—No. Esperaré a recibir órdenes.

—¡Entonces, todavía tenemos hoy!

—Sí. Ojalá pudiese llevarte a algún lugar especial.

—¿Dónde me llevarías?

—Al mar —respondió Sébastian—. Nadaríamos y luego haríamos un

pícnic en la playa.

—Continúa —dijo ella animándolo.

—Con bicicletas —siguió diciendo—. No, —se corrigió—, en una bicicleta. Tú te sentarías sobre el cuadro, para así poder abrazarte.

—¿Y en qué consistiría el pícnic?

—Habría una botella de vino, un tinto, pan con queso y fruta, sí…, manzanas y uvas. —Le dio un beso en la coronilla.

—¿Y qué me dices del chocolate?

—Por supuesto. ¿Cómo podría olvidárseme? Habría también chocolate. —Le cogió la mano—. Lise, tengo una idea.

—¿Cuál?

—Cojámonos este día, solo para nosotros. —Acercó la mano de Élise a su boca y la miró mientras seguía hablando en voz baja—. Pero luego vuelves a tu casa. —Comprobó si estaba de acuerdo—. Puedo salir un momento a buscar algo de comida y podemos hacer un pícnic aquí, en la habitación. Sentarnos con la ventana abierta e imaginar que…

—Como niños —lo interrumpió ella—. Jugando a ser adultos.

—Como adultos. —Sébastian sonrió—. Jugando a ser niños.

Élise rio con alegría.

—¿Crees que la situación es segura para salir? ¿Dónde encontrarás comida? En las tiendas no queda nada.

—Lise, cariño mío, tengo contactos. —Se dio unos golpecitos en el puente de la nariz con el dedo índice, exagerando ese curioso gesto que hace la gente cuando tiene un secreto, y sonrió para sus adentros.

—Adelante, pues. —Le dio un beso—. Sal y tráelo todo para darnos un banquete.

Sébastian la besó en la mejilla y la soltó. Se puso el pantalón y una camisa, ni chaqueta ni gorra, y salió de la habitación. Caminó por la acera, pegado a los edificios, rumbo al callejón donde a veces compraba en el mercado negro. Al pasar por su lado un camión, se asustó. Cuando se volvió, vio que iba cargado con colchones. Instantes después, lo siguió un tanque camuflado con hojas y ramas. Los alemanes huían de París y se llevaban con ellos todos los suministros. Aceleró el paso, pensando que tenía que correr si quería conseguir

algo de comida. El tiempo se estaba agotando.

Suspiró aliviado al ver que la tiendecita estaba abierta y que aún estaban dispuestos a atenderlo. Compró todo lo que pudo, ansioso por mimar a Élise lo máximo posible.

—Bienvenido a casa. —Élise lo recibió con un beso en la mejilla cuando entró en la habitación, como la esposa que saluda al marido al llegar—. ¿Qué has encontrado?

Sébastian miró la manta extendida debajo de la ventana abierta y rio.

—Un lugar encantador para celebrar un pícnic—. Sacó una botella de vino—. Un *petit* burdeos, Château Margaux. Creo que te gustará.

Lo dejó en la manta y sacó un camembert entero.

—¿De dónde demonios ha salido eso?

—Conozco un par de mafiosos.

Sonrió y sacó otra cosa envuelta en papel marrón, que empezó a abrir muy despacio, tentándola.

—¡Chocolate! —Élise le arrancó la tableta de las manos y la estrujó contra su pecho—. No había visto chocolate desde… ¿Qué más tienes aquí? —dijo intentando mirar el contenido de la bolsa.

—Espera y verás. —Se acomodó en la manta y extendió las piernas delante de él—. ¿Te apetece probar el vino?

—Son solo las once de la mañana —protestó Élise.

—Lo sé, pero tenemos algo que celebrar.

Sacó un sacacorchos y extrajo el tapón, que emitió un «pop» de lo más satisfactorio. A continuación, sirvió el vino en las dos tazas que había en el cuarto de baño.

Tal vez resultara extraño, estar encerrado en una habitación de hotel en un precioso día de verano, bebiendo vino tinto en tazas del cuarto de baño, pero en aquel momento a Sébastian no se le pasaba por la cabeza otro lugar mejor donde estar.

—Por la paz. —Élise levantó su taza.

—Por la paz. —Sébastian hizo chocar su taza con la de ella—. Pase lo que pase a partir de ahora, Lise —el tono de voz de Sébastian se volvió serio—, siempre recordaré este día. Gracias.

—No tienes por qué dármelas.

—Sí que tengo. —Las palabras se le atascaron en la garganta.

Élise se inclinó sobre él, acallando con un beso todo lo que fuera a decir, y después se apartó.

—¡Me muero de hambre!

El fuego de artillería en la distancia los sobresaltó.

—Tranquila, no pasa nada. —Sébastian enderezó la espalda—. Suena muy lejos.

Élise descansó la cabeza sobre el pecho de Sébastian.

—¿Por qué no huimos? —dijo—. Cuando llegue el invierno, todo esto habrá acabado. —Sébastian le acarició el pelo, pero no dijo nada —. Estaríamos a salvo, seguro —continuó ella—. Sé que lo estaríamos. Y juntos.

—Lise —le cogió la mano—, estamos destinados a estar juntos. Y encontraremos la manera.

## 30

*París, 16 de agosto de 1944*

## Élise

Me levanté de la cama y recogí mi ropa interior, que estaba esparcida por el suelo. Debería haber vuelto a casa el día anterior. Pobre *maman*, no tenía un pelo de tonta; debía de imaginarse dónde estaba y estaría muerta de preocupación.

Sébastian se sentó y cogió el paquete de Gitanes que había en la mesita de noche. Sin decir palabra, dio unos golpecitos a un pitillo y lo encendió. Normalmente, no fumaba en la cama. Me pregunté si por su cabeza estarían pasando los mismos pensamientos que por la mía. ¿Estaríamos desperdiciando el poco tiempo que nos quedaba para estar juntos? ¿Estaríamos haciendo lo correcto? Mi corazón pedía a gritos que me quedara, pero ¿quién podía confiar en su corazón aquellos días, cuando nuestra vida corría peligro?

En cuanto cruzara la puerta, era posible que no volviéramos a vernos nunca más. ¿Cómo podíamos separarnos así? Quería pasar todos los minutos que quedaran con él; era lo único que me importaba. El resto que se fuera al infierno. Le di la espalda, cerré los ojos y noté el corazón en la boca del estómago. Di un paso para alejarme de él, solo para ver qué pasaba. No pasó nada: Sébastian ni habló ni se movió. Me agaché para recoger el sujetador y, dándole aún la espalda, me lo abroché. Luego, busqué la camisa. Sébastian seguía sin decir nada, se limitaba a fumar. Me abotoné la camisa, cogí los pantalones del respaldo de la silla y me los puse.

La distancia entre nosotros empezaba a expandirse como un abismo en el que estaba a punto de caer mientras él permanecía en el borde, observando. Deseaba quitarme la ropa de nuevo y arrojarme a sus brazos, desnuda, riendo y mostrándome valiente. Esos eran los momentos por los que merecía la pena vivir, los momentos que pasaba

con él.

Lo siguiente eran las sandalias. Me las calcé y di otro paso en dirección a la puerta. «¡Detenme! ¡Detenme! —le supliqué mentalmente—. No dejes que me vaya. Nunca». Pero la habitación siguió en silencio y lo único que oía era el latido de mi corazón. Un impulso autodestructivo me impidió volverme cuando levanté la mano en dirección al pomo de la puerta.

—Lise, no te vayas así.

Me paré justo a punto de tocar el pomo. Oí que Sébastian se levantaba de la cama y avanzaba hacia mí. Noté su mano en mi hombro. Me dio la vuelta hacia él y presionó levemente su nariz contra la mía.

—Prométeme que no te morirás —musité.

Me besó las lágrimas y acercó la boca a mi oído.

—Confía en mí, Lise. Estaremos juntos.

Deseaba creerlo. Necesitaba creerlo. No soportaba la idea de separarnos de aquella manera, de decirnos adiós en la habitación del hotel sin tener nada a lo que agarrarme. Me llevé la mano a la nuca y desabroché el colgante que me habían regalado mis padres al cumplir dieciocho años: una rosa de rubíes en una cadenita de plata. Lo deposité en su mano.

—Asegúrate de devolvérmelo.

Y besé con suavidad sus labios cerrados.

—Lise —susurró él—, te lo prometo. El personal de administración será evacuado antes de que lleguen los aliados. Estaré de regreso a Alemania antes de que acabe la guerra. Y, en cuanto la batalla termine, volveré contigo. No pasará mucho tiempo.

Tal como lo dijo, parecía tan sencillo que casi lo creí.

—Es más seguro que intentar huir —añadió—. No quiero ponerte en más peligro de lo que ya he hecho. —Cerró los ojos y me besó en la frente—. Y, ahora, vete.

Me volví hacia la puerta y esa vez cogí por fin el pomo y lo giré para abrir.

Recorrí el pasillo y bajé la escalera con mi corazón resquebrajándose a cada paso que daba. Concentrada en colocar un

pie detrás del otro, me obligué a entrar en un estado de aturdimiento, consciente de que, si permitía que emergiese la más mínima emoción, daría media vuelta y volvería corriendo con él.

Llegar a la calle fue casi un alivio: el ruido de los coches y los camiones y los gritos de la gente me golpearon y fueron un recordatorio de que seguía en el mundo. El brillo del sol me deslumbró y me protegí los ojos con la mano para mirar alrededor. Pasó por delante de mí un camión hasta arriba de soldados alemanes, con los rifles y las ametralladoras apuntando hacia las ventanas de los bloques de pisos. Me pegué a la pared al ver que se acercaban más coches y camiones. Tocaban el claxon, se paraban y cargaban más gente y cosas. Dudé, con miedo a salir. Pero inspiré hondo, pisé la calle y eché a andar hacia el *métro*. No me sorprendió encontrarlo cerrado, de modo que seguí caminando. Un camión descubierto bloqueaba la calle y, cuando crucé rodeándolo, vi que un grupo de soldados alemanes estaba cargándolo con mesitas auxiliares. Me paré en seco, rabiosa. Seguían robándonos, ¡llevándose mobiliario de las casas! De pronto, uno de los soldados dejó una mesita en el suelo y se quedó mirándome. Le sostuve la mirada. El soldado me guiñó el ojo, como queriéndome hacer cómplice de su robo. Y, entonces, se apoyó en la mesa, sacó tranquilamente un cigarrillo del bolsillo de su pantalón y lo encendió sin apartar la vista de mí.

Levanté la cabeza, lo miré a los ojos y pasé por su lado sin decir palabra. Lo oí silbar detrás de mí, pero no me volví. Alejarme de Sébastian me había exigido una cantidad descomunal de valentía y fuerza de voluntad. A partir de entonces, cualquier cosa sería más fácil que aquello.

# 31

*París, 16 de agosto de 1944*

## Élise

Volví a casa por el camino más largo y crucé el río por el puente de la Île Saint-Louis. En él, había una niña de unos diez años con una bandeja llena de objetos de vivos colores colgada al cuello. Al verme, se acercó.

—¿Qué estás vendiendo?

—Broches —respondió—. Azules, blancos y rojos.

Miré alrededor, preocupada por ella, pero no vi soldados alemanes patrullando.

—Ve con cuidado —le dije en voz baja de todos modos. Busqué algunas monedas en el bolsillo—. Te compro tres.

Se me aceleró el corazón al coger los pequeños broches. Era peligroso, pero representaban un paso más hacia la victoria. Solo era cuestión de tiempo.

En el Odéon, un cartel colgado en la esquina me llamó la atención. El Front National llamaba a todos los parisinos a sumarse a las FFI (las Forces Françaises de l'Intérieur, las tropas de De Gaulle) o a las milicias patrióticas para combatir a los alemanes. Me emocionaba la idea de participar en la lucha, ¿pero cómo iba a hacerlo? Pensar en Sébastian, solo en la habitación de su hotel, me provocó dolor y desesperación. ¿Qué quedaba en mí capaz de combatir?

Me quedé parada un minuto en la Place Saint-Sulpice para contemplar la iglesia, recuperando fuerzas antes de enfrentarme a mi madre. Pasado ese tiempo, doblé la esquina y llegué a casa.

Mi madre abrió la puerta antes de que me diera tiempo a empujarla yo y volvió a cerrarla rápidamente para empezar su sermón.

—¡Has estado con él! ¡No con Françoise! Vino aquí preguntando por ti. Tuve que decirle que no sabía dónde estabas. ¡Qué vergüenza!

Se plantó delante de mí con los brazos cruzados, bloqueándome el paso, como una barricada.

—Lo siento.

Estaba agotada y emocionalmente exhausta. Lo único que deseaba era que me dejaran en paz, pero sabía que era imposible. Seguí a mi madre hasta la cocina.

—Siéntate. —Tiró de una silla y me dejé caer en ella, preparándome para recibir una bronca. Mi madre tomó asiento a mi lado y se quedó un momento callada. Y, entonces, en voz baja, dijo—: Sé lo que sientes por él. —Esperé a que continuara con una reprimenda, pero, en vez de eso, añadió—: Tal vez tenga una solución. —Soltó el aire y su pecho se deshinchó—. He estado pensando, en ti y en… Sébastian. —Era la primera vez que pronunciaba su nombre—. Es medio francés, ¿no?

Asentí.

—¿Y habla francés como un francés?

—Sí.

—Sé lo mucho que significa para ti, Élise. —Estudió mi reacción, pero no me moví—. A saber lo que pasará cuando lleguen los aliados. Será desagradable, no me cabe la menor duda. Estaría más seguro aquí.

—¿Qué quieres decir?

—Que podrías traerlo a casa. Fingiríamos que es un primo.

—¿Qué? ¿Y los vecinos?

Mi madre no había ni querido que hablara de él y de repente se estaba ofreciendo a refugiarlo en casa. Me sentía más confusa que feliz. Mi madre suspiró.

—Ya me ocuparé yo de ellos. Prefiero tenerte aquí bajo este techo que por ahí fuera con él.

Ella no sabía que había vuelto a casa para quedarme, que había dejado a Sébastian. Casi se lo digo, pero la idea de tenerlo allí resultaba demasiado tentadora. ¿De verdad que era posible? Animada, dejé volar la imaginación por un momento, pero me entristecí de nuevo al pensar en los vecinos.

—Basta con respirar en la dirección incorrecta para que la portera

piense mal de ti. Es una soplona.

—No te preocupes por ella.

—Pero lo verá entrar. Preguntará quién es.

¿De verdad que mi madre se lo había pensado bien?

—Me reuniré con él fuera y entraremos juntos mientras tú la distraes con cualquier cosa. Podrías regalarle algunas patatas de esas que nos ha conseguido Georges. Eso será suficiente para que no preste atención.

—¿Estás segura, *maman*? —No quería poner a mi familia en peligro —. ¿Y papá?, ¿qué pasará cuando vuelva a casa?

—Cuando llegue ya nos preocuparemos por eso. De hecho, podrías coger algo de ropa suya: una boina, unos pantalones viejos y una chaqueta. Así parecerá un francés cualquiera.

Pobre *maman*, siempre preocupada por mi seguridad y en esos momentos dispuesta a correr un riesgo tan enorme por mí. Haberme equivocado tanto al juzgarla me hacía sentir pequeña y avergonzada. Tragué el nudo que se me había formado en la garganta y la abracé, pero estaba rígida. Era una decisión difícil y peligrosa para ella, naturalmente, y debía de haber sido muy duro olvidar sus preocupaciones para ponerse en mi lugar y comprender lo que Sébastian significaba para mí. Una punzada de culpa me recorrió el cuerpo al pensar en ella, en Isabelle y en lo que les estaba haciendo pasar.

—Gracias, *maman*. ¡Gracias! Iremos con mucho cuidado, te lo prometo. —De pronto, pensé en la boca adicional que tendríamos que alimentar—. Puedo pedirle que traiga algo de comida.

—Nos apañaremos. —Se cruzó de brazos y frunció el ceño—. No hay tiempo que perder. Pronto empezarán los combates por las calles.

Emocionada e inquieta a la vez por el acuerdo al que habíamos llegado, salí de la cocina y fui a mi habitación a cambiarme antes de volver a marchar.

—Élise. —Un susurro a mis espaldas me hizo darme la vuelta. Era Isabelle, con un vestidito de verano azul celeste y sus largos y flacos brazos descansando en los costados—. ¿Dónde estabas?

—Con un amigo especial.

—Con tu novio. —Esbozó una sonrisa de secretismo—. Es ese hombre, ¿verdad?, el de la librería. Ese *boche*.

¿Cómo podía haberlo averiguado? ¡Maldita sea, *maman*! Seguro que había comentado algo. Puse mala cara, pero recordé enseguida que no era más que una niña, y que a los adultos ya nos costaba un auténtico esfuerzo darle sentido a todo lo que estaba pasando.

—Es medio alemán, medio francés.

—Pero sigue siendo un *boche*, ¿no? —insistió.

Suspiré, cada vez más frustrada.

—Los *boches* son muy malos, ¿verdad?

Isabelle cambió el peso del cuerpo a la otra pierna y se quedó a la pata coja, como si estuviera probando la solidez del suelo.

—No deberías decir esa palabra, Isabelle.

—¿Qué palabra, *boche*? Pero tú la decías siempre. —Se quedó estudiándome—. Cuando De Gaulle llegue, los matará a todos.

—A los nazis. Combatirá contra los nazis.

Isabelle puso cara de no entender nada.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Que no todos los alemanes son nazis, Isabelle. Son personas, como nosotros. Los hay buenos y los hay malos.

Abrí los brazos, esperando que viniera hacia mí, pero no se movió.

—¿Pero por qué te gusta? ¿Por qué no puede gustarte uno que solo sea francés, como nosotras?

Cerré los ojos en busca de las palabras adecuadas para responder.

—No elegimos a la persona que amamos, sino que simplemente sucede, y a veces te enamoras de alguien de quien supuestamente no deberías enamorarte.

Isabelle arrugó la nariz, como si lo que yo acababa de decir fuera una cosa de lo más desagradable.

—Pues yo no pienso enamorarme nunca. Me quedaré siempre aquí, con *maman*.

—Eso lo dices porque este es el lugar en el que tienes que estar en este momento. Ven aquí. —Volví a abrir los brazos e Isabelle avanzó dubitativa hacia mí. La estreché contra mi pecho y hundí la nariz en su cabello, aspirando su olor a niña, a limón y a sol—. Algún día

cambiarás de idea —le susurré.

—No, nunca. —Inspiró hondo—. Y, si tienes niños, ¿serán alemanes?

La aparté de mí y la miré a los ojos.

—Serán simplemente niños, como todos los niños. —Su pregunta me dejó preocupada—. Isabelle —dije en voz baja—, ¿has hablado con alguien sobre él?

Isabelle negó con la cabeza, pero, cuando le subieron los colores a las mejillas, supe que sí lo había hecho.

—No me acuerdo —dijo moviéndose con nerviosismo.

—Isabelle —dije en tono firme—, necesito saber si has hablado con alguien sobre Sébastian.

—No me acuerdo.

—Isabelle —puse las manos sobre sus hombros, obligándola a sentarse—, ¿a quién se lo has dicho?

—Solo a Marie. Es mi mejor amiga —confesó, retorciéndose bajo mi presión.

La solté y tuve que contener las ganas de gritarle. No era más que una niña, no tenía la culpa de nada. Pero mi madre no debería habérselo contado. Los niños no saben qué secretos son los que jamás deben revelarse. La frente se me cubrió de gotitas de sudor cuando empecé a imaginarme a los vecinos hablando de mí, sus chismorreos por lo que podría haber hecho.

Justo en aquel momento, mi madre asomó la cabeza por la puerta y me pasó una bolsa con ropa.

—Ve, Élise. Ve y tráelo.

# 32

*París, 16 de agosto de 1944*

## Élise

El sol abrasaba implacable la acera y me quemaba la nuca mientras coches y camiones circulaban por la calle a toda velocidad levantando un polvo caliente que me envolvía los tobillos. El estómago me rugía, recordándome a cada paso que aún no había comido. Vi una cafetería abierta cuyo interior estaba oscuro y parecía fresco. Motivada por un impulso, me alejé de la ardiente y ruidosa calle y crucé la puerta del establecimiento.

Algunos hombres estaban de pie junto a la barra de zinc brillante y un par de cabezas se giraron para mirarme.

—*Bonjour, madame*. ¿Sirven comida? —pregunté a la camarera de detrás de la barra.

La mujer se volvió hacia mí.

—*Jambon beurre*.

—¿Podría prepararme uno, por favor? Y un café, y también un vaso de agua, por favor.

La mujer dejó un vaso de agua en la barra y una taza pequeña de café y se puso a preparar el bocadillo. Por el sonido del cuchillo, imaginé que solo tenía pan duro, probablemente hecho con serrín, pero me daba igual; era comida al fin y al cabo.

Un hombre sentado a la barra dobló su periódico y levantó la vista. Inspiró hondo y comprendí que se disponía a comentar algo relacionado con lo que acababa de leer.

—Los americanos han bombardeado la costa —empezó diciendo—, al este de Toulon. Bretaña ha sido liberada, Blois también, y Orleans y Chartres. Seremos los siguientes.

Un anciano apoyado de pie en la barra tosió para llamar la atención de los presentes.

—En cuanto los *boches* pierdan París, se habrá acabado para ellos. —Suspiró con exageración—. Pero no se limitarán a largarse. *Mais non.* Tendremos que luchar contra ellos.

Apuré el agua de un trago y di un sorbo al café. El aroma me golpeó de inmediato: ¡era café de verdad! Nada que ver con ese asqueroso *ersatz* que normalmente nos servían. Para mí, eso era más significativo que cualquier titular. Ya no teníamos que reservarlo para los alemanes.

El hombre que había hablado primero agitó su periódico.

—¡Sí! Ha llegado la hora de coger las armas y luchar. *Aux armes, citoyens.* —Tarareó *La Marseillaise*—. *Formez vos bataillons.* —Señaló el diario con el dedo índice—. Nos están llamando a la insurrección.

—*L'Humanité!* —El anciano le arrancó el periódico de las manos—. ¿De dónde ha sacado este panfleto rojo? No me apetece escuchar a los comunistas. A quien espero yo es a De Gaulle.

—A saber cuándo llegará aquí. —El hombre se levantó y miró a su alrededor—. Probablemente, justo a tiempo para el desfile de la victoria. —Le quitó el periódico.

El anciano levantó los hombros y abrió las manos, con sus carnosas palmas hacia arriba.

—Siempre ha estado luchando por nosotros. Y, en mi caso, le aseguro que no pienso celebrar nada hasta que De Gaulle entre en París.

—Pase lo que pase, mejor que nos preparemos todos para coger las armas y luchar contra esos bastardos.

Tenía que sacar del hotel a Sébastian antes de que los combates empezaran en serio. Cogí el bocadillo y miré a los hombres.

—*Au revoir, messieurs.*

Salí de la cafetería y eché a correr por las calurosas y concurridas calles rumbo al hotel de Sébastian.

Vigilaba constantemente a mis espalda mientras pensaba cuál sería el lugar más seguro para cruzar el río. Al doblar la siguiente esquina, había dos franceses armados con martillos y destornilladores desmontando un rótulo escrito en caligrafía gótica alemana. Miré alrededor, temiendo que los soldados dispararan a los hombres, pero

solo vi pasar un coche alemán que ni siquiera redujo la velocidad. Seguí corriendo.

## 33

*París, 16 de agosto de 1944*

## Sébastian

Tres golpes bruscos en la puerta desbocaron el corazón de Sébastian. Cogió la pistola que tenía en la mesita de noche, saltó de la cama y abrió la puerta.

—*Wir werden evakuiert! Hôtel Majestic!*

Su colega de la habitación contigua estaba en la puerta uniformado.

—¿Nos evacúan hoy? —Sébastian se pasó la mano por el pelo—. Entendido, me arreglo enseguida.

Estaba ocupado preparando el macuto cuando Élise irrumpió en la habitación. Cerró la puerta y lo abrazó, buscando enseguida su boca, pero él la apartó. ¿Qué demonios hacía de nuevo en el hotel? Ya le había resultado durísimo despedirse de ella una vez.

—Élise, nos van a evacuar. ¡Hoy! ¡No puedes estar aquí! Tengo que irme.

Élise ignoró sus palabras y le cogió la mano. Sébastian la retiró; el miedo y la confusión llenaban su cabeza.

—¡Sébastian! ¡Ven a casa conmigo! —Sus ojos brillaban de emoción —. Ha dicho mi madre que vengas. Te vestiremos como un francés. Y, así, camuflado, podrás pasar por delante de la portera. Fingiremos que eres un primo. —Sus palabras sonaron con alocada precipitación.

—¿Tu madre quiere que vaya a tu casa?

Élise se mordió el labio y asintió con solemnidad.

—Pero, Lise, ¡si tu madre no quería que te vieses conmigo!

—Lo decía simplemente porque estaba preocupada por mí. Pero ahora…, ahora quiere ayudarnos. Quiere que vengas a casa hoy mismo. Los combates empezarán pronto. ¡Sale en los periódicos! Los americanos están de camino. ¡De Gaulle llegará dentro de nada!

¿De Gaulle o los americanos? ¿Quién llegaría primero? ¿Quién haría

suya la liberación de París? Tal vez no fuera tan sencillo como parecía. La política era un negocio complicado. Sébastian se acercó a la ventana y miró por la rendija de las persianas, como si estuvieran ya a la vuelta de la esquina. Se volvió hacia Élise.

—Es demasiado peligroso. No es buena idea. Para nadie.

La decepción que expresaron los ojos de Élise fue como una puñalada de dolor. Deseaba hacerla feliz, hacer realidad todos sus sueños.

—He traído ropa y una boina para esconderte el pelo. —Élise ignoró con terquedad sus comentarios—. Y, mientras estés con nosotras, puedes teñirte.

—¿Qué es lo que ha hecho cambiar a tu madre de idea respecto a mí?

Élise dejó en la cama la bolsa con la ropa.

—Sabe lo que siento por ti. Y prefiere tenerte bajo nuestro techo aquí en París a que yo esté contigo en cualquier otra parte.

—Pero volviste a tu casa.

—Eso no lo sabe.

—Tu familia no debería correr este riesgo por mí. —Sébastian unió las manos por detrás de su cabeza, estudiándola—. No puedo poneros en peligro.

No le mencionó que tampoco quería ser tachado de desertor, un crimen por el que podían fusilarlo.

Élise lo miró desafiante.

—El riesgo merece la pena. Si no vienes conmigo, me quedaré aquí —declaró, y se dejó caer en la cama.

Sébastian suspiró y se sentó a su lado, pero sin tocarla.

—Lise —dijo en voz baja—, tienes que irte. Sin mí.

—*Jamais!* —Su voz sonó con determinación—. Ven a casa conmigo —musitó—. Con nosotras estarás a salvo. Una vez estés en nuestra casa, nadie se imaginará jamás que eres alemán. —Descansó la cabeza contra la de él—. Por favor, te necesito.

## 34

*París, 16 de agosto de 1944*

## Élise

Me quedé sentada en la cama mientras Sébastian se ponía los pantalones viejos de mi padre y su camisa gris; le quedaban perfectos. Y la boina escondía casi todo su pelo rubio. Si esperábamos a que anocheciera, nadie se daría cuenta; además, todo el mundo andaba ocupado preparándose para luchar o huir. Lo único que les preocupaba a los alemanes era salir de París, y los franceses andaban atareados reuniendo armas y rezando para que los aliados llegaran pronto. Nadie se pararía a mirar una pareja de franceses corriendo por las calles.

Esperamos a que oscureciera y salimos de la habitación a las nueve de la noche.

—Bicicletas —anunció Sébastian mientras bajábamos por la escalera —. En el patio interior hay un par.

—*Mais oui*, cojámoslas.

Tenía sentido. En bicicleta seríamos menos vulnerables. Y nos resultaría más fácil cruzarnos con gente; no les daríamos tiempo a preguntarse quiénes éramos.

Encontramos una bicicleta negra, sin cadena, apoyada en la pared, como si estuviera abandonada. Sébastian la levantó un poco para hacer girar la rueda.

—Parece en buen estado. Y con una es suficiente. —Salimos a la calle con ella y preguntó—: ¿Crees que podrás mantener el equilibrio sobre el cuadro?

Me senté, me sujeté fuerte y levanté los pies justo en el momento en que Sébastian subía al sillín y empezaba a pedalear. Nos pusimos en marcha. De pronto, nos tambaleamos y sofoqué un grito. Descansé un instante los pies en el suelo y arrancamos de nuevo. Pedaleando por

las calles vacías, acabamos encontrando el ritmo. Casi me llevo una decepción al llegar tan rápido a la esquina de mi calle. Nos apeamos de la bicicleta sin decir nada. Reinaba un silencio lúgubre y tenía la terrible sensación de que nos estaban observando. Me dije que eran los nervios, nada más.

—Espera aquí —dije—. Iré a buscar a mi madre y entrarás con ella, tal y como hemos planeado.

Pasé corriendo por delante del cuarto de la portera y miré por la ventana. No se la veía por ningún lado. Confié en que ya se hubiera acostado. Cuando llegué a casa, mi madre me estaba esperando en la cocina. Estaba muy pálida y habló con rapidez sin mirarme siquiera.

—¿Está en la esquina, como hemos dicho?

—Sí. —Me fijé en que no había pronunciado su nombre.

—La portera ya se ha acostado, así que no va a ser necesario que la distraigamos —continuó diciendo mi madre—. Tú espera aquí.

Antes de que me diera tiempo a responder, mi madre salió corriendo de la cocina. Contuve la respiración y miré alrededor. Reinaba un silencio poco natural. Normalmente, siempre había algún tipo de ruido, aunque no recordaba bien cuál. Seguí sin moverme, notando las pulsaciones en mi cuello, el rumor de mi respiración en los oídos.

Mi madre irrumpió de nuevo en la cocina acompañada por Sébastian. ¡Gracias a Dios! Estaba dentro. Lo abracé como si lleváramos semanas sin vernos, no solo tres minutos.

—Me voy a la cama, pues —dijo mi madre de pronto dando media vuelta.

La cogí por el brazo.

—Gracias, *maman*.

Mi madre murmuró algo, pero no me miró a los ojos. Y se fue. Sin ni siquiera un beso de buenas noches.

Sébastian se quedó mirándome y levantó una ceja.

—¿Estás segura de que quería que viniese?

Moví la cabeza en un gesto afirmativo.

—Ha sido idea suya.

Con un suspiro, Sébastian se dejó caer en una silla.

—Pues no se la ve muy contenta con su decisión, la verdad.

—Está nerviosa, solo es eso. —Me senté a su lado y le cogí las manos—. Todo irá bien, te lo prometo. —Sébastian no replicó, sino que miró ansioso alrededor, se levantó y se acercó a la ventana para abrirla y cerrar las contraventanas. —Normalmente, no cerramos las contraventanas de la cocina, Sébastian.

—Así me siento más seguro. —Empezó a deambular de un lado a otro—. ¿Dónde voy a dormir?

—En mi habitación. Mi madre te ha preparado una cama en el suelo.

—Muy amable por su parte. —Se detuvo y me sonrió—. ¡Aunque no creo que la utilice!

Me sentí aliviada al ver que estaba algo menos estresado, pero enseguida empezó a andar de nuevo de un lado a otro.

—¿Tienes el tinte?

Sacó del bolsillo del pecho de la camisa un paquete arrugado de Gitanes y, con dedos temblorosos, encendió uno. Extendí el brazo, pidiéndole también un pitillo, aunque no solía fumar. Lo encendió para mí y aspiré su sequedad, agitando la mano para dispersar el humo al expulsarlo. A mi madre no le habría gustado nada que la cocina oliese como un cenicero cuando se despertara al día siguiente, de modo que abrí la ventana y las contraventanas que Sébastian acababa de cerrar. Sébastian corrió al fondo de la estancia y pegó la espalda al armario.

—Creo que debería teñirme el pelo esta misma noche, por si acaso.

—No sé si ya tenemos el tinte. Mi madre no ha vuelto a mencionarme nada al respecto. —Di otra calada. Me temblaban los dedos—. Tendrás que quedarte aquí encerrado hasta que lo consigamos. Pero no te preocupes, no vendrá nadie.

Sébastian apagó el cigarrillo en una taza vacía del aparador.

—Cierra ya la ventana, es más seguro.

Lo dijo en un tono seco y comprendí que esperaba que lo hubiésemos planificado todo mejor. Pero había que entender que aquello había sido una idea de última hora de mi madre y que algunas cosas no eran fáciles de obtener, como el tinte para el pelo.

—Vamos a la cama.

Me dio la mano y salimos de la cocina inquietos los dos.

Nos desnudamos en silencio y nos metimos juntos en mi pequeña cama individual. Sébastian me abrazó. Nuestra respiración era entrecortada al principio, aunque, cuando cerramos los ojos, se fue sosegando hasta alcanzar un ritmo sincronizado. No hablamos ni hicimos el amor, pero dormimos a medias, agitados, despertándonos y volviendo a dormirnos. Permanecí la noche entera entre sus brazos. Aun sabiendo que era solo una ilusión, me daba la sensación de estar protegida. El peligro flotaba en el ambiente y estuvimos respirándolo la noche entera.

Abrí los ojos muy temprano y vi los rayos de sol filtrándose por las rendijas de las contraventanas, pero, como la respiración de Sébastian era regular y superficial, asumí que estaba dormido y volví a cerrarlos.

Unos golpes en la puerta me sobresaltaron. Sébastian despertó de inmediato.

—¿Dónde están llamando? —dijo en voz baja.

Parecía la puerta de entrada. Lo sujeté con fuerza.

—No te muevas.

Le tapé la cabeza con las sábanas, lo abracé y recé para que aquellos golpes tan urgentes tuvieran otra razón de ser.

Volvieron a llamar.

—*J'arrive, j'arrive* —oí que decía mi madre.

Con los ojos llenos de lágrimas, contuve la respiración sin soltar a Sébastian. «Por favor, *maman*, líbrate de ellos», pensé.

Oí la puerta abrirse, rompiendo aquel silencio letal. Los pasos retumbaron en mis oídos y, entonces, una voz potente gritó:

—*Il est où?* (¿Dónde está?).

Me abracé más fuerte a Sébastian. No había dónde huir. Ni tiempo para escapar. Enlacé mi cuerpo con el suyo. «Dios, por favor, que no entren en mi habitación».

Los pasos avanzaron por el pasillo. Se abrió la puerta. Era un hombre alto y robusto.

—¡Está aquí! —vociferó.

Llegó otro hombre y empezó a patear la cama.

—¡Vamos! ¡Fuera de aquí!

Seguí sin soltar a Sébastian, con el pánico supurando por cada poro de mi piel. Me aferré a él con todas mis fuerzas. La mano de uno de los hombres se alzó sobre mí. Agarró a Sébastian y tiró de él. Me envolví con las sábanas.

—¡Por favor! —grité—. ¡Está de nuestro lado!

Uno de los hombres plantó su cara delante de mí.

—¡Calla, puta!

Su aliento apestaba a vino rancio. Retrocedí, tapándome el rostro con la sábana.

—¡Vístete! —le gritó uno de los hombres a Sébastian.

—*Sale boche!* —gritó otro.

—Este es un *boche* muerto.

La voz del tercer hombre sonó aterradoramente fría y firme. El miedo se disparó por todos los nervios de mi cuerpo. Temblando sin poder evitarlo, seguí envuelta en la sábana. Era imposible ayudar a Sébastian.

—*Maman!* —grité—. *Maman!* ¡Haz algo! —Pero no la veía. No estaba por ningún lado—. *Maman!* —volví a gritar—. ¡Por favor!

## 35

*París, 19 de agosto de 1944*

## Élise

Dos días después, sin comer absolutamente nada y habiendo dormido solo a trompicones, el agotamiento pudo conmigo. No podía hablar y tampoco pensar con claridad. Mi cabeza daba vueltas en círculos alocados. ¿Cómo demonios se habían enterado de que Sébastian estaba allí? Alguien debía de haberles dado el chivatazo. Los teníamos demasiado pegados a los talones. Y todo era por mi culpa. Jamás debería haberlo convencido de que viniera a casa conmigo. Imaginé que debía de haber sido Isabelle, al contárselo a Marie.

La voz de aquel hombre retumbaba continuamente en mi cabeza. Cada vez que cerraba los ojos, sonaba con más fuerza. «Este es un *boche* muerto». Era el modo en que lo había dicho, con tanta convicción… Empecé a temblar y a visualizar imágenes espantosas que me nublaban la vista. Vi a Sébastian desapareciendo por la puerta, conducido hasta una callejuela donde lo obligaban a arrodillarse en el suelo y a unir las manos detrás de la cabeza. Un disparo en la nuca. Y su cuerpo abandonado allí hasta que limpiasen las calles. Apretujé la sábana y me la metí en la boca para acallar el grito que brotaba desde lo más profundo de mi alma. Emergió en forma de gemido amortiguado, prolongado e imperceptible. Todo era por mi culpa. Yo lo había llevado a casa, a pesar de todos sus recelos. ¡Qué arrogancia! ¡Qué ignorancia! Dios, cómo me odiaba.

Mi madre entró de puntillas en la habitación a oscuras y depositó una bandeja con comida a los pies de la cama. Me hice la dormida, pero, en cuanto se marchó, abrí los ojos y me volví para ver qué me había dejado. Otra punzada de culpa me atravesó el cuerpo cuando vi un plato con dos rebanadas finas de pan y una cucharada de mermelada de ciruela. Reservábamos la mermelada para situaciones

de emergencia. Pero me resultaba imposible comer nada. Aun estando vacío, mi estómago se retorcía agónicamente porque el miedo se abría camino a través de todas y cada una de mis células nerviosas. Me acurruqué en posición fetal y cerré los ojos, zarandeada por una oleada de agotamiento.

Oí que se abría otra vez la puerta.

—Élise… —musitó Isabelle—, ¿estás dormida?

—Sí —murmuré.

Entró de todos modos y cerró la puerta.

—¿Me odias? —Me di la vuelta y la miré. Estaba de pie delante de mí, incómoda; una niña obligada a enfrentarse a problemas de adultos. En aquel momento, casi la odié—. Siento mucho haberle contado a Marie lo de tu novio. —Suspiré. No era una conversación para la que estuviese preparada, pero me desplacé un poco en la cama para dejarle espacio. Se tumbó a mi lado—. Yo no quería decírselo a Marie. Lo siento mucho, Élise.

—¿Se lo contaste a alguien más?

—¡No! ¡Te prometo que no! —Su voz se quebró y supe que decía la verdad—. ¿Te pondrás pronto mejor? —preguntó cogiéndome la mano debajo de la sábana.

No creía que llegara nunca el día en que me sintiera mejor. El dolor que me causaba pensar en Sébastian era físico. Me aparté de Isabelle y escondí la cara bajo la almohada. Me rodeó con sus bracitos y descansó la cabeza contra mi espalda. Noté que temblaba y deduje que estaba llorando. No me quedaba más remedio que serenarme y fingir que estaba bien, cuando en realidad me estaba muriendo por dentro. Inspiré hondo con el abdomen e ignoré el dolor al volverme a ella. Hablar me resultaba imposible, pero la abracé con fuerza y la dejé llorar. Cuando los temblores se apaciguaron, le acaricié la cara para secarle las lágrimas.

—Es culpa mía. Es todo culpa mía. Lo siento mucho, Élise.

Y era cierto. Probablemente era culpa suya. Porque podía haber sido Marie la que se lo hubiese contado a otro y Sébastian hubiera acabado vilipendiado como miembro de las SS o de la Gestapo.

—Anda, levantémonos, Isabelle.

Intenté decirlo con decisión, como si controlara la situación. Era el papel que representaría a partir de entonces. Pero levantarme de la cama me resultó muy doloroso.

Fui al baño y me lavé con una toalla de franela para intentar aliviar el dolor que me quemaba por dentro. Luego, entré en la cocina. Mi madre estaba junto al fregadero.

Se volvió de inmediato y me miró a los ojos.

—¿Cómo te encuentras?

Habló empleando un tono cariñoso y amable, pero enseguida apartó la vista, como si simplemente me estuviese preguntando si estaba mejor de un resfriado.

No pude responderle. Me acerqué y cogí el colinabo que estaba lavando.

—¿Lo corto?

Necesitaba hacer algo práctico. Saqué la tabla de cortar del armario, la llevé a la mesa de la cocina y puse el colinabo encima. A continuación, cogí un cuchillo afilado del bloque de madera donde los guardábamos y lo clavé con fuerza sobre la verdura redonda, que se partió sin problemas en dos partes. Seguí cortando, obteniendo trozos cada vez más pequeños.

—Ya es suficiente. —Mi madre me tocó el codo—. Para, Élise. Para.

## 36

*París, 22 de agosto de 1944*

## Élise

Permanecí despierta en la cama, intentando no pensar en lo que le habrían hecho a Sébastian. ¿Pero cómo no pensar en ello? ¿Cómo impedir que las imágenes siguieran acudiéndome a la cabeza? Su cuerpo sin vida yaciendo en un charco de sangre. Intenté recordar, en cambio, el modo en que se le iluminaban los ojos cuando me veía, en cómo me hacía la dormida cuando sentía que sus ojos me acariciaban, en su manera impulsiva de reír, como un niño, en su forma de llorar. Me esforzaba por retener los recuerdos, consciente de que con el paso del tiempo irían perdiendo intensidad, de que era todo lo que tenía. Recuerdos.

Mi madre intentó explicarme que lo utilizarían para algún intercambio de prisioneros; un miembro de la Resistencia a cambio de Sébastian, ¿pero qué sabía ella? Habría dado cualquier cosa por averiguarlo, aunque no teníamos contactos ni a quien preguntar.

Estábamos a la espera en tierra de nadie, sin que entraran en París suministros de ningún tipo y sin tener ni idea de cuándo llegarían los aliados. Había quien decía que los nazis destruirían París antes de abandonarla, que eran capaces de una barbaridad de ese calibre. Pero lo único que se me ocurría pensar a mí al oír eso era que las ciudades podían reconstruirse. Las personas no.

Suspiré y me volví hacia el otro lado. Y, justo en ese momento, una explosión sacudió el edificio.

—*Maman! Maman!* —Los gritos de Isabelle resonaron por toda la casa.

Contuve la respiración mientras puertas y ventanas traqueteaban.

Mi madre irrumpió en mi cuarto con Isabelle de la mano. Tiró de mí con la otra mano y las tres corrimos a su habitación, donde nos

acurrucamos en su cama, abrazadas. Finalmente, ya de madrugada, las explosiones empezaron a apaciguarse. Dormitamos hasta que la fuerza del sol filtrándose entre las contraventanas acabó despertándonos. Nos vestimos y salimos a la calle.

El mundo había cambiado.

Pasó por delante de casa una mujer vestida con pantalones de hombre, un rifle colgado al hombro y una banda de las FFI en el antebrazo. Caminando por la calle, vimos carteles colgados en las paredes blancas de piedra llamando a las armas a los ciudadanos. Los periódicos de la Resistencia se vendían por todas partes. El ambiente era eléctrico.

Yvette, nuestra vecina, pasó corriendo por nuestro lado.

—¡Vamos a los Champs-Élysées! —gritó—. ¿Venís?

Mi madre se quedó mirando a Yvette.

—¿No es peligroso? —dijo.

Yvette se encogió de hombros.

—Cada vez menos. Lo único que quieren ahora los *boches* es largarse.

—¿Y las explosiones de anoche? ¿Eran ellos?

—Debieron de serlo. Por los Jardins du Luxembourg aún quedan algunos. —Me observó unos instantes, pero fui incapaz de interpretar su expresión—. Todo el mundo está saliendo a las calles. Los aliados llegarán en cualquier momento.

—Por favor, *maman*. Quiero ir —dijo Isabelle; le brillaban los ojos de emoción.

Mi madre me cogió por el brazo.

—Pondremos a Isabelle entre las dos. Jamás se les ocurrirá disparar a dos mujeres con una niña.

Yvette enlazó el otro brazo de mi madre y echamos a andar en dirección al Sena. Mi madre, Yvette e Isabelle se pusieron a cantar:

—*Allons enfants de la Patrie, le jour de gloire est arrivé…* —Intenté sumarme a ellas, pero tenía la garganta demasiado tensa. Aunque por fin llegaba la liberación después de cuatro largos años, el corazón me pesaba como el plomo. Y eso me hacía sentir desleal a mi país. Me sentía desconectada, perdida en mí misma.

—*Contre nous de la tyrannie* —seguía cantando alto y claro Isabelle.

Nos dirigimos hacia el Café de Flore, pasamos por delante de cafeterías cerradas y tiendas protegidas con tablones de madera, por delante de barricadas. Las calles estaban a rebosar de gente cantando y gritando y nos vimos arrastradas por la muchedumbre hasta llegar al Pont Alexandre III y, de allí, a la Place de la Concorde.

Al retumbar una explosión, la gente gritó. Intentaron salir de allí, pero solo consiguieron chocar unos con otros, tropezarse con cuerpos que bloqueaban el paso. Sujeté con fuerza la mano de Isabelle. La muchedumbre se paró de golpe. Una gruesa columna de humo gris se alzaba por encima de los tejados del Grand Palais.

—*Allez!*

Todos nos pusimos de nuevo en marcha, en dirección al incendio, como polillas atraídas por la luz. Miré hacia el Hôtel de Crillon. Enormes tanques alemanes protegían su entrada. ¿Pensarían disparar contra la gente?

—¡Vamos! —gritó Yvette empujándome por el hombro—. ¡Sigue adelante!

—¡No! ¿Has visto esos tanques?

Sin embargo, la multitud siguió avanzando, haciendo imposible retroceder. Arrastradas por ella, estiramos el cuello y contemplamos horrorizadas las llamas que se elevaban por encima del tejado y unas columnas de humo gris extrañamente teñido de rosa. Unos relinchos de puro terror me hicieron estremecer. Los caballos del circo debían de haberse quedado atrapados dentro. Entonces, un grupo de bomberos entraron en el Palais. Un caballo salió en estampida. Los soldados alemanes levantaron los rifles y dispararon contra los bomberos, aunque le dieron al caballo, que cayó al suelo como una marioneta grotesca. Aparté la vista e Isabelle gritó.

—¡El Grand Palais! —chilló una mujer—. ¿Pero cómo han podido? ¡Los odio! No son hombres. Son monstruos y los odiaré hasta el fin de los tiempos.

—¡Tenemos que irnos de aquí! —dijo mi madre tirando de la otra mano de Isabelle.

Al volverme, me quedé sorprendida al ver que, en la glorieta con

césped que se extendía al final de los Champs-Élysées, había gente sentada en tumbonas. Observaban la escena como si estuvieran en el teatro. ¿Estaría soñando? ¿Serían fantasmas? Cerré los ojos, pero los gritos y los chillidos siguieron resonando a mi alrededor. «¡Sébastian! ¡Sébastian! ¿Por qué no huiste conmigo? ¿Dónde estás?».

—¡Quiero volver a casa! —gritó Isabelle.

Abrí los ojos y la atraje hacia mí. Me aferré a su frágil cuerpecillo mientras las lágrimas calientes resbalaban por mis mejillas. Y, frente a mí, apareció una imagen borrosa, un grupo de gente alrededor del caballo muerto. «¡No! ¡No puede ser!». Intenté apartarme de allí y taparle los ojos a Isabelle para que no viese la escena. Le estaban clavando navajas y todo tipo de herramientas al pobre animal, arrancando trozos de carne que metían en bolsas. Eso era lo que el hambre provocaba en las personas.

# 37

*París, 23 de agosto de 1944*

## Élise

La vergüenza, el miedo y la repulsa corrían por mis venas de vuelta a casa. La gente estaba tan famélica que era incluso capaz de arrancarle la carne a un caballo muerto. Nosotras habíamos pasado hambre, pero nunca tanta. La escena que acababa de presenciar me llevó a preguntarme cómo se las habían arreglado algunos para sobrevivir durante los últimos cuatro años, los que no tenían contactos, los que no tenían ingresos. Nosotras, al menos, contábamos con mi sueldo del banco.

Cerca de la Place Saint-Michel, pasamos junto a un grupo de hombres armados con picos. Estaban sacando los adoquines de la acera y trabajaban en cadena: dos se encargaban de retirar el adoquín y se lo pasaban al primero de la cadena, que a su vez lo pasaba al siguiente, y así sucesivamente hasta que llegaba a los hombres encargados de incorporarlo a la barricada que estaban construyendo.

—¿Quieres ayudarnos? —me gritó uno de los hombres.

Negué con la cabeza. El hombre se quedó decepcionado y varias mujeres que se habían sumado al grupo me observaron, lo que aumentó la vergüenza y deslealtad que ya sentía.

—Quédate y ayúdalos —dijo mi madre—. Ya me encargo yo de llevar a Isabelle a casa. —Estaba agotada y me dolía todo, además de sentir punzadas constantes en el estómago. Yo también quería volver a casa. Pero mi madre insistió—. Ve, Élise. Deberías estar con esa gente, construyendo barricadas.

Su tono era asertivo y tenía razón. Había llegado la hora de demostrar con qué bando estaba. Sin decir nada, me acerqué al grupo.

—Quiero ayudar —le dije al hombre que me había llamado.

Y, en cuanto las palabras salieron de mi boca, se volvieron ciertas.

Quería ayudar. A pesar de tener el corazón vacío, deseaba formar parte de aquello. El grupo me hizo hueco para que me integrase a la cadena y me sentí bienvenida de inmediato, parte del equipo.

—*Salut.* Me llamo Thérèse —dijo la mujer a mi izquierda.

Llevaba un pantalón corto de hombre, sujeto con un cinturón de cuero, y botas marrones de piel. No pude evitar que mi mirada se desplazase a sus piernas al aire.

—Yo Élise —respondí cuando el primer adoquín cayó en sus manos. Al pasármelo, su peso me sorprendió y las rodillas me cedieron, pero conseguí enderezarme y dárselo al siguiente compañero. El sol golpeaba con fuerza y me sequé el hilo de sudor que me caía por la cara. Entonces, la miré—: ¿Has visto el humo del Grand Palais?

—*Oui! Merde!* Los *boches* siguen aquí. Y tienen sus plazas fuertes…, esos hoteles de ricos que hay alrededor de la Concorde, donde se han refugiado. —Me miró—. Pero no te preocupes. Acabamos de enterarnos de que los generales americanos ya han llegado al Hôtel de Ville. Los ejércitos y los tanques estarán aquí dentro de nada. Y entonces empezaremos la ofensiva.

¿La ofensiva? Su firmeza me dejó impresionada. ¿Podrían mujeres como aquella volver a cuidar sumisamente de su marido y familia cuando terminara la guerra, después de haber saboreado el gusto de la acción? La guerra había derribado barreras sociales entre hombres y mujeres, entre clases. Estábamos juntos en ella.

—Pero habrá que ir con cuidado —continuó la mujer—. Los *boches* tienen francotiradores apostados en los tejados. Ayer mataron a dos mujeres y la otra noche hubo un tiroteo en el boulevard Saint-Michel, justo al lado del cine.

Recibí el siguiente adoquín y tuve que dejar de mirarla para concentrarme en cogerlo.

El primer hombre, el que me había llamado, se acercó a nosotras con un vaso.

—Debes de estar sedienta. Vamos a hacer una pausa.

—Gracias.

Acepté el vaso y bebí el agua, agradecida y consciente de que el hombre no me quitaba los ojos de encima. Entonces, se volvió hacia

Thérèse.

—¿Sabías que esos bastardos enviaron otro tren a Drancy hace solo unos días? Deberíamos haber irrumpido en ese campo. Ojalá hubiéramos tenido más armas. —Se calló un instante—. Al menos, ya hemos recuperado nuestra policía.

—Les ha costado volver —dijo Thérèse llevándose las manos a las caderas y arqueando la espalda.

—Más vale tarde que nunca. —El hombre levantó una ceja.

—¿Creéis que los alemanes opondrán mucha resistencia? —pregunté, y miré alrededor, a la gente que había parado un minuto para descansar, pensando que parecía más un grupo de amigos construyendo una casa que soldados preparándose para matar. O para morir.

—Von Choltitz defenderá la ciudad hasta el último hombre. Todo depende de cuántos efectivos tenga con él.

—Y también podrían dejar bombas o lanzarlas durante su retirada —añadió Thérèse.

—Sí. Eso no podemos descartarlo.

—Ojalá los aliados se den prisa y lleguen pronto —dijo Thérèse secándose la frente.

—Mientras no quieran hacerse con el control cuando lo hagan —dijo una mujer mayor en el otro lado—. Me fío de los americanos tanto como de los *rosbifs*.

—Sí. Tendremos que formar gobierno propio rápidamente —replicó el hombre—. De lo contrario, ellos se encargarán de llenar ese vacío. No podemos permitirnos una batalla de poder entre las fuerzas de De Gaulle y los comunistas.

—Seguro que todos apoyaremos a De Gaulle —dije, porque siempre había dado por supuesto que sería él quien asumiría el liderazgo en cuanto llegara.

La mujer mayor se encogió de hombros.

—Los comunistas han luchado mucho. De Gaulle ni siquiera ha estado sobre el terreno. Nosotros sí.

Tal como dijo ese «nosotros», debía de ser comunista, y yo estaba allí defendiendo a De Gaulle.

—De Gaulle fue uno de los pocos políticos dispuestos a luchar por Francia. Y no le quedó otro remedio que hacerlo desde Londres.

—Mientras reconozca la lucha que hemos llevado a cabo aquí… y toda la gente que hemos perdido.

El hombre me miró a los ojos, lo que me hizo pensar que había perdido a algún ser querido. Todos habíamos perdido a alguien.

Y el hombre tenía razón; era imprescindible reconocer a los hombres y las mujeres que llevaban luchando en la clandestinidad durante tantos años, poniendo en peligro su vida y perdiendo seres queridos.

Finalizada la pausa, trabajé hasta que mis brazos y mi espalda ya no pudieron más. No llevaba reloj, pero sabía que los minutos se habían transformado en horas y me di cuenta de que el sol empezaba a ponerse. El ritmo de trabajo se ralentizó y la gente se iba marchando.

—¿Dónde vives? —me preguntó el hombre que me había llamado al principio al ver que me disponía a irme.

—En Saint-Sulpice.

—Voy en esa dirección —replicó—. ¿Quieres que vayamos juntos?

Me ruboricé al instante.

—He quedado con una amiga —mentí.

—En ese caso, quizá nos veamos mañana —dijo claramente decepcionado.

Volví a casa sola. Y, aunque estaba agotada, me paré un momento en la iglesia de la plaza para encender una vela por Sébastian.

# 38

*París, 24 de agosto de 1944*

## Élise

—*Bonjour, les filles* —dijo mi madre entrando a casa y yendo directa a la cocina—. He salido a buscar algo de comida. —Se quitó el pañuelo que le cubría la cabeza y lo sacudió—. Está diluviando y solo he conseguido esto.

Nos mostró dos patatas.

—¿Para desayunar? —dijo Isabelle arrugando la nariz.

—Mejor esto que nada. Vamos a cocinarlas —dije.

Notaba el estómago vacío por falta de comida y me sentía mareada y débil.

—Pero no hay gas —me recordó mi madre—. No podemos comerlas crudas.

Casi grito de frustración. Alguna cosa tenía que haber en casa para comer. Pensé que quizá deberíamos haber dejado de lado nuestros remilgos y habernos hecho con algo de carne de caballo el día anterior. Recordé el pícnic que Sébastian y yo habíamos compartido en la habitación de su hotel —el pan, el queso, el chocolate— y habría dado cualquier cosa por cambiar el sentido de las agujas del reloj y volver a estar allí. Y, luego, no haberlo traído a casa.

—Tendremos que recurrir a nuestras reservas de emergencia. —Mi madre abrió la puerta del armario, que en su día teníamos lleno de conservas de todo tipo—. Nos queda aún un tarro de judías blancas.

La lluvia cesó al fin por la tarde, dejando una humedad asfixiante. Asomé la cabeza por la ventana de la cocina y me pregunté a qué estarían esperando los aliados. La tarde se hizo larguísima y, justo cuando empezaba a anochecer, una llamada brusca en la puerta nos despertó de nuestro letargo. Mi madre fue a abrir.

Nathalie sonó emocionada.

—¡Ya están aquí nuestros soldados! ¡Los he visto! En sus tanques. ¡Soldados franceses!

Salimos corriendo de casa, con tantas prisas que ni siquiera nos dio tiempo a abrocharnos las sandalias. En cuanto enfilamos la rue de Seine, nos topamos con el bullicio de la multitud. Iba hacia el río; los adultos cargaban a sus hijos a hombros. En la Place Saint-Michel, había chicos y chicas colgados de las alas de la estatua del santo gritando:

—*Notre jour de gloire est arrivé! Paris est libre!*

Entre tanta gente, acabamos perdiendo a Nathalie, pero daba igual; todos íbamos en la misma dirección, hacia el Hôtel de Ville. Una fila de tanques cubiertos con banderas francesas avanzaba lentamente, con mujeres y jóvenes combatientes de las FFI encaramados a ellos. Varias mujeres corrían a su lado con los brazos extendidos para que los de arriba las ayudasen a subir también a los tanques.

Me agaché.

—Súbete a mis hombros, Isabelle.

Mi hermana obedeció, enlazó sus flacas piernas alrededor de mi cuello y seguimos adelante, avanzando al ritmo de los tanques. Había soldados que se entretenían escribiendo notas, enrollándolas y lanzándolas a la muchedumbre. Un joven soldado se inclinó y le entregó una nota a Isabelle, que me la pasó. La leí bajo la luz de la farola. Era solamente una línea:

> Ma chère Maman, je suis rentré! Je t'embrasse très fort.
> Ton fils, Jean

En la parte posterior, había escrita un dirección de París. Me guardé la nota en el bolsillo con la idea de entregarla al día siguiente y darle a la madre de Jean la feliz noticia de que su hijo había vuelto a casa.

Seguimos los tanques hasta el Hôtel de Ville, donde se sumaron a los demás que estaban ya de espaldas al edificio, con los cañones de cara a la plaza. De pronto, habló una voz por un altavoz y se hizo el silencio.

—Abrid el camino hasta París para los ejércitos aliados, cazad a quienes queden de las divisiones alemanas y acabad con ellos. —El discurso llenó la noche. Era el coronel Rol-Tanguy, uno de los líderes de la Resistencia y comunista—. Sumémonos a la división Leclerc en una victoria común.

Las campanas de Notre-Dame, silenciadas durante la ocupación, tañeron en señal de celebración. Las otras iglesias captaron la llamada y todas las campanas de París repicaron; fue como la voz de Dios entrando en mi alma, diciéndome que no perdiera la fe. Tomé con fuerza la mano de mi madre. ¿Sería de verdad aquello el final de la ocupación? Las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas mientras estaba allí, apiñada con mis compatriotas, unidos todos contra la tiranía de aquellos últimos cuatro años. Daba igual quién fuera comunista, quién se hubiera sumado a la Francia Libre y quién se hubiera limitado a esperar. Todos éramos franceses y, en aquel momento, todos éramos uno. Cómo me habría gustado que Sébastian estuviera a mi lado.

Las farolas iluminaron la plaza. Nuestras voces se sumaron a las miles de voces que gritaban como un huracán. Que gritaban por la libertad.

## 39

*París, 25 de agosto de 1944*

## Élise

A la mañana siguiente, Isabelle subió de un salto a mi cama y me despertó de un sueño inquieto.

—¡Dice *maman* que vayas! —gritó emocionada—. Para que nos vistamos con algo muy especial.

Cuando entré en el salón, me encontré a mi madre con un rollo de cinta rojo en la mano.

—Hay que vestirse. De Gaulle llegará en cualquier momento.

Los ojos oscuros de Isabelle brillaron de emoción cuando nuestra madre adornó su vestidito blanco de verano con un poco de cinta roja. Luego, le colocó una pequeña boina azul en la cabeza. Estaba preciosa, como el futuro brillante que teníamos por delante. Mi madre se había puesto un vestido rojo, un pañuelo blanco atado al cuello y unos relucientes zapatos azules.

—Ahora tú —dijo mi madre con una sonrisa—. Ve a ver qué encuentras.

Pero me había quedado paralizada. Me pareció oír la voz de Sébastian resonando a mi alrededor y sus ojos observándome, como si conociera a la perfección todas mis preocupaciones, como si su espíritu viviera en mi interior. Y comprendí que le habría gustado que celebrase ese momento.

—¿Qué te parece tu vestido azul marino? —sugirió mi madre animándome—. Lo adornaremos con esto —añadió mostrándome la cinta roja.

Una vez arregladas, nos miramos las tres en el espejo de cuerpo entero: mi madre entre las dos, rodeándonos con el brazo. Estábamos muy flacas y pálidas, pero la sonrisa de Isabelle ocupaba toda su cara, iluminándola. Sería un momento que mi hermana recordaría siempre,

un momento que le contaría a sus hijos. Éramos historia viva.

Mi madre se inclinó y estampó un beso a Isabelle en la coronilla, y luego se volvió hacia mí para darme uno en la mejilla.

—Vuestro padre volverá pronto a casa y estaremos todos juntos de nuevo. Eso es lo único que importa.

La miré a los ojos, comprendiendo su mensaje oculto. Pero eso no era lo único que importaba, al menos para mí. ¿De verdad creía que olvidaría a Sébastian así sin más?

Demasiado nerviosas e inquietas para comer, nos dio completamente igual que no hubiera nada para desayunar. Y nos lanzamos directamente a las calles.

Todo el mundo estaba fuera de casa y el bullicio se había duplicado con respecto al día anterior. Había tanta gente que apenas se podía andar por la rue Saint-Jacques. Los tanques, engalanados con banderas y ramos de flores, se habían quedado inmovilizados y las mujeres se encaramaban a las ruedas de oruga y extendían los brazos para ser impulsadas hacia arriba y sentarse con los soldados americanos. Un soldado saltó desde su tanque y una multitud de chicas se apiñó a su alrededor, cubriéndolo de besos.

Nos paramos al llegar al Pont Alexandre III, desde donde se veían perfectamente los tanques alemanes que seguían plantados delante del Hôtel de Crillon. Uno de ellos disparó justo en aquel momento un cañonazo directo hacia los Champs-Élysées. Las multitudes retrocedieron, gritando aterrorizadas. Mi madre, Isabelle y yo nos abrazamos y contuvimos la respiración, a la espera de otro disparo.

—Esto sigue siendo peligroso —nos dijo en voz baja mi madre—. Deberíamos volver a casa.

—¡No! —exclamó Isabelle apartándose de nosotras—. ¡Yo quiero quedarme!

Esperamos unos minutos. No hubo más cañonazos. La multitud se animó y siguió avanzando por la avenida flanqueada por árboles. Las esvásticas habían sido retiradas y la bandera francesa ondeaba de nuevo por todas partes. Aquella imagen nos daba una sensación de protección mientras seguíamos recorriendo los Champs-Élysées. Era una locura peligrosa, pero todos teníamos que formar parte de

aquello. Imaginé entonces que así era cómo debían de sentirse los soldados en el campo de batalla: invencibles y valientes, sin que la lógica y la razón lo respaldaran.

Durante el resto del día, sonaron más disparos, pero la gente siguió cantando, bailando y besándose. Yo también canté, sonreí y reí. Lo hice por Isabelle. Lo hice por Francia. Lo hice por toda la gente que había dado la vida por nosotros, por la libertad.

Cuando llegó la noticia de que De Gaulle estaría en el Hôtel de Ville, seguimos por la rue Rivoli y llegamos justo a tiempo de verlo subir por la escalera exterior y entrar en el edificio. Los altavoces instalados en la plaza nos hicieron llegar sus palabras.

—¡París! —gritó.

La multitud se volvió loca, con vítores y gritos de «¡París! ¡París!». Nuestra amada ciudad. Mi maltrecho corazón se llenó de orgullo con solo oír aquella palabra, pronunciada por nuestro auténtico líder.

La gente guardó silencio para prestar atención a sus siguientes palabras:

—*Paris outragé! Paris brisé! Paris martyrisé!*

¡París ultrajada! ¡París destrozada! ¡París martirizada!

—*Mais Paris libéré!*

¡Pero París liberada!

Nuestros corazones latieron al unísono con el orgullo que sentíamos por nuestro país. De Gaulle salió al balcón, desde donde saludó a la multitud. El hombre que nunca había perdido la fe, que nunca había dudado de Francia, que nunca había abandonado a su pueblo, que nunca había cedido ante la tiranía estaba por fin ahí, uniéndonos a todos en la victoria. Era nuestro héroe. De Gaulle era Francia.

Mi madre me rodeó con el brazo y me dijo al oído:

—¡Hemos ganado la guerra, Élise!

¿«Ganado la guerra»? ¿De verdad había vencedores? A mí me daba la sensación de que algo habíamos perdido. Porque, a partir de entonces, yo viviría de cara al exterior. Y nadie sabría jamás lo que escondía mi corazón.

# 40

*París, 26 de agosto de 1944*

## Élise

El día siguiente amaneció luminoso y soleado y, cuando salí con Isabelle de casa a primera hora para ir a comprar algo de pan, me dio la sensación de que aquello era un nuevo amanecer para Francia. Incluso la luz era más intensa, la piedra blanca de los edificios estilo Haussmann brillaba bajo el sol de finales de verano y las hojas de los grandes castaños se mecían con la brisa, exhibiendo sus distintas tonalidades de verde.

Luego, por la tarde, antes del anochecer, salí al patio para tirar la basura. Me encontré con Nathalie, que estaba apretujando papeles en uno de los cubos, ya a rebosar. Ni sonrió ni me saludó, sino que se limitó a mirarme con frialdad.

—*Bonsoir*, Nathalie —dije recordando que la buena educación era la mejor defensa.

Levanté la tapa de uno de los cubos.

—Élise —replicó en voz baja—, tengo que decirte una cosa.

—¿Sí?

Se me aceleró el pulso y el miedo se apoderó de mí.

—He oído decir… he oído decir que tu nombre aparece en la lista.

—¿Qué lista?

Se me encogió el estómago. Sabía perfectamente a qué lista se refería.

—La lista de mujeres que… —No pudo terminar la frase—. Vendrán por la mañana. Aún tienes tiempo para esconderte.

¿Esconderme? Negué con la cabeza. El miedo se transformó en rabia. Pensar que vinieran a mi casa y que asustaran a mi hermana pequeña y a mi madre me llenó de rabia.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo han dicho.

—¿Quién? ¿Quién, Nathalie? ¿Quién te lo ha dicho?

Me miró con los labios apretados.

—Te lo he dicho simplemente para ayudarte.

Tapé el cubo de basura con desgana.

—¡Para ayudarme! Dime con quién has estado hablando.

Pero desapareció como una raposa, dejándome allí de pie, temblando de miedo y de rabia. Yo no había hecho daño a nadie. No había revelado ningún secreto.

Volví a entrar en casa. Isabelle ya se había acostado y mi madre estaba leyendo el periódico en el salón. Levantó la vista al oírme.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó—. Estás muy pálida. —Dejó el periódico—. Estoy preocupada por ti. Sé que lo has pasado muy mal.

Pensé en decirle lo que acababa de contarme Nathalie, pero no pude. Tendría que lidiar con aquello yo sola. Por la noche, me acosté completamente vestida y estuve a punto de levantarme e irme, de huir. Pero pensar en la posibilidad de que sacaran a Isabelle de la cama y la interrogaran para averiguar dónde me había metido me aterraba más que cualquier otra cosa.

Supe lo que iba a hacer antes incluso de que amaneciera. Me levanté de la cama con piernas temblorosas. Agucé el oído por si se oía algo, pero el único sonido era el de mi respiración ronca, un reflejo del terror que me embargaba. Entré en el cuarto de baño y me miré al espejo.

—Sé valiente —le dije en voz baja a mi reflejo mientras acariciaba mi oscuro cabello. Abrí el armarito que había debajo del lavabo y saqué la cestita. Las tijeras asomaban por debajo de un cepillo. Las cogí por el mango redondeado y las abrí y las cerré con un movimiento ágil y limpio. Me miré de nuevo al espejo y levanté el mechón que me caía sobre la frente. Contuve la respiración, acerqué las tijeras abiertas a las raíces y rápidamente corté. Mi pelo negro cayó en el lavabo—. No es más que pelo —musité mientras lágrimas silenciosas empezaban a rodar por mis mejillas—. No es más que pelo.

Sin apartar la mirada del espejo, seguí cortando por toda la cabeza

hasta que no me quedó ni un pelo. Mi reflejo me observó como si fuera una desconocida: huesuda, pómulos hundidos y grisáceos, ojos oscuros y grandes.

Oí el cristal de una ventana haciéndose añicos. Dejé caer las tijeras al lavabo y me sujeté mi cabeza calva. Dios, ya estaban ahí. La sangre empezó a correr a toda velocidad por mis venas. El aire que contenían mis pulmones se congeló.

Mi madre apareció en la puerta.

—¡No! ¡Élise! —Corrió hacia mí—. ¿Qué te has hecho?

Di un paso atrás hasta topar con el lavabo. No quería que me tocase. Me esforcé por respirar.

—¡Vienen a por mí, *maman*! ¡Están aquí!

—¡No! —Mi madre retrocedió y se llevó las manos a las mejillas—. ¡No!

—*Salope! Salope! Salope de boche!* —Los gritos en el exterior eran cada vez más frenéticos y fuertes. Descontrolada por el terror, empujé a mi madre y pasé por su lado.

«No te pares. No pienses. Tú simplemente ve hacia allí».

Caminé hacia el salón, hacia los gritos.

Isabelle estaba en la penumbra al fondo del pasillo. Se la veía tan pequeña, tan frágil.

—Lo siento, Élise, lo siento mucho —dijo entre lágrimas.

No podía permitirles que entraran en casa. Fui corriendo al salón y dejé la puerta abierta. Los cristales de la ventana brillaban en el suelo, y allí estaban ellos, fuera, debajo del balcón de hierro forjado: unos diez hombres.

—*Putain de boche!*

Puta alemana.

Querían sangre. Mi sangre. Tenía frío, estaba muerta de frío. Me abracé el cuerpo para intentar detener los violentos temblores que se habían apoderado de mí.

De pronto, apareció la cabeza de un hombre por encima de las de los demás; tenía la cara crispada por el odio. Lo estaban aupando para que subiera al balcón.

—¡Élise!

Mi madre entró corriendo en el salón, me agarró por el brazo e intentó apartarme de la ventana.

—¡No! —Retiré el brazo. Vi de refilón a Isabelle; sus ojos oscuros estaban abiertos de par en par de puro miedo y su camisón rosa claro dejaba entrever sus costillas—. *Maman* —dije en voz baja—, llévatela de aquí.

Mi madre corrió hacia ella para taparle la escena.

Me acerqué a la ventana. «Sé valiente. No pienses. Y no mires». Di dos zancadas y me encontré frente a frente con el hombre que habían aupado.

—¡La puta se ha cortado ella misma el pelo! —exclamó, y me escupió a través de la ventana hecha añicos.

Acerqué la mano a la manija de la ventana destrozada y la giré lentamente. Una avispa atrapada entre la cortina de encaje y el cristal zumbó enfadada. Salió volando en cuanto abrí la ventana. «¡No los mires!». La avispa salió disparada hacia el cielo. Me encaramé al alfeizar de la ventana y pasé una pierna por encima de la barandilla del minúsculo balcón.

De repente, aparecieron un montón de manos, me agarraron y tiraron de mí. Con un golpe sordo, caí en la acera y una punzada de dolor me atravesó el codo. Me levantaron, clavándome los dedos por todo el cuerpo. Alguien me sujetó la cara, estrujándome las mejillas. Un escupitajo aterrizó en mi nariz.

—*Salope! Sale pute!* —Unas manos tiraron con agresividad de mi blusa hasta rasgarla y abrirla.

Grité. Las rodillas me flaquearon y caí al suelo. Me levantaron y me dejaron colgando, sin apenas tocar el suelo, como una muñeca de trapo. Un bofetón en la cara me hizo tambalear. La cabeza me daba vueltas. Estaba perdiendo el control.

Me arrastraron hasta un camión descubierto y me arrojaron a él. Había más mujeres, apiñadas. Algunas lloraban, otras gritaban, algunas guardaban silencio. Mis huesos se sacudieron mientras el camión circulaba a toda velocidad por las calles, haciéndome recuperar el sentido. ¿Dónde nos llevaban? El camión frenó en seco y salí despedida violentamente hacia delante, pero nadie dijo nada.

Estábamos en una plaza y empezaba a congregarse una enorme cantidad de gente.

—*Putain de boche!*

La plaza era una imagen borrosa. Era incapaz de identificar dónde me encontraba.

Nos sacaron del camión y nos empujaron hasta una plancha de madera suspendida entre dos columnas de ladrillo, donde nos obligaron a sentarnos en fila en el suelo. Un hombretón tiró de la primera mujer. No miré. No miré el escenario que habían montado y tampoco a la gente que se había reunido allí para ver el espectáculo. Cerré los ojos y recé: «Por favor, Dios mío, que esto acabe rápido».

Llegó mi turno. Me agarraron unas manos toscas y me arrastraron por la escalera hasta la plataforma de madera. Vi el brillo de un cuchillo largo. El hombre que lo sujetaba soltó una carcajada.

—Pensabas que te lo harías tú misma y ya estaría, ¿verdad?

Me empujó la cabeza hacia abajo, presionándome por la nuca. Luego, me agarró por la barbilla y me obligó a mirar al público. Y, cuando acercó el frío metal a mi cuero cabelludo, se me nubló la vista. Intenté no encogerme cuando el cuchillo entró en contacto con la piel, haciéndome sangrar. Visualicé a Sébastian, sentado en su habitación, mirándome. Retuve la imagen en mi mente. Me aferré a ella cuando el hombre cogió un pincel y me pintó una esvástica en la frente. Marcada como una puta y una traidora a mi país.

Y la cosa no acabó ahí. Nos obligaron a subir a la fuerza a un carro de madera tirado por caballos y nos hicieron desfilar por las calles de París en ropa interior y con la cabeza rapada.

## 41

*París, 27 de agosto de 1944*

## Élise

Apenas me di cuenta de que el carro se detenía y de que mi madre se acercaba para cubrirme la cabeza con un pañuelo y ayudarme a bajar. Con los gritos de la gente que llenaba las calles rebotándome en los oídos, me recosté en ella para caminar hasta casa. Estaba aturdida. Inaccesible. Incluso para mí misma.

Isabelle estaba en la puerta de casa, llorando.

—Lo siento —dijo entre sollozos—. Lo siento, Élise.

No podía ni mirarla. No quería mirar a nadie. Mi madre llenó la bañera mientras yo me quedaba de pie inmóvil, muda, con la vista fija al frente, pero sin ver nada. Con cuidado, con lágrimas silenciosas rodando por sus mejillas, mi madre me despojó de mi ropa interior y me ayudó a meterme en el agua. Estaba fría, aunque me daba igual. Lo único que deseaba era lavarme y desprenderme de todo aquello. Mi madre me frotó el cuerpo con suavidad con una esponja y, luego, me borró la esvástica con un cepillo y jabón. No hablaba, tampoco yo. Isabelle se había quedado fuera, sentada, y no paraba de llorar.

Cuando hubo acabado, mi madre me envolvió en una toalla de baño y me abrazó, como si fuera una niña.

—Lo siento, Élise. Lo siento mucho.

Seguía sin poder hablar. Sacudí la cabeza para darle a entender que no quería palabras, que lo único que ansiaba era quedarme sola en silencio. Me aparté de ella y recorrí el pasillo hasta mi cuarto, donde me tumbé hecha un ovillo en la cama envuelta en la toalla húmeda. En aquel momento, lo único que deseaba era dejarlo todo atrás. Deseaba morirme.

Pasé varios días sin salir de la cama, aunque tampoco podía conciliar el sueño. Cada vez que cerraba los ojos, veía ante mí la imagen de aquel hombre con el largo cuchillo de afeitar. Empecé a dormitar intermitentemente durante el día y no podía dejar de tocarme mi cabeza rapada, ni dejar de recordar. ¿Cómo era posible que me hubieran hecho aquello? Gente que ni siquiera me conocía, gente que no tenía ni idea de lo que habíamos hecho en realidad Sébastian y yo.

Isabelle y mi madre salían a buscar comida, aunque yo me negaba a comer. Mi madre intentaba hablarme, pero su voz retumbaba en mi cabeza y sus palabras no tenían sentido. Cualquier movimiento, cualquier sonido, cualquier olor solo servían para recordarme que seguía viva. No había ni una sola parte de mí que no estuviera herida.

Al tercer día, mi madre entró en mi cuarto con una carta.

—Es de tu padre —dijo—. Me pregunta si podemos enviarle calcetines y un gorro de lana. Supongo que el correo está censurado y que no puede decirnos lo que sucede en realidad, pero estoy segura de que está pensando ya en su viaje de vuelta a casa.

Pensar en el regreso de mi padre me llenó de miedo, no de alegría.

—Élise, ven a comer algo. Por favor.

Seguí a mi madre hasta la cocina. Isabelle estaba sentada a la mesa, jugando con sus muñecas. No creo que yo jugara todavía con muñecas a su edad, pero recordarlo con precisión se me hacía difícil. Isabelle estaba tan esquelética que no aparentaba en absoluto los once años que tenía. Era como si en casa todas estuviéramos replegándonos y desapareciendo. Ni siquiera me había tomado la molestia de llamar al trabajo. Lo sabían. Todo el mundo lo sabía. Me senté al lado de mi hermana, pero estaba tan concentrada en sus muñecas, tan metida en su mundo de fantasía que apenas levantó la vista.

Mi madre me puso delante un plato y una taza. Tomé un sorbo de café, pero me quemó la garganta. Aparté la taza y le di un mordisco a una *baguette* sin nada: sabía a polvo.

Mi madre cogió el periódico.

—De Gaulle ha decretado que el colaboracionismo sea considerado oficialmente un delito. Lo llama *«indignité nationale»*. Dice que es para evitar ataques indiscriminados. A partir de ahora habrá juicios. Han

arrestado a Germaine Lubin, la cantante de ópera, por haber representado una obra de Wagner para la Wehrmacht. ¡La han enviado a Drancy!

Miré fijamente el pan de mi plato, deseando que cerrara la boca, pero continuó.

—Y Arletty. Ya sabéis, la estrella de cine. Tuvo un romance con Hans-Jürgen Soehring. ¡También la envían a Drancy! ¿Y sabéis qué dijo? La verdad es que su audacia es admirable.

Me quedé a la espera.

—*Mon coeur est français mais mon cul, lui est international.*

—Mi corazón es francés, pero mi culo es internacional —repitió Isabelle—. *Mon cul! International!* —Rio a carcajadas, un sonido que hacía tiempo que no oía.

Cerré los ojos al notar el dolor de cabeza incubándose en mi nuca. Me levanté, echando la silla hacia atrás con un horrendo chirrido. Tenía que irme de esa casa.

—Salgo un rato.

Mi madre abrió los ojos como platos, alarmada.

—¡No, Élise! ¡No puedes salir!

—Me pondré un pañuelo.

—¡No! La gente lo verá. Y la situación puede volverse desagradable.

—Ya es desagradable.

—Date más tiempo, Élise, por favor. Espera a que el pelo te crezca.

La miré con incredulidad.

—No puedo quedarme encerrada aquí, esperando.

Salí al pasillo y mi madre se levantó corriendo para cerrarme el paso. La aparté de un empujón, pero me agarró por los brazos. Intenté quitarme sus manos de encima.

—¡Élise, no puedes salir!

—¡Parad! —Isabelle se plantó entre nosotras con lágrimas en los ojos y algo dentro de mí se rompió. Sentí una aguda punzada de dolor en el pecho. No podía respirar. Las rodillas me cedieron y me derrumbé.

Me cogió mi madre al vuelo. Me sostuvo por los brazos, clavándome los dedos.

—Élise. Élise, por favor.

Pesaba demasiado para ella. Intentó levantarme, aunque me escurrí. Al fondo, seguía oyendo el llanto de Isabelle, pero me dejé llevar hasta perder la conciencia. De repente, una ráfaga de aire recorrió mi cuerpo y estalló en mis pulmones. Me solté de entre los brazos de mi madre y caí al suelo como un peso muerto, emitiendo un gemido.

Noté el cuerpo de mi madre sobre el mío, envolviéndome, agarrándome con fuerza mientras me sacudían sollozos incontrolables. Cuando el llanto empezó a apaciguarse, mi madre me acompañó hasta el salón y me tumbó en el sofá.

—Ve a buscar una manta —le dijo en voz baja a Isabelle.

## 42

*París, noviembre de 1944*

## Élise

Corrí de nuevo al baño y, sudorosa, llegué justo a tiempo para vomitar en el inodoro. Me incorporé, con piernas temblorosas, y me sujeté en las paredes para no caer. Había sido por el olor de los huevos, seguro. Mi madre había querido obsequiarnos con un desayuno en condiciones para salirnos un poco de lo habitual, pero yo había sido incapaz de soportar un olor tan fuerte y solo pensar en comerme aquello me había revuelto el estómago. Seguía perdiendo peso y llevaba ya cuatro meses sin el periodo, desde julio, lo cual no era excepcional en mí: me iba y venía desde el inicio de la ocupación. Los vómitos, sin embargo, sí que eran una novedad.

Entré en la cocina. Mi madre estaba ocupada en el fregadero, sacando manchas de la ropa con la ayuda de un cepillo. No me oyó llegar, porque no se volvió, así que aproveché para observarla y me fijé en su delgada espalda encorvada. ¿Qué nos había pasado? París era libre, pero nuestra pequeña familia se estaba desmoronando. Nuestros amigos podían contarse con los dedos de una mano y los vecinos miraban para otro lado cuando se cruzaban con nosotras, una situación que se hacía más difícil de soportar que el racionamiento estricto y la sensación de hambre constante. La soledad y las preocupaciones de mi madre habían calado en mí y se sumaban a las mías. Saber que yo era la causa de todo lo que le estaba sucediendo a mi familia me provocaba un intenso sentimiento de culpa, pero seguía sin arrepentirme de haber amado a Sébastian, aunque sí de no haberlo mantenido en secreto y habérselo contado a mi madre. Debería haber sido más cuidadosa. Debería haber sido más cuidadosa con muchas cosas.

Mi madre se volvió de repente, se secó las manos con el delantal y

se las llevó a las caderas.

—Ya has vomitado otra vez —dijo—. Élise, he tenido embarazos suficientes como para conocer los síntomas.

Aparté la vista, inundada por la tristeza al recordar todos los abortos que mi madre había sufrido. Por instinto, me llevé la mano al vientre.

—Lo siento —dije, porque no sabía qué otra cosa decir.

Mi madre sacudió la cabeza.

—¿Por quién lo sientes? ¿Por ti, por nosotras o por el bebé? —Separó las manos de las caderas y se apoyó en el fregadero, como si el peso de su cuerpo envejecido fuera demasiado para ella—. ¿Cómo pudiste dejar que pasara?

La expresión de decepción y rencor de sus ojos me obligó a bajar la vista.

—No imaginaba que fuera a quedarme embarazada. —Levanté la cabeza para mirarla a los ojos—. Mis periodos eran muy irregulares.

Mi madre suspiró con indignación.

—¿Cómo pudiste ser tan tonta? ¿Y qué me dices de él, de tu novio? Debería haber tenido más cabeza.

¿Mi novio? Ni siquiera era capaz de pronunciar su nombre. Le había dicho a Sébastian que no se preocupara, que no podía quedarme embarazada, que el periodo se me había interrumpido por completo. Se había mostrado sorprendido, pero no había querido llevarme la contraria…; al fin y al cabo, ¿qué sabía él?

Mi madre avanzó hacia mí y puso una mano en mi hombro.

—Tal vez podríamos buscar un médico que nos ayudase.

—¡No! ¡Eso no pienso hacerlo!

Me aparté. ¿Cómo podía imaginarse que iba a estar dispuesta a librarme del bebé de Sébastian? Hacía tan solo un año, bajo el Gobierno de Pétain, habían guillotinado a una mujer por practicar abortos. ¡Y mi madre me sugería precisamente eso!

Mi madre suspiró de nuevo.

—Élise, no puedes tenerlo. —Avanzó un paso hacia mí y noté su mano temblorosa en mi cabeza, acariciando mi cortísimo pelo—. ¿Por qué crees que te hicieron esto? —Se le quebró la voz—. Nuestros

vecinos nos tienen condenados al ostracismo. Tardaremos años en recuperar su confianza, y ahora esto. —Hizo una pausa—. Las monjas lo acogerán.

Tenía razón. Una criatura nacida del enemigo solo serviría como recordatorio de cómo nos habíamos rendido, de cómo habíamos aceptado la situación sin rechistar. *La honte*. La vergüenza era profunda y destructiva.

Pero era mi hijo. Y era todo lo que me quedaba de Sébastian.

—¡No!

Volví a llevarme la mano al vientre. La sensación de amor y protección hacia mi bebé aún por nacer iba en aumento.

—¡No puedes tenerlo! Piensa en tu padre, que lleva tres años prisionero en Alemania. ¿Cómo crees que se sentirá cuando llegue a casa y descubra que tenemos un bebé engendrado por uno de ellos? Y ten presente que aún pueden arrestarte. Los juicios no han terminado y hay mujeres que reciben sentencias de incluso un año de cárcel.

—De ser juzgada, podré defender mi caso.

Mi madre me miró con exasperación.

—No seas ingenua. ¿De verdad crees que te escucharían a ti, precisamente, de entre todas las chicas que se encuentran en tu misma situación? Después de lo que te hicieron, ¿cómo te imaginas que…?

—¡Tú no sabes nada de Sébastian! Era un buen hombre, un hombre valiente.

Mi madre levantó la mano, como si con aquel gesto quisiera detener mi discurso.

—¡No, Élise! Era parte integrante de las fuerzas de ocupación. Nuestro enemigo.

—¿Y entonces dime por qué? ¿Por qué quisiste que viniera a casa? —El pulso se me aceleró y me temblaba la voz—. En realidad nunca quisiste ayudarlo, ¿verdad?

Mi madre frunció los labios y negó con la cabeza.

Y entonces le conté lo que había prometido no contar nunca.

—Sébastian me ayudó. Me ayudó a sacar los niños de allí.

—¿Pero qué dices? —Me miró furiosa.

—En su momento no podía contártelo. Era demasiado peligroso. —

Inspiré hondo—. Estuve mucho tiempo dedicándome a sacar niños de aquel orfanato.

—¿De qué me hablas, Élise? —Mi madre se llevó la mano a la mejilla.

—Te hablo del centro de la UGIF, de los niños refugiados allí. De vez en cuando, me encargaba de acompañarlos hasta un *passeur* para que los llevase hacia el sur hasta cruzar la frontera.

Mi madre se quedó mirándome, con los ojos abiertos como platos y totalmente muda. Se secó las manos en el delantal.

—¡Élise! ¿Estás loca o qué? ¡Nos pusiste a todas en peligro! ¿E Isabelle? ¿No te paraste nunca a pensar en ella?

—¡Por supuesto, claro que pensé en ella!

—¡Podrías haber conseguido que nos mataran a las tres!

—Pero no pasó, ¿verdad? Y salvamos muchas vidas. No podía contarte nada, tenía que ser así. Un día, Sébastian se enteró de que estaban vigilando el orfanato. Era demasiado peligroso que yo acompañara a los niños que quedaban hasta un *passeur*, de modo que lo hizo él. Sacó a seis niños de allí. De lo contrario, los habrían enviado a Drancy y…

Mi madre me dio la espalda, hundió la cara entre sus manos y sus hombros empezaron a temblar. La rodeé con el brazo, pero se apartó de mí, como si el contacto la hubiera abrasado.

—¿Por qué no me lo dijiste? —gritó mirándome de nuevo—. ¡Deberías habérmelo contado!

—No necesitabas saberlo. No podía contártelo.

—¡Sí! ¡Necesitaba saberlo! Soy tu madre, por el amor de Dios.

Era mi madre, pero me parecía una desconocida. Ella no habría querido saber lo que yo me llevaba entre manos. Y, si lo hubiera sabido, me habría impedido seguir haciéndolo. Por eso no se lo había contado.

## 43

*París, noviembre de 1944*

## Élise

Mi madre tenía razón en una cosa: mi padre jamás sería capaz de aceptar la idea de que su hija se hubiese acostado con un alemán, y mucho menos que tuviera un hijo con él. No sabíamos cuándo terminaría oficialmente la guerra, ni cuándo estaría de vuelta en casa mi padre, pero comprendí que tenía que marcharme antes de que llegara ese día. Era la única manera. Y solo conocía a una persona capaz de ayudarme: *monsieur* Le Bolzec. Estaba allí desde el principio, cuando había conocido a Sébastian.

Salí de casa sin decir nada, con un pañuelo tapándome mi cabeza con pelo de pincho. En cuanto entré en la tienda, sonó la campanilla, un recuerdo de los tiempos en los que coincidía con Sébastian allí. Su ausencia me cortó como un cuchillo.

—¡Élise! —*Monsieur* Le Bolzec se fijó en el pañuelo que me cubría, me atrajo hacia él y me abrazó—. Iba a cerrar —dijo en voz baja—. Tengo menos clientes ahora que antes de la liberación.

Miré alrededor y vi que la librería estaba vacía, pero esperé igualmente a que girara el cartel para dejarlo en posición de «Cerrado» antes de quitarme el pañuelo. Me quedé expectante ante su reacción al ver mi escaso y horrible pelo, pero ni se inmutó. Me acercó un taburete.

—Siéntate. Estaba muy preocupado por ti. Pasé por tu casa después de… Tu madre me lo contó todo.

—No quería ver a nadie.

—Me lo imagino. Claro que no. —Hizo una pausa antes de continuar—. Ataques por venganza. —Me cogió la mano—. Ojalá pudiera haber hecho algo.

—No había nada que pudiera hacer.

—Ya, supongo que tienes razón. Solo habría conseguido meterme en más problemas.

—¿A qué se refiere con eso de «más problemas»?

—A nada, la verdad. Solo algún que otro comentario, ya sabes, del tipo: «¿Dónde se ha metido hoy ese alemán amigo suyo?».

—¿Qué? ¿La gente decía eso?

—Ya sabes que Sébastian se pasaba por aquí a menudo. Y a la gente le gusta hablar. La mayoría sabía de sobra que no era un *collabo*, pero algunos…, ya sabes cómo es la gente. —Se le subieron los colores—. Lo siento, no era mi intención restarle importancia a lo que te ha pasado, no después de todo lo que has sufrido.

—¿Y esos policías? ¿Han vuelto por aquí?

—No. Imagino que en el fondo son sensatos y habrán decidido no llamar la atención por el momento. No debes de ser la única persona a la que trataron de intimidar.

—¿Sabe algo de Sébastian? ¿De la noche en que vinieron a por él? —pregunté impulsivamente.

—No. —*Monsieur* Le Bolzec negó con la cabeza.

—Alguien debió de delatarlo.

*Monsieur* Le Bolzec arqueó una ceja.

—¿Alguna idea?

—Isabelle le contó a su mejor amiga que yo tenía un novio alemán.

—Pobre Isabelle, debe de sentirse muy culpable.

—Sí, así es, pero no estoy segura de que fuera por esa vía. —Me moví con inquietud en el taburete—. Tengo que marcharme de aquí.

*Monsieur* Le Bolzec me cogió la mano y me miró fijamente.

—Esos hombres que te atacaron no tenían ningún derecho a hacer lo que hicieron. Se sentían impotentes, castrados después de haber vivido bajo el poder del enemigo durante cuatro años. Fue rabia contra ellos mismos más que otra cosa. Y no quiero excusarlos. Lo que hicieron es inexcusable, imperdonable e indigno de cualquiera de nosotros. —Dejó de hablar un momento—. No tienes por qué irte, la situación se calmará —aseguró rascándose la patilla.

—Aun así, tengo que marcharme, muy lejos. Antes de que vuelva mi padre. —Bajé la vista hacia mi vientre—. Estoy embarazada.

Lo miré a los ojos. Sus pupilas se dilataron mientras asimilaba la noticia.

—*Mon Dieu!* —Aspiró una bocanada de aire y se pasó la mano por la nuca y por el cuello—. ¿Estás segura?

Me levanté, me desabroché el abrigo y bajé la vista.

—No se nota todavía, pero sí, estoy segura.

—¿De cuántos meses?

—De unos cuatro, creo. —Me callé unos instantes—. ¿Tiene algo de vino? —pregunté por impulso.

Sin decir palabra, *monsieur* Le Bolzec abrió el armarito que tenía debajo de la caja registradora y sacó una botella de vino tinto. La descorchó y la sirvió en dos copas manchadas. Me lo bebí de un trago.

—Gracias. —Parte de la tensión se liberó de mi cuerpo y suspiré—. Quiero tenerlo —dije de golpe.

La nuez de Adán de *monsieur* Le Bolzec se movió arriba y abajo.

—¿Lo sabe tu madre?

—Sí. Pero no puedo quedarme en París. ¿Qué pasará cuando vuelva mi padre?

*Monsieur* Le Bolzec me cogió la mano.

—Te entiendo.

—¿Puede ayudarme? —Lo miré a los ojos—. Por favor.

—Si de verdad quieres tenerlo, encontraremos la manera.

—¿Cómo?

Mientras estudiaba mi rostro, en la frente de *monsieur* Le Bolzec se formó una arruga, como si estuviera tramando algo.

—Mi hermana, Soizic —dijo por fin—. Vive en Trégastel, en la Bretaña, una zona que fue liberada justo antes de París. Podría acogerte. Tiene una pequeña granja; unas cuantas vacas y tierras. Sé que le iría bien alguien que la ayudara, ya que… mataron a su esposo al principio de la guerra. —Apuró su copa de vino—. Y también a su hija.

—¿A su hija?

*Monsieur* Le Bolzec hizo un gesto afirmativo sin mirarme.

—Será un trabajo duro.

—¿Y cree que me acogería? —Apuré yo también lo que quedaba en

mi copa.

—Es posible. Creo que la ayudaría.

—¿Qué quiere decir?

*Monsieur* Le Bolzec sonrió con tristeza.

—Un bebé le vendría bien. —Dudó unos instantes—. No habla nunca sobre su hija. Es mejor no mencionarla. —Me cogió la mano—. Igual que tú no podrás mencionar a Sébastian.

—Pero es el padre. ¿Cómo no voy a poder hablar de él?

*Monsieur* Le Bolzec negó con la cabeza.

—No, Élise. Tendremos que inventarnos alguna historia.

—¡Pero Sébastian nos ayudó! Ayudó a escapar a los niños. No puedo hacer como si no hubiera existido nunca. —Me quedé mirándolo—. No puede pedirme que haga eso.

—Élise, escúchame, por favor. La gente tiene prejuicios; nadie querrá saber tu historia. Todo el mundo tiene su pasado, pero lo único que oirán, si se lo cuentas, será la palabra *«boche»*. —Me presionó la mano—. Cuando Soizic vea tu cabeza casi rapada y tu vientre, se lo imaginará, así que necesitamos proporcionarle una mentira con la que pueda vivir. Si le vamos directamente con la verdad, acabará rechazándote.

Miré la copa vacía. Una tristeza inmensa se apoderó de mí al pensar en todos los secretos que teníamos que guardar.

—¿Y está seguro de que me acogerá?

—Lo hará si yo se lo pido. —Volvió a llenarme la copa—. Y Bretaña es una buena alternativa. Allí hay mucha gente con ojos azules, e incluso algunos con pelo rubio.

Asentí solemnemente, viendo que no tenía otra opción.

—Me alegraré de dejar atrás París.

*Monsieur* Le Bolzec me presionó ambas manos.

—Empezar de cero te hará bien.

## 44

*París, diciembre de 1944*

## Élise

Habíamos recuperado nuestra ciudad y pronto recuperaríamos también nuestro país. Éramos casi libres. ¿Pero por qué seguía yo sintiéndome como una prisionera? Me aparté de la ventana rota, que habíamos sujetado con una cinta adhesiva pegajosa de color marrón.

No había oído entrar a mi madre. No supe que estaba allí hasta que la oí toser.

Me volví hacia ella. En la penumbra del atardecer, parecía un fantasma.

—Supongo que habría que preparar algo para cenar. —Sonó apática —. Quedan algunas patatas. Ya empieza a oscurecer.

A veces, resulta más fácil hablar cuando hay poca luz.

—*Maman* —empecé diciendo—, me marcho.

Vi un destello de alivio en sus ojos.

—¿Dónde? ¿Dónde irás?

—*Monsieur* Le Bolzec tiene una hermana en Bretaña, Soizic Le Calvez. Me acogerá en su casa.

—Bretaña —repitió mi madre mirando por la ventana rota—. Sí. — Se volvió hacia mí y entrecerró los ojos—. ¿Conoce esta mujer la verdad sobre el padre?

—No. —La palabra sonó cruel en mi boca, pero era parte del trato.

—¿Qué historia le ha contado *monsieur* Le Bolzec?

—Que Frédéric era el padre, que lo mataron durante la liberación. —Las palabras salieron de una tirada, como si al pronunciarlas quedara exculpada de la mentira.

—Sí, podría funcionar, supongo. Siempre puedes llevarte una fotografía de Frédéric contigo, para hacerlo más creíble. Aunque no deberías dejar que nadie te viera hasta que te haya crecido el pelo y el

bebé haya nacido. —Los hombros de mi madre se vinieron abajo—. ¿Qué le digo a tu padre? —Sin esperar la respuesta, siguió hablando —. Se enterará de todos modos. Los vecinos se lo contarán, o la portera. Y luego está Isabelle, que no sabe guardar secretos. —Se sujetó la cabeza entre ambas manos—. Dios mío, tu padre me matará.

En un momento espantoso de iluminación, se me pasó por la cabeza que mi madre tal vez esperase que él no volviera. Mi padre era la razón por la que me veía obligada a marchar. Pero era su esposa, claro que quería que volviera a casa.

## 45

*Bretaña, enero de 1945*

## Élise

Un mes más tarde, me encontraba en el andén de la estación de Rennes, con los brazos cruzados y dando puntapiés en el suelo en un intento inútil de entrar en calor. No había sala de espera y el tren de enlace iba con retraso. Una familia de cinco personas también estaba esperando, pero ni me acerqué a ellos ni ellos se acercaron a mí. Se limitaban a mirarme de vez en cuando por el rabillo del ojo. Me había puesto una boina, aunque por debajo de ella no asomaba ni un pelo ni tampoco me colgaba por atrás. Sabía que estarían preguntándose si yo era una de las *tondues*, las rapadas.

Vi que el jefe de estación estaba recorriendo el andén e intenté fundirme con las sombras. Pero ya me había visto. Detuvo su paseo, se quedó mirándome y murmuró:

—Vergüenza debería darte.

Me encogí más si cabe. ¿Pero dónde había quedado mi dignidad? Me sentí avergonzada de mi propia vergüenza. Entonces, di un paso al frente y lo miré a los ojos.

—*Bonjour, monsieur*. ¿Cuándo sale el próximo tren con parada en Lannion?

El jefe de estación dudó, aunque me respondió.

—A las tres y cuarto, *mademoiselle* —dijo por fin.

—*Merci, monsieur*.

Cuando vi que se alejaba, tuve la sensación de haber recuperado mi dignidad. Nadie me obligaría a vivir en la sombra, y tampoco a mi hijo.

En cuanto llegó el tren, subí al vagón, aliviada de dejar atrás aquel viento gélido, pero enseguida descubrí que no había calefacción. Me envolví bien con mi bufanda de lana y me acurruqué en el asiento.

Agradecí el termo con café que *monsieur* Le Bolzec había tenido la gentileza de prepararme y me serví una taza. Disfruté del calor del café antes de bebérmelo y me pregunté qué tipo de bienvenida me esperaría en Trégastel.

Cuando el tren llegó a la estación de Lannion, ya había caído la noche. Una solitaria farola alumbraba el andén. Me apeé y me quedé allí, observando cómo recibían a otros pasajeros, cómo los abrazaban, los besaban, pero a mí, al parecer, no había venido a recibirme nadie. Un nudo de ansiedad me cerró el estómago. Estaba sola en un lugar desconocido. Sentí una punzada de soledad y añoré a Sébastian con un dolor físico que me hizo sentir completamente vacía. Él tendría que haber estado a mi lado, tendríamos que haber estado esperando juntos la llegada de nuestro primer hijo.

Cogí la maleta con una mano y con la otra me enlacé por la cintura en un intento de mantener el calor de mi cuerpo. Salí a la calle y, justo en ese momento, llegaba un caballo tirando de una carreta. ¿Sería ella? Había dado por supuesto que vendría en coche, tonta de mí. Dubitativa, eché a andar hacia el lugar donde se habían parado el caballo y la carreta. La cabeza del conductor se giró hacia mí. Era una mujer.

—¿*Madame* Le Calvez? —pregunté.

—*Oui. Montez*. Vamos. —Me miró y volvió a coger las riendas.

Corrí hacia el otro lado y, tirando de la maleta, subí los dos peldaños para sentarme al lado de la mujer. Antes de que me diera tiempo a saludarla debidamente, ya había arreado al caballo y estábamos en marcha. Estudié su perfil en la penumbra. Tenía la nariz afilada y el mentón redondeado y llevaba el entrecejo fruncido.

—Gracias, *madame* Le Calvez, por venir a recogerme y por…

—No es necesario que me des las gracias. —Me interrumpió antes de que me diera tiempo a terminar la frase—. Lo hago por Yannick.

—¿Yannick? ¿*Monsieur* Le Bolzec?

Me miró de reojo, dándome tiempo a captar la frialdad de sus ojos.

—Sí. Me dijo que no tenías dónde ir.

Observé las débiles sombras de los árboles que flanqueaban la carretera y me estremecí; el vacío que llenaba mi interior era cada vez

más grande.

—Ha sido usted muy amable por acceder a acogerme.

—Mmm… —Tosió, ignorando por completo mi comentario—. Tendrás que trabajar duro. Necesito alguien que se ocupe de las vacas.

—¿Las vacas?

—Sí, las vacas —repitió, como si yo fuera imbécil—. Te enseñaré a ordeñarlas.

—Sí, por supuesto. —De hecho, me gustó la idea.

—¿Para cuándo es el bebé?

—Para abril.

—Faltan tres meses. ¿Se nota ya?

—No mucho.

—Apuesto a que todavía sigue sin llegar mucha comida a París.

—No mucha, no.

—¿Quién es el padre?

Me disparó la pregunta con el mismo tono frío con el que había formulado las demás.

—Frédéric —dije—. Murió del disparo de un francotirador alemán durante la liberación.

La mentira que *monsieur* Le Bolzec y yo habíamos urdido vio la luz con nerviosismo y me estremecí cuando las palabras salieron de mi boca. Me sentía desleal con Sébastian y me aborrecía por ello. *Madame* Le Calvez no replicó y seguimos avanzando en silencio, con el viento helado traspasando el fino tejido de mi abrigo. Volví a mirar su perfil; bajo la pálida luz de la luna, su afilada nariz le sobresalía de la cara. Parecía una mujer orgullosa y me resultaba imposible imaginar que entre nosotras llegara a haber algún día un mínimo de cariño. Escondí el rostro bajo la bufanda y me esforcé para que la sensación de soledad no me engullera.

—¿Cómo era? —dijo *madame* Le Calvez de repente.

La pregunta me pilló por sorpresa y dudé, sin saber muy bien si era mejor describir a Sébastian o a Frédéric. Decidí que tenía que continuar con la mentira.

—Tenía el pelo castaño, los ojos también castaños. Era bueno. —Siguió un incómodo silencio. Me estremecí y me escondí todavía más

bajo la bufanda. El frío empezaba a calarme en los huesos y una sensación de miedo se apoderó de mí—. ¿Ha comentado con alguien mi llegada? —Me preocupaba la posibilidad de que ni siquiera estuviera de mi parte.

—No veo a mucha gente, solo al anciano que vive en la casa de al lado y a las propietarias de la *maison de la presse*. Y, sí, les hablé de ti.

—¿Qué les dijo?

—Exactamente lo mismo que me contó Yannick. ¿Qué esperabas que les contase?

Chasqueó la lengua con energía cuando doblamos la siguiente esquina. El caballo siguió trotando mientras el camino se ensanchaba y me preparé para soportar un viento aún más helado.

Llegamos a un camino de acceso a una vivienda y nos detuvimos delante de una casita de piedra. *Madame* Le Calvez sacó una linterna y alumbró alrededor para bajar del carromato, iluminando los campos baldíos que rodeaban la granja.

—Pasa. Yo tengo que ocuparme antes del caballo.

—¿Puedo ayudarla en algo? —me ofrecí, a pesar de que estaba muerta de frío y lo único que deseaba era meterme en el interior.

—No —respondió *madame* Le Calvez secamente—. Ve y entra en calor.

Agradecida, cogí la maleta y abrí la puerta de la casita. El calor me recibió de inmediato. Venía de una cocina de gran tamaño, con dos cacerolas sobre los fogones. Atraída hacia allí, me despojé de los guantes y acerqué las manos. Poco a poco, la sangre empezó a correr de nuevo por mis dedos.

*Madame* Le Calvez entró dando unas palmadas.

—*Ma Doué!* —No entendí lo que dijo; debía de ser en bretón—. Esta noche hace frío —añadió mientras se despojaba de varias capas de prendas de abrigo que fue dejando colgadas detrás de la puerta y, finalmente, levantó la vista hacia mí, que seguía de pie, sin moverme ni quitarme mi fino abrigo—. He preparado sopa. —Se acercó a la cocina y cogió la cacerola más grande—. Quítate el abrigo y siéntate.

—¿Puedo hacer algo?

—No. Lávate las manos y siéntate.

Hice lo que me dijo. Me quité el abrigo, lo colgué detrás de la puerta de entrada, como acababa de hacer ella, me lavé las manos en el fregadero de la cocina y me las sequé con un paño que colgaba de los fogones. Miré alrededor: las paredes estaban desnudas y no proporcionaban ni la más mínima pista sobre aquella mujer.

Ocupé mi lugar en una mesa larga y estrecha de robusta madera oscura, cubierta de marcas de quemaduras, resultado de los muchos platos que debían de haber pasado por ella, círculos grandes y óvalos de menor tamaño. *Madame* Le Calvez dejó la cacerola en el centro de la mesa y esbocé una mueca al pensar en la nueva marca que iba a dejar, preguntándome por qué no utilizaría salvamanteles. Sirvió la sopa con cucharón y mi estómago empezó a rugir cuando flotó hasta mi nariz el aroma a verduras, pimienta negra y pollo. Una vez tuvimos los cuencos llenos, intenté mostrarme amable.

—*Bon appétit!*

—Que Dios bendiga los alimentos que vamos a tomar. —Ignoró mi inútil «*Bon appétit*» e hizo la señal de la cruz sin levantar la vista de la mesa. Seguí su ejemplo.

Comimos la primera cucharada en silencio.

—Está deliciosa, *madame* Le Calvez. Gracias. —La mujer asintió y me pasó un trozo de *baguette*. El pan estaba duro como una piedra, pero mojado en la sopa se ablandó y absorbió todo el sabor del pollo. Comimos en silencio—. ¿Estamos muy lejos del mar? —pregunté intentando iniciar una conversación.

—A cinco minutos —respondió *madame* Le Calvez, sorbiendo la sopa.

—Hace cinco años que no veo el mar.

—Mañana puedes salir a dar un paseo, pero tendrás que vestirte adecuadamente. El viento sopla muy fuerte en esta costa. Y tendrás que sujetarte esa boina con un pañuelo. —Dejó con firmeza ambas manos sobre la mesa—. Aunque quizá sea mejor que no salgas, al menos hasta que hayas tenido el bebé.

Dejé caer la cuchara en el cuenco.

—¡Para eso faltan todavía tres meses!

—Lo sé. —Me clavó una mirada gélida—. Y, bien, chica, ¿me

cuentas ahora la verdad sobre el padre?

Noté que me ruborizaba; me resultaba imposible mirarla a los ojos. Siguió un silencio que se podía cortar. Hasta que *madame* Le Calvez suspiró exageradamente.

—¿Me habrá tomado por idiota mi hermano Yannick? —Su voz me atravesó—. Lo supe en cuanto recibí la carta. ¿Por qué, si no, ibas a necesitar venir aquí? —Se quedó estudiándome—. ¿Era rubio? —preguntó de pronto—. ¿Tenía los ojos azules?

Tragué saliva e intenté responder con un tono firme y sereno.

—Sí, era muy rubio. Y sus ojos eran azules, aguamarina.

—¡Conque aguamarina! —Resopló—. Yannick sabía perfectamente que no te aceptaría de saber que el padre era un *boche*. Y tenía razón, no lo habría hecho. —Suspiró—. Y me lo suplicó, por si quieres saberlo. Siempre sabe las teclas que debe tocar. Sabía que no te echaría de casa, o que no lo haría una vez hubieras cruzado esta puerta. —Apartó la vista—. Haremos lo posible para que esta mentira funcione, pero no quiero ni oír hablar de tu *boche*. Jamás. ¿Entendido? Por lo que a mí respecta, es como si nunca hubiera existido.

Asentí con la cabeza, pero en el fondo de mi corazón me aferré a Sébastian y le hice una promesa en silencio: «Jamás te dejaré marchar».

*Madame* Le Calvez retiró los cuencos y los dejó en el fregadero. Me levanté.

—Permítame que los lave yo.

—No, ya lo harás por la mañana. Te enseñaré tu habitación.

Cogí la maleta y la seguí por una estrecha escalera de madera. Justo encima de la cocina había un pequeño cuarto. El entarimado estaba gastado y era irregular, y las rendijas que se abrían entre las tablas dejaban incluso ver la cocina en algunas partes. Justo debajo de la ventanita abierta en el tejado inclinado, había una cama de madera oscura, con el cabecero y los pies de forma redondeada, y a su lado, una mesita de noche con una lámpara. Fue un consuelo ver que *madame* Le Calvez me había hecho la cama.

—El cuarto de baño está abajo, al lado de la cocina —anunció.

—Gracias, muy amable.

—*Alors, bonsoir.*

Dio media vuelta y se fue.

Me senté en la cama, sintiéndome más sola que en toda mi vida.

Acerqué la mano a mi vientre hinchado para notar al bebé, nuestro bebé, y de pronto me embargó una sensación de amor y gratitud que transformó la soledad en esperanza.

## 46

*Bretaña, 14 de febrero de 1945*

## Élise

Cada día me despertaba más temprano, cuando aún estaba oscuro. Aunque la verdad era que nos acostábamos siempre antes de las nueve de la noche. Había poco más que hacer y, de todos modos, embarazada de siete meses, siempre estaba cansada y era un alivio echarme en mi camita, debajo de las vigas, al terminar la jornada. El bebé que crecía dentro de mí se había transformado en algo real; sabía cuándo estaba dormido y cuándo despierto. Tenía el presentimiento de que era una niña y había empezado a hablarle, a contarle cosas sobre su padre. La ausencia de Sébastian resultaba dolorosa, era como un agujero cada vez más grande en mi alma, pero me consolaba con la idea de que muy pronto tendría conmigo una parte de él, alguien a quien poder amar totalmente.

*Madame* Le Calvez había organizado nuestra rutina de tal modo que el contacto entre nosotras fuera mínimo. Me había pedido que ordeñara las vacas antes del amanecer y que las sacara a los campos en cuanto saliera el sol, lo que hacía que ni siquiera desayunáramos juntas. Encendí la lámpara de la mesita y consulté el reloj: las cinco de la mañana. Me levanté y bajé a la cocina.

*Madame* Le Calvez ya estaba en pie, preparando el café. Por el modo en que me miró, frunciendo los labios y con ojos gélidos, comprendí que acababa de interrumpir su rutina matutina.

—Hoy no estaré por aquí —dijo antes de que me diera tiempo a decirle *«bonjour»*. Llenó un termo de acero con café—. ¿Puedes recoger los huevos y luego hacer el pan?

—Sí, por supuesto.

Me habría gustado preguntarle dónde iba, pero no me atreví.

—Volveré antes de que anochezca. Tendrás que ocuparte también

de traer las vacas de vuelta.

Acabé encontrando la valentía necesaria para formularle la pregunta.

—¿Me permite preguntarle dónde va?

Me miró con cara inexpresiva y negó con la cabeza. Sin decir palabra, guardó el termo y un poco de pan en una cesta y se marchó. ¿Quién salía antes del amanecer? ¿Dónde iría?

En cierto sentido, era un alivio saber que estaba sola en la casa. Sin pensarlo más, me eché la enorme manta de lana sobre los hombros y me calcé las botas de goma. Si acababa pronto con el ordeño, tendría más tiempo para disfrutar del espacio solo para mí antes de que *madame* Le Calvez volviera. Aunque la verdad era que, a las duras, había aprendido que con lo de ordeñar no había que andarse con prisas; a las vacas les gustaba que las convenciesen con cariño para dar su leche, razón por la cual a veces me llevaba dos horas ordeñarlas a las seis, o incluso más tiempo. Aquella mañana empecé con mi favorita, Jessie, que, desprendiendo vaho por sus orificios nasales, me dio un golpecito con el morro en cuanto entré en el establo. Toqué su húmedo hocico y le murmuré palabras cariñosas mientras acariciaba su aterciopelado cuello y hundía la nariz entre los pliegues de su piel para aspirar su olor. La sólida y silenciosa presencia de las vacas me reconfortaba y, aunque quizá fuese una locura, tenía la sensación de que Jessie era capaz de captar mis emociones. A veces, me sentía alegre; otras, melancólica; de vez en cuando, ansiosa. Y siempre sola. Me acaricié el vientre, contenta al pensar que un par de meses después ya seríamos dos.

Cogí el taburete y me senté. Me soplé las manos para calentarlas un poco antes de acercarlas a las ubres de Jessie y canturreé tranquilamente cuando la leche empezó a salir. Tras ordeñar a las seis, cargué los cubos hasta la cocina, para embotellar la leche más tarde. Luego, regresé y saqué las vacas al campo para que pastaran.

Cuando por fin volví a la cálida cocina, puse el agua a calentar para prepararme el primer café del día. Una llamada a la puerta me sobresaltó. Recelosa, fui a abrir. Era una mujer mayor, que me miró de arriba abajo.

—*Bonjour*.

Dudé, sin saber muy bien si debía invitarla a pasar o no.

—Eres Élise —dijo como si fuera una acusación. Entró directamente —. ¿No está, entonces, *madame* Le Calvez?

—No, y no sé muy bien cuándo volverá. No hasta la noche, creo.

La mujer cerró la puerta y dio un paso hacia la cocina.

—Catorce de febrero. Sabía que hoy no estaría.

—¿Por el día de San Valentín? —dije pensando que a lo mejor tenía un amante secreto en alguna parte.

—No tiene nada que ver con San Valentín. —Me miró con frialdad —. ¿No piensas ofrecerme un café?

La mujer se sentó y, al ver que no tenía otra elección, cogí dos cuencos del armario que quedaba detrás de mí.

—¿Podría decirme cómo se llama? —pregunté con cuidado.

—Dame una taza, no un cuenco de desayuno —dijo la mujer sacudiendo la cabeza como si la exasperase.

Puse unos granos de café en el molinillo y di vueltas a la manivela mientras esperaba a que la mujer me contara quién era, pero se limitó a seguir allí sentada, siguiendo mis movimientos con la mirada, con los ojos abrasándome la espalda en cuanto me volvía. Finalmente, habló.

—¿Te ha dicho dónde iba?

—No. —La miré—. No me lo ha dicho.

—Mmm…, en este caso, entiendo que no te ha contado gran cosa.

—No. Estamos muy atareadas con el trabajo.

La mujer ignoró mi comentario y siguió observándome con los ojos entrecerrados.

—Aunque yo sí que sé de ti.

Noté que el color me subía a las mejillas y volví a darme la vuelta. Retiré el cazo del fogón y le serví café, decidida a no decir nada.

—Se vio obligada a acogerte —continuó la mujer—, por su hermano. —Le dejé la taza delante—. Su hermano intentó salvar a su hija, ¿lo sabías? —No esperó mi respuesta—. Sí, se desplazó incluso hasta aquí. Aunque para nada, al final.

—¿Qué le pasó a su hija?

—La capturó la Gestapo.

La mujer bebió un poco de café y sus labios se fruncieron en el borde de la taza.

Me quedé paralizada y noté un calambre en el vientre. Cogí una silla y me dejé caer en ella, sin aliento.

—¿Qué sucedió?

—La vi aquella misma mañana, el día de San Valentín, pasando en bicicleta por delante de la iglesia. Por la tarde, me dijeron que la habían arrestado, por algo relacionado con la fabricación de documentación falsa o por llevarla encima. —Me miró inexpresiva—. Estaba en la Resistencia, ya sabe.

Cerré los ojos, intentando borrar la imagen de la Gestapo llevándose a una chica.

—Yannick Le Bolzec llegó tres días después. Fue directo a comisaría. —Dudó un instante—. Pero ya era demasiado tarde.

Apreté los ojos con fuerza y me llevé la mano al vientre, sacudida por una oleada de náuseas.

—Está enterrada en el cementerio de Perros-Guirec. Imagino que *madame* Le Calvez estará allí en estos momentos. —Bebió un poco más de café mirándome por encima del borde de la taza—. Sí, es duro para ella, lo de tenerte aquí. Muy duro. Es una santa, eso está claro.

Concentré mis esfuerzos en no vomitar, en intentar respirar con el abdomen, en darle aire a mi hijo aún por nacer.

—Me contó ese cuento chino sobre tu supuesto prometido. No dije nada, me limité a fingir que me lo creía todo, pero ella sabe que no es así. Aunque eso no importa. Lo que importa es lo que crean todos los demás. Así pues, chica… —hizo una pausa para que sus palabras tuvieran más efecto—, tendrás que comportarte. Ya han empezado a correr rumores, que seguramente no estarán muy lejos de la verdad, pero tendremos que cortarlos de raíz.

Asentí. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera para mantenernos a salvo. A todas nosotras.

—Soizic ha vivido un infierno —continuó diciendo la mujer—. Perdió a su marido a manos de los *boches*; luego, a su hija. Aquí tiene buenos amigos, amigos leales. Estaremos siempre a su lado. Pero nadie

se imaginaría que después de todo lo que ha sufrido fuera a acoger…, fuera a acogerte a ti y a tu… —Suspiró con exageración—. Cuando nazca esta pobre criatura, Soizic será la que la sacará de casa y la mostrará a todo el mundo. Será la única manera de que la gente la acepte. —Se levantó—. Lo único que la gente necesita ver es que eres una buena trabajadora y que *madame* Le Calvez está satisfecha contigo, que eres discreta y que no te metes en problemas. —Me miró entornando los ojos—. ¿Entiendes lo que te digo?

Volví a asentir.

—No somos gente complicada y no pedimos más que eso. —Hinchó el pecho—. Bien, pues eso es lo que he venido a decirte. Compórtate lo mejor que sepas. Haremos correr el cuento sobre ese prometido tuyo y la gente se lo creerá, o no, pero nos aseguraremos de que todo el mundo trate como es debido a tu criatura. Por el bien de Soizic.

La mujer se levantó y se dirigió a la puerta. Sin decir adiós, la abrió y se marchó.

## 47

*Bretaña, 14 de abril de 1945*

## Élise

A medida que la primavera iba desplazando al invierno, las mañanas se volvían más luminosas y ya no me despertaba inmersa en oscuridad. Disfrutaba de la calma y la paz que comportaba ordeñar las vacas antes de que el sol hubiera salido por completo. Pero aquella mañana Jessie estaba nerviosa y no paraba quieta. Cuando me levanté del taburete, con el cubo lleno de leche solo hasta un cuarto de su capacidad, sentí una punzada en el vientre. Cargué con el cubo hasta la casa, justo a tiempo de ver que el cartero se alejaba en su bicicleta. Imaginé que habría dejado una carta de mi madre o de Isabelle, quizá con noticias de mi padre.

Sin embargo, cuando entré en la cocina, supe que no era eso. *Madame* Le Calvez estaba sentada a la mesa, encorvada sobre un telegrama. Estaba casi inmóvil y el ambiente a su alrededor pesaba incluso físicamente. Me quedé un momento sin hacer nada, confiando en que levantara la cabeza para mirarme, pero no se movió.

Por instinto, me senté a su lado y fijé la vista en las dos líneas escritas sobre el papel marrón. Me recorrió la espalda un escalofrío y me quedé paralizada, incapaz de digerir lo que acababa de leer.

> Yannick Le Bolzec falleció el lunes anterior. Un único disparo en la nuca.

—¿Quién? —musité—. ¿Quién lo ha matado?

—Pensaban que era un *collabo* —dijo *madame* Le Calvez con un tono inexpresivo.

Se me heló la sangre. No me entraba en la cabeza. Aunque sí lo entendía, lo entendía a la perfección.

—¿Quién? ¿Quién pensaba que era un *collabo*?

—No sé, ni idea, alguna de las facciones que quería saldar las cuentas. ¿Cómo quieres que lo sepa? Debió de ser por ese *boche* que acudía continuamente a su librería. ¡Tu *boche*! —dijo escupiendo la última palabra.

Sentí otra punzada, esa vez en el costado. Inspiré una bocanada de aire y me llevé la mano al pecho, donde el corazón me latía con fuerza. El bondadoso y sabio *monsieur* Le Bolzec. Asesinado. Sus palabras retumbaron en mis oídos: «Indigno de cualquiera de nosotros». Era inconcebible. Impensable. Bárbaro. Me imaginé al entrañable anciano yaciendo en el suelo con un charco de sangre oscura bajo la cabeza. Y comprendí, claro como el agua, que eso era lo que le habían hecho a Sébastian. Mis ojos se llenaron de lágrimas frías y silenciosas y las dejé resbalar por mi cara.

—Por favor —dijo *madame* Le Calvez—, quiero estar sola.

Ojalá hubiéramos encontrado consuelo la una en la otra, pero *madame* Le Calvez había levantado un muro entre nosotras. Me levanté de la silla y volví al establo, donde hundí la cabeza en el flanco caliente de Jessie y lloré por Yannick Le Bolzec, por Sébastian, por mí y por mi bebé, aún por nacer. Cuando ya no quedaba nada dentro de mí, me tumbé en la paja, exhausta y vacía. Temía volver a la casa, y de haber tenido algún lugar donde ir me habría marchado. Pasamos el resto del día sin hablar y aquella noche me acosté más temprano de lo habitual. Entré en mi habitación y me dejé caer en la cama.

Me desperté a media noche, fría y mojada. Me senté en la cama, retiré las sábanas y encendí la lámpara de la mesita. La sábana bajera estaba empapada. Se me aceleró el corazón. Ya estaba allí. El bebé había decidido llegar. Quité la sábana y la enjuagué en el cuarto de baño. Luego, volví a subir y la colgué en el respaldo de la silla de mi dormitorio para que se secara. Me preparé una cama en el suelo con una manta y me tumbé, mirando el techo y con la mano en el vientre, notando los movimientos de mi bebé.

—Llega sano y salvo, por favor —susurré.

Debí de dormirme, porque lo siguiente que recuerdo es a *madame* Le

Calvez abriendo las cortinas.

—¿Qué haces en el suelo? —preguntó—. Son más de las seis.

Mi mano buscó rápidamente mi vientre.

—He roto aguas durante la noche.

*Madame* Le Calvez se volvió hacia mí.

—¿Han empezado las contracciones?

—No, no creo. No tengo dolores.

Me senté, apoyé las manos en el suelo y me levanté con cierta dificultad.

*Madame* Le Calvez me miró algo distante, como si intentara trazar algún plan.

—Las contracciones tienen que seguir. Deberías moverte un poco. Si has roto aguas, pueden entrar infecciones.

—¿Y qué hago? —pregunté, intentando que el pánico no se me notara en la voz.

—Levantarte y continuar con tus tareas habituales. Llegará cuando esté preparada para ello. —Se volvió para irse—. Baja. Seguiremos con la rutina de siempre.

La seguí, esforzándome por controlar mi respiración entrecortada.

—No te sientes —dijo *madame* Le Calvez en cuanto entramos en la cocina—. Solo serviría para ralentizarlo todo.

Me pesaba el vientre y notaba la tensión en los ligamentos que lo sostenían, así que coloqué las manos debajo para soportar el peso. Salí para ir al establo, temblando por una combinación de frío y miedo. Cogí el taburete, me senté delante de Jessie, me calenté las manos antes de tocar sus ubres llenas y empecé a ordeñarla. La vaca emitió un mugido potente y lanzó una coz con la pata trasera. Aparté rápidamente las manos.

Me levanté y respiré llevando el aire al abdomen, hacia mi bebé. La vaca me acarició con su enorme cabeza, empujándome hacia atrás; me dejaba claro que no quería verme más por allí. Salí del establo y volví a la cocina.

*Madame* Le Calvez estaba preparando café. Aspiré el cálido y reconfortante aroma y fijé la vista en su espalda redondeada mientras sacaba los cuencos del armario.

—Hoy no puedo ordeñar las vacas —dije.

Entonces, se dio la vuelta y me taladró con una mirada gélida.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Las vacas se portan mal.

Dejó los cuencos en la mesa.

—¿Que se portan mal? Supongo que, entonces, tendré que encargarme yo. —Suspiró—. Como si no tuviera trabajo suficiente.

—¿Cree que deberíamos llamar a la comadrona? —pregunté, porque necesitaba que alguien me dijera que todo iba a salir bien.

—No. —Sirvió el café—. No es necesario molestarla aún. Lo único que te diría es que siguieras moviéndote. Tu cuerpo necesita despertarse.

Durante el resto del día, *madame* Le Calvez me mantuvo ocupada: limpié el gallinero, recogí los huevos, saqué las vacas a pastar. No me dejó descansar ni después de comer, sino que me puso a preparar el pan y a batir mantequilla. Por la noche, cuando por fin nos sentamos a cenar, estaba agotada.

—¿Sigues notando que se mueve? —me preguntó mientras partía una *baguette*.

—No lo sé. No, creo que no.

Me llevé la mano al vientre, palpando la redondez del culito de mi bebé. Recé para que no tardara mucho en darse la vuelta, para que encontrara la salida.

—Le daremos veinticuatro horas. Si por la mañana no ha pasado nada, llamaremos a la comadrona.

—¿Y no podríamos llamarla ahora?

—Todavía no. A veces, el inicio de las contracciones tarda un buen rato.

Después de cenar, y aunque no hacía frío, *madame* Le Calvez encendió la chimenea en el pequeño salón y nos sentamos en el maltrecho sofá. Yo fingí leer un libro y ella fingió leer el periódico. Seguía sin entender por qué no podía llamar a la comadrona, aunque fuera simplemente para que me echase un vistazo. Empezaron a pasarme por la cabeza pensamientos horrorosos. ¿Y si *madame* Le Calvez no quería que el bebé naciera? ¿Y si quería que muriésemos los

dos? Desde que el día anterior había recibido la noticia de la muerte de *monsieur* Le Bolzec, se había vuelto más distante si cabía y arrugaba la nariz cada vez que me veía, como si yo fuera un animal asqueroso del que deseaba librarse.

—Yannick era mi amigo —dije por impulso.

Me miró sorprendida.

—Y era mi hermano.

—Siempre veía lo mejor de cada persona. —Miré fijamente sus ojos gélidos—. Pero desearía que no me hubiese enviado aquí. Fue pedirle a usted demasiado.

Ya está, ya lo había dicho. No tenía ni la bondad ni la capacidad de saber perdonar que su querido hermano imaginaba.

*Madame* Le Calvez dobló el periódico y se quedó un instante mirándome. Esperé a que dijese algo, pero su boca permaneció firmemente cerrada. Al final, habló:

—Podríamos probar con el aceite de castor. Creo que tengo por algún lado.

—¿Y por qué no llamamos a la comadrona y ya está?

Me miró por el rabillo del ojo.

—No es la primera vez que hago esto, que lo sepas.

No entendí muy bien si se refería a cuando ella había dado a luz o a que había ayudado ya en otros partos.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

Me miró como si sus pensamientos estuvieran a miles de kilómetros de distancia de allí y, entonces, me respondió en voz muy baja.

—Tuve una criatura. —Sonaba entera y, al mismo tiempo, su vacío era palpable—. Una niña —musitó—. Tardó mucho en llegar.

Por fin iba a hablarme de la hija que había perdido. Asentí; no quería interrumpirla y esperé a que siguiera contándome. Con la mirada fija en el fuego de la chimenea, continuó hablando lentamente en un tono monótono, como si las palabras que pronunciaba no le pertenecieran.

—Tenía los dedos arrugados cuando nació, como si hubiera pasado demasiado tiempo en la bañera. —Cogió un palo y atizó el fuego. Esperé, deseosa de oír más, pero permaneció en silencio, perdida en

sus recuerdos—. Cuando su padre murió, tenía solo diecisiete años —dijo por fin—. Su muerte fue un golpe durísimo para ella. Entonces, empezó a salir mucho, a horas extrañas, y a veces desaparecía varios días seguidos. Pensé que tendría un amante en algún lado. Casi ni me hablaba y discutíamos mucho. —Hizo una pausa, sin dejar de mirar el fuego—. Pero no era un amante. Ojalá lo hubiera sido. No, andaba metida en la Resistencia. Se dedicaba a transmitir mensajes. No lo supe hasta que fue demasiado tarde.

La observé mientras seguía jugando con el fuego. Recordé lo que me había contado aquella mujer y empecé a temer lo que *madame* Le Calvez fuera a decir a continuación. Pero se levantó de golpe y, cuando me habló, su tono cambió y volvió a ser el tono brusco y práctico que solía emplear conmigo.

—Para provocar el parto, tomé aceite de castor. Me fue bien. —Salió de la sala y regresó con una botellita de cristal marrón y una cuchara sopera—. Dos cucharadas serán suficientes.

Inclinó la botella y llenó la cuchara de líquido transparente. Cuando me la pasó, la cogí sin decir palabra e intenté evitar que me temblaran los dedos al llevármela a la boca y engullir aquel aceite tremendamente espeso.

Luego, antes de quedarme dormida, recé para que mi bebé llegara pronto, y sin problemas. No dormí bien. Soñé con Sébastian, cosas reales mezcladas con fantasía. En un momento dado, lo vi allí, con nuestro bebé en brazos. ¿Estaría soñando o simplemente imaginándomelo? Sentía tanto dolor por él que fue como si se me desgarrara el alma.

## 48

*Bretaña, abril de 1945*

## Élise

Me despertaron unas punzadas terribles en el vientre. Esa vez no era un sueño. Era real. Gracias a Dios, mis contracciones habían empezado. Me levanté de inmediato y bajé a la cocina con la idea de prepararme un café, pero, cuando estaba en la escalera, me sacudió un dolor más fuerte y violento que el anterior. Me quedé sin aire y me paré en seco para apoyarme en la pared y esperar a que pasara. Llegué a la cocina, cogí un cazo y lo llené con agua. Otra punzada de dolor. Contuve un grito y me sujeté al fregadero para no caer. Cuando el dolor amainó, me senté y me sequé el sudor de la frente y las lágrimas de los ojos. Comprendí que estaba a merced de mi cuerpo y que no debería estar luchando contra él de aquella manera. Debía acompañar las contracciones con mi respiración. Me preparé para la siguiente.

*Madame* Le Calvez apareció en el umbral.

—¿Así que ya han empezado?

—Sí —dije con los ojos húmedos.

*Madame* Le Calvez se santiguó.

—Un bebé es un regalo de Dios. No debemos olvidarlo nunca. —Se calló y me miró—. Ven a mi habitación. Estarás más cómoda.

Sujetándome el vientre con las manos, la seguí hasta su cuarto. Una cama grande dominaba la estancia y en la esquina había un sillón.

—¿Quieres sentarte o tumbarte?

Antes de que me diera tiempo a responder, llegó otra contracción. Me sujeté al respaldo del sillón e intenté respirar, pero el dolor me impedía hacerlo y gemí con agonía.

*Madame* Le Calvez cogió el reloj que tenía en la mesita de noche.

—Son solo las cuatro de la mañana. No me gusta tener que llamar a la comadrona tan temprano. A ver si podemos esperar.

«¿Podemos? —me habría gustado gritarle—. ¡La que estoy teniendo el bebé soy yo!». Cuando el dolor empezó a amainar, me volví hacia ella.

—¿No sería más seguro llamarla? Debe de estar acostumbrada a que la despierten.

—Está solo a veinte minutos de aquí. Mejor que antes cronometremos las contracciones. Igual todavía faltan horas para que des a luz.

—¿Qué?

—Taparé la cama, no quiero que me la estropees. —Retiró la colcha y las mantas y cubrió el colchón con una sábana gruesa de algodón—. Espera, voy a buscar unas toallas.

Noté que llegaba la siguiente contracción. Me sujeté de nuevo al respaldo del sillón y me juré no sucumbir al dolor. Necesité de toda mi energía para lograrlo y, cuando la contracción pasó, me derrumbé en el sillón, sin aliento y exhausta. La cabeza se me llenó de repente de pensamientos desagradables: historias sobre mujeres que se habían pasado días de parto, sobre mujeres que habían muerto de sufrimiento, sobre criaturas que habían nacido azules.

*Madame* Le Calvez reapareció con un montón de toallas de color granate que dejó sobre la cama.

—Mejor será que te tumbes.

Con torpeza, movilicé mi voluminoso cuerpo para instalarme en la cama y me quedé sentada con la espalda apoyada en el cabezal. Miré alrededor y vi la fotografía de una chica con larga melena oscura que sonreía a la cámara feliz y segura de sí misma. Su hija, supuse.

*Madame* Le Calvez me pasó una taza.

—Manzanilla —dijo.

Negué con la cabeza; me resultaba imposible tomar nada. La siguiente contracción se acercaba.

*Madame* Le Calvez dejó la taza junto a la cama y me cogió la mano. Se la presioné con todas mis fuerzas. Vi que ponía una mueca de dolor, pero me sentía incapaz de soltarla. La necesitaba. Cuando el dolor hubo pasado, *madame* Le Calvez consultó el reloj.

—Voy a cronometrarlas.

Me pasó la manzanilla y bebí un sorbo, intentando no tensarme mientras esperaba la llegada de la siguiente contracción. Cuando me sacudió, *madame* Le Calvez se levantó y miró el reloj.

—Se producen en intervalos de dos minutos.

—¿Y es bueno eso? —dije jadeando. Deseaba poder cogerle la mano de nuevo, pero se había quedado muy alejada de mí.

—No son muy seguidas, podría tardar todavía un buen rato. Tengo que ponerme en marcha, pues imagino que hoy no podrás ayudarme. Tendré que preparar la mantequilla yo sola.

Me entraron ganas de reír solo de pensar que se había planteado la posibilidad de que pudiera trabajar. Y me entraron también ganas de gritarle: «¡No me deje sola!», pero sabía que hacerlo no me haría ningún bien, así que no dije nada.

Debían de haber pasado solo un par de horas cuando salió el sol, pero estaba agotada. De pronto, noté una presencia en la habitación y, cuando levanté la vista hacia la puerta, vi a *madame* Le Calvez plantada en el umbral, mirándome con una expresión que me resultó imposible descifrar.

—Las contracciones siguen produciéndose en intervalos de dos minutos —dijo—. Tu bebé no tiene ninguna prisa por salir.

—Debe de saber que no es bienvenida —dije apresuradamente, consciente de que llegaba la siguiente contracción.

Fue tan fuerte que me levantó la espalda de la cama y me obligó a gritar. *Madame* Le Calvez se acercó.

—No luches contra las contracciones.

—¡Llame a la comadrona! ¡Por favor!

Acercó una mano fría a mi frente ardiente.

—Todo irá bien. Un parto puede ser muy doloroso.

Mis ojos volvieron a llenarse de lágrimas. Aquella mujer iba a dejar que mi bebé y yo muriéramos allí.

—Voy a echar un vistazo. —Se colocó a los pies de la cama y colocó una mano en mi vientre mientras introducía la otra entre mis piernas —. El cuello del útero aún no está abierto.

Descansé la cabeza en la almohada; las lágrimas me estaban asfixiando. No sabía cuánto tiempo más sería capaz de soportar

aquello. Todo me daba vueltas y el dolor me producía náuseas. *Madame* Le Calvez volvió a marcharse.

El mundo era una mancha confusa de desdicha y agonía. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado, pero me parecían horas. El pánico se apoderó de mí y grité:

—¡Por favor, llame a la comadrona!

Noté una toalla húmeda en la frente.

—Tranquila. Voy a mirar otra vez.

Intenté serenarme mientras *madame* Le Calvez se inclinaba para mirar entre mis piernas. Se incorporó.

—Voy a llamar.

—¿Ve la cabeza? —pregunté desesperada.

Pero *madame* Le Calvez ya se había ido. Me recosté en la cama, agradecida de que por fin hubiera accedido a llamar a la comadrona. En cuanto llegara, todo iría bien. Ella sabría qué hacer.

*Madame* Le Calvez reapareció al cabo de unos minutos con un paño húmedo para colocarme entre los dientes. Absorbí su humedad cuando la siguiente contracción me sacudió. Esa vez, no se apartó de mi lado, sino que se quedó allí para secarme el sudor de la frente. Cerré los ojos e hice acopio de toda mi valentía.

La llamada en la puerta fue como música para mis oídos. *Madame* Le Calvez salió de la habitación y volvió acompañada por un hombre. Verlo me aterrorizó. ¿Por qué no habría llamado a la comadrona? ¿Por qué necesitaba yo un médico?

El médico me echó un vistazo.

—*On va vous aider, madame.*

Oí que abría su maletín con material médico. Cerré los ojos y empecé a rezar.

—¡Empuje! —gritó—. ¡Empuje!

Con mis últimas fuerzas, empujé lo máximo que pude hasta que los ojos casi se me saltan de las órbitas. Un espasmo abrasador me sacudió el cuerpo, obligándome a gritar de nuevo.

—¡Otra vez! —gritó el médico—. ¡Vuelva a empujar!

No podía más de dolor, estaba consumida, pero volví a empujar.

Y, entonces, como si una ola se hubiera estampado contra mí, el

dolor desapareció. Me derrumbé en la cama.

Oí un lloro. ¡Mi bebé estaba vivo! Las lágrimas de dolor se transformaron en lágrimas de alegría.

—Es una niña —oí que decía *madame* Le Calvez.

—¿Puedo abrazarla? —gimoteé.

—Tengo que limpiarla —respondió el médico.

—¡No! —grité—. Démela.

Necesitaba verla. Necesitaba saber que era real.

El médico depositó el bebé desnudo en mis brazos y acerqué la cara al cuerpo calentito de mi hija. Mis lágrimas se fundieron con ella.

—Te mantendré siempre sana y salva —le prometí.

# Tercera parte

# 1963

# 49

*París, mayo de 1963*

## Joséphine

Cuando Joséphine se despierta, estudia el apartamento de Isabelle y Eric y se pregunta si podría ser feliz aquí, en París. Empezar de cero tal vez le iría bien. Podría reinventarse como una parisina chic y dejar de ser la pueblerina que se considera.

—*Croissants!* —Eric llega con una bolsa de papel—. Nada mejor que *croissants* recién hechos para desayunar, ¿verdad?

Isabelle aparece en camisón.

—Eres un encanto. —Le da un beso a Eric en la mejilla y coge la bolsa—. Prepararé café.

Joséphine se despereza.

—Creo que antes iré un momento a lavarme.

Cuando Joséphine regresa del cuarto de baño, Isabelle ya ha dispuesto la mesa con una cafetera, *croissants* y mermelada de fresa. Joséphine toma asiento e Isabelle le sirve el café.

—Anoche tomé una decisión —anuncia Joséphine mirando a Isabelle y Eric—. No pienso estudiar ingeniería, como quería mi madre, sino literatura.

Isabelle sonríe.

—¡Qué emocionante! Te encantará y serás la primera de la familia que va a la universidad.

—¿En serio? —La palabra «familia» parece haber adoptado connotaciones distintas desde que ha descubierto quién era su verdadero padre—. No podemos saberlo con seguridad. A lo mejor mi padre estudió en la universidad, o alguien de su familia.

Se muerde el labio pensando en toda la familia que no ha conocido nunca, como su mismo abuelo, que vive aquí, en París. Seguramente, la odia por el simple hecho de que su padre fuera alemán. La verdad

es que Joséphine nunca ha echado de menos a sus abuelos, porque siempre ha tenido a Soizic. Nunca se ha sentido sola, pero no puede evitar preguntarse cómo será su abuelo…, el único hombre de la familia, aparte de Eric, que ni siquiera es un pariente consanguíneo. ¿Se atreverá a preguntar si puede conocerlo? ¿Qué mal iba a hacer? Lo único que podría pasar es que su abuelo dijera que no quiere verla.

—¿Creéis que podría conocer a mi abuelo? —Sus palabras suenan claras y concisas y ocultan la ansiedad que hay tras ellas.

—¡¿A ese viejo cabrón?! —farfulla Eric—. Te aconsejaría que no.

—¡Eric! —Isabelle lo fulmina con la mirada.

—Le falta algún que otro tornillo, aunque creo que eso lo ha mejorado. —Eric unta su *croissant* con mermelada—. Ahora ya no despotrica tanto como antes o, si lo hace, se olvida al instante de por qué razón lo estaba haciendo.

—Simplemente, está confuso de vez en cuando —replica Isabelle, defendiéndolo.

—¿Me menciona alguna vez? —pregunta Joséphine.

Eric e Isabelle se quedan mirándola.

—No —responde finalmente Isabelle—. No pregunta. No sé muy bien si se acuerda de que tiene una nieta. Y nunca habla de tu madre.

—Entonces, es posible que no sepa quién soy.

—Cierto. —Isabelle parece plantearse la idea—. Podría preguntárselo a tu abuela, a ver qué dice.

—¿Qué tenéis planeado para hoy, chicas? —dice Eric cambiando rápidamente de tema mientras se limpia las migas que se le han quedado adheridas a la comisura de la boca.

—La torre Eiffel, el Louvre, comer. Tarde de compras. —Isabelle sonríe a Eric.

—Asegúrate de comprarte algo bonito. —Eric se levanta y se inclina para darle un beso a Isabelle en la coronilla—. Recordad que esta noche vamos por ahí, chicas. —Se aclara las manos en el fregadero de la cocina y se pone una chaqueta—. Nos vemos hacia las siete.

—*Au revoir, chéri* —dice Isabelle mientras Eric sale del apartamento. Y, en cuanto cierra la puerta, se vuelve hacia Joséphine.

—He de advertirte que tu abuelo, si es que quieres conocerlo, puede

llegar a ser muy cascarrabias. Y grita mucho, además; está bastante sordo.

—Aun así, me gustaría conocerlo.

—Por supuesto. —Isabelle sirve más café y mira a Joséphine—. Siento no haber sido muy familia para ti. Espero que podamos compensártelo. Voy a llamar a mi madre ahora mismo.

Isabelle cierra la puerta de la cocina y sale al pasillo, donde tienen el teléfono.

Joséphine parte por la mitad un *croissant* de mantequilla y, mientras observa cómo se estira la masa, se pregunta si su abuelo accederá a verla. Y, cuando se imagina a Isabelle al teléfono, intentando convencer a su abuela, empieza a experimentar un sentimiento de rechazo hacia ella. A punto está de levantarse para ir a decirle a Isabelle que no es necesario que se tome la molestia. No soportaría tener que oír que su abuelo no quiere verla por culpa de quién era su padre. La situación es tan injusta que sufre un ataque de rabia. Ya no está tan segura de querer conocerlo.

—De acuerdo —dice Isabelle, reapareciendo—. Podemos ir a su casa esta misma mañana. Dice tu abuela que, de todos modos, es poco probable que se entere de quién eres. Pero, al menos, tú podrás conocerlo. Te presentaremos simplemente como Joséphine, a ver cómo reacciona. La verdad es que la gente no le interesa.

Joséphine unta el *croissant* con una cucharada de mermelada y lo come mientras piensa.

—Está muy desmejorado —continúa Isabelle—. Depende de tu abuela para todo.

Joséphine traga el trozo de *croissant*.

—¿Qué sentido tiene si no sabe quién soy?

—Depende de ti, Joséphine. Creía que querías verlo.

—De acuerdo.

Deja sus recelos de lado y piensa que al menos su abuela se alegrará de verla, o eso le ha dicho Isabelle.

Una hora más tarde, cruzan los Jardins du Luxembourg de camino al piso de sus abuelos. Isabelle coge a Joséphine de la mano.

—Hace un día espléndido. Me muero de ganas de enseñarte París.

—¡Fuera! —grita alguien, y Joséphine da un brinco.

El sonido de los golpes de una pelota de tenis se reanuda. Siguen caminando por senderos flanqueados por castaños y se paran un momento para mirar a un grupo de hombres con boina que juegan a la *pétanque*. Cuando pasan junto al estanque que hay delante de una mansión, ven varias parejas sentadas en sillas metálicas jugando al ajedrez.

—¿Estás bien? —pregunta Isabelle apretándole la mano.

«La verdad es que no», sería la respuesta, pero Joséphine dice:

—Sí, estoy bien, gracias.

Dejan atrás el parque y llegan a la Place Saint-Sulpice, donde el agua cae en cascada de una fuente. Isabelle señala una callejuela al otro lado y se alejan de la fuente hacia esa esquina. Joséphine se siente casi sin aliento siguiendo a Isabelle mientras cruzan la plaza y enfilan la calle adyacente. Se detienen delante de una puerta grande de madera pintada en color granate e Isabelle pulsa un pequeño botón que abre automáticamente y, a continuación, llama al timbre etiquetado como «Chevalier». Su apellido.

Su abuela abre la puerta, con los brazos extendidos para recibirlas. Sus ojos marrón oscuro muestran una expresión cariñosa y en sus mejillas arrugadas se han formado unos hoyuelos.

—*Bonjour, Joséphine. Bienvenue*. —Le da dos besos—. Cuánto me alegro de que por fin hayas venido a París.

Joséphine se siente aliviada al comprobar que ella parece feliz de verla y su aprensión disminuye. Besa la mejilla blanda de su abuela y disfruta de la sensación de ser bienvenida.

La siguen hasta la cocina.

—Prepararé café —dice su abuela—. Sentaos. ¿Qué tal el viaje, Joséphine? —pregunta—. Trégastel queda muy lejos.

—Muy bien, gracias. Me encantan los trenes. —En realidad, le gustaría hablar sobre su padre.

—Isabelle me ha contado que ya sabes lo de tu padre. —Parece que *mamyne* le ha leído los pensamientos y Joséphine se siente expuesta, como si llevara la confusión y la angustia impresas en la frente—. Debió de ser un shock para ti.

—Sí, lo fue.

Joséphine no ha conseguido contar todavía a nadie que su madre no es consciente de que ella lo sabe, ni tampoco de que está aquí. La involuntaria mentira es cada vez más complicada de deshacer.

Su abuela le aprieta la mano.

—Me alegro de que lo sepas. Nunca me mostré de acuerdo en ocultarte la verdad.

Isabelle suspira con exageración, como si estuviera molesta con su madre, y se levanta.

—¿Pasamos al salón, para que Joséphine pueda conocer a su abuelo?

—Por supuesto. —Coge de la mano a Joséphine—. Pero estate preparada. Es posible que se muestre muy confuso.

La guía hasta el salón, donde un anciano está sentado en una butaca con un periódico en el regazo. La mira con sus grandes ojos castaños.

—Isabelle ha venido a visitarnos.

La abuela de Joséphine se le acerca y se agacha para gritarle al oído.

El abuelo asiente e Isabelle se inclina para darle un beso en una mejilla llena de manchas. Se endereza de nuevo.

—Te he traído a alguien que quiere conocerte. —Los ojos del abuelo se trasladan de inmediato hacia Joséphine, la enfoca y la mira fijamente con expresión gélida—. Te presento a Joséphine. —Isabelle esboza una sonrisa tensa—. Tu nieta.

Joséphine no esperaba que Isabelle fuera a dar tantas explicaciones. Baja la vista, cohibida bajo la mirada de su abuelo, y se pregunta si se estará imaginando que es la hija de Isabelle. El abuelo intenta levantarse, pero tiene las piernas tan delgadas que parecen incapaces de sostenerlo. Su abuela se adelanta y lo coge de un brazo mientras Isabelle lo coge del otro, y entre las dos lo levantan.

—¡Ven aquí! —grita el abuelo—. Déjame verte.

Dubitativa, Joséphine se acerca un poco. Le dan miedo esos ojos tan grandes, desproporcionados con respecto a un cuerpo tan menudo y frágil; la hacen sentirse incómoda y torpe. Su abuelo respira trabajosamente mientras la estudia.

—Así que es mi nieta, ¿no? —Mira a su esposa—. ¿Tengo solo una nieta?

—Sí.

—¿Cómo has dicho que se llama?

—Joséphine —responde su esposa.

—Élise —murmura el abuelo—. Sí, la veo en ti. —Extiende una mano temblorosa, como si quisiera tocarla, pero no llega a alcanzarla —. Tienes su… —Se calla y tose en un pañuelo de algodón. Entonces, levanta la cabeza, con los ojos alerta—. Confío en que tengas más cabeza que ella. Siempre fue tan… testaruda. Y eso la acabó metiendo en problemas. Yo ya sabía que acabaría así. —Entrecierra los ojos y la mira fijamente—. Tienes los ojos de tu padre. Nunca he olvidado esos ojos.

—Pero si no llegaste a conocerlo, papá —dice Isabelle tocándole el hombro.

El abuelo muestra confusión y frunce el entrecejo, pero enseguida relaja la expresión y ríe. Se deja caer de nuevo en la butaca y su risa se transforma en sibilancia.

Isabelle se ausenta un momento y regresa con un vaso de agua. Se lo pasa a su padre, cuya piel suelta del dorso de las manos tiembla al cogerlo. Un incómodo silencio llena la estancia mientras bebe un sorbo. Traga haciendo ruido y su nuez de Adán se mueve arriba y abajo.

—Fue hace mucho tiempo —dice elevando el tono—, pero nunca lo he olvidado.

—¿El qué, papá? —Isabelle le presiona el hombro.

—¿Te acuerdas? —Sube más la voz y mira a su esposa—. Cuando volví.

—Sí —responde ella—. Claro que lo recuerdo. Estabas tan delgado y tan cansado que casi ni te reconocía.

—¡Sí! Esos malditos *boches* intentaron matarme.

Se vuelve hacia Joséphine y la mira de nuevo fijamente.

—Tenía esos mismos ojos azules. Iguales que los tuyos.

La abuela de Joséphine avanza un paso.

—¿Quién? —dice con brusquedad—. ¿Quién tenía los mismos ojos

azules?

Su tono hace saltar al abuelo.

—¿Quién? —repite él. Parece inseguro, como si estuviera perdiendo el hilo de sus pensamientos, pero de pronto sus ojos se iluminan—. Su padre. —Mira a Joséphine—. Su padre.

## 50

*París, mayo de 1963*

## Joséphine

Joséphine se lleva la mano al pecho. Es como si su abuelo hubiera penetrado en su interior y le hubiera agarrado el corazón con sus dedos fríos y arrugados.

—*Mais c'est pas possible!* —dice su abuela casi en un susurro—. ¡Es imposible que lo hayas visto!

—¡Lo conocí! —chilla el abuelo volviéndose hacia su esposa—. ¡Vino a casa!

—¡Es imposible que viniera a casa! —grita la abuela—. ¡Estaba muerto!

Joséphine tiene la sensación de que el mundo se le escapa de las manos. No entiende cómo su abuelo pudo haber conocido a su padre. Nadie lo entiende.

—¿Cuándo? —pregunta Joséphine—. ¿Cuándo vino?

—Deja que piense. —El abuelo frunce de nuevo el ceño y entre sus cejas se forma una arruga profunda—. Era invierno, después de Navidad. Tú no estabas. —Miró a su esposa—. Estabas en Bretaña. Vino a casa, a buscar a Élise.

—¿Pero de qué hablas? —La voz de *mamyne* se quiebra.

El anciano mueve la mano, como si quisiese alejar las palabras que acaba de oír.

—Nunca me escuchas. —Se recostó totalmente en la butaca, como si la escasa energía que tenía lo hubiera abandonado.

Joséphine se acuclilla y deja la mano sobre la rodilla del anciano.

—¿Recuerdas el año?

—Después de la guerra. Dos años después. —Se para a pensar—. O quizá tres. Hace mucho tiempo. No recuerdo exactamente la fecha.

La abuela de Joséphine se tambalea y extiende los brazos como si

necesitara ayuda para mantenerse en pie. Isabelle la coge.

El anciano se queda mirándolas.

—Por el amor de Dios, ¿qué os pasa, mujeres? —Suspira y se vuelve hacia Joséphine—. Tenía unos ojos azules muy luminosos. *Putain de boche*. Lo puse de patitas en la calle. Tuvo suerte de que no lo matara.

Joséphine traga saliva y mira a su abuelo.

—Era mi padre.

¡No había muerto! O, como mínimo, por aquel entonces estaba vivo. Tal vez siguiese vivo. La idea le produce un escalofrío que le recorre la espalda y se extiende por todo su cuerpo; es como si alguien acabara de recogerla del suelo, la hubiera zarandeado y dejado de nuevo en el suelo…, aunque transformada en otra persona.

—¡Sí! ¡Tu padre! ¡El *boche*! ¡Le dije que a Élise le habían pegado un tiro! Se lo tenía merecido el bastardo. Y después de aquello se fue. Nunca volví a verlo.

Isabelle se vuelve hacia su padre.

—¿Cómo pudiste hacer eso? —grita—. ¿Sabes lo que has hecho?

La abuela de Joséphine se separa de los brazos de Isabelle y da un paso hacia su esposo. Está temblando y tiene el rostro encendido.

—¿Le dijiste que Élise estaba muerta?

—¡Sí! —grita el abuelo—. Y, a partir de entonces, dejaron de llegar esas malditas cartas.

—¿Cartas? ¿Qué cartas? —exclama su esposa.

Los hombros del abuelo se derrumban y se recuesta en la butaca, como si la conversación lo hubiera dejado agotado.

—¿Qué cartas? —repite Joséphine.

El anciano niega con la cabeza.

—No hay cartas. Estoy confuso.

La abuela de Joséphine se deja caer en el sofá.

—¿Pero qué has hecho? ¿Qué has hecho?

El abuelo sacude la cabeza y sus flácidas mejillas se bambolean.

—¡Mujeres! —grita—. ¿Pero qué os pasa? Siempre haciendo un drama de todo. ¡Tendríais que haber estado allí! Tendríais que haber visto lo que nos hicieron. —Cierra los ojos, como si todo aquello fuera demasiado para él.

Isabelle coge del brazo a Joséphine y tira de ella para levantarla.

—Dos años después de la guerra. ¡Podría seguir aún con vida!

La sangre retumba en los oídos de Joséphine. Su padre podría estar ahí, en cualquier parte.

—¿De qué cartas habla?

—No lo sé. —Isabelle le aprieta el brazo a Joséphine—. Dejémoslo tranquilo un minuto. Está agotado.

Joséphine observa el movimiento de ascenso y descenso del pecho del anciano, como si el esfuerzo de respirar fuera demasiado para él. Tiene los ojos cerrados y da la impresión de haberse quedado dormido. Pero ella está impaciente.

—Mi padre debió de escribir cartas. Debió de escribirle a mi madre.

Isabelle asiente, pero no dice palabra.

Joséphine traga dolorosamente saliva. Si encontraran las cartas, conocerían toda la historia.

# 51

*París, mayo de 1963*

## Joséphine

—Tenemos su nombre. La Cruz Roja podrá encontrarlo. —Joséphine piensa que podría seguirle la pista aun sin las cartas y la emoción le produce un escalofrío en la nuca. Duda un momento: ¿por qué su madre no intentó localizarlo?—. ¿Por qué mi madre no lo buscó una vez acabada la guerra?

La voz de Joséphine suena débil y lejana a sus oídos, tímida, como si no debiera estar formulando esas preguntas, como si no tuviera derecho a hacerlas.

Su abuela sacude la cabeza.

—Pensábamos que lo habían matado. Estábamos seguras. Cuando se lo llevaron…, la violencia. Fue espantoso. Y Élise nunca volvió a tener noticias de él.

La tos perruna que retumba en el salón llega hasta la cocina.

—Quedaos aquí —dice la abuela de Joséphine—. Ya voy yo.

«La violencia». Joséphine ansía conocer la verdad, pero, por otro lado, le da miedo. ¿Qué habría hecho su padre? ¿Cuánto habría sufrido? Pero el deseo de conocerlo supera todo lo demás y, ahora que está tan cerca, su impaciencia va en aumento. Se levanta y se acerca al salón. Observa tras la puerta entreabierta. Su abuela acaba de ofrecerle a su abuelo un vaso de agua y este lo coge. Le sorprende la ternura del gesto.

—Te has adormilado —oye que dice su abuela—. Nos estabas hablando sobre esas cartas.

—¿Cartas? —El abuelo le coge la mano—. ¿Os he hablado de ellas?

—Sí, así es. —Le acaricia la calva—. Las cartas del padre de Joséphine. ¿Dónde has dicho que las habías guardado?

—¿Guardado? —repite el abuelo negando con la cabeza. Joséphine

contiene la respiración, aterrada por la posibilidad de que no recuerde dónde están o de que se niegue a decirlo. O, peor aún, de que las haya destruido—. Sí —lo dice tan bajito que cuesta de oír—. Las guardé.

—Eso es lo que has dicho —miente su abuela—. ¿Dónde las guardaste?

La mira frunciendo de nuevo el entrecejo mientras sumerge sus manos arrugadas debajo de la camisa y extrae una llave colgada de un cordel. La mira.

—Tuve que esconderlas. —Encierra la llave en su mano—. Tuve que hacerlo, porque si no se las habrías dado.

—Sí —dice la abuela empleando un tono persuasivo—. Lo hiciste para proteger a la familia.

El abuelo asiente.

—Sí. Sí, eso fue lo que hice.

Pero incluso Joséphine capta la duda y la confusión en su voz.

La abuela coge con cuidado la llave y le pasa el cordel por la cabeza.

—¿Es la llave de tu cajón, del que hay al lado de la cama?

El abuelo asiente con la cabeza y suelta un prolongado suspiro, como si se acabase de quitar un gran peso de encima.

La abuela de Joséphine se encamina hacia la puerta del salón. Joséphine se aparta para dejarla salir.

—¿Estabas escuchando?

—Sí.

El corazón de Joséphine late con un ritmo errático, como las alas de un pájaro que ha caído en una trampa. Sigue hasta el dormitorio a su abuela, quien, con dedos temblorosos, introduce la llave en la cerradura del cajón y la gira. Joséphine contiene la respiración. El cajón está lleno de sobres de color azul claro; todos llevan un sello con la cara del rey de Inglaterra. Se inclina hacia delante y los toca, consciente de que ahí dentro está la historia de su padre. Acaricia los sobres, como si acabara de descubrir un tesoro de gran valor.

La respiración ronca de su abuelo rompe el silencio. Está de pie en la puerta. Su cuerpo entero tiembla y la mira desconcertado, como si no recordara quién es ni qué está haciendo aquí.

—Élise —mira a Joséphine—, las escondí por tu bien. —Frunce otra vez el ceño y en su frente se forman arrugas profundas. Niega entonces con la cabeza—. No podíamos tener un *boche* en la familia.

## 52

*París, mayo de 1963*

### Joséphine

El odio hacia todo lo alemán que el abuelo de Joséphine albergaba en su corazón debía de haberlo devorado todo, y cualquier cosa que se le hubiera cruzado en el camino se había convertido en un daño colateral. Joséphine es un daño colateral. Su madre también.

Por la noche, Joséphine permanece despierta, pensando en las cartas que llevan tantos años ocultas; cartas que podrían haber ayudado a localizar a su padre, cartas que podrían haber reunido a su madre con él. ¿Qué hay en ellas? En estos momentos, están en el interior de un sobre grande de color marrón, dentro de su maleta, listas para viajar a casa y ser entregadas a su madre. ¿Qué pasaría si abriera una, la última? Quizá contenga una dirección, una pista sobre si su padre sigue con vida, incluso sobre dónde reside. ¿Acaso no se merece también ella saberlo? ¿No está en su derecho?

Retira las sábanas, se levanta del sofá y, a oscuras, palpa la pared hasta dar con el interruptor. En cuanto la estancia se inunda de luz, va directa a la maleta. La abre y sus manos la inspeccionan con avaricia hasta encontrar el sobre. Lo pone bocabajo y deja caer los finos sobres azules sobre su improvisada cama. Estudia los matasellos y organiza las cartas en orden cronológico. La primera está fechada el 14 de mayo de 1945, justo un mes después de que ella naciera, seis días después de la rendición alemana. Y la última, el 15 de enero de 1948. Casi tres años de cartas. Ciento una en total. Cada carta consta de una única hoja de papel muy fino, doblado sobre sí mismo a fin de crear un sobre ligero para ser enviado por correo aéreo. Es imposible abrir una y cerrarla de nuevo sin romperla. Las recoge y las vuelve a guardar en el sobre grande.

Cuando Joséphine se despierta a la mañana siguiente, Isabelle está

sentada en el sillón, tomando un café. Se levanta y la besa.

—¿Café?

Joséphine estira los brazos por encima de su cabeza y bosteza.

—Sí, por favor.

Sigue a Isabelle hasta la cocina.

—Hoy he pensado que podría llevarte a las Tuileries. Y luego pasear por los jardines hasta el Louvre. —Isabelle le sirve el café—. ¿Te apetece ver la *Mona Lisa*?

¿La *Mona Lisa*? A Joséphine le importaba un rábano.

—La verdad es que no estoy de humor para hacer turismo. Quiero volver a casa y darle las cartas a mi madre.

Joséphine necesita conocer el contenido.

—¡Pero si apenas has visto París! —Isabelle está claramente decepcionada—. No puedes volver aún. Estas cartas han esperado muchísimo tiempo, y no pasa nada si tienen que esperar un par de días más. De todos modos, tu madre no volverá a casa hasta el sábado.

—Necesito llegar al fondo de todo esto. —A Joséphine le sabe mal decepcionar a su tía, pero no puede dejar de pensar en lo que hay en las cartas, que por otro lado no va a poder abrir hasta que llegue el fin de semana—. Mi abuelo está loco, ¿verdad? Y es cruel. Por su culpa han tenido que vivir separados.

—Tu abuelo sufrió. Y estaba enojado. Recuerda todo lo que tuvo que pasar. Fue prisionero durante tres años, y eso no le hizo ningún bien, es evidente.

Se vuelve hacia los fogones y añade leche caliente en el café de Joséphine, que acepta la taza y vuelven al salón. Se sientan en los sillones, con las piernas dobladas bajo el cuerpo. La imagen de su abuelo sigue viva en la cabeza de Joséphine: sus ojos grandes y desenfocados, su entrecejo fruncido, la confusión, los gritos. Mentir de esa manera, decir que su propia hija estaba muerta. ¿Cómo fue capaz de hacer algo así?

—No te vayas aún, Joséphine. Tendrías que quedarte a disfrutar un poco de París, y no preocuparte por algo que ocurrió hace tanto tiempo. Eso queda en el pasado. —Isabelle mira a Joséphine con lástima—. Sé que quieres averiguarlo todo sobre tu padre, pero tienes

tiempo de sobra para hacerlo.

—Necesito saber si sigue con vida.

—Siento mucho ser tan dura, pero ya es demasiado tarde, ¿no? No estuvo presente durante tu infancia.

—¡No! No es demasiado tarde.

Lágrimas inesperadas inundan los ojos de Joséphine. Nadie parece entender cómo se siente.

—Lo siento mucho. —Isabelle deja su café en la mesita auxiliar y coge la taza de Joséphine para dejarla también en ella. Entonces, rodea a Joséphine por los hombros y la abraza—. Estoy siendo insensible. Lo que ha sucedido lo ha puesto todo patas arriba. Si quieres volver a casa, te buscaremos un billete. París puede esperar.

—Gracias —murmura Joséphine intentando serenarse y secándose las lágrimas. Se separa de Isabelle—. Podría volver el viernes.

Isabelle sonríe y le da un beso en la mejilla.

—Sí, eso está mucho mejor. No tienes por qué salir corriendo cuando acabas de llegar aquí.

—Nadie habla sobre lo que pasó, ¿verdad? Durante la guerra.

Joséphine tiene ganas de seguir hablando del tema. Le cuesta imaginarse lo que debió de ser aquello, hasta qué punto afectó a la gente.

Isabelle suspira, como si esta no fuera la conversación que le gustaría tener.

—Hay muchas cosas que queríamos olvidar. Y estamos en una época completamente nueva. Tenemos mucha libertad. Ahora, cuesta imaginarse cómo eran las cosas entonces. —Baja la voz—. Nos vimos reducidos a ser ciudadanos de segunda clase. No teníamos derechos, pasábamos constantemente hambre…, pero lo peor de todo era el miedo. Nos podían arrestar por cualquier cosa, por una simple sospecha. Estábamos agradecidos de no ser judíos. —Hace una pausa —. ¿Le has preguntado alguna vez a tu madre lo que hizo durante la guerra?

—¿Aparte de dormir con el enemigo?

—No has hablado con ella sobre el tema, ¿verdad?

—Nunca ha querido hablar de ello.

—Pues deberías preguntarle. Hazlo cuando vuelvas a casa.

## 53

*Bretaña, junio de 1963*

## Élise

Me despierto sobresaltada. Otra vez ese sueño recurrente, ese sueño en el que no encuentro a Joséphine por ningún lado. Corro y corro por las rocas buscándola desesperadamente y, cuando que creo haberla encontrado, solo veo un espacio oscuro y vacío en la sombra. La llamo a gritos, pero mi voz se pierde en el viento. Y es precisamente el grito lo que me devuelve al mundo real. Me despierto con su nombre muriendo en mis labios.

Me da pánico perderla. Es un miedo profundamente arraigado que tiene su origen en cuando no era más que un bebé y tenía que separarme de ella cada semana. Desde muy pequeña, Joséphine tuvo que aprender a vivir sin mí. Supongo que por ello ha llegado a dominar el arte de estar sola. Ojalá me necesitara más, porque ella lo es todo para mí, es todo mi mundo.

Las gaviotas gritan con fuerza y sé que no me volveré a dormir. Me levanto y bajo a la cocina. *Monsieur* Beaufort ya se ha levantado y se está preparando una tostada.

—Sábado —declara, como si yo no lo supiera—. A las doce puedo acompañarte hasta la estación, si quieres.

Cuando llego a Lannion, Soizic me está esperando delante de la estación, en el lugar habitual. Abro la puerta del coche y me acomodo en el asiento del acompañante.

—Élise… —dice antes de encender el motor. Un miedo gélido me recorre el cuerpo al percibir el énfasis que ha puesto en mi nombre—. Esta semana ha pasado algo importante.

—¿Qué? —La sensación de miedo crece.

—Joséphine encontró su partida de nacimiento.

—¿Qué? —La sensación de miedo se solidifica en forma de nudo duro en la boca del estómago—. ¿Cómo es posible? —Dios mío, cómo he sido tan estúpida para no verlo venir.

—Estuvo buscándola. Deberías haberla escondido mejor.

—Por lo tanto, vio el nombre de su padre. —Me sacuden oleadas de culpa y terror al imaginarme el golpe que debió de recibir—. ¿Se encuentra bien? ¿Qué dijo?

—Está enfadada.

—¡Debe de odiarme! —Qué idiota había sido por haberle escondido la verdad tanto tiempo.

—Le dije que ibas a contárselo…, que fui yo quien te lo impidió. —Hace una pausa. Su mano sigue en el contacto, pero no enciende el motor—. Y hay más, Élise. Se fue a París, se fue a ver a Isabelle, pero ya ha vuelto.

¿A París? ¿Y ya está de vuelta? ¿Cómo era posible que hubieran pasado tantas cosas en solo cinco días?

—¿La dejaste ir a París? —Lo dice de tal modo que parece una acusación, y lo es.

—No pude impedírselo. Ya sabes cómo es.

—Debería habérselo contado hace años. —Me muerdo el labio—. No debería haberte hecho caso.

—Era imposible. —Soizic mueve la cabeza de un lado a otro, como si intentara convencerse de lo que estaba diciendo—. Hicimos lo correcto. A ti te habrían condenado al ostracismo, y a Joséphine…, ya ves cómo trataron a ese pobre niño, Albert. Incluso los maestros lo ignoraban y lo castigaban por nada. La vergüenza habría sido insoportable.

Ya está aquí de nuevo, la palabra que identifica lo que me hicieron sentir. *La honte*. La vergüenza que me siguió desde París hasta aquí. La vergüenza que me llevó a mentirle a mi hija, que me hizo negarle a su padre. Me odio por haber sucumbido a ella, por haber permitido que arruinase mi vida.

—¿Y para qué habría servido? —continúa Soizic—. Su padre nunca volvió, ¿verdad? Tuviste que enfrentarte a todo tú sola.

—¡Pero que no volviese no fue culpa suya!

—Debería haberse andado con más cuidado. Debería haber sido más cuidadoso contigo.

—¡No! Soy yo la que debería haber cuidado más de él. Fue por mi culpa. Todo fue por mi culpa. —He montado un lío enorme con todo esto y ahora temo perder a mi hija.

Soizic se queda mirándome un buen rato.

—Tienes que perdonarte, Élise.

—¿Qué? —¿Cómo podía hablarme sobre perdón?—. Vámonos —la insto—. Necesito ver a mi hija. —Ansío tener a Joséphine entre mis brazos, es un dolor casi físico.

Soizic arranca el coche y se pone en marcha. Uno las manos en mi regazo y las enlazo con tanta fuerza que se me quedan los nudillos blancos. La necesidad de estar con Joséphine es urgente, pero Soizic conduce tan despacio que me da la impresión de que no quiere volver a casa. Un silencio cargado llena el pequeño espacio entre nosotras y el nudo de miedo que tengo asentado en la boca del estómago se vuelve cada vez más grande.

—¿Hay algo más que tengas que decirme, Soizic? —pregunto.

—Joséphine ha conocido a su abuelo.

—*Quoi!* ¿Pero para qué demonios…?

Me imagino la escena: el abuelo gritándole obscenidades a su nieta. Isabelle debería haber tenido más cabeza y no llevarla allí.

—Ella quiso conocerlo. —Soizic me mira de reojo—. Debería haber dejado que fuese Joséphine la que te lo contara.

—¿Contarme qué? ¿Qué pasó?

Soizic fija de nuevo la vista en la carretera y mira decididamente al frente.

—Esperemos a llegar a casa.

—Dímelo, por favor.

—*Bien,* quizá sea mejor que estés preparada.

Sus palabras me producen un escalofrío.

—¿Preparada para qué?

—Joséphine ha descubierto unas cartas.

—¿Qué cartas?

Soizic suelta todo el aire de sus pulmones mientras cambia de marcha para doblar la siguiente esquina.

—Cartas de…, de su padre. Para ti.

—¿De Sébastian? ¿Pero qué dices? Nunca hubo cartas, nunca me escribió.

—Sí que te escribió —se limita a responder sin apartar los ojos de la carretera.

Mi corazón se desboca, las palabras se acumulan en mi garganta, asfixiándome.

—Te escribió, pero tu padre se quedó con las cartas antes de que nadie las viera. Las escondió todas.

—¡Pero si yo creía que había muerto! —Mi voz suena aguda y frenética. Intento respirar—. ¡Para el coche! —grito. Quiero salir, quiero correr.

—Cálmate, ya paro.

Me obligo a quedarme inmóvil mientras Soizic busca un lugar donde parar. Lo hace en la entrada de un camino que lleva hasta una granja. En cuanto se detiene, abro la puerta y salgo corriendo, necesitada de aire.

—¡Creía que había muerto! —grito.

Noto la presencia de Soizic a mi lado. Me toca el hombro, pero la aparto de un manotazo.

—¿No está muerto? —grito.

—No lo sabemos. No hemos abierto todavía las cartas. Están dirigidas a ti. Las tiene Joséphine. —Soizic habla en frases cortas, como si las cosas no tuviesen relación.

—¿Está vivo? —pregunto, más a mí misma que a Soizic—. ¿Está vivo? —Me inunda un ardiente deseo de saber que supera todo mi miedo, toda mi rabia—. Necesito ver las cartas. —Vuelvo corriendo al coche—. ¡Ya!

Circulamos unos minutos en silencio, durante los cuales intento asimilar la noticia. Si Sébastian escribió cartas, no murió.

—¿Y dices que mi padre escondió las cartas? —¿Será cierto eso?

Soizic me pone la mano en la rodilla, sin dejar de mirar la carretera.

—Lo siento, no debería habértelo dicho. Tendría que haber

esperado a que llegáramos a casa.

Las lágrimas resbalan por mis mejillas.

—¡No lo busqué! No lo busqué —repito, también más para mí que para Soizic.

El sentimiento de culpa y el dolor me arrastran con la fuerza de una corriente que me empuja hacia el fondo del mar. Apenas puedo respirar. Me inclino hacia delante y descanso la cabeza en mis rodillas.

## 54

*Bretaña, junio de 1963*

## Élise

—Élise. —La voz de Soizic suena preocupada—. Ya casi hemos llegado.

Levanto la cabeza. ¿Cómo voy a ser capaz de mantenerme serena?

Enfilamos el camino de acceso a casa. Joséphine está en la puerta, con el viento alborotándole el cabello rubio alrededor de su cara. Se la ve muy pálida y muy frágil ahí de pie, con ese vestido de verano descolorido. Sostiene en la mano un sobre grande de color marrón. Las cartas están dentro, lo sé.

Con el corazón acelerado, abro la puerta del coche y salgo.

—Lo siento mucho, Joséphine.

Mi manos se queda flotando en el espacio que se abre entre nosotras, deseando desesperadamente llegar hasta ella, tocarla, abrazarla, ver qué hay en el sobre. Pero Joséphine se aparta con los ojos encendidos por la rabia.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Su voz suena cortante, pero percibo todo el dolor que hay detrás.

—¡Quería hacerlo! Quería hacerlo, Joséphine.

Mis palabras salen a trompicones. No le digo lo que quiero decirle, lo desesperada que siempre he estado por contarle la verdad, que esconderla me ha consumido por dentro.

—Pues deberías haberlo hecho.

Lo dice así de simple, como si hubiese sido tan sencillo hacerlo. Es imposible que entienda todo lo que suponía para mí, para nosotras. Dejo de mirarla y fijo la vista en el sobre que tiene en la mano. Lo levanta, pero no me lo da.

—¿Te ha contado Soizic lo de las cartas?

Me muerdo el labio con fuerza y asiento con la cabeza. Es como si

hubiésemos intercambiado los papeles y yo fuera ahora la niña.

—Sabía que lo haría. —Me entrega el sobre y se aparta enseguida. Se rasca la frente con el meñique, como solía hacer de pequeña cuando se sentía confusa—. Se ve que esta familia tiene incluso más secretos. —Su mirada descansa en el sobre.

Le doy la vuelta al sobre. Percibo la vida que vibra en su interior, las respuestas a las preguntas que llevo formulándome desde la mañana en que se llevaron a Sébastian. Miro a Joséphine, pero se mantiene inexpresiva. Estoy desesperada por abrir el sobre, pero también tengo miedo.

—Élise —dice Soizic detrás de mí—, ¿por qué no entras y abres las cartas arriba?

—Ve —dice Joséphine—. Ve y ábrelas. Al fin y al cabo, estas cartas no son asunto mío.

Percibo su dolor.

—Ven conmigo, Joséphine. Podemos abrirlas juntas. —Con una mano, estrecho el sobre marrón contra mi pecho y, con la otra, le cojo la mano. La noto tensa, opone resistencia, aunque no se suelta—. Estas cartas están dirigidas a mí, pero nos pertenecen a las dos. No se trata solamente de mi historia, sino también de la tuya.

Noto que su mano se destensa. No debería haber más secretos entre nosotras y quiero que lo hagamos juntas, que descubramos la verdad juntas. Entramos en la casa, seguidas por Soizic.

—Iré a preparar la comida.

Soizic se queda en la cocina, mientras que Joséphine y yo vamos a la sala de estar. Le suelto la mano y abro el sobre marrón. Vacío el contenido en la mesita de centro. Caen un montón de sobres azules muy finos; debe de haber más de un centenar.

Me aparto y me cubro la cara con las manos. En mi vientre se engendra un gemido. Me llevo un dedo a los labios para cerrarlos, para engullir mi aullido, pero se me escapa un sollozo.

Por suerte, Joséphine permanece inmóvil. Si hubiera hecho el más mínimo intento de tocarme, sé que habría perdido el control por completo. Me arrodillo delante de la mesita, pero no me atrevo a tocar los frágiles sobres. Temo que, si lo hago, desaparezcan, como si no

fueran reales, como si todo esto formara parte de un sueño. Miro la mesa y siento como si el paso del tiempo se hubiera alterado. El mundo se tambalea y estoy yendo hacia atrás. Me concentro en Joséphine, en el hecho de que está aquí a mi lado, e intento serenarme. Extiendo una mano temblorosa, anhelando que me la coja. Lo hace y regreso al presente. Presionándole la mano, fuerzo a las palabras a abrirse paso por mi garganta cerrada.

—¿Cuántas cartas hay?

—Ciento una. Las ordenaré por fecha.

Las va moviendo con habilidad encima de la mesa y deja algunas en el suelo para cogerlas después y colocarlas en el lugar que les corresponde. Lo único que oigo es el sonido de la respiración en mis oídos, pero los movimientos lentos y calculados de Joséphine consiguen sosegarme. Empiezo a respirar por fin con más regularidad.

—Esta es la primera. —Joséphine la coge—. Está fechada el catorce de mayo de 1945.

—Justo un mes después de que nacieras —murmuro.

Joséphine me observa.

—Nos dirá dónde fue, qué le pasó después de la guerra.

Hago un gesto de asentimiento, cojo la carta y le doy la vuelta. Está cerrada a cal y canto, por lo que tengo que rasgarla un poco por la esquina para poder pasar el dedo y abrirla. Mis ojos, hambrientos de conocimiento, recorren el papel. ¿Dónde fue a parar Sébastian?

> Lise, mi amor:

No consigo pasar de la primera línea. Cierro los ojos y oigo su voz susurrándome al oído: «Lise». Mi cuerpo se contrae, como si hubiera perdido el núcleo que lo sostiene.

—¿Qué dice, *maman*?

La voz de Joséphine irrumpe de repente. La miro y miro de nuevo la carta. Quiero y no quiero leer sus palabras, consciente de que van a partirme otra vez el corazón. Empiezo a leer, primero, mentalmente y, luego, en voz alta para Joséphine.

¡La guerra ha terminado! Tenemos paz y voy a encontrar la manera de volver contigo. Estoy en Inglaterra. Me hicieron prisionero, pero estoy sano y a salvo. Ma chérie, dime que tú también estás bien. Dime, por favor, que no te han hecho ningún daño.

Mis manos se desplazan por instinto a mi cabeza y agradezco que Sébastian no llegara a enterarse de lo que me hicieron. Sigo leyendo.

Soy prisionero de guerra desde septiembre, pero pronto me pondrán en libertad y subiré a bordo del primer barco que zarpe rumbo a Francia. Para volver a tu lado.

¿De verdad vino a por mí? Una lágrima se escapa por la comisura de mi ojo y se desliza mejilla abajo hasta alcanzar mi boca. Me la seco con un dedo. Debería haberme quedado en París esperándolo. Lágrimas amargas de arrepentimiento y pérdida resbalan por mis mejillas y caen sobre el fino papel, emborronando la tinta negra. Y, entre lágrimas, sigo leyendo.

Estás en absolutamente todos mis pensamientos. En absolutamente todo lo que hago. Sueño con el momento en que vuelva a encontrarte, en cómo podremos amarnos libremente. Esto es lo que me hace vivir.

—¿Pero dónde está ahora? —Joséphine quiere hechos, necesita saber si tiene un padre. Me pasa otro sobre—. Lee este, *maman*. Es la última carta.

Cojo la carta y la abro.

# Cuarta parte

# 1944

## 55

*París, 17 de agosto de 1944*

### Sébastian

Los hombres agarraron a Sébastian y lo sacaron a la fuerza de casa de Élise. Pensando en el bien de ella, no emitió ningún sonido cuando le patearon los riñones y le inflaron la cara a puñetazos. Aceptó el ataque en silencio mientras lo sacaban a rastras de allí y lo conducían a un callejón. Sabía que en cualquier momento le pegarían un tiro. Lo obligaron a arrodillarse en el suelo y, entonces, cerró los ojos y rezó: «Dios mío, por favor, cuida de Élise para que siga sana y salva». El golpe que recibió en la cabeza fue rápido. Se sintió desaparecer.

Cuando recuperó la conciencia, se encontró tumbado en un duro suelo de hormigón. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí, pero imaginó que bastante. Las costillas le dolían y notaba los párpados hinchados, pero ni siquiera se tomó la molestia de intentar abrir los ojos. Tenía las manos atadas a la espalda y las piernas también atadas.

Se tumbó de costado, dobló las piernas y acercó las rodillas al pecho. Un escalofrío le recorrió el cuerpo dolorido y empezó a temblar de forma incontrolable. El sabor metálico a sangre le produjo náuseas. Y entonces se abrió una puerta. O se cerró, quizá. Oyó pasos alrededor de su cabeza y se preparó para otra patada, aunque, en cambio, notó que alguien le acercaba algo frío a los labios. Percibió un goteo de agua en la boca e intentó tragar, pero tenía la garganta inflamada. Farfulló alguna cosa, ahogándose. Unos brazos tiraron de él para incorporarlo. Consiguió por fin tragar y el agua se deslizó despacio por su garganta. Intentó abrir un ojo para ver quién había a su lado, pero lo único que distinguió fue una masa de pelo castaño; todo lo demás estaba confuso y emborronado. Unas manos lo agarraron por la cabeza y lo obligaron a tumbarse de nuevo en el suelo. Se quedó otra vez

inconsciente.

Cuando volvió en sí, estaba solo. Tenía los hombros rígidos, pero intentó mover las muñecas para liberarlas de la cuerda; sin embargo, cuánto más las movía, más se tensaba el nudo.

La puerta se abrió de repente, dándole un golpe en la cara. Oyó la carcajada de un hombre. Y entonces se encendió la luz, abrasándole los ojos. Unos brazos fuertes tiraron de él para levantarlo. Las costillas le dolían muchísimo y se sentía como si le hubieran partido la cabeza con un hacha.

—Está hecho un asco. Deberíamos lavarlo. —Alguien empujó a Sébastian hasta una silla, pero le resultaba imposible sentarse—. No tendrían que haberle dado esta paliza.

—Podría haber sido peor. Al menos, sigue vivo.

—Sí, podremos utilizarlo. Pascal quiere hacer un intercambio de prisioneros.

La cabeza le daba vueltas y las voces de los hombres flotaban a su alrededor como si fueran de otro mundo. Notó que caía hacia un lado. Unas manos lo pillaron al vuelo y lo enderezaron, mientras que otras le envolvieron el cuerpo con una cuerda para mantenerlo estable sobre la silla. Las costillas le dolían cada vez más. Se preparó para recibir el primer golpe en la cara.

Pero el golpe no llegó. Lo que notó, en cambio, fue un paño húmedo en la cara. Y entonces oyó la voz de antes.

—La madre nos dio el chivatazo, pensando que perdonaríamos a la puta de su hija. —El hombre soltó una risotada repugnante y obscena —. ¿Pero por qué íbamos a mantener un trato con una asquerosa *collabo*?

¡La madre de Élise lo había entregado! Una oleada de rabia y de profunda tristeza lo sacudió entero: se había visto empujada a hacer aquello para proteger a su hija. Él podría haberle contado que ese tipo de trato no se respetaba nunca. ¿Y qué sería de Élise? Cerró los ojos para intentar bloquear las imágenes de lo que podían llegar a hacerle. Lo que le hicieran a él había dejado de importarle, solo le preocupaba lo que pudieran hacerle a ella. «Por favor, que no le hagan daño — suplicó mentalmente—. Cualquier cosa menos eso».

Los hombres desataron a Sébastian y lo dejaron en aquel sótano con un cuenco con agua, media *baguette* seca y un cubo para hacer sus necesidades. Dos días más tarde, lo pasearon por las calles apuntándole en la nuca con una pistola. Le dolían las costillas y en el costado sentía una punzada terrible, como si le estuvieran clavando un cuchillo. A cada paso que daba, ponía una mueca de dolor. Intentó concentrarse en el suelo que pisaba, no en la gente que llenaba las calles. Los franceses estaban ocupados en retirar adoquines del suelo y construir barricadas, pero todos se paraban al verlo pasar.

—*Sale boche! Putain de nazi!* —le gritaban.

Lo condujeron hasta el Hôtel de Ville y entraron en el edificio por una puerta lateral. Una vez en el interior, lo metieron en una sala llena de soldados alemanes. Los dejaron allí sin comida ni agua mientras en las calles de París sonaban disparos y continuaba la lucha sin ellos. El olor a sudor, orina y aliento fétido se filtró en los orificios nasales de Sébastian y sintió de nuevo náuseas. Hundió la nariz en la parte interior del codo para intentar aplacar la sensación y se esforzó por visualizar a Élise. La imaginó con su pantalón masculino, su grueso cinturón de cuero y la camisa remetida, rascándose la frente con el dedo meñique y una sonrisa dibujada en los labios, como si evocándola pudiera convertirla en realidad. Bloqueó cualquier otro pensamiento y rezó para que ella no sufriera ningún daño, pues ya lo habían capturado a él.

Sébastian debió de quedarse dormido. Nunca supo cuánto tiempo ni cuántos días pasaron. Lo siguiente que recordaba era la llegada de cinco hombres de las FFI cargados con botellas y armados con rifles. Uno de ellos levantó la botella para beber directamente de ella.

—*Vive la France!*

—*Vive la France!* —Otro hombre levantó la suya para brindar.

—*Putains de nazis!* — Se burlaron de los prisioneros. Y abrazados entonaron *La Marseillaise*—. *Formez vos bataillons, marchons, marchons!*

Los prisioneros alemanes guardaron silencio para no despertar la ira de los franceses borrachos. Sébastian dejó que sus palabras arrastradas resbalaran sobre él y sus párpados hinchados volvieron a cerrarse. Y, entonces, justo cuando empezaba a quedarse otra vez inconsciente,

una explosión sacudió el edificio. Los borrachos de las FFI dejaron de cantar y se echaron al suelo. Sébastian, que ya estaba tumbado, se incorporó con una mueca de dolor y consiguió llegar hasta la ventana. El fuego iluminaba la noche, pintándola como si el cielo estuviera sangrando.

—¡Malditos bastardos! —gritó uno de los franceses—. ¡Nos están bombardeando! ¡Están bombardeando París!

Una bota aterrizó de pronto en el estómago de Sébastian, que rodó por el suelo, a la espera de más golpes. Pero los hombres se fueron igual que habían llegado, dando un portazo y cerrando la puerta con llave.

Todo el mundo permaneció inmóvil un momento. Un oficial de las SS se puso en pie.

—¡Esto no ha acabado todavía! —Levantó la cabeza y su voz sonó alta y clara—. Tenemos aún a nuestros soldados repartidos por todo París.

El corazón de Sébastian dio un vuelco. Temía que los nazis hubieran colocado explosivos por todos lados y sabía bien que eran capaces de hacerlo.

—Es demasiado tarde —murmuró uno de los hombres sentados en el suelo—. No tiene sentido. Deberíamos rendirnos.

El oficial de las SS se acercó al hombre y se inclinó sobre él.

—¡Traidor! Si vuelve a decir algo así, será sometido a un consejo de guerra.

El hombre del suelo soltó una cínica carcajada.

—¿Un consejo de guerra? ¿Acaso no lo ha entendido! ¡Es usted un prisionero de mierda! Todos somos prisioneros. ¡Se ha acabado! ¡Hemos perdido!

El oficial de las SS impulsó el pie hacia atrás, preparándose para proyectarlo contra el estómago del otro hombre, pero este fue más rápido y lo agarró por la bota. El oficial cayó al suelo con un horripilante ruido sordo. El otro hombre saltó sobre él, le sujetó la cara entre las manos y le gritó:

—¡Hemos perdido! ¡Hemos perdido la puta guerra!

Los demás se limitaron a observar la escena. Estaban demasiado

cansados y hambrientos como para sumarse a ella. Sébastian apartó la vista.

De pronto, se abrió otra vez la puerta y entraron dos hombres de las FFI. El soldado alemán se separó del oficial.

—¡Diez prisioneros más! —Uno de ellos movió el rifle apuntando a todos los presentes—. ¡Solo de las SS esta vez!

Los hombres de las FFI examinaron a los prisioneros fijándose en las insignias de la solapa, tratando de localizar la de las SS: dos líneas negras zigzagueantes, como dos rayos.

—¿Dónde nos lleváis? —se atrevió a preguntar uno de los oficiales.

—A hacer un intercambio de prisioneros. —El hombre de las FFI soltó una repugnante y malvada risotada—. Si es que estáis de suerte.

Durante los días siguientes, los prisioneros siguieron encerrados sin tener más noticias. Sébastian intentó mantenerse aparte de los demás hombres, tratando de cuidar su maltrecho cuerpo, tratando de superar los terribles ataques de dolor y hambre. Les dieron pan y agua, pero no tenía ni energías ni fuerza para luchar contra los demás por hacerse con su ración. Uno de los prisioneros se percató de su estado y le acercó algo de agua.

—Bebe —le dijo—. O morirás.

Sébastian tenía que volver con Élise. No podía morir, así que bebió.

—Gracias —murmuró.

La noche siguiente, incluso a través de los gruesos muros de piedra del Hôtel de Ville, Sébastian oyó que la muchedumbre en el exterior estaba enloquecida. Entonces, de pronto, se hizo el silencio mientras hablaba alguien. No alcanzó a oír las palabras exactas, pero supuso que era De Gaulle. Sébastian miró a su alrededor, a las caras sucias y agotadas de sus compañeros de prisión, y cerró los ojos. Se imaginó a Élise entre el gentío, celebrando la victoria, y rezó para que aquella imagen fuera verdad.

La multitud volvió a lanzar vítores; el discurso debía de haber terminado. Los párpados de Sébastian pesaban como plomo, así que los cerró y volvió a dormirse.

Dos días más tarde, cinco hombres armados con rifles entraron en la sala.

—*C'est l'heure!* Vamos a reubicaros. —El más bajito los miró con frialdad—. Una palabra a la que estáis acostumbrados, ¿verdad? —Acercó la cara a uno de los prisioneros y, en tono burlón, le dijo—: ¿No era eso lo que decíais cuando enviabais a la gente a millares a vuestros campos? —El francés presionó con la punta del rifle la barbilla del prisionero alemán—. ¡Más os vale que recuperemos a los nuestros!

—*Allez!* ¡Vamos!

Otro francés golpeó la espalda de Sébastian con la culata de su rifle y lo empujó hacia la puerta. Los otros franceses movilizaron al resto del grupo y salieron todos en fila de la sala, bajaron una escalera y emergieron a la luz del día. Con las manos unidas detrás de la cabeza, fueron conducidos por las calles, incapaces de defenderse mientras la gente les escupía y los maldecía. Un hombre acercó su cara a la de Sébastian, tanto que era posible incluso oler el odio que transportaba su aliento.

—*Sale boche!* —murmuró el hombre, y le escupió en la cara; el gargajo aterrizó en la nariz de Sébastian, que no hizo ningún intento de limpiarse.

Más adelante, se le acercó una mujer y le arreó un bofetón en la cara. Sébastian tenía la garganta seca, se sentía debilitado por el hambre y el sol le abrasaba la piel, pero no cesó en ningún momento de buscar con la mirada a Élise. Si al menos pudiera verla, si al menos supiera que estaba sana y salva.

Siguieron desfilando por las calles hasta llegar al Vélodrome d'Hiver, el gigantesco velódromo cubierto donde habían sido retenidos miles de prisioneros judíos durante las redadas masivas de 1942. Parecía de lo más adecuado que los prisioneros de guerra alemanes fueran conducidos allí. Se hizo el silencio entre los hombres cuando entraron en el estadio, donde, con los uniformes desaliñados y sucios, se sentaron o se dejaron caer en el primer espacio que encontraron. Los elegantes y orgullosos soldados que habían desfilado por los Champs-Élysées cuatro años atrás se habían esfumado por completo.

Habían quedado reducidos a una masa temblorosa y asustada de prisioneros débiles y exhaustos.

Sébastian tenía la garganta dolorida por la sed e intentó tragar saliva en vano. Tenía que conseguir agua. Se incorporó e ignoró las vueltas que le daba la cabeza a medida que colocaba un pie delante del otro, consciente de que se tambaleaba de un lado a otro en vez de caminar recto. Pero mantuvo la cabeza alta y buscó con la mirada un cubo de agua o, mejor aún, un grifo. Sin embargo, cuando sus ojos examinaron el gigantesco velódromo, lo único que vieron fue miles de hombres desesperados y vencidos.

Cuatro días más tarde, Sébastian y los demás prisioneros de guerra fueron sacados del velódromo y obligados a empujones a subir a autocares que los llevarían lejos de París. Él fue uno de los últimos en montar y, cuando lo hizo, ya no quedaban asientos libres. Apretujado entre otros prisioneros, el olor a sudor rancio le inundó los orificios nasales.

—¿Qué pensáis? —preguntó con voz débil un oficial sin dirigirse a nadie en particular—. ¿Rusia, Gran Bretaña, Francia… o incluso América?

—Confiemos en que no sea Rusia —respondió una voz cansada cuando el autocar se puso en marcha, zarandeando a todos los pasajeros.

—O Gran Bretaña —dijo otro.

—Si nos mandan a esa putrefacta isla, a buen seguro moriremos —gimoteó otro hombre—. No tienen comida. Dejarán que muramos de hambre.

—O nos harán trabajar hasta matarnos —añadió el oficial.

—¡Joder! —gritó otro—. Esto no está acabado, ni mucho menos. ¡Se trata solo de París! ¡Conservamos el resto de Francia!

Sébastian cerró los ojos e intentó distanciarse de aquella conversación de locos. Pero, poco a poco, mientras circulaban por carreteras rumbo a un destino desconocido, el autocar se quedó en silencio. Algunos prisioneros se durmieron incluso de pie, agotados,

muertos de hambre y de sed. El sueño se había convertido en su única vía de escape.

El autocar se detuvo por fin al llegar al puerto de El Havre. Los prisioneros bajaron a empujones y fueron dirigidos hacia un buque clase Liberty. Sébastian se sintió pequeño e insignificante al ver el gigantesco carguero y, con piernas pesadas, ascendió por la pasarela, consciente de que cada paso que daba lo alejaba más de Élise. Se detuvo un momento para mirar Francia por última vez.

—Volveré, Lise. Te lo prometo.

## 56

*Inglaterra, septiembre de 1944*

### Sébastian

A Sébastian se le habían quedado las rodillas entumecidas después de permanecer tres horas seguidas en pie formando fila. Sacudió un poco las piernas y observó las interminables hileras de prisioneros de guerra alemanes reunidos en un hipódromo de un lugar llamado Kempton Park. Uniformes deshilachados y sucios colgaban de los cuerpos de los exhaustos prisioneros; algunos cargaban petates y otros, cajas de cartón atadas con cordel. Sébastian no entendía cómo se las habían arreglado para conservar sus pertenencias después del caos vivido a lo largo de las últimas semanas. Estaban todos mezclados: oficiales, Wehrmacht, SS. Muchos ni siquiera levantaban la vista, otros miraban a los demás hombres con la esperanza de encontrar una cara conocida; los oficiales se buscaban entre ellos, los miembros de las SS buscaban a otros miembros de las SS. Y Sébastian, que no deseaba cruzar la mirada con nadie, mantenía los ojos fijos delante de él. El olor avinagrado y ácido de ropa sucia y cuerpos sin lavar se iba volviendo más insoportable a medida que pasaban las horas. El hipódromo estaba siniestramente en silencio, solo roto de vez en cuando por algunas palabras en voz baja, el ambiente estaba cada vez más cargado y una ligera llovizna caía sobre los hombres. Sébastian visualizó la interminable espera que le quedaba por delante. ¿Cuánto tardaría en tener noticias de Élise? ¿Cómo iba a contactar con ella?

Miró en dirección a la improvisada tienda hacia la que avanzaba lentamente y vio que había otra cola delante de una mesa larga de madera donde personal del ejército británico se encargaba de tomar nota de los datos de los prisioneros.

—¿Nombre? —El soldado ni siquiera levantó la vista cuando Sébastian llegó por fin delante de la mesa.

—Kleinhaus, Sébastian.

—¿Fecha de nacimiento?

—24 de junio de 1920.

—Juventudes Hitlerianas, pues. —Era más una afirmación que una pregunta, y Sébastian asintió.

—Hable más alto.

—Sí, señor.

Sébastian salió de la tienda y se sumó a la cola para acceder a la tienda siguiente, donde tenían que desnudarse y ducharse. Sébastian no pudo evitar fijarse en los tatuajes de las SS que algunos hombres lucían en las axilas. Uno de ellos vio que lo estaba mirando. Se acercó a él y le mostró su brazo mojado.

—Sí. ¡SS! —le dijo amenazadoramente al oído—. Esto aún no ha terminado.

Sébastian lo miró a los ojos, negándose a dejarse intimidar.

—Pero no tardará mucho —respondió sin bajar la vista.

Los ojos del hombre de las SS brillaron con rabia.

—Solo hemos perdido una batalla. ¡Pero no hemos perdido la guerra! —Clavó un dedo en el pecho de Sébastian—. Y a ti más te vale que demuestres tu lealtad a la causa.

Sébastian retrocedió y dio media vuelta. Tratar de hacer entrar en razón a un loco no tenía sentido.

Desnudos aún, pasaron una somera revisión médica y, acto seguido, fueron rociados con polvos DDT y untados con violeta de genciana para los piojos. Cada uno de ellos recibió un uniforme de prisionero de color marrón, con un parche amarillo romboidal cosido en la espalda de la chaqueta y las perneras del pantalón. Sébastian, después de cambiar un uniforme por otro, se sintió de nuevo como una tuerca más en el engranaje de una gran máquina. ¿Sería libre algún día?

Pasó los cinco días siguientes pensando en Élise y viéndose empujado de una cola a otra. Le dolían todos los huesos como consecuencia del agotamiento y la preocupación. Le habría gustado tener una foto de ella, pero lo único que poseía eran sus recuerdos: Élise mirándolo desafiante, retándolo a hablar; Élise con los ojos abiertos de par en par siguiéndolo para salir de los cuarteles generales

de la Gestapo; Élise acostada en su cama, con la cabeza sobre su pecho, acariciándole las costillas con la punta de los dedos; Élise suplicándole que fuera con ella a su casa. Y siempre paraba ahí, en aquel momento fatídico.

Al quinto día, lo obligaron a subir a un tren con destino Northwich, dondequiera que estuviese aquel lugar. Por la ventanilla, vio desfilar estrechas casas adosadas, con jardines minúsculos y sin apenas un árbol, que daban directamente a la vía del tren. Todo tenía un aspecto triste y gris. Pero, a medida que el tren iba avanzando trabajosamente hacia la campiña, el espacio se abría y empezaban a vislumbrarse campos de cultivo, separados entre sí por hileras de setos; los rayos de sol consiguieron por fin romper el espesor de las nubes e iluminaron las franjas verdes. Entre los hombres, se habían empezado a formar grupillos. Les gustara o no, se necesitaban, pero Sébastian no estaba preparado todavía para esas cosas. Lo único que deseaba era estar solo.

Cuando el tren se detuvo por fin, los prisioneros salieron de la estación y fueron conducidos hasta un camión que los estaba esperando. Un grupo de muchachos locales los abuchearon y les gritaron.

—¡Malditos *krauts*! ¡Vais a recibir vuestro merecido!

Sébastian recibió un escupitajo en la mejilla y, mientras se lo limpiaba, se fijó en un niño que, en brazos de su madre, hacía ondear una bandera británica.

El camión los condujo hasta una mansión situada en medio de un extenso terreno, donde se habían erigido barracones de hormigón con techo de chapa. Un oficial británico elegantemente uniformado se dirigió a los prisioneros; un intérprete, de pie a su lado, tradujo sus palabras al alemán.

—Bienvenidos a Marbury Hall —dijo el intérprete en voz alta y clara. Los prisioneros guardaron silencio y Sébastian se quedó a la espera de que el oficial empezara a darles órdenes a gritos, pero este adoptó un tono distinto, más similar al de un maestro de escuela que al de un comandante—. Sois hombres que solo habéis conocido la dictadura. Y me dais lástima por ello. Aquí, en Gran Bretaña,

aprenderéis lo que es la democracia.

Algunos de los prisioneros intercambiaron miradas y más de uno enarcó una ceja en un gesto cínico. Sébastian se mantuvo inexpresivo y con la mirada fija al frente, consciente de que, en cuanto el breve discurso hubiera acabado y los prisioneros se quedaran solos, con quien tendría que ir con cuidado es con los nazis. Y, efectivamente, en cuanto fueron asignados a los distintos campos, sus peores temores quedaron confirmados: le correspondió el campo occidental, el destinado a los pronazis, puesto que él había pertenecido a las Juventudes Hitlerianas.

Cuando los dejaron salir para dar una vuelta por el campo, algunos pasearon alrededor del perímetro de alambrada, haciendo el saludo nazi a los *kameraden* con los que se cruzaban. Sébastian cerró los ojos, temiendo lo que pasaría si un oficial de las SS lo saludaba de aquella manera. Le habría gustado decirle al comandante que lo habían ubicado en el campo erróneo, que era una locura poner juntos a todos los nazis. ¡Mierda! ¿Cómo conseguiría sobrevivir allí dentro?

Por la noche, los instalaron en barracones de cincuenta prisioneros. Los camastros estaban dispuestos en dos filas y, al fondo, había cinco mesas con bancos. Antes de sentarse para cenar, dos prisioneros fueron enviados a la cocina a buscar la comida y las teteras. Consciente con sus cinco sentidos de que estaba rodeado de nazis, Sébastian bajó la vista a la mesa e intentó volverse invisible. Aquella noche apenas durmió; las conversaciones en voz baja llegaban constantemente a sus oídos y comprendió que se estaban empezando a formar pequeños grupillos secretos.

Al día siguiente, los pusieron a trabajar en la construcción de más barracones. Estar ocupado era un alivio y, mientras se dedicaba a mezclar hormigón junto con otro prisionero, Sébastian inspiró hondo un instante y miró alrededor.

—Ya vuelve a llover —comentó su compañero observando el cielo gris.

Sébastian se quedó mirándolo. No parecía un mal tipo; quizá estuviese bien charlar con él.

—Eso parece. ¿Cuánto tiempo llevas encerrado aquí?

—Dos semanas. Me capturaron en Ostende. Me había fugado. —Se apoyó en la hormigonera—. En cierto sentido, fue un alivio, me estaba muriendo de hambre. Pero no me esperaba esto. —Miró alrededor—. Da miedo de verdad.

Sébastian se quedó sorprendido de que aquel hombre expusiera tan abiertamente sus temores.

—Deberías andarte con más cuidado —continuó diciendo el hombre —. No te sumas a los grupos y mantienes una actitud distante. Eso no les gusta. Vigila o te juzgarán en uno de sus tribunales improvisados. A la gente como tú acaban colgándola.

—¿Y los carceleros?

—Lo atribuirían a un suicidio. A esos les da igual: un nazi menos. —Meneó la cabeza—. Estamos jodidos.

Se acercó otro prisionero.

—*Heil Hitler!* —dijo levantando un brazo a modo de saludo.

El nuevo amigo de Sébastian respondió imitando el gesto.

Pero él se limitó a quedarse allí sin hacer nada, observando al nazi. No podía hacer otra cosa, físicamente le resultaba imposible. Ni siquiera pensando en que debía permanecer vivo por Élise. Durante un minuto se quedaron mirándose. El corazón de Sébastian latía acelerado y con fuerza.

Veloz como un rayo, el nazi agarró el brazo del otro prisionero, lo dobló y lo retorció detrás de su espalda, obligándolo a levantar el brazo.

—¡Mira y aprende! —gritó alzando la voz por encima de los alaridos del hombre—. La próxima vez, vendremos a por ti.

Los gritos del hombre se intensificaron, atravesando como puñales a Sébastian. Era la típica intimidación nazi: ir a por otro y obligarte a mirar. La rabia y el odio corrieron a toda velocidad por las venas de Sébastian, la adrenalina estalló en su corazón. Sin pensarlo, cogió la pala de la hormigonera y, con un rápido movimiento, la levantó por detrás de su cabeza y la hizo descender con todas sus fuerzas sobre la cara del nazi, pillándolo desprevenido. El herido se llevó las manos a la cabeza y cayó al suelo. Sangraba copiosamente por el corte que Sébastian acababa de hacerle en el pómulo.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¿Pero por qué demonios lo has hecho? —gritó el otro prisionero.

Sébastian levantó de nuevo la pala y miró alrededor, preparándose para defenderse. Todo el mundo iría a por él.

Y tenía razón. Una decena de prisioneros encolerizados echaron a correr hacia él. Sébastian retrocedió, sosteniendo la pala delante de la cara para protegerse. Pero el primer golpe fue directo a su estómago, el segundo a los riñones. Cerró los ojos y se derrumbó en el suelo.

Los carceleros hicieron rápidamente su aparición, gritando y blandiendo la porra. Clavándoles las rodillas en la espalda, empujaron a los prisioneros hasta reducirlos en el suelo y esposarlos. Sébastian esperaba que después de aquello lo encerrasen en una celda de aislamiento, pero fue conducido a un despacho.

—Ha atacado usted a otro prisionero —le dijo en alemán el oficial sentado al otro lado de la mesa.

Sébastian estaba sumido en un dolor agónico por el golpe que había recibido en los riñones y apenas podía hablar.

—Es un nazi…, señor —balbuceó.

—¡Eso ya lo sé! Por eso está aquí. ¡Y por eso está usted también aquí!

—Yo no —replicó Sébastian intentando enderezarse.

—¿No qué?

—No soy un nazi, señor.

El oficial se dio unos golpecitos en la frente con la pluma estilográfica.

—Pero lo fue, ¿no?

—Las Juventudes Hitlerianas eran obligatorias, señor.

—Y ahora quiere que me crea que ya no es uno de ellos, ¿no es eso?

Sébastian inspiró hondo, dolorido.

—Nunca quise serlo.

El oficial se encogió de hombros.

—Si me mantiene ahí dentro, me matarán, señor.

El oficial lo estudio de arriba abajo.

—¿Y qué le hace pensar que eso me importa?

—El comandante dijo que nos enseñarían lo que es la democracia.

—Sébastian recuperó la respiración—. Dijo que no habíamos conocido otra cosa que una dictadura cruel. Y yo quiero aprender, señor.

Era la verdad. Quería aprender. Y quería seguir con vida para volver con Élise.

El oficial suspiró.

—Hemos puesto a los nazis juntos para que puedan pelearse entre ellos. —Hizo una pausa y descansó las manos sobre la mesa, con las palmas hacia abajo. Entonces, se inclinó hacia delante y miró fríamente a los ojos a Sébastian—. Sin embargo, consideraremos su traslado a otro campo.

—Sí, por favor, señor.

—No podemos enviar a montones de nazis de regreso a Alemania. De hacerlo, lo único que conseguiríamos sería que volvieran a empezar. Tenemos un plan de reeducación.

—Gracias, señor. Gracias.

—Quiere ser reeducado, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Muy bien, entonces. Ashton-in-Makerfield.

—¿Señor?

—¿Sí?

—¿Transferirá también al otro prisionero?

El oficial frunció el entrecejo.

—¿A Hans?

—Desconozco su nombre. Al otro hombre. Si no lo hace, lo matarán.

El oficial suspiró.

—Malditos nazis. No saben parar.

## 57

*Ashton-in-Makerfield, abril de 1945*

### Sébastian

Ashton-in-Makerfield brindó a Sébastian y a Hans, así como a la gran mayoría de los hombres que acabaron allí, todo el tiempo que necesitaban para curarse y reflexionar. Recibieron clases de inglés y los animaron a empezar a leer en ese idioma. Sébastian se alegraba de poder pensar en otra cosa y disfrutaba con el aprendizaje, pero a Hans se le estaba haciendo duro. Ambos fueron destinados a la granja de los Jones, donde trabajaban de sol a sol seis días a la semana. El trabajo físico era un buen tónico y al final se creó una rutina, con fútbol los domingos.

En uno de ellos, cuando llevaban unos ocho meses allí y estaban sentados para desayunar, entró en la sala un oficial.

—Todo el mundo a la sala de proyección. ¡Ya!

Los prisioneros, que no estaban acostumbrados a los gritos, levantaron la vista.

—¡He dicho que ya! —El oficial desfiló entre las mesas—. ¡Levantad el culo de la silla!

Los prisioneros se pusieron en pie rápidamente y, en fila india, siguieron al oficial al exterior del barracón y accedieron a la alargada y estrecha sala donde solían ver películas y documentales. Estaba llena con hombres de otros barracones. Tomaron asiento en silencio. Varios carceleros se instalaron en el extremo de cada fila y los observaron con rostros fríos y serios. El ambiente era tenso y Sébastian imaginó que alguien habría cometido alguna falta. Se preguntó si se habría producido algún intento de fuga.

La película empezó con un zumbido que ya les resultaba familiar, aunque esa vez no era una película, sino una fotografía en blanco y negro. La primera impresión de Sébastian fue que aquello eran

calaveras con ojos oscuros y hundidos, pero entonces vio chaquetas y pantalones de rayas colgando de cuerpos esqueléticos.

—Son los prisioneros judíos que enviasteis a vuestros campos —dijo uno de los carceleros señalando con un bastón la pantalla.

Fue como si el grupo de espectadores inhalara aire colectivamente. ¿Cómo era posible que una persona estuviese tan delgada y siguiera con vida? Sébastian se restregó los ojos, como si de esa manera pudiera borrar aquella imagen de su mente. Un golpe seco del bastón del guardia que custodiaba su fila lo obligó a levantar la vista.

—¡Mirada al frente! —vociferó otro carcelero.

Una espantosa sensación de miedo se apoderó de Sébastian. Habría más imágenes. La sala quedó sumida en un silencio sepulcral y solo se oía el sonido de la trabajosa respiración de los prisioneros. Todos sabían lo que opinaba Hitler sobre los judíos, sabían que los consideraba alimañas, ratas, el azote de la raza aria. Todos habían asistido a clases de biología en las que se les hablaba sobre la superioridad de su raza y cómo se había visto contaminada por los judíos. «Con sangre judía que gotea del cuchillo», decía uno de los cánticos de las Juventudes Hitlerianas. Entonces ¿por qué estaban tan conmocionados al ver cómo habían sido tratados los prisioneros judíos? Porque lo estaban de verdad.

Sébastian intuyó la mirada de Hans clavada en él, pero siguió con los ojos fijos en la pantalla, conteniendo la respiración. La fotografía siguiente era de una enorme fosa abierta llena de cuerpos esqueléticos. De miles de cuerpos. Sébastian oyó que otros presos cogían aire, como él. Miró de reojo las caras de sus compañeros. Los había que mantenían una expresión hermética, otros se secaban los ojos; le pareció que alguno estaba llorando.

—¿Pero qué demonios? —murmuró Hans tragando saliva perceptiblemente.

El carcelero volvió a señalar la pantalla con su bastón.

—Esto es lo que se encontraron los aliados cuando liberaron los campos. Cientos de miles de cuerpos como estos en gigantescas fosas comunes.

La tercera imagen mostraba unas estructuras que parecían

barracones de duchas.

—¿Qué demonios es esto? —musitó Hans.

Sébastian tuvo un presentimiento siniestro.

La fotografía siguiente mostraba también uno de aquellos barracones de duchas, aunque esa vez estaba lleno de cuerpos desnudos amontonados unos encima de otros.

—¡Esto es Auschwitz! —vociferó el carcelero—. ¡Un campo de la muerte! A su llegada a este campo, muchos de los prisioneros eran enviados directamente a las cámaras de gas. Esto es una de ellas. A través de esos grifos salía un gas venenoso mortal. —Señaló lo que parecían alcachofas de la ducha—. La sala estaba cerrada herméticamente y liberaban gas hasta que todos los prisioneros morían. —Hizo una pausa para mirar a los hombres sentados en pulcras filas y golpeó de nuevo la pantalla con el bastón—. Es lo que nosotros denominamos «asesinato en masa». Lo que los nazis llamaban «solución final».

Sébastian escondió la cara entre las manos y se frotó los ojos con los puños cerrados hasta hacerse daño. Prefería el dolor físico que el dolor moral que lo flagelaba en esos momentos. ¿Qué diferencia había entre un nazi y él? De repente, recordó las llamadas «jornadas de acción», en las que la Gestapo y las SS salían a las calles.

—*Rein!* ¡Todos dentro! ¡Cerrad las persianas! —decía. Todo el mundo, aterrado, se metía en casa y cerraba bien la puerta. Luego, los nazis entraban en los hogares de los judíos y los cargaban en camiones. Durante una de aquellas jornadas, Sébastian estaba observando la calle a través de las cortinas y vio cómo sacaban a la fuerza de su casa al anciano señor Baumeister, tirando de él por las barbas; el mismo hombre que a menudo le daba una propina para que le fuese a comprar el pan, el mismo hombre que le había dicho que algún día llegaría a ser un gran atleta. Nunca jamás volvió a verlo, y cuando preguntaba por él, su padre le decía que cerrara la boca. ¿Dónde se imaginaría él que iban los niños judíos de su clase cuando desaparecían de la noche a la mañana? Era algo en lo que la mayoría de las personas habían decidido no pensar. Al fin y al cabo, se sentían impotentes para luchar contra la maquinaria nazi.

Aquellas fotografías cambiaron la vida en el campamento. Los carceleros dejaron de ser amables, apartaban la vista de los prisioneros, en vez de entablar conversación con ellos, y apenas les dirigían la palabra. Una semana más tarde, mientras eran conducidos a la granja donde trabajaban, fueron insultados por la gente del pueblo. La esposa del granjero, la señora Jones, dejó de prepararles el té de la tarde. Un sentimiento colectivo de culpa se extendió entre la mayoría de los prisioneros, incluso entre los más jóvenes, que tenían tan solo dieciocho o diecinueve años y no habían conocido otra cosa que la dictadura y la guerra. El anhelo de Sébastian por volver con Élise se volvió más intenso que nunca. Pensar en ella, completamente sola, enterándose de todos aquellos horrores e imaginando que a él lo hubiesen matado o enviado a Rusia, lo llenaba de preocupación. Tenía que salir pronto de allí, tenía que encontrarla.

## 58

*Ashton-in-Makerfield, septiembre de 1945*

### Sébastian

Alemania se rindió finalmente el 8 de mayo. Y era ya septiembre, pero Sébastian seguía siendo prisionero. Siempre había pensado que los prisioneros de guerra quedarían en libertad cuando las hostilidades cesaran. Tenía que volver a Francia, volver con Élise. Le había escrito semanalmente durante los últimos cuatro meses, pero no había obtenido respuesta. Lo había intentado también con Yannick Le Bolzec, pero tampoco había recibido respuesta por su parte. Necesitaba averiguar qué había pasado.

—¿Te vienes a jugar al fútbol? —le preguntó Hans.

—Luego. Antes tengo que ir a la biblioteca; quiero leer los periódicos. Y tú deberías hacerlo también.

—Por supuesto —dijo Hans, sorprendiendo a Sébastian—. ¿Por qué no? —Acabó de un trago el té—. Dios, qué amargo está.

—Le falta azúcar. Échale al menos un poco de leche.

—Nunca llegaré a acostumbrarme a esto. —Hans se levantó—. Venga, vamos. Tenemos media hora antes de que todos estos se pongan en movimiento.

Los demás hombres estaban todavía encorvados sobre los cuencos del desayuno, engullendo lentamente las insulsas gachas de avena. Sébastian cogió el cuenco vacío y la taza, y los llevó a la cocina. Hans siguió su ejemplo.

—Nos vemos luego en el partido —dijo Hans al compañero encargado aquel día de lavar los platos.

—En cuanto haya acabado con todo el follón que me estáis dejando.

Sébastian y Hans emergieron a la soleada mañana y se dirigieron a la pequeña biblioteca construida detrás de los barracones británicos. En realidad, no era más que tres estanterías con libros de segunda

mano que la gente del pueblo había donado y un par de cojines en el suelo. Pero recibían también los periódicos. Sébastian eligió el *Punch*, uno de sus favoritos, con graciosas imágenes en color que se burlaban absolutamente de todo. En Alemania, cualquiera habría ido al paredón por crímenes de menor relevancia. Se sentó en un cojín, acercó las rodillas al pecho y abrió el periódico.

—Mira esto. —Sébastian esperó a que Hans se sentara—. Es increíble.

—¿El qué?

Hans se cruzó de piernas y extendió el *Telegraph* sobre el suelo de hormigón.

—Están criticando a su propio primer ministro.

—Sí, tienen permiso para hacerlo si quieren. —Distraído, Hans volvió la hoja de su periódico—. ¿Y qué dicen?

—Que debería soltar a los prisioneros de guerra. Que así lo dicta la Convención de Ginebra. —Sébastian leyó—: «Los prisioneros de guerra deberían ser repatriados después del cese de hostilidades».

Hans inspiró hondo.

—¿Y no acabaron hace ya meses?

Sébastian siguió leyendo.

—Pero el primer ministro, Attlee, dice que eso no es ninguna ley, que es solo…, ¿cómo se dice?, un consejo…, una directriz. —Puso mala cara—. ¿Será eso cierto, que la Convención de Ginebra no es más que una serie de directrices?

—No tengo ni idea. —Hans se encogió de hombros—. Supongo, si eso es lo que dice.

—Attlee opina que los países que han sufrido por culpa de los nazis tienen derecho a una compensación, a una indemnización por lo que han pasado por culpa de la guerra, y que el trabajo de los prisioneros de guerra lo es —dijo Sébastian cerrando el periódico.

—¿Qué? ¿Ahora somos una compensación? —Hans rio con amargura—. Trabajamos duro, y ese es nuestro problema. Estamos demasiado acostumbrados a obedecer órdenes. —Miró a Sébastian—. Pero ¿sabes qué? Te apuesto lo que quieras a que la comida aquí es mejor que la que tendríamos en Alemania.

—¿Cuánto tiempo podrán tenernos retenidos aquí? —dijo Sébastian.

Oyó la desesperación reflejada en su propia voz. Ni siquiera sabía si Élise estaba viva o muerta. No pasaba ni un día en que no pensara en ella, en que no se preocupara por ella.

—Hans —Sébastian se levantó—, ve pasando sin mí. Quiero ir a preguntarle una cosa al comandante.

—Confío en que no vayas a citarle la Convención de Ginebra.

—Nos vemos luego, Hans.

Sébastian se fue de la biblioteca y cruzó la extensión de césped recién cortado en dirección a los barracones de los británicos. Llamó a la puerta del despacho del comandante.

—¿Sí?

Sébastian entró y saludó con un brusco gesto de cabeza.

—Buenos días, señor.

El comandante se recostó en su asiento y miró a Sébastian por encima de la montura de sus gafas.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Tengo una pregunta, señor, si me permite.

—¿Sí?

—¿Cuándo seremos puestos en libertad, señor? —Sébastian disparó la pregunta antes de que su coraje se evaporara.

El silencio llenó la estancia y el comandante lo miró con frialdad. Respondió por fin.

—No he recibido instrucciones concernientes a su liberación.

Sébastian hizo acopio de todas sus fuerzas.

—Pero, señor, las hostilidades cesaron hace meses y…

—Estoy al corriente de eso —lo interrumpió el comandante—. Pero, como acabo de decirle, no he recibido ningún tipo de información concerniente a su liberación. ¿Es todo?

—¿Pero tiene alguna idea, señor?

—No, no la tengo.

El comandante se levantó, rodeó la mesa y abrió la puerta del despacho, dejando claro con ese gesto que Sébastian tenía que irse.

—Gracias, señor.

Sébastian le dirigió una última mirada antes de marcharse. Ya no le

apetecía jugar al fútbol. La frustración y la sensación de impotencia podían con él. Estaba a merced del Gobierno británico y, por justo y amigable que fuera aparentemente, seguía siendo un prisionero. La frustración se transformó en rabia y empezó a pensar como un prisionero. Empezó a pensar en una fuga.

Cuando estaban trabajando en la granja de los Jones, no tenían vigilancia constante. Solo Hans y él estaban destinados allí, puesto que era un lugar pequeño. El señor Jones estaba prácticamente siempre con ellos, aunque de vez en cuando tenía que desplazarse al pueblo para alguna gestión. Pero estaba en casa la señora Jones, que había empezado a adquirir de nuevo la costumbre de prepararles el té y acercarles una taza por la tarde. Y luego estaban las tres hijas. Solían pasar mucho tiempo fuera, encargándose de la colada, paseando por los campos, a veces jugando al escondite o simplemente empujando a la más pequeña en el columpio que tenían colgado de un roble. Miraban a menudo a Sébastian y Hans, con timidez al principio, pero una de las dos mayores había empezado a saludarlos con la mano cuando los veía, y sus hermanas se reían a carcajadas. No, intentar escapar a plena luz de día no era buena idea; había demasiados ojos vigilándolos. Sería mejor planificar una fuga de noche, al amparo de la oscuridad.

## 59

*Ashton-in-Makerfield, diciembre de 1945*

### Sébastian

Sébastian llevaba unas semanas con un tenedor escondido en el zapato. Siempre que tenía oportunidad, recorría el perímetro del campo en busca de un lugar apartado de la vista de todo el mundo donde fuera posible excavar debajo de la alambrada. Finalmente, había localizado un punto detrás de uno de los barracones. Cada vez que pasaba por allí, fingía agacharse para atarse bien el cordón del zapato y escarbaba un poco con el tenedor. La tierra no era muy compacta y pensaba que, si seguía cavando, soltaría el alambre de púas. Si intentaba la fuga en cuanto oscureciera, cuando nadie miraba hacia allí, dispondría de toda la noche para alejarse del campo. Y calculaba que en ese tiempo podría cubrir una distancia de treinta kilómetros. Tiempo suficiente para llegar a otro pueblo, cambiarse de ropa y subir a un autobús o un tren que viajara hacia el sur, hacia los puertos. Llevaba una temporada ahorrando chelines de la pequeña paga que recibían por su trabajo y suponía que sería bastante para comprarse algo de comida, y quizá incluso un billete de autobús.

Decidió que la Navidad era el momento perfecto. Las noches eran largas y los carceleros estarían de mejor humor y menos atentos después de tomarse un par de copas para disfrutar de las festividades. Durante la Navidad anterior, había visto que era una celebración muy importante para los ingleses. Tenía que intentarlo entonces.

De tal modo, el día de Nochebuena, después de la cena, mientras los carceleros tomaban algunas copas, Sébastian se preparó para aprovechar su oportunidad. Miró hacia la puerta. El carcelero que normalmente la custodiaba no estaba en su puesto, sino sentado a una mesa con la cabeza inclinada en dirección a un grupo de prisioneros. Por lo que parecía, les estaba enseñando la letra de *Noche de paz*.

Sébastian echó un vistazo rápido a su alrededor. Nadie miraba hacia allí. Por lo tanto, con aire despreocupado, echó a andar en dirección a la salida.

—¿Dónde vas? —El carcelero que parecía tan concentrado en enseñar la letra de la canción se levantó de golpe.

Sébastian hundió la mano en el bolsillo y sacó unos chelines.

—Necesito un pitillo —dijo—. ¿Tienes uno?

—Claro. —El carcelero le ofreció un paquete abierto—. Es Navidad. Coge solo uno.

—Gracias.

Sébastian cogió un cigarrillo y salió al exterior. Lo encendió y se preguntó si el carcelero estaría esperando a que volviera a entrar. Supuso que sí, al fin y al cabo su trabajo era ese. Así pues, estuvo paseando unos minutos, observando el entorno para comprobar si había alguien más vigilando. Los focos estaban encendidos toda la noche, pero nadie los controlaba. No esperaban que nadie fuera a fugarse esa noche. Podía aprovechar esa circunstancia, aunque eso implicaba que tendría que huir solo con la ropa que llevaba puesta y el poco dinero que guardaba en el bolsillo. Sopesó los riesgos y decidió rápidamente que, si quería volver a ver a Élise, tenía que hacerlo.

Entró de nuevo en el barracón y se sorprendió al comprobar que el carcelero no estaba esperándolo. Miró alrededor y comprendió que ni siquiera se había planteado la posibilidad de que no volviera. Se había olvidado por completo de él. A la velocidad del rayo, salió otra vez al exterior. Pero no corrió. Si alguien lo paraba, fingiría que necesitaba respirar un poco de aire fresco, pero nadie lo hizo y enseguida llegó a la alambrada. Con la ayuda del tenedor, intentó excavar en el suelo; una idea patética, en realidad, teniendo en cuenta que la superficie estaba helada. Pero la alambrada no estaba enterrada a mucha profundidad y consiguió tirar de ella y extraerla de la tierra. Y, entonces, deslizándose sobre su estómago, pasó por debajo.

Una vez fuera, se incorporó y miró alrededor. Se estremeció un instante y echó a correr. No podría parar en toda la noche para alejarse lo máximo posible y no morir de congelación. Atravesó el

bosque en dirección sur, manteniendo un ritmo bueno y regular. Si era capaz de seguir el rumbo, antes del amanecer se habría alejado lo bastante. Pronto llegó a un claro y a un camino para tractores. Continuó corriendo por los surcos enfangados, pensando en que quizá conseguiría cubrir unos cuarenta kilómetros antes de que saliera el sol.

Pasadas unas dos horas, vio unas luces a lo lejos; debía de ser un pequeño pueblo. Tal vez pudiera coger algunos huevos de un gallinero. Ralentizó el ritmo al aproximarse a las casas por detrás. De pronto, oyó que se abría una puerta, también risas, y vio que salía gente por el lateral. Se agachó. La puerta se cerró y todo volvió a quedarse a oscuras. Tenía la sensación de que por allí la gente no cerraba con llave, pero decidió esperar un rato antes de comprobarlo.

Al cabo de poco tiempo, dos personas más salieron de una de las casas y cruzaron la carretera. Desde su escondite detrás de un árbol, vio que entraban en otra casa. Apareció más gente, que entró también en la misma casa. ¿Sería una fiesta? Esperó unos minutos más. Era su oportunidad. Con sigilo, se deslizó por la hierba hasta llegar a la casa de la que acababa de salir la gente. Miró alrededor y cruzó el jardín hasta alcanzar la puerta principal. Acercó la mano al pomo y la empujó. La puerta se abrió. Entró y cerró con cuidado. Estaba a oscuras, así que palpó la pared, seguro de que encontraría alguna habitación en la parte posterior donde podría encender la luz sin que se viera desde la calle. Pronto localizó una puerta entreabierta. Entró y la cerró con cuidado. Palpó la pared en busca de un interruptor y, de pronto, la luz bañó la estancia. Sébastian parpadeó y esperó un momento a que sus ojos se adaptaran a la luminosidad. Vio entonces que estaba en la cocina. Abrió un armario, en busca de algo para comer.

Un sonido a sus espaldas lo dejó helado.

—¿Pero qué demonios?

Un hombre lo estaba mirando. A Sébastian se le formó un nudo en la garganta.

—No quiero hacerle ningún daño —dijo levantando las manos.

—¡Hey! —grito el hombre—. ¡Baja corriendo, Jeff!

Sébastian dio media vuelta y echó a correr. Un golpe en la espalda

lo tiró directo al suelo. Un hombre alto saltó sobre él y lo inmovilizó.

—¡Es un *kraut*!

Tiró a Sébastian del pelo para obligarlo a echar la cabeza hacia atrás. Por el rabillo del ojo, Sébastian vio que el otro hombre se acercaba.

Un pie aterrizó con fuerza en su boca.

—¡Esto es por mi padre!

Lo pusieron bocarriba y le dieron un puntapié en las costillas.

—¡Muerto por una de vuestras bombas, maldito *kraut*!

Sébastian intentó hacerse un ovillo, protegerse de alguna manera, pero la lluvia de golpes no cesó. La cabeza le daba vueltas y no podía ni abrir los ojos. Acabó quedando inconsciente.

—Ya vale, ya es suficiente —dijo uno de los hombres—. Llamemos a la policía. Ellos se encargarán de llevarlo de vuelta a ese maldito campo de prisioneros.

# 60

*Un año después*
*Ashton-in-Makerfield, diciembre de 1946*

## Sébastian

—Pronto estaremos de nuevo en Navidad. —Hans intentó charlar un poco en cuanto el camión arrancó para llevarlos a la granja de los Jones—. Me habría gustado que nos hubieran soltado entonces —continuó, al ver que Sébastian no replicaba—. Me encantaría haber visto la cara de mi madre al verme aparecer de pronto por Nochebuena.

—Tal vez el año que viene —dijo por fin Sébastian con un suspiro. Seguía sin tener noticias de Élise, y eso lo estaba matando lentamente.

—Bromeas, ¿verdad? Seguro que será pronto.

Sébastian no dijo nada. Estaba pensando en la última Navidad y su frustrado intento de fuga, después del cual había perdido todos sus privilegios. Le sorprendió que el castigo no fuera más duro, pero el oficial responsable argumentó que tanto las lesiones sufridas como su posterior estancia en el hospital debían de haberle enseñado todo lo que necesitaba saber.

Hans le dio un codazo a Sébastian.

—No estés tan serio. Te apuesto lo que quieras a que el año que viene volvemos a casa.

«Casa». A Sébastian le resultaba conmovedor que Hans siguiera pensando que su hogar estaba todavía en Múnich. Porque él había perdido por completo el sentido de lo que era eso. Solo pensaba en Lise. Dondequiera que estuviera ella, ese sería su hogar. De hecho, pensaba incluso que un hogar no tenía por qué ser necesariamente un lugar físico, sino las personas con las que deseabas estar.

El camión paró delante de la granja, interrumpiendo sus

cavilaciones. Hans y Sébastian bajaron de un salto por detrás y fueron directamente hacia el establo de las vacas, donde empezaban a diario su jornada.

—¡Sébastian! ¡Hans! —les gritó el señor Jones—. ¿Podríamos charlar un momento, por favor?

¿Charlar un momento? Sébastian llevaba el tiempo suficiente en Inglaterra como para entender que eso de «charlar» significaba mucho más que hablar de cualquier tema frívolo y que, con casi toda seguridad, lo que quería decirles el señor Jones estaba relacionado con algo que habían hecho mal. Dieron media vuelta y se dirigieron hacia la casa.

—Buenos días, Sébastian, Hans —dijo el señor Jones empleando un tono animado y alegre—. Pasad. Queremos preguntaros una cosa.

Hans arqueó una ceja. Nunca antes habían sido invitados a pasar a la casa. No estaba permitido.

El señor Jones debió de percibir su recelo, porque rápidamente añadió:

—No pasa nada. Acaban de levantar la prohibición de confraternización, justo a tiempo para la Navidad. Pasad, mi esposa está preparando el té.

Hans sonrió.

—Gracias, señor Jones.

Entraron por la puerta de atrás directamente a la cocina. La estancia estaba caliente e iluminada y el aroma a pan horneándose les dio la bienvenida. La señora Jones estaba cubriendo con una funda la tetera.

—¿Os apetece una taza antes de empezar con vuestros quehaceres? —les preguntó la señora Jones con una sonrisa.

—Gracias —murmuraron los dos a la vez.

—Muchachos —El señor Jones dejó dos tazas en la mesa—, nos gustaría invitaros a la cena de Navidad. Todas las familias del pueblo están autorizadas a recibir a dos invitados del campo y nos gustaría que nos acompañarais.

El señor Jones se quedó mirándolos expectante.

—Gracias, señor —se apresuró a decir Hans.

—Sí, gracias, señor —dijo también Sébastian—. Muy amable por su

parte.

—No. Habéis sido de gran ayuda. No podría haber superado la época de la cosecha sin vuestro duro trabajo. Y lo valoro muchísimo.

—Será un honor —dijo Hans esforzándose por hablar su mejor inglés.

Sébastian se sintió orgulloso de repente, sabiendo que a Hans le había costado mucho más que a él hablar un inglés mínimamente correcto. A Sébastian, ser bilingüe le había dado cierta facilidad para aprender un tercer idioma.

El señor Jones sonrió.

—Pues todo arreglado. Tomaos el té y después a ordeñar las vacas, como es habitual.

Cuando a última hora de aquella tarde Sébastian y Hans regresaron al campo, se enteraron de que durante todo el día había habido un ir y venir de gente del pueblo interesada en invitar a los prisioneros de guerra a pasar la Navidad con ellos y su familia. Era un detalle de gran amabilidad, pero no lo que Sébastian quería. Lo que él quería era ser puesto en libertad, ser libre e ir a buscar a Élise.

Hans sugirió la idea de llevar un regalo a la familia. Algunos hombres se habían aficionado a hacer tallas en madera. Uno de los prisioneros había hecho incluso un caballo de madera para un niño, pero ni Sébastian ni Hans tenían esa habilidad. Hans apuntó la posibilidad de comprar una talla a alguno de sus compañeros artistas, pero Sébastian quería conservar todo el dinero que tenía.

—Seguro que podemos apañar algo —insistió.

Hans se quedó mirándolo, dubitativo, pero de pronto su mirada se iluminó.

—Un marco, eso seguro que es fácil. Basta con encontrar unos trozos rectos de madera y pegarlos, o podríamos incluso cortarlos nosotros. Vayamos a ver qué tienen en el taller.

Cuando llegaron allí, el espacio era un enjambre de actividad. Los hombres formaban cola a la espera de su turno para utilizar la sierra o el torno. En un rincón, había un montón de trozos de madera desechados. Hans fue directo hacia allí y regresó con un marco de madera torcido y descartado.

—¡Es perfecto! —dijo mostrándoselo a Sébastian.

—Sí, seguro que de este marco podemos sacar dos —replicó Sébastian dando su aprobación.

La mañana del veinticuatro, hicieron cola para pasar por las duchas del campo. Todo el mundo quería estar limpio y elegante para su primer compromiso social en Inglaterra. Al mediodía, los prisioneros abandonaron el campo y se desplazaron a pie por parejas hasta la casa de sus anfitriones. Por el camino, Sébastian se preguntó cómo saludarlos al llegar. Probablemente, bastaría con un sencillo apretón de manos; intuía que dar un beso en cada mejilla a las mujeres, como habría hecho en Francia, no estaba bien visto allí y no quería empezar con mal pie.

Sébastian abrió la valla y recorrió con Hans el corto camino de acceso que cruzaba el jardín. Antes de que les diera tiempo a llamar a la puerta, el señor Jones abrió y les tendió la mano a modo de bienvenida.

—Hola, muchachos. Pasad, pasad.

Sébastian le ofreció la botella de vino de flor de sauco casero que habían comprado en la tienda del campo y los marcos de fotos envueltos en papel de regalo.

—Feliz Navidad.

El señor Jones aceptó a botella.

—Gracias, aprecio mucho el detalle.

Apareció entonces la señora Jones, que se secó las manos con el delantal antes de aceptar el otro regalo.

—¡No era necesario!

Los hizo pasar al salón. Las tres hijas, puestas en fila, los miraron con curiosidad y, a pesar de que parecían estar encerradas en un espacio inalcanzable, las tres les sonrieron. Sébastian solo las había visto de lejos y le resultaba un poco perturbador tenerlas tan cerca, como si antes de aquel momento solo existiesen en su imaginación. Miró alrededor y pensó en lo distinto que era aquello a una casa alemana. Había un aparador lleno de fotografías familiares enmarcadas y pequeños objetos de porcelana; en las paredes, colgaban cintas con felicitaciones de Navidad. No había árbol, solo dos velas en

la repisa de la chimenea y una ramita de acebo. Una guirnalda de papel de colores atravesaba la estancia, colgada desde el tiro de la chimenea hasta la barra de la cortina. El ambiente tenía un aspecto infantil y acogedor al mismo tiempo, y despertó en Sébastian la añoranza de tener una familia y un hogar, así como un deseo de Élise que resultaba incluso físicamente doloroso.

—Tomad asiento. —El señor Jones descorchó la botella mientras Hans y Sébastian se acomodaban en el sofá—. Feliz Navidad. —Pasó a cada uno una copa de vino.

—Feliz Navidad.

Sébastian y Hans levantaron la copa. Sébastian notó que Hans tenía los ojos clavados en la hija mayor. Le entraron ganas de darle un codazo a su amigo, de decirle que fuera más discreto.

—Disculpadme, tengo que ir a controlar la cena —dijo la señora Jones, y se marchó a la cocina.

El ambiente se cargó con un silencio incómodo, pero pronto empezaron a hablar del tiempo y de la comida del campo. El olor de la cocina se filtró en el salón; no era del todo agradable, puesto que tenía cierto matiz acre y ácido, como a vinagre recalentado.

El señor Jones miró a sus invitados.

—Tenía que haber comprado unos cuantos pavos para la granja, pero este año no ha podido ser.

—No pasa nada —dijo Sébastian, sintiéndose mal por el señor Jones —. Estar aquí es un honor.

La señora Jones los llamó para pasar al comedor. El señor Jones ocupó su lugar a la cabecera de la mesa y asignó asientos a todo el mundo.

La señora Jones se disculpó nada más empezar.

—Siento no poder ofreceros una cena de Navidad como correspondería. Seguimos con el racionamiento y solo he conseguido tripas.

—Me parece maravilloso —dijo Hans con una sonrisa de oreja a oreja—. Tienen una pinta deliciosa.

—Queríamos daros una comida casera antes de que os marchéis. — El señor Jones empezó a repartir las tripas—. Imagino que será

pronto.

Sin embargo, el señor Jones se equivocaba. Pasó otra Navidad antes de que Sébastian pudiera por fin tener en sus manos los documentos que certificaban su libertad y, a partir de ahí, concentrarse en su único pensamiento: encontrar a Élise. Con lágrimas en los ojos, abrazó a Hans.

Pero Hans estaba pálido y callado. Sébastian descansó la frente contra la de Hans.

—¡Hans, se ha acabado! Se ha acabado por fin. ¡Volvemos a casa!

—¿A casa? —Hans miró a Sébastian con los ojos empañados por las lágrimas—. Eso es lo que más miedo me da.

—Venga, si te morías de ganas de volver a Múnich.

Hans se apartó y se secó los ojos.

—Tengo miedo de lo que pueda encontrarme. —Suspiró—. ¿Y tú?

—No voy a volver a Dresde. —Todos sabían que la ciudad había quedado arrasada, pero esa no era la razón por la que Sébastian no pensaba volver allí—. Tengo que ir a Francia. Anda, larguémonos de una vez de aquí.

Volvieron al barracón. Sébastian no podía pensar en otra cosa que recoger y ponerse en camino.

—Acompáñame al menos a tomar una copa —le suplicó Hans a Sébastian mientras este guardaba sus escasas pertenencias en una mochila—. Tenemos que celebrarlo. No puedes marcharte como un ladrón en plena noche.

Sébastian se quedó pensando.

—Solo una.

Hans lo rodeó con el brazo y marcharon juntos hacia el pub. Cuando llegaron, estaba abarrotado de gente y encontraron al señor Jones sentado en un taburete, junto a la barra. El hombre se levantó para saludarlos y les estrechó la mano con cariño.

—¿Qué vais a tomar, muchachos? —Sin esperar su respuesta, el señor Jones pidió una ronda de cerveza para todos. Y, cuando las cervezas llegaron, con la espuma derramándose por el borde, el señor

Jones levantó su copa—. Por las amistades más improbables.

—Por usted y por su bello país —dijo Sébastian alzando su copa.

—Sí. ¡Y por la suerte que tuvimos de no permitir que vosotros, los *krauts*, le pusierais las manos encima!

Rieron, sin sentirse en absoluto incómodos, disfrutando de ese humor británico que tanto apreciaba ya Sébastian. Y se bebieron la copa de un trago.

—Me alegro por vosotros, muchachos.

El señor Jones pidió otra ronda.

Cinco copas más tarde, el granjero pasó el brazo por los hombros de Sébastian.

—Eres un buen muchacho. ¿Por qué no te quedas aquí?

—¿Qué?

—Te daría un sueldo decente.

—Es muy amable por su parte, señor.

—Cuando tengo un buen trabajador, me gusta conservarlo. No todo el mundo posee la energía necesaria para realizar trabajos de granja, pero tú la tienes. ¿Qué me dices, pues?

—Ha sido usted muy bueno con nosotros. —Sébastian le dio un buen trago a su cerveza—. Pero tengo algo que hacer. Tengo que encontrar a alguien.

—¿A alguien?

—Le prometí que la encontraría —dijo Sébastian pensando que debía de ser la cerveza lo que lo había empujado a abrirse y decir aquellas cosas.

—Promesas de amantes. —El señor Jones hizo chocar su copa con la de Sébastian—. No hay nada más dulce que eso. Pues te deseo buena suerte, muchacho. Aunque, si no lo consigues, ya sabes dónde encontrarnos a nosotros, ¿entendido?

# 61

*Francia, enero de 1948*

## Sébastian

Sébastian iba vestido con ropa de civil. Nadie sabía quién era; era simplemente un hombre que viajaba a Francia. Por primera vez en su vida, era libre, pero, en el momento de enfilar la pasarela del barco atracado en Portsmouth, se preguntó de qué le valdría esa libertad si no conseguía ser libre para amar a Élise. Las dudas se arremolinaban en su cabeza cada vez que pensaba en lo que le habría pasado, en los motivos por los que nunca había respondido a sus cartas. Una vez a bordo, Sébastian no siguió a los demás pasajeros hacia los restaurantes o los camarotes, sino que buscó las escaleras que conducían a cubierta y, a pesar de la oscuridad y el frío, se dirigió a la proa del barco, se asomó a la barandilla y miró el mar, en dirección a Francia. Vació lentamente el aire de sus pulmones y observó el trabajo de los marineros retirando los cabos, cuerdas gruesas como su cuello, de las cornamusas mientras la sirena sonaba. El barco zarpó e Inglaterra empezó a alejarse.

Cuando las luces de la costa se perdieron de vista, entró e intentó acomodarse en uno de los asientos de la zona del bar, aunque estaba demasiado emocionado y ansioso para conciliar el sueño. Básicamente, echó una cabezada, pero, cuando llegaron al puerto de El Havre, a las seis de la mañana siguiente, tenía la sensación de no haber dormido en absoluto. Desembarcaron; las cafeterías y las panaderías estaban abriendo. Sébastian entró en el primer establecimiento que encontró y pidió un café y una *baguette* en la barra, ya que era más barato. No lo miró absolutamente nadie y se tomó su tiempo para saborear un buen café acompañado por pan francés. Nunca había llegado a acostumbrarse al té con leche que bebían a litros en Inglaterra.

Cuando hubo terminado, Sébastian fue directamente a la estación de tren y compró un billete a París. En cuanto subió a bordo, encontró asiento junto a la ventana y apoyó la cabeza en ella con la intención de descansar, pero tampoco consiguió dormir. Su mente no cesaba de repetir en bucle todas las conversaciones que había mantenido con Élise. «¿Crees en el amor a primera vista?», le había preguntado ella en una ocasión, y él, como un idiota, le había respondido que no, que no creía en eso. Pero sí que creía. Sébastian había amado a Élise desde el primer momento en que la había visto en la librería y sabía que nunca jamás volvería a sentir nada igual por nadie. ¿Pero lo sabía ella? ¿Sabía Élise lo que realmente sentía por ella? Con el paso de los años, Sébastian había empezado a preguntarse si se lo había explicado como era debido. Había palabras que costaba pronunciar, y no estaba del todo seguro de que hubiesen llegado a salir de su boca para alcanzar los oídos de ella. Pero, luego, había encontrado la fuerza necesaria para escribirlas y enviárselas. ¿La habría asustado con su intensidad? Palabras. Palabras. Eran lo único que quedaba cuando todo lo demás había desaparecido. «Lo que pasa es que no quieres huir conmigo, ¿verdad?», le había dicho Élise, y él había pensado que bromeaba, pero ¿y si lo había dicho en serio? ¿Y si Élise había pensado que no quería huir con ella, cuando era precisamente eso lo que él más deseaba en el mundo?

A medida que el tren iba avanzando trabajosamente por la campiña, conduciéndolo hacia París, Sébastian empezaba a sentirse emocionado y nervioso a partes iguales. Se imaginó que lo que fuera que Élise hubiera tenido que soportar a lo largo de aquellos años se evaporaría en cuanto la tuviera entre sus brazos. Empezarían de nuevo. Se casarían, lo antes posible.

«Un anillo», pensó. Necesitaba un anillo.

En cuanto el tren llegó a la estación de Saint-Lazare, Sébastian se apeó rápidamente y se dirigió a los grandes almacenes de la esquina: Printemps. La sección de joyería estaba justo en la entrada, en la planta baja, como si estuviera invitándolo. Estudió los aparadores de cristal, los anillos de oro y plata con incrustaciones de piedras preciosas.

—*Bonjour, monsieur*. ¿En qué puedo ayudarlo? —le dijo la mujer de detrás del mostrador.

—*Bonjour, madame*. Necesito un anillo. Una alianza de boda, algo sencillo.

—*Oui, monsieur*.

La dependienta sacó una bandeja forrada con terciopelo azul con una selección de alianzas de oro.

Sébastian señaló la más fina.

—¿Podría enseñarme esta, por favor?

La dependienta la cogió y se la pasó. Era tan ligera que apenas pesaba y, cuando Sébastian le dio la vuelta entre sus dedos, vio la discreta etiqueta con el precio. Doscientos francos. Solo tenía trescientos francos a su nombre. Gastarse dos terceras partes de su fortuna en un anillo le parecía absurdo, pero quería que aquello fuera lo primero que comprase como hombre libre.

—Me lo llevo. —Sacó la cartera—. ¿Me lo pone en una cajita?

—Por supuesto, *monsieur*.

La dependienta le entregó la cajita bellamente empaquetada y Sébastian la sopesó un momento en su mano, pensando que ese era el primer paso hacia la vida que tanto había deseado.

Decidió ahorrarse el billete de *métro* e ir andando hasta Saint-Sulpice. Y, mientras recorría las calles de París, Sébastian reconoció la ciudad que lo había enamorado al verla por primera vez con dieciséis años, hacía ya doce. Las mujeres paseaban con tacones y pañuelos elegantes, los coches hacían sonar el claxon, las barcazas y las barcas navegaban por el Sena. La Ciudad de la Luz había vuelto a cobrar vida. Incluso el ambiente olía distinto; aspiró hondo, saboreando el aroma a pan recién hecho y el débil olor a humo de puro combinado con el de las flores que las *fleuristes* exhibían para su venta en cubos de gran tamaño. Olores de libertad, de libertad para comer lo que te apeteciera, para elegir la vida que quisieras vivir y, lo más importante de todo, para elegir a la persona a quien quisieras amar. Se paró un momento para comprar castañas a un hombre encorvado sobre un

viejo cilindro metálico; las brasas de carbón desprendían chispas cada vez que el hombre echaba más castañas al fuego. Sébastian se imaginó paseando del brazo de Élise, comiendo juntos castañas calientes de un cucurucho hecho con papel de periódico.

Cuando llegó a la Place Saint-Sulpice, Sébastian bajó el ritmo; el miedo y la anticipación por lo que pudiera pasar latían en sus venas. Enfiló la rue Henry de Jouvenel. La gran puerta de madera pintada en color granate parecía mirarle majestuosamente, de forma poco halagüeña, le dio la sensación. Pero Sébastian ignoró sus sentimientos de aprensión, pulsó el botón plateado del lateral, colocó la otra mano en la puerta y presionó para abrirla. Notó que la portera observaba detrás de la cortina cuando pasó por delante de su ventana, de camino a los apartamentos. Recordaba que la puerta de casa de Élise quedaba a la izquierda. Llamó dos veces y esperó, con el corazón en la garganta, pero no recibió más respuesta que el silencio. Volvió a llamar. Esa vez, le pareció oír a alguien tosiendo. La puerta se abrió de repente y un hombre delgado miró a Sébastian con los ojos entrecerrados.

—*Bonjour*, *monsieur* —dijo Sébastian—. Estoy buscando a Élise Chevalier.

El hombre tosió, un sonido doloroso y seco, y se llevó la mano al puño de la camisa para sacar un pañuelo. Se sonó la nariz.

—¿Y usted quién es?

Sébastian le tendió la mano.

—*Bonjour, monsieur*. Soy Sébastian. —No quiso pronunciar su apellido; no quería introducir ni una sola palabra alemana en la conversación. Aquel hombre debía de ser el padre de Élise y estaba ignorando la mano que le ofrecía—. *S'il vous plaît*, *monsieur*, me gustaría hablar con Élise.

El hombre sacudió la cabeza y volvió a toser.

—Vengo de Inglaterra —continuó Sébastian, con cuidado de no revelar demasiado.

—*Pas possible* —dijo el hombre, y se quedó mirándolo.

—Perdón, ¿qué quiere decir con esto?

—*Pas possible!* —repitió el hombre alzando la voz.

Sébastian tenía que conseguir superar el guardián de la puerta. Tenía que verla o, como mínimo, averiguar dónde estaba Élise.

—Por favor —volvió a empezar—, ¿podría decirme cómo está Élise? ¿Si está bien?

El hombre arrugó la frente hasta acabar frunciendo el entrecejo.

—¿Bien? —repitió, como si la palabra fuera un insulto por su superficialidad—. ¿Bien? *Non!* —Sébastian notó que se le helaba la sangre y empezó a temer lo que fuera a decir aquel hombre a continuación—. La Resistencia se la llevó.

—¿A qué se refiere? —preguntó Sébastian tambaleándose.

—Vinieron a por ella. La hicieron saltar por la ventana. —Miró a Sébastian con ojos fríos e inexpresivos—. Ataques de venganza.

—¿Dónde está ahora?

Lo único que quería saber Sébastian era si seguía con vida.

—*Les résistants de la dernière heure* —continuó diciendo el hombre, como si Sébastian no hubiera hablado—. Todo el mundo se convirtió en *résistant*. Cuando volví de Alemania, ya había acabado todo. De Gaulle subió al poder, instauró la ley y el orden. —Hizo una pausa para respirar, como si lo que acababa de decir le hubiera robado todas las fuerzas.

—¿Dónde está? —insistió desesperado Sébastian.

—Pero para Élise fue demasiado tarde. Se la llevaron. —Hizo una pausa—. La mataron de un tiro.

Sébastian se tambaleó, las rodillas le flaquearon y su tono muscular desapareció por completo. Se derrumbó en el suelo y presionó los puños cerrados contra sus ojos hasta que todo adquirió el color oscuro de la sangre. ¡No! Era imposible. Lo habría intuido.

El hombre soltó una risotada, un sonido seco y desagradable. Enderezó la espalda y miró a Sébastian.

—Será mejor que se vaya.

Sébastian hundió la cabeza entra las manos. Era incapaz de levantarse. ¡Lise! ¡Lise! Había perdido todo lo que le importaba en el mundo. Ya nada tenía sentido. La imagen de su cuerpo muerto estalló en su cabeza: la sangre formando un charco debajo de su cabeza, coagulándose en su cabello. Su Lise.

El padre de Élise dio media vuelta, cruzó la puerta y la cerró a sus espaldas con brusquedad.

Sébastian nunca supo cuánto tiempo permaneció allí sentado, hecho un ovillo, y apenas se dio cuenta de que se abría otra puerta.

—No puede quedarse aquí.

Era la portera, mirándolo con desdén.

Sébastian apoyó las manos en el suelo para impulsarse; el corazón le retumbó en el pecho por el esfuerzo. Cuando consiguió levantarse, percibió que era incapaz de hablar. Aturdido, se dirigió a la puerta que daba acceso a la calle, transformado en un hombre que no tenía nada que ver con el que la había cruzado hacía tan solo quince minutos.

Sébastian deambuló por las calles de París. Sin rumbo. Sin voluntad. Era un hombre vacío. Caminó y caminó. La sensación del viento gélido contra la cara y la sensación de hambre quedaron reducidas a nada en comparación con el dolor y la pérdida que sentía en su interior. Se encontró de nuevo en el quinto *arrondissement*, cerca del Panthéon. Cerca de la librería. Pero no tenía fuerzas para ir hasta allí. Sabía que el familiar tintineo de la campanilla de la puerta, la imagen de *monsieur* Le Bolzec, acabarían rematándolo.

De tal modo, siguió caminando hasta que el sol se sumergió tras los edificios estilo Haussmann, hasta que se encontró en la escalera que ascendía hasta el Sacré-Coeur. Entró en la iglesia. Estaba tan agotado que ni siquiera veía bien y apenas asimiló la presencia de algunas personas arrodilladas, rezando. Se derrumbó en uno de los bancos, atacado por continuas oleadas de agotamiento. Y entonces se acordó del anillo. Sacó la cajita del interior del bolsillo del abrigo y la abrió para mirar la sencilla alianza de oro. Se levantó y se acercó a la estatua de Saint Pierre, donde encendió una vela, aunque no rezó ninguna oración. Besó el anillo y lo metió en la caja de ofertorio, donde la gente dejaba dinero para las velas. Volvió al banco, se dejó caer de nuevo en él, se echó hacia atrás y levantó la vista hacia el techo abovedado. Esa vez, Jesús no le devolvió la mirada con lástima.

# Quinta parte

# 1963

## 62

*Bretaña, junio de 1963*

### Élise

> ¿Dónde estás, Lise, amor mío? ¿Por qué no has escrito respondiéndome? Rezo a Dios para que no te haya pasado nada. Es un pensamiento que me llena de terror. ¿Dónde estás? ¿Dónde estás? Pronto me pondrán en libertad. No pueden mantenernos aquí encerrados mucho más tiempo.

Me inclino hacia delante en el sillón, con la última carta de Sébastian colgando de mis manos, húmeda y arrugada.

—No lo entiendo. ¿Volvió a París? —Mi corazón late acelerado y con fuerza cuando me imagino a Sébastian regresando a París y descubriendo que no estoy allí. Pero podría haber seguido mi pista y viajado hasta aquí. Mi madre le daría mi dirección, ¿no? ¿Por qué no vino? ¿Por qué no nos localizó?

—¿Qué le pasó, Joséphine? ¿Dónde fue? ¿Por qué no vino a buscarnos? —Mi voz suena aguda, frenética.

—Volvió a París —afirma Joséphine.

Me quedó mirándola y trago el nudo que se me ha formado en la garganta.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tu padre lo vio.

Joséphine se muerde el labio y sé que está ocultándome algo.

—¿Mi padre? —digo. La confusión me nubla por completo las ideas.

—Sí, él…, Sébastian fue a tu casa. —Vuelve a dudar—. Tu padre le dijo que te habían pegado un tiro, que habías muerto.

—¡Muerto! —Muevo la cabeza con incredulidad—. ¿Le dijo a

Sébastian que yo había muerto?

No lo entiendo. Y entonces, de repente, me doy cuenta. Por supuesto que se lo dijo. Mi padre habría hecho cualquier cosa con tal de mantener un *boche* alejado de la familia. Cualquier cosa.

Entre las cejas de Joséphine, se dibuja una pequeña arruga.

—No es una mentira que esperarías que dijera un padre, ¿no?

Me he quedado paralizada. ¡Mi propio padre! Mi propio padre nos lo ha robado todo, la vida que podríamos haber tenido. La rabia me abrasa el pecho y se transforma rápidamente en odio. Odio a ese hombre con todo mi ser.

—Es posible que Sébastian siga vivo —murmura Joséphine, y su frase me devuelve a la realidad, a la estancia donde estamos sentadas, a mi hija, a las cartas.

¿Que Sébastian podría estar vivo? No me atrevo a creerlo. Joséphine no debería albergar esa esperanza, y yo no quiero imaginarme lo imposible. Desde la última carta de Sébastian, escrita hace quince años, podría haber pasado de todo.

—No —digo—. No creo.

Joséphine se inclina hacia delante y me mira a los ojos.

—Quiero encontrarlo.

—¿Encontrarlo? —repito, como si fuese incapaz de entender esa palabra.

—En la carta que tienes en la mano, hay una dirección. Puedo escribir y preguntar si sigue allí o si saben dónde está.

Joséphine hace que todo parezca muy sencillo, como si simplemente fuera cuestión de conseguir una dirección. No me atrevo a expresar en voz alta mis miedos. ¿Y si tiene otra familia? ¿Una esposa?

—Joséphine —digo con dulzura—, no sabemos lo que ha pasado desde esta última carta.

—Independientemente de lo que haya pasado, sigue siendo mi padre.

—Sí, sí, por supuesto que lo es.

—Y quiero encontrarlo —dice Joséphine con decisión.

—Esperemos un poco. —No estoy preparada. La simple idea de establecer contacto me aterra—. Primero tienes que superar los

exámenes.

—No te preocupes por mis exámenes. —La voz de Joséphine suena fría, como si estuviésemos hablando de un asunto que no es de mi incumbencia—. Ya escribiré yo a esa última dirección. Me llevará poco tiempo.

—De acuerdo, escribiremos a esa última dirección. Sí, podríamos hacerlo.

Me concentro en las cuestiones prácticas, porque todo lo demás me resulta demasiado duro.

La última dirección es una granja en Ashton-in-Makerfield, donde quiera que esté eso. Joséphine redacta la carta, sirviéndose de su diccionario inglés-francés.

Dos semanas después, cuando ya ha terminado los exámenes y yo regreso a casa para pasar el fin de semana, Joséphine me espera en la puerta. Tiene una carta en la mano y la cara congestionada por la emoción.

—*Maman* —dice en cuanto salgo del coche—, ha llegado esta carta del señor Jones.

Me quedo paralizada, helada de repente. Y no quiero saber nada.

—Entremos primero en casa.

—Vive en un lugar llamado Coventry —me explica Joséphine antes incluso de que nos sentemos—. La dirección está aquí.

Una dirección. ¿Cómo es posible? Llevo todos estos años llorando su pérdida y ni siquiera está muerto.

—Dice el señor Jones que fue allí cuando volvió de Francia en 1948 —continúa Joséphine.

—¿Y cómo sabe ese tal señor Jones que Sébastian sigue allí? — Tenemos que reflexionar sobre esto.

—Dice que está allí.

—Le escribiré.

Me imagino la carta que le enviaré, explicándoselo todo, contándole que tiene una hija.

—¡No! —exclama Joséphine, pero enseguida baja el tono—. No le

escribas, por favor.

—Pero, Joséphine, *ma chérie*…

Tengo que escribirle.

—No, *maman*. Es posible que no quiera conocerme.

—¿Pero qué dices? Por supuesto que querrá conocerte.

Joséphine, muy triste, mueve la cabeza en sentido negativo.

—A lo mejor ahora tiene otra vida y quizá no quiera vernos.

—No, se alegrará muchísimo de saber que tiene una hija.

—¡No! ¡Eso no lo sabes! —Joséphine me mira fijamente—. Podrías espantarlo.

—¿Qué? —digo medio riendo. La idea me parece ridícula—. Él no es así. Seguro que querrá vernos.

—No sabes nada de su vida actual. La última vez que lo viste él tenía veinticuatro años, y ahora tendrá cuarenta y tres.

—Joséphine, independientemente de lo que haya pasado, Sébastian querrá vernos.

—¡Tú no sabes nada! Me has escondido a mi padre toda la vida y ahora quieres escribirle y asustarlo para que no quiera saber nada de mí. ¿Y si está casado? ¿Y si su esposa no le permite que se reúna con nosotras?

Confusa y con pensamientos en conflicto, miro a mi hija.

—¿No quieres que le escriba?

—No. Quiero ir directamente allí.

No lo entiendo.

—¿Quieres que vayamos y ya está, sin escribirle primero?

—No, quiero ir sola. —Me mira con ojos gélidos—. No quiero que vengas conmigo. Es mi padre y quiero hacer esto yo sola. Ya no soy una niña, no puedes seguir protegiéndome de todo.

Mi emoción por haber localizado a Sébastian se evapora y me quedo con una sensación de vacío, de hundimiento. «Mi hija no me quiere allí». Mi propia hija. «No quiere que forme parte de esto». Está herida y me desafía.

Sébastian está vivo. Pero siento que mi mundo se me escapa de entre las manos.

—Ya tengo mi pasaporte —añade Joséphine.

Mi corazón se estremece cuando mi hija me ofrece más pruebas de que ya no me necesita para nada.

# 63

*Inglaterra, 23 de junio de 1963*

## Joséphine

Soizic acompaña en coche a Joséphine hasta Roscoff, donde subirá a bordo del ferry nocturno que la llevará hasta Plymouth. Cuando salen de puerto, Joséphine sube a cubierta y contempla la noche, las luces de Francia que poco a poco se van perdiendo de vista. Luego, baja a su pequeño camarote individual y se acuesta en la litera, dejando que el movimiento de vaivén del mar la acune hasta dormirla.

Una llamada en la puerta la despierta de repente a las cinco y media de la mañana.

—*On est arrivé!* —grita una voz—. *C'est l'heure de se lever!*

Joséphine se levanta de la cama y se viste con rapidez. Al salir del camarote, ve que los demás pasajeros ya están dando vueltas por el barco y empiezan a congregarse en el vestíbulo. Se pregunta si irán todos a Londres también y si alguien podría llevarla, pero se siente cohibida y no tiene valor para poner a prueba con ellos su limitado inglés escolar. Los pasajeros son conducidos hacia el muelle, donde están desembarcando los automóviles, cruzan luego la extensión de asfalto y entran en un edificio de forma cuadrada, donde pasarán la aduana y el control de pasaportes. Joséphine entrega a la funcionaria su pasaporte recién estrenado y la mujer sonríe.

—¿Primera visita a Inglaterra?

—Sí, *madame*.

—Disfrútelo. Y, por cierto, aquí no decimos «*madame*» —dice riendo con alegría.

Cuando Joséphine sale al exterior, el sol empieza a asomar por encima de los edificios grises. Junto a la acera, ve una fila de taxis. Se acerca a uno de ellos.

—Hola. A la estación de tren, por favor.

Es la primera frase completa en inglés que dirige a una persona inglesa y se siente aliviada cuando el taxista responde con un gesto de asentimiento y arranca el coche sin que tenga necesidad de repetirle nada.

El siguiente obstáculo es la compra del billete de tren, una misión que resulta más complicada, puesto que la mujer que los vende balbucea algo relacionado con un trasbordo.

—¿Podría escribírmelo, por favor? —le pide Joséphine esbozando su sonrisa más dulce.

La mujer la complace amablemente y, poco después, Joséphine se encuentra a bordo de un tren, viendo pasar el paisaje inglés. Como se ha levantado muy temprano, está cansada y hambrienta, así que busca en el interior del bolso y saca los *croissants* que le empaquetó Soizic. Y, mientras los come, mira el papelito que la mujer le ha dado: «Paddington, 11.10. Euston, 12.15». Tiene algo más de una hora para hacer el trasbordo.

Cuando baja del tren en Paddington, la estación está abarrotada y se para un momento a asimilar la enorme cantidad de hombres con traje gris que van corriendo por todos lados. Sigue las indicaciones de la parada de taxis y enseguida encuentra una fila de taxis de color negro. Todo es muy diferente a su pequeño pueblo costero, pero está disfrutando de la aventura. Le enseña al taxista el papelito, el hombre hace un gesto de asentimiento, coge la maleta y la deposita en el maletero. Joséphine se acomoda en el asiento de cuero y se siente como una reina mientras circulan y observa los edificios altos de formas angulares. Soizic le ha dado un poco de dinero adicional por si acaso necesita buscar un hotel para pasar la noche. ¡Un hotel! ¡Para ella sola! ¡Y en un país extranjero! Se siente muy mayor.

El taxi se detiene delante de una estación. Joséphine paga al taxista y se dirige a uno de los mostradores de información para preguntar por el tren con destino Coventry.

—Andén doce —le dice la mujer del mostrador—. Sale dentro de cinco minutos.

¡Cinco minutos! Tendrá que darse prisa. Se aleja del mostrador y recorre frenéticamente con la mirada la estación. En cuanto ve el

andén número diez, corre hacia allí, mirando a derecha e izquierda para ver si consigue localizar el doce. ¡Ahí está! Cruza a toda prisa el acceso justo en el momento en que el jefe de estación hace sonar el silbato y sube al primer vagón. Exhala un suspiro de alivio. Hay cuatro hombres sentados en asientos encarados. El más joven le sonríe.

—Parece que lo ha conseguido —dice cuando el tren se pone en marcha.

Joséphine no entiende las palabras, pero capta el sentido y asiente cuando toma asiento y se coloca la maleta entre las rodillas.

—¿Quiere que le eche una mano? —pregunta el hombre levantándose y señalando la maleta.

—Gracias.

El hombre coge la maleta y la sube al portaequipajes que hay encima de su cabeza.

—¿Va muy lejos? —dice cuando vuelve a sentarse.

Joséphine intuye que debe de estar preguntándole dónde va.

—A Coventry —responde.

Una leve arruga cruza la frente del hombre.

—¿De dónde es usted?

Joséphine recuerda la pregunta de las clases de inglés de la escuela.

—Francia —dice.

El hombre refunfuña, abre el periódico y se concentra en la lectura. Al parecer, lo ha decepcionado. ¿Será por el acento o porque no ha entendido bien algo?

Cohibida, saca su libro del bolso, *La Gloire de mon Père*, que casualmente estaba leyendo cuando descubrió lo de su padre. Una coincidencia graciosa. Finge estar leyendo, pero en realidad su cabeza está demasiado inquieta para concentrarse. Le ruge el estómago, así que se lleva la mano al vientre y se ruboriza cuando ve que el joven levanta la vista del periódico.

De hecho, Joséphine lleva en el bolso una *baguette* con queso y jamón, aunque le da vergüenza sacarla y ponerse a comer delante de todo el mundo. Cuando el tren para en Coventry, sigue hambrienta, pero los nervios por saber que está ya tan cerca le impiden comer. Sube a otro taxi y le muestra la dirección al conductor, que intenta

luego entablar conversación.

—Lo siento, hablo muy poco inglés —dice Joséphine repitiendo la frase que aprendió en la escuela.

El taxista la deja delante de una verja que da acceso a una casa alta adosada a otra. No es pequeña, como la suya en Bretaña, aunque tampoco es que sea muy grande. Es el tipo de casa en el que viviría una familia. Joséphine duda un instante y, con la sensación de hambre totalmente olvidada, intenta controlar el ritmo de su respiración y coger fuerzas. Abre la verja y recorre el corto camino de acceso hasta la puerta de entrada. Una aldaba de bronce en forma de cabeza de oveja la mira con ojos inexpresivos; le recorre la espalda un escalofrío de aprensión. Finalmente, se arma de valor, acerca la mano a la aldaba y llama dos veces.

Una anciana le abre la puerta.

—Hola.

—Hola —replica Joséphine—. Estoy buscando a Sébastian Kleinhaus.

—¿Sébastian? —repite la anciana—. No vive aquí.

—*Zut.* —De pronto, Joséphine se desinfla y se siente agotada—. ¿Dónde vive?

—Justo tres puertas más abajo.

Joséphine frunce el entrecejo.

—¿Perdón?

—La acompañaré hasta allí.

La mujer coge una chaqueta que cuelga del perchero que hay junto a la puerta y se calza unos zapatos. Sale y recorre el camino de acceso. Joséphine la sigue. El corazón le late con fuerza cuando asimila que aquella mujer la está conduciendo hacia su padre.

—¿Cómo es que conoce al señor Kleinhaus? —pregunta la anciana cuando después de cruzar la verja gira hacia la derecha.

—Es…, es… —No puede soltarlo así de repente, ¿verdad?—. Mi madre lo conoció antes de la guerra.

Joséphine nota la mirada de la anciana sobre ella y se siente aliviada cuando giran y siguen un camino que lleva a otra casa. Sin ni siquiera llamar, la anciana abre la puerta.

—¡Maggie! —grita—. Soy Judy. Te traigo visita.

Baja por la escalera una mujer con un bebé en brazos.

—Hola.

Se para y mira a Joséphine.

—La señorita está buscando a Sébastian.

Joséphine extiende la mano, esperando que la mujer se la estreche, pero esta necesita unos segundos para liberar una mano del bebé. Se la aprieta débilmente. ¿Será la esposa de su padre? Está muy pálida y esboza una sonrisa tensa.

—Hola —dice devolviendo la mano al bebé.

¿Será el bebé su hermanastro?

—Quiero hablar con Sébastian Kleinhaus —dice con un inglés torpe y brusco. Está segura de que existe una forma más educada de decirlo, pero sus conocimientos del idioma son básicos.

—Está trabajando. Volverá por la tarde a última hora. Podría regresar hacia las siete y media.

Ve la maleta de Joséphine y frunce el ceño.

—Gracias.

Joséphine coge la maleta y da media vuelta. Son las tres de la tarde. Cuatro horas y media. Solo tiene que esperar cuatro horas y media; es poco tiempo, pero ahora le parece una eternidad.

## 64

*Coventry, 24 de junio de 1963*

## Sébastian

Sébastian aparca en el camino de acceso a la casa a las seis y media. Margaret está en la cocina, con el bebé asentado en su cadera mientras prepara la cena. Su boca esboza un mohín y Sébastian entiende que está preocupada por esa tos sibilante del niño. Se acerca a ella y la rodea por la cintura.

—¿Cómo está hoy el muchachito?

Maggie se vuelve hacia él y sonríe.

—Respira algo mejor, pero quiero mantenerlo erguido todo el rato. —Besa en la mejilla a su esposo—. Feliz cumpleaños.

—Gracias.

Sébastian coge al pequeño Luke, lo sujeta contra su pecho y le acaricia la espalda mientras aspira su olor a limpio. El bebé se retuerce, pero no emite ningún sonido.

—Hoy han venido a verte —dice Maggie mirándolo a los ojos.

Sébastian juega con los deditos de Luke: los coge y los suelta, observando cómo se mueven.

—¿Quién? —pregunta viendo que su esposa no le ofrece más información.

—Una mujer. —Lo mira fijamente—. Una mujer francesa.

El pulso de Sébastian se acelera y se le forma un nudo en la garganta. Traga saliva.

—¿Quién era?

—No me ha dejado ningún nombre, y se me ha pasado preguntárselo. Estaba liada con el bebé.

—¿Y qué ha dicho? —pregunta, y nota el temblor en su voz.

—Su inglés no era estupendo, la verdad. Pero le he dicho que vuelva a las siete y media.

Luke tose flojito y Sébastian nota que su cuerpecito se queda flácido, como si la tos hubiera agotado sus últimas reservas de energía. Su respiración suena superficial.

Maggie extiende los brazos para coger al pequeño.

—Voy a darle un poco más de jarabe para la tos. ¿Te encargas tú de acostar a Philip?

—¡Papá!

Philip, ya en pijama, llega correteando con un cochecito en la mano.

Sébastian se agacha y coge el juguete.

—¿Es para mí? Gracias.

Toma a su hijo en brazos y sube con él a la planta de arriba. Y, mientras lo hace, consulta el reloj: las siete. Maggie ha puesto la mesa y cenan los dos, pero el ambiente está cargado y Sébastian ha perdido el apetito. No puede evitar mirar continuamente el reloj de la cocina, esperando.

El timbre suena a las siete y media en punto. Sébastian inspira hondo, se dirige a la puerta y la abre.

Es una chica. Los sonidos de los coches y de las voces de los vecinos se amortiguan y el paso de los años recula de repente, devolviendo a Sébastian a París. Se siente mareado, como si estuviera en un sueño. La mujer de la puerta es Élise, aunque a la vez no es Élise. Su cabello no se parece en nada al suyo: es rubio y ondulado, y sus ojos no son verdes como los de ella. Los colores no tienen nada que ver con Élise, pero es su cara. El parecido es sorprendente. Todavía no es una mujer, es más bien una niña. Debe de estar emparentada con Élise, aunque es imposible saberlo. Sébastian se lleva la mano al corazón, que retumba con fuerza en su pecho, y retrocede un paso.

—¿Hola? —Añade una inflexión a la palabra, transformándola en una pregunta.

—*Bonjour* —replica la chica. Y, entonces, se rasca la frente con el meñique, un gesto que obliga a Sébastian a retroceder en el tiempo, devolviéndolo a Élise—. ¿Podría hablar con usted? —continúa en francés.

Sébastian abre más la puerta. Quiere que la chica entre para cerrar, para sentarse y encajar las piezas de ese rompecabezas. Se pregunta

un momento si será la hermana menor de Élise, Isabelle, ya crecida, pero tenía diez años en 1944, así que ahora tendrá casi treinta. La chica de la puerta no los tiene ni de lejos.

La muchacha cruza el umbral, entrando en su casa, y Sébastian la hace pasar al salón. Se quedan un momento sin hacer nada, incómodos, y Sébastian nota que ella está recorriendo la estancia con la mirada, absorbiendo todos los detalles, como las fotografías de familia de la repisa de la chimenea o los perritos de porcelana de la vitrina, y lo ve todo a través de los ojos de ella. Ve su familia.

—*S'il te plaît, assieds-toi*. —La invita a sentarse, tuteándola de inmediato.

La chica se alisa el vestido y se coloca en el borde del sofá, como un pajarillo en una rama, dispuesta a echar a volar a la menor incidencia. Sébastian quiere que se sienta cómoda, pero no sabe cómo hacerlo. Piensa en que debería haberle dicho que le diera la chaqueta para colgarla.

—Mi esposa me ha dicho que has venido antes. —Intenta que el tono de su voz suene desenfadado; intenta esconder el miedo que le escuece en la garganta.

La chica se limita a mirarlo.

—¿Te apetece un té? —le pregunta.

La chica niega con la cabeza. Sus luminosos ojos azules se oscurecen una pizca y Sébastian se da cuenta de que está esperando algo.

—Te pareces a alguien que conocía —dice. Los ojos de la chica desprenden algo más de luz—. A Élise —continúa Sébastian—. Ella… —No sabe cómo decirlo, cómo decir que murió. Hay palabras que son impronunciables.

Desea que ella lo ayude, pero los ojos de la chica no dejan entrever nada.

—Élise y yo tuvimos una relación muy estrecha. —Dios, qué débil suena eso. Decide cambiar de táctica—. ¿Qué puedo hacer por ti? —¿Pero qué le pasa? Ahora habla como un vendedor.

—Estuvo en París durante la guerra, ¿verdad?

Sébastian asiente con la cabeza, totalmente confuso. Lleva quince años sin pisar Francia.

La chica frunce el ceño y entre sus cejas se forma una delicada arruga.

—¿Volvió después de la guerra?

Es una afirmación, pero la chica le añade una inflexión al final que convierte la frase en una pregunta.

Sébastian la estudia. Hay algo en la forma de su cara, y en sus ojos.

—Sí, volví, cuando me pusieron en libertad. —Mira hacia la ventana mientras sus pensamientos retroceden en el tiempo. Cambia de postura en el sillón, se inclina hacia delante y descansa la cabeza en sus manos—. ¿Cómo te llamas?

—Joséphine —responde la chica.

—Joséphine —repite él, como si estuviera probando el nombre—. ¿Quién eres, Joséphine?

Joséphine responde con una pregunta.

—Dice que volvió a París después de la guerra, ¿qué pasó entonces?

—Pasó que allí ya no quedaba nada para mí. Y por eso regresé a Inglaterra.

Sébastian la mira a los ojos y es como si estuviese viendo la imagen de Élise tantísimos años atrás.

—No sabe quién soy, ¿verdad?

No es del todo cierto. Lo sabe. Lo sabe y no lo sabe, porque es imposible.

—¿Eres pariente de Élise?

—Es mi madre. —Suspira y mira hacia el otro lado—. Su padre le mintió —dice Joséphine en voz baja—. *Maman* no murió. Me tuvo en abril, ocho meses después de que usted se marchase de París.

El golpe lo deja noqueado. Sébastian se levanta de un salto, con la respiración atascada en su garganta. De pronto, el aire entra de nuevo en sus pulmones y los deja doloridos. Es su hija. La hija de Élise. La hija de los dos.

—¿Está viva Élise? —pregunta desesperado.

Joséphine asiente. Sébastian se lleva las manos temblorosas a la cara. Una vida entera pasa por delante de él. La vida que podía haber tenido. La vida con Élise y su hija.

—¡Pero si le escribí! ¡Le escribí!

—Nunca recibió las cartas. Su padre las escondió.

Sébastian se lleva la mano al pecho, a su corazón palpitante. Cierra los ojos, incapaz de asimilar todo eso. Cuando los abre de nuevo, Joséphine lo está mirando. Sébastian vuelve la cabeza hacia las fotografías de la repisa de la chimenea, hacia su familia. Y dirige la vista otra vez a Joséphine. No puede unir ambas cosas.

Joséphine sigue la mirada de su padre hacia la chimenea.

—¿Por qué no la buscó más? —Se levanta y se planta delante de él —. ¿Por qué no nos encontró?

—Porque me lo creí, creí a aquel loco. Pensé que la habían matado. —Está tan confuso que le cuesta pensar. No entiende cómo pudo creer a pies juntillas al padre de Élise. Y no entiende por qué la verdad ha tardado tanto tiempo en ver la luz—. ¿Cómo me has localizado? — pregunta tartamudeando.

—Por las cartas. El mes pasado descubrí su existencia. Viajé a París y conocí por fin a mi abuelo. Las cartas hicieron llorar mucho a mi madre.

—¿Dónde está Élise? ¿Por qué no ha venido? ¿Por qué no ha venido contigo?

Los ojos de Joséphine regresan a las fotografías de la repisa de la chimenea.

—He querido venir sola. —Hace una pausa—. No quería que estuviese presente si…

—¿Si qué?

—Si resultaba que había formado otra familia.

Sébastian vuelve a cerrar los ojos, imaginándose el dolor que sentirá Élise cuando se entere de que él ha seguido adelante con su vida.

—Jamás la olvidé —dice en voz baja.

Desea abrazar a su hija. Desea decirle que durante todos estos años la ha echado de menos con todo su ser, que la vida nunca ha sido completa sin ella. Sin Élise.

Se abre un poco la puerta. Es Maggie; parece agotada.

—He preparado una cama en la habitación de Luke. —Mira a Sébastian y luego a Joséphine—. Para nuestra invitada.

—Gracias, Maggie —dice Sébastian pasando al inglés.

Por la mirada de su esposa, adivina que ya imagina quién es la chica. Imagina que ha debido de saberlo nada más verla.

—¿Te quedarás aquí esta noche? —se vuelve para preguntárselo en francés a Joséphine.

—*Merci*, gracias —dice Joséphine ruborizándose, y Sébastian se pregunta si tendría planes para alojarse en otra parte.

—Estoy muy cansada —dice Maggie—. Me voy a la cama.

Sin esperar respuesta, da media vuelta y se va.

Sébastian y Joséphine se quedan de nuevo solos, el uno frente al otro. Durante un momento, ninguno dice nada. Joséphine está tan quieta y callada que Sébastian no puede evitar recordar el comportamiento de Élise cuando se conocieron. Sabe que tendrá que ir despacio.

—¿Te apetece comer algo? —Se siente más cómodo con las cuestiones prácticas.

—*Merci* —dice Joséphine.

Lo sigue hasta la cocina y vuelven a sentirse incómodos.

—Te prepararé una tostada.

Sébastian coge la barra de pan de la cesta, enciende el gratinador del horno y coloca dos rebanadas debajo.

—¿A qué se dedicaba durante la guerra? —La pregunta suena de repente, justo cuando Sébastian está buscando el plato de la mantequilla. Se queda paralizado, inspira hondo y se vuelve hacia ella. Comprende que es una pregunta que debe de llevar dándole vueltas en la cabeza desde que ha descubierto su existencia.

—Cuando empezó la guerra, estaba en las Juventudes Hitlerianas. —Tenía que comenzar por el principio—. ¿Sabes lo que era?

—No muy bien —reconoce Joséphine.

—Era un programa para niños menores de dieciocho años. El método que empleó Hitler para producir un ejército joven y leal. Yo tenía dieciséis años cuando hicieron obligatorio alistarse. —Tiene la sensación de que está excusándose, y no es lo que quiere transmitir—. Hubo chavales que se resistieron a ello. Formaron otros grupos, como los Leipzig Meuten o los Piratas de Edelweiss; se negaron a obedecer y vestían ropa distinta, escuchaban jazz e incluso llevaban el pelo largo.

—Se queda callado, recordando que aquellos chicos acabaron en la cárcel y probablemente murieron en ella. Le da la vuelta al pan—. Pero yo no me apunté a ninguno de esos grupos. Era un conformista. Lo éramos todos en mi familia. —Sobresaltado, comprende que está hablando también de la familia de ella, de sus abuelos—. Me enviaron a París como traductor. Y allí conocí a tu madre.

—Sí, eso me contó. ¿Y qué tenía que traducir?

—Cartas, básicamente. Cartas de denuncia. —Joséphine lo mira como si estuviera esperando más, pero Sébastian no puede justificarse —. Joséphine… —No puede obligarla a que de pronto le guste su padre; tendrá que formarse su propia opinión—. No voy a fingir que fui un hombre valiente. Era una oveja más del rebaño y viví aterrorizado desde los dieciséis años hasta que conocí a tu madre. Es mucho tiempo viviendo con un miedo constante, y no me siento orgulloso de ello. Creo que muchos hicimos cosas de las que ahora nos arrepentimos. Pero no estoy excusándome de nada.

Mira a Joséphine.

—No fui ningún héroe. —Le sostiene la mirada—. Lo siento. —Las palabras se atascan en su garganta. Nunca se ha disculpado, nunca ha pedido perdón. Se seca los ojos y traga el nudo que se le ha formado en la garganta—. Lo siento —repite.

—No sé mucho sobre la guerra. La gente no habla de ello. Mi madre nunca me dijo que usted era mi padre.

Sébastian suelta la tostada que acaba de coger.

—¿Qué?

—Siempre fingió que mi padre era un francés llamado Frédéric. Descubrí la verdad el mes pasado, cuando encontré mi partida de nacimiento.

—¿El mes pasado? —Las palabras se le atascan en la garganta.

Joséphine asiente.

—Sí, pasé de tener a un héroe francés como padre a tener a un…, un alemán. Mi madre pensó que era mejor para mí no saberlo. Que no lo supiera nadie.

Élise había negado su existencia. ¿Cómo era posible que lo hubiera borrado de esa manera? ¿Qué habría hecho Élise con todos los

recuerdos que tenía de él?, ¿habría conseguido eliminarlos? No podía entender cómo era posible. Él los había atesorado, todos y cada uno de ellos, los reproducía constantemente en su cabeza, incluso después de conocer a Maggie. Jamás podría haber olvidado a Élise de esa manera. Una sensación intensa de dolor y traición abrasa de repente a Sébastian.

## 65

*Coventry, 24 de junio de 1963*

### Sébastian

Maggie ha dejado la lámpara de la mesita de noche encendida y ha trasladado la cuna de Luke a los pies de la cama. Sébastian mira a su hijo dormido, lleva la mano a su diminuto pecho y palpa el ritmo regular de su latido.

Se acerca a su lado de la cama, se desnuda, deja la ropa colgada del respaldo de la silla y se pone el pijama. Luego, apaga la lámpara y se acuesta.

Maggie se vuelve hacia él.

—Has estado mucho rato —susurra.

—Le he preparado una tostada. Joséphine tenía hambre.

—¿Me cuentas algo sobre ella?

Está cansado y preferiría no tener que contar nada esta noche, pero sabe que no puede esperar hasta mañana.

—Maggie —dice—, Élise no murió. —Maggie sabe lo de Élise o, mejor dicho, sabe lo que Sébastian ha querido contarle. Hechos, poco más. Porque, aun habiendo querido, no habría sido capaz de explicarle lo que sentía por ella—. Su padre me mintió. No la mataron.

—¿Sigue viva?

—Sí. —Suelta el aire de sus pulmones e intenta serenarse antes de pronunciar sus siguientes palabras—: Tuvo una hija. Joséphine, mi hija.

—Lo sabía —dice Maggie a oscuras—. Lo supe en cuanto la vi.

—Élise nunca le habló de mí. Le contó a Joséphine que su padre era otro. —Decir eso le parte el corazón. ¿Cómo pudo borrarlo de su vida de esa manera?—. Joséphine se enteró de la verdad hace solo un mes.

Maggie se coloca bocarriba y busca la mano de su esposo bajo las sábanas, pero Sébastian no se mueve. Sigue tumbado con los ojos

abiertos, mirando la oscuridad, pensando en todo lo que ha visto de Élise en Joséphine: su forma de apoyar el mentón sobre las manos cuando está pensando, su profunda y penetrante mirada, su forma de sonreír con la boca cerrada y los hoyuelos que se le forman en las mejillas. Sus expresiones la delatan, igual que sucedía con Élise. Sébastian llegó a entender que Élise podía estar diciendo una cosa a la vez que pensaba otra, sabía que intentaba esconder su miedo y sus inseguridades fingiendo aplomo cuando en realidad temblaba por dentro. Ve que Joséphine ha hecho lo mismo con ese viaje a Inglaterra y piensa en el miedo que debe de haber pasado cuando se ha plantado en la puerta de su casa sin saber qué esperar. Y, cuanto más piensa en Élise, más crece su dolor. ¿Llegaría a odiarlo? Se pregunta qué le habrá contado Élise a Joséphine. ¿Le habrá contado lo de aquel día que le dio un puntapié a un cartel que prohibía el paso a los judíos? ¿Que él la rescató de los cuarteles generales de la Gestapo? ¿Le habrá contado aquel pícnic en la habitación del hotel, cuando soñaron en la vida que vivirían juntos? Se pregunta si Joséphine se sentirá satisfecha con lo que se ha encontrado o si esperaba otra cosa.

—¿Estás pensando en ella? —La pregunta de Maggie lo devuelve al presente.

—Sí —reconoce—. Estaba pensando en las dos.

—¿Se parece a su madre?

—Sí, se parece.

—Tiene tus ojos. Como Philip. —Maggie duda un instante—. ¿Se ha casado Élise?

—No lo sé. No se lo he preguntado.

En realidad, sí lo sabe. Sabe que no. Y también sabe la pregunta que quiere formular Maggie, pero no se atreve.

—Esto no cambiará nada entre nosotros. —Sébastian intenta sosegar sus pensamientos—. Es el pasado. Ya he superado el duelo por ella.

Presiona la mano de Maggie bajo las sábanas, pero no se vuelve hacia ella. Sigue mirando el techo en la oscuridad.

## 66

*Coventry, 25 de junio de 1963*

## Joséphine

Lo primero que piensa Joséphine cuando se despierta es que está en casa, en Trégastel, pero entonces recuerda: está en Inglaterra y su padre está aquí también. La idea le provoca un escalofrío de emoción y, al mismo tiempo, una punzada de añoranza al pensar en la familiaridad de su casita de siempre, en su madre y Soizic. Oye ruidos abajo: un niño parloteando, movimiento de cubiertos, la voz de su padre.

Cuando ayer por la tarde le abrió la puerta vestido con traje oscuro y corbata azul marino, pensó que tenía un aspecto pulcro y refinado. No parecía de ese tipo de hombres que se enfadan, gritan o maldicen. Y luego le preparó una tostada en la cocina vestido aún de traje. Pero había intuido cierta frialdad por parte de su esposa, Maggie. Confía en no tener que pasar el día a solas con ella y los niños. Solo con el inglés de la escuela, la comunicación es muy limitada y no reconoce haber oído en clase la mayoría de las palabras que le dicen. Se levanta y va al cuarto de baño. Se asea, se pone el mismo vestido que llevaba el día anterior y baja por la estrecha escalera con cuidado, para no despertar a nadie.

—*Bonjour*, Joséphine —dice su padre en cuanto entra en la cocina —. ¿Una tostada?

Ya conoce la palabra y sonríe.

—*Oui, s'il te plaît.*

Acaba de pasar automáticamente al tuteo. La sonrisa de Sébastian le da a entender a Joséphine que se ha dado cuenta.

—Siéntate —continúa Sébastian en francés—. Puedes ponerte al lado de Philip.

En casa, daría los buenos días a Soizic y a su madre con un beso en

cada mejilla, pero su instinto le da a entender que no es lo que se espera de ella aquí, de modo que se limita a decir «hola» a Philip y se sienta en un taburete a su lado, junto a la encimera de la cocina. Philip está en una trona y agita un trozo de tostada blanda a modo de saludo. Tiene las mejillas cubiertas de pegajosa mermelada y migas.

—¿Té? —pregunta su padre.

Normalmente, por las mañanas, se toma un tazón de Ricoré —una mezcla de achicoria y café—, pero supone que aquí no tendrán.

—Sí, gracias.

Su padre hierve agua y la vierte en una tetera, que acto seguido cubre con una funda de lana. Todo es muy diferente a su casa.

—Me he tomado el día libre. —Su padre se vuelve hacia ella—. Para que podamos pasar un poco de tiempo juntos.

Lo dice de una forma tan simple, tan cariñosa que parece que querer pasar tiempo con ella sea la cosa más natural del mundo. Joséphine observa las manos de su padre mientras le sirve el té. Sus dedos son largos y, entre el índice y el corazón, tiene una pequeña marca marrón en forma de cuarto creciente. Joséphine levanta la mano y mira la marca marrón que tiene en la base del dedo índice: es la misma. Los ojos le escuecen por las lágrimas que no derrama. Parpadea para evitarlas y se vuelve hacia Philip, que le está dando golpecitos en el brazo con una cuchara.

—Supongo que es la primera vez que estás en Inglaterra —dice su padre.

—Sí.

—Hoy te llevaré a Coventry. Te enseñaré cómo es una ciudad inglesa moderna.

—Gracias.

Joséphine siente un escalofrío de emoción al pensar en explorar la ciudad. Se vuelve y pellizca con suavidad y cariño la mejilla pegajosa de Philip.

—¿Nos llevaremos con nosotros al pequeño?

Philip sonríe, como si la hubiera entendido.

—¿Cuántos años tiene? —pregunta Joséphine.

—Cumplió dos la semana pasada. Puedes hablarle en francés si

quieres. Yo lo hago a veces, y da la impresión de que lo capta tan bien como el inglés.

—¿Y el alemán? —pregunta por impulso Joséphine—. ¿Hablas alemán con él?

—No —responde su padre—. Creo que dos idiomas son más que suficiente para un niño, ¿no te parece? —La mira de modo inquisitivo.

—Sí, supongo que sí.

—Tenemos mucho de qué hablar, Joséphine. —Sébastian apoya la mano en el hombro de su hija—. Tengo ganas de disfrutar del día.

Otra vez, su padre diciéndole lo mucho que desea conocerla. Y Joséphine no puede evitar notar que un cálido resplandor la ilumina por dentro.

## 67

*Bretaña, 1 de julio de 1963*

## Élise

La carta de Joséphine no llega hasta pasada toda una semana. No es que estuviera preocupada, pues es una chica sensata; lo que pasa es que cuando se fue todavía estaba bastante enfadada conmigo y me moría de ganas de tener noticias de ella, de saber que está bien.

El sobre va dirigido a Soizic y a mí, pero, cuando lo abro, descubro dos sobres más en su interior, uno de ellos solo con mi nombre. Lo guardo en el bolsillo de mi vestido y abro el otro. Leo en voz alta para Soizic.

> Chère maman, Soizic:
> Tengo la sensación de que mi mundo se ha vuelto patas arriba y de que ya no soy la persona que creía. Hay toda una parte de mí que ni siquiera sabía que existía. Es como si hubiera crecido conociendo tan solo la mitad de mi persona. Me gustaría quedarme más tiempo aquí. Mi padre tiene esposa y dos hijos. Me gustaría conocerlos mejor.

Mi corazón se detiene por completo. Siento náuseas. ¡Esposa! ¡Dos hijos! ¿Cómo puede decirme Joséphine tan tranquilamente que Sébastian tiene una familia, como si eso fuera lo más natural del mundo? Las palabras se vuelven confusas y flotan a mi alrededor. Busco el canto de la mesa para asirme a ella y me obligo a asimilar la información y ponerla en perspectiva. Sébastian ha iniciado de nuevo su vida. Me ha olvidado.

Por supuesto, había considerado esta posibilidad, pero nunca había

creído en ella. Y ahora está aquí, mirándome en blanco y negro. ¿Cómo es posible que se haya casado con otra?, ¿que haya tenido hijos con otra? Se suponía que todas esas cosas teníamos que hacerlas juntos.

Miro a Soizic y lo veo en sus ojos: lástima. Tengo que alejarme de ella.

Pero, antes de que me dé tiempo a abrir la puerta, noto su mano en mi hombro.

—Joséphine volverá pronto a casa. Solo necesita un poco de tiempo.

—¡Tiempo! —le espeto—. ¡Eso es lo que nos has robado tú a las dos!

Me suelta y su mirada se vuelve fría.

—Te di un hogar cuando nadie te lo hubiera dado.

—¡Sí! ¿Pero a qué precio? —La miró también—. ¡Me has hecho pagar por ello!

Soizic se queda blanca. Cierra la boca con fuerza.

—¡Me obligaste a mentirle!

Soizic se aparta, como si acabara de cruzarle la cara con un bofetón. Pero entonces, rápidamente, se vuelve de nuevo hacia mí.

—¡Fue un precio bajo! Joséphine se ha criado sin tener que soportar la carga del pasado. Y está viva. ¡Está viva!

Su última palabra sale en forma de sollozo y comprendo que está pensando en su hija. La hija que nos ha atormentado y cuya tumba ni siquiera somos dignas de visitar, ni Joséphine ni yo.

Soizic se serena y la sangre regresa a su cara.

—Cuando apareciste en la puerta de mi casa, la guerra no había ni terminado. Teníamos que protegernos, y proteger a Joséphine. Era la única manera.

No puedo hablar sobre el tema, ahora no. Paso junto a Soizic y salgo de la casa. Pongo rumbo al mar. La marea está muy baja y tengo el viento en contra: me alborota el pelo, me lo despega de la cara. Camino por la playa en dirección a la Île aux Lapins, accesible en este momento. Me descalzo y recorro el ancho sendero cubierto de guijarros y conchas rotas hasta ella. Me encaramo a la roca más grande de la isla, metiendo los pies en huecos y bordes e

impulsándome con las manos. Cuando por fin llego al punto más alto, me siento ahí, de cara al mar. Dejo correr mis pensamientos. Pienso en que, anulando su existencia, le he negado un padre a mi hija. Pienso en que cambié un padre por un hogar. Me seco las lágrimas de autocompasión y me maldigo por haberle hecho caso a Soizic. ¿Cuántas veces he deseado contarle a Joséphine toda la verdad sobre su padre y he acabado racionalizando mis sentimientos, diciéndome que lo mejor para todo el mundo era que ella no lo supiera, no por el momento, que era mejor esperar a que fuera lo bastante mayor para entenderlo? Pero ahora tengo la sensación de que, por entre las paredes que he construido a nuestro alrededor, se ha filtrado un vendaval que ha levantado años y años de basura y me la está lanzando contra la cara, asfixiándome. ¿Por qué no hice caso a mi corazón?

Pienso en Sébastian. ¿Qué habrá escrito en su carta? No lo culpo por haber iniciado una nueva vida, simplemente pienso que yo debería haber hecho lo mismo. Pero he estado viviendo como si fuera una sombra de mí misma. Empecé a sentir terror hacia los hombres; luego, odio. El único hombre que habría dejado que se acercase a mí era Sébastian, pero, al darlo por muerto, cerré por completo esa parte de mi persona. Lo único que me importaba era Joséphine, y verla crecer sana y salva era todo lo que deseaba.

Las voces de unos niños jugando me hacen volver la cabeza. Veo una mujer persiguiendo a dos niñas que se han escondido detrás de una roca. Las niñas gritan felices cuando la madre las pilla. Solía venir aquí con Joséphine; construíamos castillos de arena cuando la playa estaba húmeda, cogíamos cangrejos en los charcos que se formaban entre las rocas y, luego, los soltábamos y veíamos como volvían marcha atrás hacia el mar. Me pregunto si ella recordará esos momentos, si recordará los pasteles que le preparaba para su cumpleaños, los cuentos que le contaba a la hora de acostarse. O si solo recordará que le he mentido. Soizic ha dicho que Joséphine necesita tiempo, pero sé muy bien el daño que el tiempo puede llegar a hacer. Sé que el tiempo es capaz de llevarse tan lejos a tus seres queridos que su regreso se vuelve imposible. ¿Habré perdido a mi hija

ahora que ha encontrado a su otra familia, la familia que nunca le escondió sus secretos?

—*Les filles*, ¡hora de volver a casa! —oigo que grita la madre—. Empieza a subir la marea.

Las niñas corren hacia ella y cada una le coge una mano. Veo cómo se marchan, siguiendo el camino lleno de guijarros y conchas que separa la isla de la playa. El oleaje está subiendo, cerrando poco a poco el paso. Veo cómo se vuelve cada vez más estrecho. Cojo la carta de Sébastian.

> Chère Élise:

Siempre me llamaba «Lise». Que haya escrito «Élise» establece una distancia entre nosotros y no sé si voy a ser capaz de leer sus siguientes palabras.

> ¡Estás viva! ¡Y tenemos una hija preciosa! Mi corazón se ha llenado de alegría, pero también de tristeza por saber que no volvimos a encontrarnos. Nunca he dejado de pensar en ti y nunca he dejado de amarte.

¿Por qué tiene que decir esto? Debe de haber dejado de amarme: se ha casado con otra.

> Fui un idiota. Fui un idiota al creerme a tu padre cuando me dijo que te habían matado. El dolor me superó de tal modo que fui incapaz de ver la verdad. Perdóname, por favor.

Las lágrimas que inundan mis ojos vuelven neblinoso el escrito. Miro hacia otro lado, parpadeo y sigo leyendo.

> Nunca he podido amar a nadie como te amé a ti, Élise. Pero alguien llegó a mi vida.

No puedo seguir leyendo. Levanto la vista y, con los ojos borrosos, advierto que la marea ha subido y el camino arenoso ha desaparecido. La madre y sus hijas pasean por la playa cogidas de la mano, balanceando los brazos, como si nada en el mundo les importase.

Tendría que volver a casa mientras el camino solamente esté cubierto por medio palmo de agua, pero me resulta imposible moverme. Estoy paralizada. Sigo sentada en la roca, con la carta arrugada entre mis manos, y miro hacia el mar, sin fijar la vista en nada. Noto que desaparezco, que me confundo con la nada, que estoy suspendida en el tiempo. No tengo dónde estar, no tengo dónde ir. Oigo el oleaje subiendo, cobrando fuerza, y sigo sin poder moverme. El viento silba entre las rocas, bordeando sus perfiles afilados, y doblega las escasas briznas de hierba. El mismo viento que acaricia con delicadeza mi cabello, que me susurra, y de pronto me doy cuenta de que ya no tengo miedo, de que ya no queda nada que me dé miedo. La verdad se ha liberado. Escucho el ritmo atemporal de las olas, besando las rocas, retirándose, entrando de nuevo. Me siento ingrávida, como si pudiera flotar en el aire. Cierro los ojos y sincronizo mi respiración con el sonido del mar.

## 68

*Coventry, 4 de julio de 1963*

### Sébastian

Joséphine lleva aquí diez días cuando una llamada en la puerta rompe lo que se ha convertido en la rutina mañanera. Es el cartero; trae un papel marrón.

—Telegrama —anuncia entregándoselo a Sébastian.

Sébastian lo acepta. El mensaje es tan breve que sus ojos lo han leído entero antes de que su cabeza capte el hecho de que en realidad no va dirigido a él, sino a Joséphine.

> Tu madre ha tenido un accidente. Está en el hospital. Vuelve a casa.

¡Élise! ¡Élise está en el hospital! Con el pulso acelerado, Sébastian cierra la puerta. ¿Qué habrá pasado? ¿Y si ha sufrido un espantoso accidente de coche? ¿Cómo decírselo a Joséphine?

Entra en la cocina estrujando el papel, pero lo despliega y se lo muestra a su hija con manos temblorosas.

—Joséphine, se trata de tu madre.

Joséphine lo coge sin decir palabra. Lo lee en un segundo y lo deja caer.

—¿Qué es esto? —dice con los ojos abiertos de par en par.

Maggie se agacha para recoger el papel. Pasa la vista de Sébastian a Joséphine y los mira una segunda vez. El silencio en la cocina es tan tenso que puede cortarse.

Philip grita entonces «¡Papá!», como si quisiera devolver a todo el mundo a la realidad.

Sébastian entra en acción y abraza a su hija para intentar tranquilizarla.

—Está en el hospital. Estarán cuidando de ella. Se pondrá bien.

Sus palabras suenan patéticas y se odia a sí mismo por pronunciarlas, por haber mantenido tan egoístamente a Joséphine aquí cuando debería estar ya de vuelta en su casa.

—¿Élise está en el hospital? —pregunta Maggie en busca de confirmación.

—Sí —responde Sébastian—. Joséphine tiene que irse.

—Podrías pedir a los vecinos que te dejen usar el teléfono —sugiere Maggie—. Llamar al hospital.

Tiene razón. Podría hacerlo.

—¿Conoces el nombre del hospital más cercano a tu casa? —le pregunta Sébastian a Joséphine, aliviado por poder hacer algo práctico.

—Sí, es el de Lannion.

—Voy a casa de los vecinos a llamar.

—¿Puedo ir contigo? —dice Joséphine con un hilo de voz.

Sébastian asiente y salen juntos de casa.

Los vecinos están desayunando y, cuando ven la cara de pánico de Sébastian, le dicen que por supuesto que puede utilizar el teléfono, aunque sea para llamar a Francia. Sébastian se pone primero en contacto con la operadora y consigue el número del hospital. Después, lo marca. Su dedo tiembla cuando lo mete en el cero y hace rodar el disco hasta que emite un clic. Luego, pasa al número siguiente. La marcación se hace eterna y su corazón late más rápido cada vez que el disco gira.

—*L'hôpital* —responde una voz femenina.

—*Bonjour, madame* —dice Sébastian—. Acabo de recibir un telegrama informándome de que Élise Chevalier ha sido hospitalizada. ¿Podría confirmarme, por favor, que está ahí?

—¿Quién llama, por favor?

¿Quién es él ahora? Sébastian se queda dudando.

—Llamo en nombre de su hija, que está aquí a mi lado. Joséphine Chevalier.

—Sí, Élise Chevalier está ingresada aquí.

—¿Podría decirme cómo está?

—Sigue todavía en coma.

—¿En coma? —Sébastian aprieta con fuerza el auricular. La línea del nacimiento del pelo y las palmas de las manos se le empapan de sudor.

—Sí, lo siento. ¿No lo sabía?

—No. ¿Qué pasó?

—La encontraron en el mar, delante de la Île aux Lapins. Los socorristas consiguieron sacarla.

«¡En el mar!». Sébastian desearía preguntar qué estaba haciendo allí, pero, en cambio, dice:

—Mañana estaremos ahí.

Con el corazón retumbándole contra las costillas, Sébastian seca el auricular con el pantalón antes de colgar y se vuelve hacia Joséphine.

—¿En coma? —murmura ella, pálida como un muerto.

—Hoy mismo salimos para allí, Joséphine.

La abraza y la estrecha contra su pecho. Joséphine no emite ningún sonido y está rígida como una piedra.

## 69

*Coventry, 4 de julio de 1963*

## Sébastian

Tiene que llevar a Joséphine a su casa, con su madre. En un rincón secreto de su corazón, Sébastian deseaba realizar ese viaje con su hija, aunque no de esta manera, no en tal estado de pánico y terror.

Hace rápidamente la maleta y duda un momento al abrir el cajón de los calcetines. No sabe cuánto tiempo estará fuera. Nota los ojos de Maggie clavados en su espalda y se vuelve.

—Volveré… —Pero no sabe qué decir—. Volveré en cuanto pueda.

Y tampoco sabe a qué se refiere con eso. ¿Se refiere a que volverá cuando Élise salga del coma? ¿Y si no sale? ¿Se refiere a que volverá cuando esté preparado para hacerlo? ¿Y si nunca consigue estarlo? ¿Y si no puede marcharse nunca más de allí?

Pero eso es ridículo, se dice. Aquello fue en otra vida, en otra época. Ahora ama a Maggie. Lo hace por Joséphine y, en cuanto la haya dejado sana y salva en su casa, regresará a Inglaterra. No estuvo presente durante la infancia y la adolescencia de su hija, pero ahora está aquí para lo que ella necesite. Y esto tiene que hacerlo; no le queda otra elección.

—Sébastian… —Maggie entra en la habitación y se coloca a su lado. Descansa la cabeza sobre el hombro de su marido—. Espero que todo le vaya bien. —Pero Sébastian no sabe muy bien si se refiere a Élise o a Joséphine.

Por la tarde, Maggie los acompaña en coche hasta la estación. Joséphine va sentada atrás, con Philip en la falda y Luke envuelto en una mantita y dormido en el asiento. Sébastian mantiene la mano sobre la rodilla de Maggie durante todo el camino para darle a entender que su corazón sigue perteneciéndole, pero en el fondo le parece un gesto patético. ¿Por qué no puede decírselo y ya está? Lo ha

intentado, aunque las palabras no le salen.

Maggie aparca y salen todos de la parte trasera, excepto Luke, que está profundamente dormido. Sébastian se inclina hacia Maggie y le da un breve beso en los labios.

—Te quiero —murmura al apartarse.

Sébastian nota que Joséphine se pone tensa. Se vuelve entonces hacia Philip, que le ha dado la mano a Joséphine y parece enfurruñado. Lo levanta del suelo y lo abraza. Será la primera vez que pasa una noche alejado de su familia y se siente mal por despedirse así.

—Adiós, Joséphine. —Maggie la coge por ambos hombros—. Espero que tu madre se recupere pronto.

Joséphine le da un beso en la mejilla y echa a andar con su padre hacia la estación. Sébastian mira hacia atrás un momento por encima del hombro, pero Maggie ya está metiendo de nuevo a Philip en el coche.

Joséphine y Sébastian se sientan el uno frente al otro en el tren. Joséphine mira por la ventanilla el paisaje que pasa a toda velocidad. Sébastian piensa en su primer viaje en tren en ese país, cuando se sentía asustado y solo y no tenía ni idea de cómo iban a tratarlo los ingleses.

—¿Crees que se pondrá bien? —dice de repente Joséphine sin mirarlo.

—Sí, por supuesto.

Aunque es evidente que no tiene ni idea, y Joséphine lo sabe. Lo pregunta simplemente en busca de consuelo y tranquilidad, y Sébastian hace lo que hacen los padres: consolar a su hija.

—Es buena nadadora —repite Joséphine por centésima vez—. La corriente debía de ser muy fuerte.

—Sí, hay corrientes submarinas capaces de arrastrarte hacia abajo. Tienen un nombre, pero ahora no lo recuerdo.

Joséphine se vuelve con una expresión inquisitiva, como si estuviera preguntándose cómo es posible que sepa eso. Y enseguida gira la

cabeza de nuevo hacia la ventana.

—Es todo tan pulcro, ¿verdad? —dice Joséphine con un tono de voz que suena muy lejano.

Sébastian sigue la mirada de su hija: está observando los campos verdes, divididos en parcelas mediante arbustos y muretes de piedra.

—¿Te gusta esto? —murmura Joséphine sin apartar los ojos del paisaje.

—Sí. Ahora es mi casa.

—¿Y Alemania?

Sébastian le ha contado ya cosas sobre sus padres —los abuelos de ella— y sobre su querida abuela, que perdió la vida durante el bombardeo de Dresde.

—Allí no queda nada para mí.

—¿Me contarás cosas sobre Alemania, sobre la guerra, sobre todo? —Joséphine traga saliva—. ¿Y sobre *maman*? ¿Me contarás cómo era?

Sébastian esboza una pequeña sonrisa.

—Veo mucho de ella en ti. Tienes sus ojos. Y el mismo deseo de llegar a la verdad… Siempre lo cuestionaba todo, como tú. Tenía una forma de mirarme… como si… —Se siente un poco ridículo al pensarlo, pero lo dice igualmente—. Como si pudiera ver perfectamente todo lo que pensaba.

—Entiendo a qué te refieres —replica Joséphine, sorprendiéndolo—. Es como si siempre supiera qué tengo en la cabeza. —Hace una pausa y se rasca la frente con el dedo meñique—. Por eso, me quedé tan conmocionada cuando averigüé lo que me estaba escondiendo.

## 70

*Plymouth, 5 de julio de 1963*

### Sébastian

Aunque cuesta el doble, Sébastian ha reservado camarotes separados para la travesía en barco. No puede convertirse de repente en el padre que su hija no ha tenido nunca y va con cuidado de no asustarla con un exceso de intrusión en su vida, con un exceso de familiaridad. A veces, la ha sorprendido mirándolo con curiosidad, como si le resultase imposible asimilar quién es. Le encanta observarla, pero a menudo desvía la vista cuando lo que en realidad desearía es empaparse de su presencia.

Se pregunta cómo sería su hija cuando estaba aprendiendo a caminar, a hablar. ¿Qué tipo de preguntas formularía? ¿Cuáles serían sus pesadillas? ¿Sus pasiones? ¿Sus inseguridades? ¿Cuál fue la primera palabra que pronunció? Se ha perdido todos sus años de formación. Ahora, contempla a la joven mujer en que se ha convertido, pero nunca conocerá los estratos de la niña que lleva dentro. Imagina que debía de estar llena de entusiasmo y curiosidad, rebosante de preguntas, con su melena rubia cayendo por su espalda y bailando y corriendo por la playa con sus piernas flacas. Desea conocer a su hija de un modo que queda totalmente fuera de su alcance.

Los dos están cansados, pero salen igualmente a cubierta para ver cómo la tripulación tira de los cabos y empiezan a distanciarse del muelle. Suena la sirena, el piloto da presión al motor y el trasbordador se pone en marcha. Están el uno junto al otro y Sébastian percibe el temblor de Joséphine. Le gustaría pasarle el brazo por los hombros y decirle que todo saldrá bien, pero sería presuntuoso y superficial, como si lo supiera con seguridad. Pero no lo sabe y la idea lo aterra.

Cuando las luces de tierra desaparecen, entran de nuevo y se dirigen

a sus respectivos camarotes. Sébastian se tumba en la litera y deja que el ritmo de las olas lo acune hasta dormirlo. Pero se despierta al cabo de poco rato, completamente alerta y preocupado por Élise y lo que van a encontrarse cuando lleguen al hospital. ¿Qué significa estar en coma? ¿Es como un sueño profundo para darle tiempo al cuerpo a recuperarse? Porque Élise tiene que recuperarse. Piensa de nuevo en Maggie; se siente mal por haberla dejado sola con los niños, sobre todo después de que Luke haya estado enfermo. Es un alivio saber que su madre se quedará en casa para ayudarla. Pasa la noche entera durmiendo a ratos, pensando en Élise, en Maggie, en Joséphine y, luego, otra vez en Élise.

A primera hora de la mañana siguiente, la sirena anuncia que están cerca del puerto de Roscoff. Sébastian se viste rápidamente y sale al pasillo. Joséphine ya está sentada en una de las sillas de la zona de salida. Parece nerviosa y cansada, pero se ha puesto un vestido azul y lleva un pañuelo de seda de color marrón claro al cuello. Sébastian la observa unos instantes antes de que ella se percate de su presencia. Joséphine se vuelve y lo recibe con una sonrisa triste.

Se sienta a su lado.

—¿Qué tal has dormido? —pregunta.

—Bien.

Sin embargo, su mirada apagada cuenta una historia muy distinta, aunque Sébastian no dice nada. Le coge la mano y la sujeta durante la espera para desembarcar.

No hablan mientras bajan del trasbordador y pasan el control de pasaportes.

Al salir, Joséphine señala un viejo Renault 4CV de color verde, con una mujer de cabello gris apoyada en el capó. A su lado, hay una mujer más joven de pelo oscuro por los hombros; su parecido con Élise es sorprendente. Una punzada de añoranza atraviesa a Sébastian al recordar todos los años de Élise que se ha perdido…, los veintipico, los treinta, toda su treintena.

—Ahí está Soizic, e Isabelle.

Joséphine corre hacia ellas y, al llegar, la mujer de más edad la estrecha entre sus brazos, envolviéndola por completo. Sébastian la

sigue y ve que su hija está llorando.

Isabelle le sonríe y avanza un paso hacia él. Por instinto, Sébastian sabe que lo apropiado es darle un beso, no un apretón de manos formal. Agradece este pequeño gesto de ella que dice tantísimo.

Sin embargo, cuando Soizic se separa de Joséphine, le tiende la mano y apenas lo mira a los ojos.

—*Bonjour, monsieur.*

Su tono es frío y, al instante, abre la puerta del lado del acompañante y se aparta un poco para que Joséphine entre. Da la vuelta al coche hasta llegar al otro lado y levanta el asiento del conductor para que Sébastian se siente detrás con Isabelle.

—Iremos directamente al hospital —anuncia Soizic mientras circulan por las carreteras de curvas.

—Gracias. —Sébastian intenta que esa mujer no lo haga sentirse intimidado y aislado—. Estamos muy preocupados.

—Quedó aislada por la marea —continúa Soizic—. No entiendo por qué retrasó tanto su regreso. Debió de quedarse dormida al sol.

—*Maman* nunca se duerme durante el día —dice Joséphine bajando la ventanilla para que corra el aire.

Sébastian está confuso. Soizic dice que Élise debió de quedarse dormida y Joséphine dice que no puede ser. ¿Qué pasó entonces? ¿Se quedó dormida o no se fue de la isla a tiempo adrede? ¿Por qué se expondría a un peligro tan grande?

—Vine en cuanto me enteré —dice Isabelle para llenar el silencio—. Mi madre también habría venido, pero mi padre está muy enfermo.

Un escalofrío recorre la espalda de Sébastian al oír mencionar al padre de Élise. Joséphine no pregunta por su abuelo, tampoco él.

Cuando llegan al hospital, los recibe una enfermera que los guía por un pasillo largo y sin ventanas. Huele a desinfectante, a lejía y a col hervida, olores que Sébastian intenta ignorar hasta que llegan a la habitación número treinta y dos, la de Élise.

## 71

*Bretaña, 6 de julio de 1963*

### Sébastian

Élise. Su Lise. Se la ve tan tranquila, como si simplemente estuviera dormida. Los años se esfuman y Sébastian rememora cómo dormía a su lado en la cama, en aquella habitación de hotel, el último día. Contiene la respiración y observa su pelo oscuro extendido sobre la almohada; está más largo de lo que recuerda. Y su piel, marfileña y suave, no tiene arrugas. Sus largas y sedosas pestañas se curvan sobre sus ojos y aportan el único toque de color a su cara.

Siente un hormigueo en los dedos, que ansían acariciarla, pero no se atreve. Se da cuenta entonces de que lleva un rato conteniendo la respiración y el aire le entra de repente, con un estruendo en sus oídos. Joséphine se inclina sobre su madre, le acerca las manos a la cara y le acaricia con ternura la frente mientras le susurra algo al oído.

Soizic da unos golpecitos en el hombro de Sébastian.

—Dejémoslas solas un minuto.

Sébastian la ignora. Acaba de llegar y no quiere marcharse.

—Vamos —insiste Soizic—. Isabelle puede quedarse.

Sébastian mira a Soizic y comprende que está dándole a entender cuál es su lugar. A regañadientes, aparta la mirada de Élise y sigue a Soizic al pasillo, donde toman asiento en unas sillas de plástico. Sébastian saca una cajetilla de tabaco y le ofrece un cigarrillo.

—Creo que no debería fumar aquí —dice ella con sequedad.

Sébastian se levanta.

—Pues saldré un momento.

Sin esperar respuesta, Sébastian se dirige a la puerta por donde han entrado. Se alegra de alejarse de la anciana, que en ningún momento se ha esforzado por disimular la aversión que él le genera. Lo nota

como si fuera algo físico. Se acerca a unos matorrales, enciende el pitillo y aspira mientras contempla el cielo azul despejado. «Lise. Lise», piensa. Ha vuelto. Con dieciocho años de retraso. ¡Mierda! ¡Maldita sea! Le da un puntapié a una piedrecilla, inmerso en un aluvión de emociones contrapuestas: rencor, culpa, rabia, miedo. Le aterra la posibilidad de que Élise no despierte, de que no pueda volver a hablar con ella, de que no sea capaz de explicarse.

Piensa en la alianza de boda que le compró, la que dejó en la caja de ofrendas. Piensa en la vela que encendió por ella. Y se pregunta por qué no buscó más. ¿Por qué se le ocurrió creer a su padre? ¿Por qué, como mínimo, no preguntó por su tumba para ir a visitarla? Fija la vista en el suelo, destrozado. ¿Por qué se dio por vencido tan fácilmente?

Anhela hablar con ella. Tiene que decirle que ha intentado sacarle provecho a la vida, pero que siempre la ha llevado en el corazón, que no la ha olvidado nunca. Enciende otro pitillo, en un intento de aplacar la ansiedad que le sacude el cuerpo, y deambula de un lado a otro del grupo de arbustos, arriba y abajo, una y otra vez.

—*Monsieur* Kleinhaus. —Una voz a sus espaldas lo obliga a volverse —. Ya puede entrar a ver a Élise.

Soizic apenas lo mira a los ojos, pero al menos ha salido a buscarlo.

—Gracias.

Tira la colilla al suelo, la aplasta con la punta del zapato y sigue a Soizic de nuevo al interior del hospital. Nota las pulsaciones en la vena de su sien, son casi dolorosas, y sabe que está empezándole otra migraña.

Isabelle no está en la habitación y Joséphine está sentada en una silla junto a la cama. Se vuelve hacia él en cuanto entra y Sébastian ve que tiene la cara roja y congestionada y los ojos hinchados. Pone una mano en el hombro de su hija y mira a Élise.

Joséphine se levanta.

—Salgo —musita.

Sin apartar los ojos de Élise, Sébastian ocupa la silla que Joséphine acaba de dejar vacante. Retira el pelo de la cara de Élise y le da un beso en la frente, como solía hacer siempre. Sus labios se demoran allí

y todas las cosas que quiere decirle giran en espiral en su dolorida cabeza. No vuelve a sentarse. Cierra los ojos y nota que el ritmo de su respiración cambia: cuando inhala, esta se vuelve más profunda, alcanza todo su cuerpo y llena de oxígeno todas y cada una de sus células. Cuando finalmente exhala, le da la impresión de que han transcurrido minutos. Vuelve a inspirar hondo y lo inunda una sensación de paz y tranquilidad; es como si por fin hubiera vuelto a casa. Nota la cabeza más ligera, la migraña ha desaparecido por completo. No se mueve, sino que se queda ahí quieto, empapándose de la sensación de estar en el lugar adecuado.

Recuerda entonces la cajita que guarda en el bolsillo. Se sienta de nuevo y la saca. La abre, extrae de su interior la cadena de plata con la rosa de rubíes, se la coloca en el cuello a Élise y le levanta un poco el pelo para cerrarla.

—Te dije que te la traería —le dice al oído, casi esperando que le responda, que le dé las gracias.

Oye que se abre la puerta y, sin decir palabra, Joséphine entra en la habitación. Se sitúa a su lado. Sébastian le coge la mano y se la aprieta con suavidad para hacerle saber que está ahí con ella.

—¿Crees que sabe que estamos aquí? —pregunta Joséphine en voz baja.

—Sí que lo sabe. —Sébastian eleva el tono hasta un volumen normal—. Y estoy seguro de que está sonriendo por dentro. —Suelta la mano de Joséphine para coger la de Élise—. Se despertará cuando esté preparada para ello.

—Tiene que hacerlo —dice Joséphine con desesperación.

—Lo hará.

Cuando pronuncia esa frase, Sébastian lo cree de verdad. Tiene la potente sensación de que Élise les está dando tiempo para conocerse mejor, de que le está dando a él espacio para ser un padre para su hija.

—Me porté muy mal con ella —dice Joséphine con voz temblorosa, y Sébastian sabe que está haciendo un verdadero esfuerzo por no llorar—. Nunca entendí por qué apenas pasaba tiempo conmigo, por qué tenía que trabajar para otra familia. Y por qué ni siquiera me

habló nunca de ti. Estaba muy enfadada con ella. —Las lágrimas ruedan por sus mejillas—. ¿Es todo culpa mía?

—¿A qué te refieres?

Sébastian se pone tenso, temiendo lo que su hija vaya a decir.

Joséphine sorbe por la nariz y se traga las lágrimas.

—¿Crees que quería morir?

—¡No! ¡No! —La idea le ha pasado por la cabeza, pero no se ha permitido considerarla, al menos no en serio, y no puede dejar que Joséphine lo piense—. Por supuesto que no —insiste—. Élise jamás haría eso. —Lise nunca haría eso, nunca los abandonaría de esa manera—. Te tiene a ti. —Se levanta y sujeta a Joséphine por los hombros y la obliga a volverse hacia él—. Sé que te quiere.

—Le dije que quería quedarme en Inglaterra. —Se traga más lágrimas—. Quería hacerle daño.

Sébastian la atrae hacia él.

—Nada de todo esto es culpa tuya.

## 72

*Bretaña, 6 de julio de 1963*

## Joséphine

Por la tarde, Joséphine está sentada a la mesa de la cocina viendo cómo Soizic desgrana guisantes y va dejándolos encima de un periódico viejo. Querría preguntarle muchísimas cosas, pero no sabe cómo hacerlo. Le habría gustado poder hablar con su madre antes de haberse marchado corriendo a Inglaterra, incluso haberla dejado hablar a ella, pero no lo hizo. Se ha vuelto reservada y taciturna; parece una niña enfurruñada. Y, ahora, todas las preguntas que le gustaría formularle a Soizic mueren en su lengua antes de ser capaz de articularlas.

—¿Dónde está tu padre? —dice Soizic levantando la vista de los guisantes.

—Ha salido a dar una vuelta.

Sébastian le ha preguntado a Joséphine si quería acompañarlo, pero esta ha preferido quedarse en casa para hablar con Soizic. Necesita saber qué fue lo que empujó a su madre a irse al mar de aquella manera, completamente vestida, sola. Tiene que averiguarlo.

—¡Jamás se me pasó por la cabeza que acabaría preparando la cena para un *boche*! —exclama de pronto Soizic meneando la cabeza.

—¿Un *boche*? —¿Cómo puede hablar de él de esta manera?—. Es mi padre.

—Sí, y solo por eso está aquí. —Sigue meneando la cabeza—. Por el amor de Dios, no sé ni por qué lo hago.

—Porque a lo mejor lo has perdonado —sugiere Joséphine.

—No. No. El único que puede perdonar es Dios —dice Soizic con resignación—. Y lo único que podemos hacer nosotras es aceptar. Yo he aceptado que no era más que un niño cuando empezó la guerra, que no tuvo el valor necesario para hacer lo correcto.

—Puede que a veces no sepamos qué es lo correcto. —Joséphine habla pensando en lo mucho que deseó días atrás distanciarse de su madre, en lo mucho que deseó de repente conocer a su padre, en cómo hirió conscientemente a su madre.

Soizic niega con la cabeza.

—No, creo que siempre sabemos qué es lo correcto y que lo que pasa es que nos falta valor para hacerlo.

¿Fue eso lo que le pasó a ella? ¿Que no tuvo valor para hacerle frente a su madre? ¿Y que por eso huyó? No está muy segura. Se seca los ojos y engulle sus lágrimas: no sirven de nada.

—¿Qué fue lo último que te dijo *maman*?

Ya está, ya lo ha dicho.

Soizic se queda muy quieta y Joséphine nota que el ambiente se vuelve tenso.

—Acabábamos de recibir tu carta de Inglaterra, junto con la de tu padre —responde por fin Soizic—. Estaba enfadada.

—Por mi culpa. —Joséphine vuelve a tragar saliva y se esfuerza por seguir hablando—. Porque quería quedarme con…, porque no quería volver a casa.

Las lágrimas que estaba reprimiendo estallan desde lo más profundo de su ser. Le resulta imposible pararlas. Fue por su culpa. Lo sabía.

—No. No. —Soizic se levanta y corre al lado de la mesa donde está sentada Joséphine. La rodea con sus cálidos y sólidos brazos y la mece con cariño—. Fue por mí, estaba enfadada conmigo porque no le dejé nunca hablar sobre él, sobre tu padre. Jamás le permití contarte la verdad sobre quién era.

—¿Por qué? —La rabia se entremezcla con el sentimiento de culpa y Joséphine se aparta de Soizic—. ¿Solo porque era alemán?

—Sí.

La respuesta de Soizic es simple y sincera, y Joséphine no intuye en ella vergüenza de ningún tipo.

Soizic se lleva la mano a la manga y extrae de su interior un pañuelo. Le seca los ojos a Joséphine.

—Tú nunca has vivido una guerra. —Suaviza el tono—. No tienes ni idea de cómo fue aquello. Y confío en que nunca tengas que ser testigo

de tanta violencia, tanta crueldad. Pregúntale a tu madre. Tuvimos que protegerte contra eso. Si la gente hubiera sabido que tu padre era un *boche*, te habrían hecho sufrir mucho, incluso siendo una niña. Y, para que la solución funcionase, todo el mundo tuvo que fingir, especialmente tú. Y la mentira funcionó, ¿no te parece? Tuviste una infancia segura y plácida. —Soizic tiene la respiración agitada, como si su pequeño discurso la hubiese dejado agotada. Joséphine nota que se está poniendo tensa.

—¿Una infancia segura y plácida? ¿Es eso lo que piensas? —Se seca los ojos—. Estaba muy sola. Siempre creí que la gente murmuraba a mis espaldas y no entendía por qué. Pensaba que tenía algo raro.

—¿Qué dices? Jamás mencionaste nada.

—¡Nunca nadie me dijo nada! Pero algo raro había en mí, ¿verdad? Lo que pasa es que no sabía qué era. —Hace una breve pausa—. Pero la gente sí que lo sabía, ¿o no?

—¡No! Jamás se lo dijimos a nadie. —Soizic suspira—. Imagino que la gente saca sus propias conclusiones cuando ve a una criatura rubia de ojos azules nacida en 1945. Y sin padre.

—Jamás se me pasó por la cabeza que tuviera un padre alemán. Me limité a tragarme todas vuestras mentiras. —Joséphine sumerge la nariz en el pañuelo y aspira para contener las lágrimas—. Pero sigo sin entender por qué nos aceptaste en tu casa.

—Me lo pidió mi hermano, Yannick.

—¿Así que tú ni siquiera querías?

Soizic niega con la cabeza.

—No, al principio no. Pero, cuando naciste, empecé a sentirme distinta. Yannick sabía que sería así. Siempre era como si supiera lo que necesitaban los demás antes incluso de que lo supieran ellos. —Duda un instante—. Yannick sabía que llegaría a quererte como una hija. —Su voz se rompe al pronunciar la palabra «hija».

—Pero no fue mi padre. —Joséphine habla despacio, buscando en lo más profundo de su persona la valentía necesaria para decir lo que tiene que decir—. No fue él quien mató a tu hija.

Ya está, ya lo ha hecho. Acaba de entrar en territorio prohibido. Contiene la respiración, a la espera de la réplica de Soizic.

Soizic suelta el aire, llenando con él todo el ambiente que las rodea, pero no dice nada. Joséphine tose un poco.

—No fue su culpa.

Soizic se levanta y vuelve al otro lado de la mesa. Sin mirar a Joséphine, dobla el periódico y envuelve los guisantes para llevarlos al fregadero, donde los arroja. Y, entonces, se vuelve y mira a Joséphine.

—Tu padre no fue el que arrestó a Mireille, ni el que la interrogó, ni el que la mató, pero formaba parte de todo aquello. Era uno de ellos, un nazi. Y todos y cada uno de ellos son culpables.

Joséphine no soporta ver el dolor y la tristeza que abrasan los ojos de Soizic. Baja la vista, avergonzada por haberla forzado a recordar todo aquello.

—Retuvieron a Mireille durante tres días. —La voz de Soizic suena ronca, rota por la emoción—. Tres días enteros.

Joséphine traga saliva, se seca los ojos y se acerca a ella. La abraza con todas sus fuerzas, como si fuese a romperse en mil pedazos si la suelta.

—Y no habló —susurra Soizic entre lágrimas—. Jamás habló.

Joséphine no suelta a Soizic cuando empiezan a sacudirla las convulsiones. La abraza aún con más fuerza. Conoce la historia. Sabe que le cosieron los labios a su hija y que luego la colgaron de un gancho de carnicero. Y comprende que hay cosas que no pueden perdonarse nunca.

## 73

*Bretaña, 6 y 7 de julio de 1963*

## Sébastian

Sébastian piensa que debería haberse traído un jersey; las tardes son frescas y el viento sopla con tanta fuerza que los afilados granos de arena le acribillan la cara. De todas maneras, ya es hora de volver. Sabe que Soizic debe de estar preparando la cena. No le sorprendería que le hubiera metido cualquier cosa en el plato; su animosidad hacia él es visceral. Por suerte, ha reservado una habitación en un hotel para pasar la noche, pensando que la cena ya será complicada de por sí. Lo hace única y exclusivamente por Joséphine, y sabe que Soizic también.

Da media vuelta y emprende el camino de regreso a la casa. Cuando abre la puerta de la cocina, ve a Joséphine y Soizic abrazadas junto al fregadero, llorando.

—¿Ha pasado algo? ¿Élise? —pregunta desesperado—. ¿Élise ha…?

—No hay novedades —responde Joséphine separándose de Soizic y mirándolo con los ojos llenos de lágrimas.

Sébastian sabe que su lugar no es ese, que esa no es su casa. Debería marcharse.

—Siento la intromisión —dice—. No os preocupéis por la cena, no tengo hambre. Será mejor que me vaya ya.

Nadie responde.

—Volveré por la mañana.

Sin decir nada más, Sébastian da media vuelta y se marcha.

A la mañana siguiente, Sébastian se levanta temprano y da un paseo por la playa antes de volver a la casa. Piensa en la posibilidad de volver a Coventry, donde de verdad lo necesitan. Ha visto a Élise y,

por el momento, no puede hacer nada más. Han vivido sin él todos estos años, podrán seguir adelante sin él también ahora. Se quedará solo una noche más y luego se irá. Siempre puede volver cuando Élise se despierte del coma. Porque tiene que pensar así, en que se despertará.

Al llegar a la casa, se dispone a llamar a la puerta de la cocina cuando se abre de repente; casi se estampa contra ella. Soizic se planta delante de él.

—Lo siento —murmura la mujer—. Esta mañana voy tarde. Salía a ver las vacas. —Hace una breve pausa antes de continuar—. En la cocina hay café, por si quiere un poco.

—*Merci.* —Nunca le había dicho tantas cosas seguidas—. ¿Quiere que le eche una mano? —pregunta por impulso.

Soizic lo mira a los ojos.

—¿Qué sabe usted sobre vacas?

—En Inglaterra trabajé en una granja.

—Si le apetece… —dice finalmente Soizic con tono exasperado, como si no le quedara otro remedio que aguantarlo.

Sébastian la sigue hacia el establo. Le irá bien tener algo práctico que hacer. En cuanto entran, Soizic le pasa un taburete de madera. Sébastian lo coloca al lado de una de las vacas y toma asiento; es tan pequeño que se ve obligado a pegar las rodillas contra el pecho. Se calienta las manos, acerca los dedos a las ubres y tira con suavidad. La vaca muge, pero la leche empieza a caer en el cubo. De pronto, todo vuelve a él, el tiempo que pasó en aquella granja en Inglaterra, el mismo tiempo durante el cual Élise estaba criando sola a su hija, dándolo a él por muerto.

Perdido en sus pensamientos, casi olvida dónde está, pero de pronto oye la voz de Soizic a sus espaldas.

—Creo que eso es todo lo que le dará hoy esa vaca. —Sébastian deja de ordeñar y levanta la cabeza. Soizic está estudiándolo con una expresión que se hace difícil de interpretar. Sigue hablando—: Mi madre siempre decía que con un hombre que sabe ordeñar una vaca no puedes equivocarte mucho.

Sébastian esboza una sonrisa y después ríe. Le sienta bien reír. Ríe

un poco más. Y entonces ve que Soizic se le suma. La mira a los ojos y Soizic deja de reír al instante. Pero ha habido un momento de cordialidad, y eso anima su corazón agotado.

—¿Me acompaña en coche hasta el hospital esta mañana, por favor? —pregunta Sébastian.

—Sí, lo acompañaré ahora mismo, antes de que Joséphine se levante. Necesita descansar.

Después de un café rápido, suben al coche. No hablan y Sébastian sabe que lo mejor es no forzar nada. Le da las gracias, sale del coche y se encamina a la puerta principal. La recepcionista lo saluda y ve que se le acerca un médico con un dosier.

—*Monsieur* —dice—, creo que viene a ver a Élise Chevalier, ¿no?

—Sí, así es.

Se le acelera el pulso. ¿Por qué ha salido el médico a recibirlo de esta manera?

—He ido a verla esta mañana. —El médico echa a andar y Sébastian tiene que acelerar el paso para seguirlo—. Empieza a mostrar algún movimiento minúsculo —dice.

El corazón de Sébastian da un vuelco.

—Muy muy pequeño, pero sus párpados están moviéndose, lo que indica un sueño REM, la fase del sueño durante la cual se producen los sueños.

—¡Gracias!

Sébastian acelera más si cabe el paso, desesperado por volver a ver a Lise.

## 74

*Bretaña, 8 de julio de 1963*

## Élise

La luz del sol se filtra por las ventanas e ilumina a Sébastian. Lleva el pelo peinado con raya a un lado y me sonríe. Está feliz. A su lado, hay una mujer con el pelo rubio oscuro que me tiende la mano. Se la estrecho y sé que es una buena persona, que lo quiere. Puedo irme ahora y dejarlo así.

Soy ingrávida y salgo flotando de la habitación. Estoy nadando en el mar, siguiendo los rayos de sol que se reflejan en el agua. Me pongo bocarriba y el agua se desliza por mi cuerpo como la seda. Contemplo el cielo: no hay ni una nube. Tampoco se oye nada, solo paz. Aquí es donde quiero estar.

De pronto, una voz me sacude como un terremoto y rompe el silencio. El mar se revuelve debajo de mí. Se está separando. Caigo, caigo. Miro de nuevo el cielo, que ahora está oscuro y amenazador. El agua tira de mí, me arrastra hacia abajo. Intento mover los pies, pero no encuentro mis piernas. Soy un peso muerto y me hundo, me hundo.

La voz me atraviesa de nuevo, pero no quiero escucharla. Utilizo lo que me queda de fuerza para extender los brazos y buscar el calor del sol. Sin embargo, mis brazos no se mueven. Mis ojos se están tapando con un fango espeso y pegajoso. Estoy siendo absorbida, absorbida por la oscuridad. Intento gritar: «¡Socorro! ¡Ayuda!», aunque soy incapaz de emitir cualquier sonido. Me sirvo de todas mis fuerzas para conseguir que de mi garganta salga un grito, y lo que produce es un chillido inaudible. Voy a morir aquí. Noto que viene a por mí. La muerte. Un vacío enorme y amedrentador. Vuelvo a intentarlo. Grito. Pero el grito se queda en mi interior.

Vuelvo a oír la voz.

—Lise.

«Lise». Solo existe una persona en el mundo que me llame Lise. Pero no está aquí. Sébastian no está aquí. Está en esa habitación soleada, con su esposa.

«¡Sébastian!», intento gritar, pero tengo la garganta llena de fango. No puede oírme.

—Lise.

Su voz suena nítida, aunque sigo sin poder verlo, y esa oscuridad empalagosa me arrastra hacia el fondo. Estoy muy débil, muy cansada. Siento que me dejo ir y caigo y caigo.

—Lise. Estoy aquí. Estoy aquí.

Sus palabras suenan muy cerca. ¿Pero por qué no me salva? Recurro a todas mis fuerzas e intento mantenerme a flote. Intento levantar una mano, extender el brazo, tocarlo.

Noto un dedo. Tengo que agarrarme a ese dedo. Tengo que hacerlo. Pero el fango húmedo y espeso me llena todavía la boca, la nariz, quiere asfixiarme. Tengo que mover la mano. Pongo en ello toda mi fuerza de voluntad, toda mi fuerza física. Pero no se mueve.

Mi garganta sigue taponada por el fango. No puedo respirar. La garganta me arde. Toso. Toso para tratar de expulsar el fango que quiere matarme. Toso y escupo. El agua me inunda, me ahoga. Aire. Necesito aire. Aspiro una bocanada de aire. Inspiro hondo y se me llenan los pulmones. Van a estallarme. Y entonces respiro. Respiro. Estoy respirando.

Me está abrazando. Sébastian me está abrazando. Me aferró a él. Me aferro a sus brazos, le clavo los dedos. Me sujeta con fuerza, me envuelve con sus brazos, me sujeta con sus manos. Su cuerpo se estremece de forma errática; comprendo que está llorando. Mi mejilla húmeda descansa contra la suya, saboreo la sal de nuestras lágrimas.

Noto una conmoción, gente que grita, sonidos metálicos que intentan llegar hasta mí; no pienso permitírselo. Los bloqueo y me aferro a él.

—Gracias a Dios. Has vuelto, Lise. —Engullo sus palabras, desesperada por oír más—. Estás a salvo, Lise —me susurra al oído—. Estoy aquí.

Quiero responderle, pero sigo con la garganta llena de fango. Las

palabras no logran emerger. Unas manos en los hombros tiran de mí. Tiran para alejarme de él. De pronto, mi voz se libera. Grito.

—Lise. —Sigue abrazándome, pero su voz suena más potente—. Tranquila, no pasa nada. Es el médico, que quiere ver cómo estás.

¿Dónde estoy? ¿Estoy atrapada en un sueño? ¿O he muerto? Intento preguntarlo, pero he perdido de nuevo la voz.

—Tranquila, tranquila, Lise. No me voy. Me quedo aquí contigo.

Abro los ojos. El fango ha desaparecido. Y entonces lo veo. Veo a Sébastian. Pero hay algo distinto en él. Su cara está más redonda, más asentada. Lo miro a los ojos; son los mismos. Tienen el mismo azul que los ojos de Joséphine. ¿Dónde está Joséphine?

—Joséphine —murmuro; su nombre burbujea en mi garganta.

—Joséphine está bien —dice Sébastian—. Nuestra hija. Es igual que tú.

—¿Dónde? ¿Dónde está?

—Enseguida vendrá.

Me coge la mano.

Y entonces lo veo. El mar. Las olas me empapan. La corriente tira de mis piernas. Tira de mí hacia el fondo. Intento desesperadamente coger aire. Alguien me enfoca los ojos con una luz muy potente.

—¿Cómo se encuentra, *madame*? —La pregunta me resulta demasiado complicada. Vuelvo a toser—. La trajeron los socorristas. ¿Recuerda qué pasó? —De pronto, recuerdo. La carta. La marea subiendo. Borrando el camino. El frío. La oscuridad—. ¿Se golpeó en la cabeza? ¿Recuerda haber caído al mar?

—Sí —murmuro. Recuerdo fragmentos. Intenté mantenerme en calor, pero no había dónde ir. Solo rocas y oscuridad. No había luna; no se veía nada. Y, entonces, todo me viene a la mente: salto, intento nadar, las olas rompiendo contra mí, las afiladas rocas…—. Soñé que me ahogaba.

—Tuvo suerte de que la viera un pescador. Se salvó por los pelos. Mañana tendremos que hacerle más pruebas —dice el médico, y mira a Sébastian.

Sébastian. ¿De verdad es él?

—No la deje sola por el momento. En cuanto se sienta más fuerte,

puede ayudarla a incorporarse, pero no puede salir de la habitación.

¡Es él! Es Sébastian. No es un sueño. Sébastian es real.

—Lise.

Me coge la mano y se la acerca a la mejilla.

—¿Dónde has estado? —Cierro los ojos; me laten las sienes.

—Estoy aquí. Ahora estoy aquí.

—Te esperé.

Me concentro en sus ojos e intento no rendirme al dolor que siento en la cabeza, me esfuerzo por no perder el conocimiento.

—Lo intenté. Intenté volver contigo.

Trato de respirar hondo para que la cabeza no me dé más vueltas. Sébastian me aprieta la mano y eso me mantiene aquí.

—Lise, todas las cartas que te escribí…, nunca las recibiste.

Vuelvo a cerrar los ojos y trago saliva para deshacer el nudo que tengo en la garganta. Las palabras se vuelven confusas y flotan delante de mí.

—Las cartas. —Me esfuerzo por concentrarme—. Las he leído. —El sueño se acerca en oleadas y sé que serviría para liberarme del dolor que siento, pero quiero seguir aquí, con él. Inspiro hondo, obligándome a resistir—. ¿Dónde estabas?

—Estoy aquí. Ahora estoy aquí. —Su voz suena ronca y sé que invoca estas palabras desde lo más profundo de su persona. Me rodea con cuidado por la nuca, me abraza, y siento su amor como una fuerza física que late en mi corazón—. Jamás te abandoné —murmura.

Quiero que Sébastian se quede conmigo. Quiero saberlo todo sobre él, pero estoy muy cansada. Me recuesto en él, vuelvo a cerrar los ojos y mi cabeza se siente ligera, como si acabase de librarse de un peso enorme. Las oleadas de sueño me arrastran con ellas. Me resisto.

—Cuéntame —murmuro—. ¿Qué pasó aquella noche? La noche que se te llevaron.

Me coge la cabeza con cuidado y me ayuda a descansarla sobre la almohada.

—Estás cansada, *ma chérie*. Ahora descansa.

## 75

*Bretaña, 9 de julio de 1963*

## Élise

A la mañana siguiente, Sébastian entra en mi habitación acompañado por Joséphine. Parece que lleven toda la vida juntos y esbozan ambos la misma sonrisa tímida.

Les tiendo las manos. Sébastian me coge una y Joséphine, la otra. Me empapo de la sensación mágica y maravillosa de estar entre los dos.

Joséphine me suelta la mano para abrazarme; hunde la cara en mi cuello. La noto temblar, sus lágrimas me mojan.

—Lo siento, *maman*. Lo siento mucho.

La abrazo con fuerza.

—Pero, Joséphine, no tienes por qué sentirlo. A estas alturas debería conocer mejor el mar. Fue una estupidez por mi parte y totalmente culpa mía.

—Pero recibiste mi carta —dice Joséphine sollozando—. Fue horrible… el modo en que te dije… —No le salen las palabras—. No lo decía en serio. Quería volver a casa.

—Eso ya lo sé. Sé que solo estabas enfadada conmigo.

—Pero no debería haberte hablado sobre…, sobre su otra familia.

—No —replico—. Tenías derecho a contármelo.

Miro a Sébastian por encima del hombro de Joséphine y la incomodidad que reflejan sus ojos me lo dice todo. Es algo que tendremos que quitarnos de en medio, algo de lo que tendremos que hablar. Su nueva vida. Sin mí.

—¿Te ha gustado Inglaterra?

Joséphine se aparta un poco y se seca las lágrimas.

—Te he echado de menos. Y también a Soizic.

—Tienes que contármelo todo.

Pienso en lo mucho que me gustaría saber cómo se lo ha pasado, pero la cabeza me vuelve a doler.

Y, como hecho a propósito, la enfermera hace su aparición en este momento.

—*Bonjour, tout le monde* —dice—. Espero que no estén agobiando demasiado a la señora. Necesita mucho descanso. Tengo que explorarla un momento. ¿Les importaría esperar fuera?

Joséphine y Sébastian se levantan. Él me mira un instante.

—Volveré luego.

—*Au revoir, maman*.

Joséphine me da un beso en la mejilla y se marchan.

Después de la exploración, vuelvo a dormirme. Más tarde, la enfermera viene de nuevo a despertarme para comer. No tengo hambre, pero, cuando llega el plato caliente de puré de zanahoria y cordero, recupero el apetito. Comer es bueno y ya me siento mejor. Justo estoy terminando mi *fromage blanc* cuando aparece otra vez Sébastian.

El corazón se me acelera al verlo y en mi rostro se dibuja una sonrisa. Él la replica enseguida. Cierra la puerta de la habitación y retira la bandeja de la comida para sentarse en la cama. Me coge la mano y se la lleva a los labios.

—Has recuperado el color —dice acariciándome la mejilla con el dorso de la mano.

Extiendo el brazo para cogerle la mano y la presiono.

—¿Qué pasó, Sébastian? ¿Qué pasó?

—Te quedaste atrapada por la marea. Pensaste que podías nadar para salir de allí.

—No. —Le presiono la mano con fuerza, lo miro a los ojos y es como si hubiera retrocedido en el tiempo—. ¿Qué nos pasó a nosotros?

Lo único que se oye es su respiración. Mi respiración. El silencio es su respuesta.

—¿Te quedarás un tiempo? ¿Solo un poco, aquí conmigo?

No soporto la idea de volver a perderlo por completo. Todavía no. No me siento lo bastante fuerte.

—Sí, sí, por supuesto. —Capto el cariño en su voz—. Me quedaré todo el tiempo que necesites.

Deseo decirle que nunca dejaré de necesitarlo, que lo necesitaré siempre, que siempre lo he necesitado, pero me muerdo la lengua y me trago mis palabras.

—¿Verdad que nuestra hija es increíble? Y valiente…, ha viajado sola a Inglaterra. —Sébastian me besa en la frente—. Ojalá hubiera estado presente durante toda su infancia. Habría dado cualquier cosa por estar con vosotras dos. Siento mucho que tuvieras que hacerlo todo sola.

—Tenía a Soizic.

Sébastian esboza una media sonrisa.

—Imagino que no fue fácil.

—Sébastian… —digo, disfrutando de oír el sonido de su nombre en mi boca—, nosotros nunca lo tuvimos fácil, ¿no te parece?

Me presiona la mano y sus ojos se oscurecen un poco. El silencio se arremolina entre nosotros. Hay tanto que decir. Y tan poco.

—¿Cómo es tu mujer?

Me obligo a decirlo del modo más natural posible, pero aun así oigo en mi voz una nota falsa de alegría, y sé que él la oye también. Es el tipo de pregunta que formularía un amigo de toda la vida, y eso es lo que somos ahora: amigos que en su día estuvieron enamorados. Hace una eternidad. Sin embargo, parece tomarlo por sorpresa.

—¿Maggie? —Su nombre sale de su boca con tanta familiaridad, con tanto cariño que se me encoge el corazón—. Es buena. Tiene los ojos castaños, el pelo también castaño, liso…

Es una descripción vaga que en realidad no me dice nada. No es lo que estoy buscando, pero sé que Sébastian no quiere hacerme daño, no quiere contarme que son felices juntos, aunque lo intuyo. Y necesito oírlo.

—¿Dónde la conociste? —digo para ayudarlo un poco.

—En el trabajo. —Parece aliviado por tener algo concreto de lo que hablar—. Fui a Coventry. Fue bombardeada por entero durante la guerra. —Hace una pausa y entiendo que esa es exactamente la razón por la que eligió Coventry—. Trabajaba en el diseño de patentes para

motocicletas. Y sigo trabajando en eso.

Espero que vuelva al tema de su esposa.

—Maggie estaba preparándose el té en la pequeña cocina que hay junto al espacio que ocupa el grupo de secretarias. —Duda un momento; sé que no está seguro de si debe continuar o no, pero no digo nada—. Yo llevaría algo así como un mes allí. No había hecho amistades, la verdad. La gente se mostraba educada y respetuosa conmigo, lo cual ya era algo, y lo cierto es que tampoco esperaba más. Para mí, lo de instalarme en Coventry fue una especie de penitencia.

Hago un gesto de asentimiento; comprendo su necesidad de hacer aquel peregrinaje.

—Pero Maggie era distinta. Quería saber de dónde era, por mucho que ya debía de saberlo. Todo el mundo sabía que yo era alemán. —Hace una breve pausa—. Maggie me dijo que yo era el único hombre que ponía los pies en aquella cocina y que si no me había dado cuenta de ello. Me hizo reír.

Quiero decirle que pare, pues ya he oído demasiado, pero me limito a mirarlo, esforzándome para que mis ojos se mantengan inexpresivos por mucho que mi corazón se esté rompiendo de nuevo. Sébastian se queda callado, como si me hubiese leído los pensamientos. Vuelvo la cabeza y miro con determinación hacia el aparcamiento del hospital, sin fijar los ojos en nada en concreto, e intento esconder mi aflicción en algún lugar donde nadie pueda verla. Noto los ojos de Sébastian posados en mí, pero no puedo mirarlo. Todavía no.

## 76

*Bretaña, 9 de julio de 1963*

### Sébastian

Sébastian tiene que utilizar la cabina telefónica del pueblo para llamar a sus vecinos, que van corriendo a buscar a Maggie. Lleva diez monedas de franco preparadas; deberían de ser más que suficiente.

—¿Qué tal está Élise? —pregunta de inmediato Maggie.

—Bien. Ayer salió del coma.

—¿Ayer? ¿Y está bien?

—Sí, se siente más fuerte cada día que pasa. —Ahora, debería decirle a Maggie que vuelve a casa, pero no está preparado—. ¿Cómo está los niños?

—A Luke ya se le ha pasado completamente la tos. Está mucho mejor. —El alivio de su voz viaja a través de la línea telefónica—. Philip no para de hablar, ya sabes cómo es; le encanta charlar. —Ríe y el corazón de Sébastian se inunda del amor que siente por su familia —. ¿Cuándo vuelves a casa?

—La semana que viene, creo. —Es una suposición, pero no sabe qué otra cosa decir.

—¿La semana que viene? —El suspiro retumba por la línea—. ¿Y el trabajo? —dice, reduciéndolo todo a cuestiones prácticas.

—Los llamaré. No te preocupes por eso.

El silencio llena la línea. Sébastian introduce otro franco en la ranura y se pregunta qué decir para tranquilizarla.

—Volveré en cuanto pueda. —Se encoge al percatarse de que sus palabras no son para nada adecuadas—. Esperaré a que Élise salga del hospital.

—¿Y eso cuándo será? —La voz de Maggie esconde cierto retintín. No está dispuesta a tolerar ambigüedades. Y tampoco tendría por qué hacerlo.

—Pronto. Solo quiero asegurarme de que Joséphine esté tranquila. Tiene muchas cosas que asimilar. Y la semana próxima le darán los resultados de sus exámenes. Me gustaría estar presente.

—Siempre puede venir a visitarnos. —Maggie no está dispuesta a permitirle excusas—. A Philip le encantaría volver a verla. Le ha cogido cariño. Habla sobre ella, la llama «Yofín». Está graciosísimo.

—Lo sé.

Pero sabe que no puede apartar a Joséphine de Lise. Sabe que necesita a su hija a su lado.

Al día siguiente, Sébastian va a visitar a Élise. Le han autorizado salir de la habitación siempre y cuando permanezca dentro del recinto del hospital. La guía del brazo hasta la cafetería, donde se instalan en una mesa junto a los ventanales. Se sientan el uno enfrente del otro, con las manos en el regazo. Pero Sébastian no se siente cómodo así, de modo que extiende el brazo por encima de la mesa y muestra la palma. Élise acerca su mano a la de él y Sébastian enlaza sus finos dedos y la acaricia con el pulgar. Ninguno de los dos habla. Entonces, él sonríe.

—Me alegro tanto de que Joséphine me localizara.

—No quiso que fuera con ella.

—Tiene un carácter fuerte. Igual que su madre. —Sébastian le aprieta la mano—. Fui un idiota por hacer caso a tu padre cuando me dijo que te habían matado. No puedo creer que no me diera cuenta de que me estaba engañando.

—Dudo que pueda perdonarle nunca lo que hizo.

Sébastian hace un gesto de asentimiento, reconociendo el dolor de Élise.

—Ojalá hubiéramos huido, como tú querías —dice en voz baja con tono soñador—. Ojalá hubiéramos buscado unos caballos, huido de allí y vivido escondidos en el bosque hasta que todo hubiera acabado. Al menos habríamos estado juntos, como tú decías.

—Era imposible saber que alguien iba a delatarte.

Sébastian ejerce un poco de presión en el dorso de la mano de ella.

¿Lo sabe? ¿Sabe que fue su madre? No quiere decírselo ahora. No sabe qué efecto tendría sobre su frágil estado, pero la pregunta sigue ahí.

—¿Sabes quién fue? —pregunta por fin Élise.

Sébastian niega con la cabeza, incapaz de expresar en palabras una mentira.

Pero ella lo adivina.

—Lo sabes, ¿verdad?

Sébastian repite el gesto y baja la vista a sus manos entrelazadas.

—¿Quién fue? ¿Marie, la amiga de Isabelle?

Niega por tercera vez con la cabeza.

—Fue mi madre, ¿verdad?

Esta vez, le resulta imposible repetir el gesto.

Élise inspira hondo.

—Creo que en el fondo siempre lo supe.

—Tu madre intentaba protegerte.

—¿Qué? ¿Haciendo que te mataran? No, mi madre solo pensaba en sí misma, en la posibilidad de que, cuando todo acabara, la acusaran de colaboracionista. Quería ganar puntos con la Resistencia.

—No. Le ofrecieron un trato: tu seguridad a cambio de entregarme.

—¿Mi seguridad? —Élise ríe con ironía—. Esa sí que es buena. —Se para un momento a pensar—. Me pregunto si Isabelle lo sabe.

—Eso sí que no lo sé. Puedes preguntárselo. Tiene pensado venir a verte después, antes de volver a París esta noche. Tu padre está enfermo. —Hace una pausa—. Lise… —Quiere saber, necesita saberlo, pero no se atreve a preguntar. El aire que circula entre ellos se llena de palabras no pronunciadas. Al final, Sébastian encuentra la valentía necesaria para formular la pregunta—. ¿Qué pasó cuando se me llevaron? —Nota que Élise se queda muy quieta. No percibe ni siquiera que respire—. ¿Qué pasó, Lise? Cuéntamelo.

Así pues, se lo cuenta. Le cuenta cómo se la llevaron a la fuerza de su casa, cómo la desnudaron hasta dejarla en ropa interior, cómo le rasuraron la cabeza y le marcaron la frente. Sébastian cierra los ojos con fuerza, como si no pudiera librarse de las imágenes aterradoras que se acumulan en su cabeza. Inspira hondo y se levanta; aparta el pelo de la cara de Élise y le da un beso cariñoso en la frente, allí

donde debieron de pintarle la esvástica.

—Perdóname —murmura.

—No es a ti a quien he de perdonar.

—Jamás debería haberte expuesto a todo eso. Tendría que haberlo sabido.

Sébastian traga la piedra que parece haberse quedado atascada en su garganta. Se maldice, y maldice también a la madre de Lise por haberlo delatado. Porque, haciendo aquello, traicionó a su propia hija. ¿Cómo fue tan estúpida aquella mujer?

Desea abrazar a Lise, acariciar su precioso cabello, aliviar su dolor, pero llega tarde y le preocupa que su actitud se confunda con lástima.

—Lise —dice—, has sido muy valiente.

—No, llevo escondiéndome aquí desde entonces.

—Viniste hasta aquí y has vivido con una mujer que tenía todos los motivos del mundo para despreciarte y odiarte, pero lo hiciste para que nuestra hija creciera sana y a salvo. —Le coge un mechón de pelo y lo besa. Sigue sin poder evitar que las imágenes llenen sus pensamientos: hombres desnudándola, rasurándole la cabeza—. Debería haber estado allí. Debería haberlo impedido. ¿Quién fue? ¿Quién lo hizo?

—Ni siquiera lo sé. Hombres. Pero entre la muchedumbre había también mujeres. Allí estaba todo el mundo.

Sébastian descansa la cabeza contra la de ella.

—Quiero matarlos.

Élise se aparta y lo mira.

—Y así es como gira eternamente la rueda de la venganza.

—Perdón. Es solo que… —Desea romper la pared a puñetazos, pero intenta calmar su rabia dándose golpes en el pecho—. ¿Cómo lo superaste? ¿Cómo…?

—No sé si he llegado a hacerlo, la verdad. Entré en modo supervivencia. Lo único que quería era que Joséphine creciera en un entorno seguro. —Hace una pausa y arruga la frente—. Aquello me robó todos mis sueños. —Suelta un largo suspiro—. Colaboración horizontal. De Gaulle acabó declarándolo un crimen: *«indignité nationale»,* lo denominó. A las prostitutas no les hicieron nada. —Élise

esboza una débil sonrisa—. Estaban haciendo su trabajo.

—Igual que la policía —dice Sébastian con la rabia abrasándole aún el pecho. Presiona con fuerza la mano de Élise y una espantosa sensación de injusticia le asfixia el corazón. ¿Castigaron a la policía por su postura colaboracionista? Por supuesto que no, aunque, claro, habían recibido órdenes, ¿qué otra elección tenían?—. Todo salió mal.

Deja caer la cabeza, derrotado. Y, a continuación, vuelve a levantar la vista.

—¿Ha habido alguien más, Lise?

Al instante, se arrepiente de la pregunta. No sabe ni de dónde le ha salido. No tiene sentido. Qué torpeza por su parte. No es asunto suyo.

—No —responde Élise—. Nadie.

Ojalá lo hubiera habido. No soporta la idea de que Élise haya apagado por completo esa parte de su persona. No le parece correcto haber seguido adelante con su vida, haber encontrado incluso el amor mientras ella ha estado viviendo en soledad.

—No creo que pueda perdonar a mi madre. Ni a mi padre.

Lise interrumpe sus pensamientos al devolver la conversación al tema de sus padres.

Su voz rebosa desolación y Sébastian quiere intentar que Lise se sienta mejor.

—Tu madre solo intentaba protegerte —insiste—. Ya sabes cómo funcionaban las cosas en aquel momento, había distintas facciones… Es posible que cerrara un trato con un grupo y que luego otro no lo respetara. No creo que me delatara por el simple hecho de querer verme muerto. —Duda, porque ve un paralelismo entre los sentimientos de Joséphine hacia su madre cuando descubrió que le había estado mintiendo toda la vida y los sentimientos que alberga ahora Élise hacia su propia madre—. A veces, la gente hace cosas erróneas por razones correctas. Y supongo que tu madre ya se habrá castigado lo suficiente a sí misma por el error que cometió.

—¿Crees que debería perdonarla?

Sébastian la mira a los ojos y asiente despacio.

—¿Y que Joséphine me perdonará?

—Joséphine ya te ha perdonado.

Lise sonríe.

—¿Tú crees?

—Sí. Todos hemos hecho cosas de las que nos arrepentimos. —Se queda pensando—. Quizá haya llegado el momento de que hables con tu madre, de que le brindes una oportunidad para explicarse. Debe de haberlo pasado muy mal por ti.

## 77

*Bretaña, 10 de julio de 1963*

### Élise

Joséphine entra en mi habitación. Lleva el vestido azul celeste que le compré para su cumpleaños, el que elegí expresamente porque tiene el mismo color que sus ojos. Su piel tiene un resplandor sano y le veo la cara algo bronceada. Supongo que habrá pasado tiempo al aire libre, ahora que está a la espera de los resultados de los exámenes.

—Te he cogido unas flores.

Retira las manos de la espalda y me muestra un ramito de flores rosas y moradas.

—Son del campo —añade, como si yo no lo supiera.

Extiendo la mano para cogerlas, me las acerco a la nariz y aspiro su aroma, fresco y dulzón.

—Son preciosas. —Las coloco en la jarra de agua que tengo en la mesita de noche—. Luego pido un jarrón.

Ríe, una risa de felicidad. Y entonces me rodea con los brazos. Permanecemos abrazadas y me empapo de la sensación de su suave piel pegada a la mía, del calor de su cuerpo, de su olor a limón. Mi hija.

—Joséphine —murmuro—, ¿qué tal estás?

Se aparta.

—He pasado mucho miedo. —Abre los ojos como platos—. Pensaba…, pensaba que te ibas a morir.

Le saco el pañuelo de verano que lleva al cuello para secarle las lágrimas.

—No, no voy a dejarte. Lo siento, Joséphine, lo siento mucho, siento haberte mentido.

—Y yo siento no haberte hecho más preguntas, *maman*, sobre lo que hiciste durante la guerra. Siento haberme enfadado tanto contigo. Me

dijo Isabelle que debería preguntarte sobre todo lo que pasó.

—¿Te dijo eso?

Pienso en la posibilidad de contarle lo que Sébastian y yo hicimos, de hablarle de cómo salvamos a los niños, pero ha pasado ya tanto tiempo que no merece la pena.

—¿A qué se refería Isabelle? —insiste Joséphine.

Al final se lo cuento.

—¡Cuántas historias secretas! —Entre las cejas de Joséphine se forma una arruguita—. Es como…, es como si solo te conociera a medias. —Se queda pensando—. Ojalá lo hubiera sabido todo. Ojalá te hubiera conocido mejor.

Se restriega los ojos, un gesto encantadoramente infantil.

—Imagínate lo distinto que habría sido todo si nadie hubiera mentido nunca. Las mentiras son como un robo, roban la verdad. —Es tan inteligente para la edad que tiene—. Pero ahora lo has recuperado todo. —Me sonríe—. Y yo he recuperado a mi padre. —Se calla de pronto y la sonrisa se esfuma de su cara—. Lo único que me gustaría es que…

Sé lo que va a decir, y no quiero oírlo. Le cojo la mano y la froto entre las mías, como hacía cuando de pequeña salía del mar con los dedos congelados. Entre tanto, intento pensar en algo que decir que le impida expresar lo que está pensando, pero soy demasiado lenta.

—Me gustaría… —Se lanza a por ello—. Me gustaría que no tuviera otra familia.

Ya está, ya lo ha dicho. Una parte de mí desea lo mismo, por supuesto, pero tengo que ser la adulta y ver la salida.

—No —digo—, porque ahora tienes hermanos y…

—¿Y qué?

—Y esto significa que Sébastian ha sido feliz. Prefiero pensar en tu padre feliz durante todos estos años que imaginármelo solo y triste. Porque yo, al menos, te tenía a ti.

—Pero nunca fue suficiente, ¿no? —Noto que lo ha transformado en una pregunta más que dejarlo en una afirmación.

—Lo fue. Para mí fue suficiente. He sido feliz.

Me acerco su mano a la mejilla y la retengo allí mientras la miro a

los ojos, implorándole que me crea.

—Pero faltaba algo. Seguro. Siempre lo noté —insiste Joséphine.

—Sí —reconozco—. Faltaba la historia de tu padre. Los niños se dan cuenta de estas cosas y tú sabías que algo no cuadraba. —Hago una pausa y recuerdo mis momentos de tristeza mientras me repito lo importante que es ser sincera con ella a partir de ahora—. No me gustaba nada tener que dejarte en casa los domingos para irme toda la semana a trabajar. Pero vivía para mis fines de semana, cuando volvía a estar contigo. Siempre te echaba muchísimo de menos.

—Pero ¿por qué has tenido que trabajar siempre tan lejos todos estos años?

—Fue lo único que encontré en su momento, y los Beaufort siempre han sido muy buenos conmigo. Supongo que al final entramos en una rutina y yo veía que eras feliz y estabas bien cuidada. Sabía lo mucho que te quería Soizic…, que te quiere, y me sentía satisfecha de que todo fuese de maravilla.

—¿Pero eras feliz, *maman*?

—Sí, fui feliz. A veces, me sentía sola, pero tú me dabas tanta felicidad, tanta satisfacción que todo el esfuerzo merecía la pena. Y pasábamos los agostos juntas, eso era lo mejor de todo.

Joséphine sonríe; sus lágrimas ya están prácticamente secas.

—Sí, hemos disfrutado de veranos magníficos, ¿verdad? Me encantaban esas tardes larguísimas en las que nos quedábamos en la playa hasta cuando nos apetecía.

—Y habrá más. Tenemos una vida entera de veranos por delante.

Abrazo a mi hija; mi corazón rebosa amor. Y pienso: «¿Qué habría pasado si me hubiera ahogado?». ¿Cómo es posible que mi dolor me tuviese atrapada hasta el punto de no ver el de ella?

## 78

*Bretaña, 12 de julio de 1963*

## Élise

Soizic viene a recogerme al hospital con Joséphine. Entro en el coche, me siento delante y, durante el camino, contemplo los campos y las casitas de piedra y diviso el mar cuando pasamos por el pequeño puente para cruzar el estuario que nos lleva a Trégastel.

—Hemos preparado tu cena favorita —anuncia Joséphine, emocionada.

—¿Y cuál es mi cena favorita? —pregunto con curiosidad.

—*Confit de canard* y judías verdes. Y de postre, *tarte au citron* —dice Joséphine con tono triunfante.

*Confit de canard*, el plato que elegí la única vez que Sébastian y yo fuimos a un restaurante. Es gracioso que Joséphine crea que es mi favorito. En realidad, prefiero el cordero, pero no se lo digo.

—Me muero de ganas —digo.

Y es verdad. Me muero de ganas de que nos sentemos los cuatro juntos a la mesa, como una familia. Porque doy por supuesto que habrán invitado a Sébastian. Si no está, insistiré en que venga. No pienso permitir que Soizic lo excluya. Nunca más.

Por la tarde, mientras Joséphine y Soizic andan atareadas preparando el banquete, Sébastian y yo damos un paseo descalzos por la playa, dejando que el oleaje rompa a nuestros pies. Él juega a salpicarme y yo se lo devuelvo. Luego, me coge de la mano, como si fuéramos viejos amigos que se sienten cómodos disfrutando de su compañía. El calor del contacto se extiende por todo mi cuerpo, me electrifica, me hace sentir viva, como no me he sentido en muchísimos años. Y sé que él se siente igual.

Retiro la mano y me recojo el pelo detrás de las orejas mientras contemplo el horizonte, recordándome que no debo acercarme mucho

a él. Sébastian hunde las manos en los bolsillos y mira el mar.

—Esto es precioso —dice pensativo.

Veo que entrecierra los ojos para mirar el reflejo del sol en el mar y adivino lo que está pensando. Que aquí es donde quiere estar: conmigo, con su hija. Pero que la historia tiene también otra parte: sus hijos, su esposa.

—Sí, es precioso. —Siento que mi corazón está colmado por el simple hecho de tenerlo aquí, a mi lado. Anhelo tocarlo, acariciar su barba de dos días, recorrer sus labios con el dedo, pero no lo hago—. Sébastian —digo—, ¿volvemos ahora?

—¿Volver ahora? —repite, como si no hubiera entendido un par de palabras tan sencillas.

—Sí, a casa.

—¿A casa? —Sacude la cabeza, como si con ello quisiera librarse de un pensamiento—. Sí, por supuesto.

Capto una punzada de lamento en su voz. Doy rápidamente la espalda al horizonte y echo a andar.

Pero Sébastian me coge la mano y el estómago me da un vuelco. Me vuelvo de nuevo hacia él. Me rodea la cintura con el brazo y me atrae hacia sí. Siento el calor de su aliento en la mejilla. Acerca la otra mano a mi nuca y sus labios rozan los míos. Seguimos allí, con el mar arremolinándose entre nuestras piernas, perdidos en un beso, mientras me insufla vida. Oigo los gritos de las gaviotas y las olas rompiendo en la orilla, pero es como si todos esos sonidos pertenecieran a otro mundo.

## 79

*Bretaña, 13 de julio de 1963*

### Sébastian

Después de desayunar en el hotel, Sébastian va andando hasta la granja, pero, en lugar de entrar directamente, se dirige al establo y aspira el olor terrenal y sincero de los animales. Lise ha ido de compras con Joséphine. «Una excursión de chicas», le ha dicho al irse con una sonrisa. Sébastian se ha alegrado de verlas partir juntas, de tener un poco de tiempo para él. Necesita pensar. Pensar de verdad.

Desea tener a Lise entre sus brazos, besarla de nuevo una y otra vez, susurrarle al oído lo mucho que la quiere, decirle que siempre la ha querido. Se muere de ganas de hacerlo, siente un dolor físico que hace que todo el cuerpo le pese. Pero está roto por dentro. Porque, detrás de cada sonrisa, de cada risa, se desencadena una tormenta. No habla de ello con Lise, aunque ella lo sabe.

¿Cómo abandonarla? Le partirá el corazón. Y su corazón también quedará destrozado. Podrían fingir ser buenos amigos, incluso grandes amigos. Pero siempre fueron mucho más que eso.

Cuando se vaya, Lise sabrá que, cada noche, cuando ella se acueste sola en la cama, él estará acostándose al lado de su esposa. Y eso solo servirá para hacerle daño, a menos que sea capaz de romper por completo con él. A menos que encuentre otro amor. Tendría que desear eso para ella, ¿pero es así? ¿Soportaría esa idea? Le gustaría desear sinceramente eso para Lise, pero ve con claridad que eso no es lo que ella quiere.

Una tos a sus espaldas lo lleva a volverse. Es Soizic. Está detrás de él, con la cabeza ladeada, como si estuviera estudiándolo. Ninguno de los dos dice nada.

Una de las vacas suelta un largo mugido, como si quisiera llenar el silencio.

—¿Le apetece un café? —pregunta Soizic.

Sébastian hace un gesto afirmativo y entran en la casa por la puerta de la cocina. Soizic le pasa el molinillo.

—Mis muñecas ya no son las que eran.

—Mientras estoy aquí —dice Sébastian—, podría encargarme del trabajo más duro. Si quiere, le puedo reparar ese muro, el que está empezando a desmoronarse.

Soizic ríe.

—¿Cree que sería capaz? Construir un muro de piedra como ese tiene su arte. Y usted es oficinista, ¿no?

—No exactamente. Soy ingeniero.

Soizic esboza un mohín. Sébastian se concentra en el molinillo.

—¿Por qué volvió allí? —pregunta de pronto Soizic.

—¿A Inglaterra? Porque me pareció que era lo correcto. Mi penitencia.

Soizic encoge un hombro, como si lo que Sébastian acaba de decir le pareciera irrelevante.

—¿Y fue allí donde conoció a su esposa?

—Maggie. Sí.

El nombre se queda flotando en la estancia. Sébastian acaba de moler el café y le devuelve el molinillo a Soizic.

—¿Cómo es? —pregunta Soizic.

Sébastian se queda sorprendido con la pregunta.

—Es buena persona. Fuerte, paciente.

Soizic le pasa una taza de café.

—¿Cuándo piensa volver a casa? No debería prolongarlo más. Cada vez se le hará más duro.

—Lo sé. —Se queda mirándola—. Pero no sé cómo irme.

Soizic suspira.

—Piense que eso es mejor que estar muerto. Al menos, ustedes viven.

Sébastian no puede evitar sonreír ante su pragmatismo.

—A veces, amar a una persona no significa estar con ella —continúa Soizic.

Sébastian comprende por qué está insistiendo en este punto. Soizic

perdió a su esposo y a su hija de la manera más cruel posible y se habría sentido feliz solo de saber que seguían con vida, aunque no estuvieran con ella.

—Élise seguirá estando aquí, pero la vida de usted está ahora en otra parte. Cuanto más tarde en volver a ella, más duro será para todos. *Courage*, Sébastian —murmura Soizic—. Tiene que decírselo pronto.

Es la primera vez que Soizic pronuncia su nombre, y Sébastian comprende que es su manera de decirle que finalmente lo ha aceptado.

## 80

*Bretaña, 15 de julio de 1963*

## Joséphine

El lunes por la mañana, Joséphine se despierta temprano, emocionada y ansiosa. Hoy, sus padres la acompañarán a la escuela para saber si ella, y sus compañeros, ha superado el *baccalauréat*. Se imagina a sus amigos cuando vean a Sébastian y saquen sus conclusiones, y le importa un comino lo que piensen. Pronto se marchará de este pequeño pueblo, de este lugar donde todo el mundo se ha preguntado siempre si tenía un padre *boche*, pero nadie se ha atrevido a expresarlo en voz alta.

Soizic los acompaña en coche hasta la escuela. Su padre ocupa el asiento del acompañante y ella y su madre van sentadas detrás, con las manos entrelazadas, sin decir palabra. Joséphine sabe que su madre entiende lo nerviosa que está, lo importante que es para ella ese paso; lo sabe por cómo la mira, por cómo le guiña el ojo y le aprieta la mano. «Todo irá bien», le está diciendo con la mirada.

Soizic aparca.

—Esperaré aquí. —Se vuelve hacia Joséphine—. *Bonne chance*.

—¿No entras? —dice, porque le gustaría que Soizic estuviera presente.

—No, ve tú con tu madre y tu padre.

—Pero… —A Joséphine le gustaría decirle que Soizic ha sido también como una madre para ella, que necesita que esté ahí para que el cuadro esté completo—. Quiero que vengas. —Se recuesta de nuevo en el asiento.

—Mira que eres *têtue, ma chère*. Tozuda como una auténtica bretona.

Soizic le sonríe, pero esconde cierta tristeza.

—Me quedaré aquí —dice entonces su padre, interrumpiendo la

conversación—. Vaya usted, *madame* Le Calvez.

—¡No! —Joséphine sabe que está a punto de romper a llorar. No quiere eso. Quiere que entren todos juntos.

Su madre le presiona de nuevo la mano.

—Soizic —dice en voz baja inclinándose hacia delante para hablarle al oído, aunque todos la oyen perfectamente—, has sido como una madre para Joséphine y por eso quiere que entres también.

Soizic no se mueve y, durante un momento, el silencio se transforma en una niebla espesa.

Unos golpecitos en la ventanilla del coche los sorprenden a todos. Aparece la cara de Hervé.

—¿Vienes? —le grita a Joséphine desde el otro lado de la ventanilla.

Soizic baja la ventanilla.

—*Bonjour*, Hervé.

El padre de Joséphine sale por el otro lado del coche. No conoce todavía a Hervé y le tiende la mano por encima del capó. Hervé se la estrecha. Sébastian levanta entonces su asiento para que las pasajeras de detrás salgan. Y, entonces, todos se quedan un momento parados, a la espera de Soizic.

—¡Vamos! —dice Hervé dándole la mano a Joséphine y tirando de ella.

—Espera. —Joséphine se vuelve y ve que Soizic está empezando a salir lentamente del coche, como si su cuerpo le pesara en exceso. Joséphine retrocede y le da un beso en la mejilla—. *Merci* —le dice en voz baja.

Con la cabeza bien alta, Joséphine entra en la escuela en compañía de su madre, su padre, Soizic y Hervé. Su familia.

Los resultados del *baccalauréat* están en un listado colgado en la pared. Un grupo de estudiantes están apiñados delante. Chillidos de alegría, suspiros prolongados, incluso algún que otro taco por parte de los chicos: *«Putain!»* y *«C'est pas vrai!»*. Todo llega a oídos de Joséphine, que mantiene la distancia y observa un momento la escena, a la espera de estar preparada.

Uno de los chicos se vuelve y la ve.

—*Salut*, Joséphine. ¿Has visto? Tienes un… —Pero entonces ve al hombre que ella tiene al lado. El chico se da la vuelta y se dirige a sus amigos—. Ha llegado Joséphine —dice.

Todos la miran.

—*Salut, tout le monde* —dice Joséphine—. Os presento a mi padre. —Lo mira y sonríe—. Por fin lo hemos encontrado. —Devuelve la atención a su grupo de compañeros y espera a ver su reacción. Algunos mantienen una expresión imperturbable, otros se han quedado blancos y otros sonríen—. Ha estado en Inglaterra todo este tiempo. Fue enviado allí como prisionero de guerra.

Uno de los chicos la mira con frialdad y se marcha. Una chica lo sigue; luego, otro chico. Una chica que Joséphine apenas conoce se acerca con la mano extendida.

—Encantada de conocerlo —dice, y le estrecha la mano a Sébastian.

Los demás estudiantes le dicen *«bonjour»* y vuelven a prestar atención al listado colgado en la pared.

—Mira, Joséphine —dice el primer chico que ha hablado con ella—, ¡has sacado un dieciocho! La segunda nota más alta.

Joséphine siente un escalofrío, como si no fuese real. Se queda paralizada, se le detiene el corazón y, de repente, empieza a latirle acelerado y furioso: el futuro se despliega ante ella. Podrá ir a Rennes a estudiar literatura.

—*Yes!* —grita brincando enloquecida.

A la mañana siguiente, Sébastian lleva a Joséphine a la joyería. Dice que quiere comprarle algo especial para celebrar sus resultados. Al final, se deciden por una pulsera de plata sencilla y vuelven a casa paseando por las estrechas callejuelas.

—Joséphine, sabes que me siento muy orgulloso de ti, ¿verdad?

Ella sonríe con timidez.

—Supongo.

—Y sabes que estoy muy contento de que por fin me hayas encontrado.

—Sí —replica ella con cautela; se pregunta hacia dónde va la

conversación.

—Tengo que volver a Inglaterra, Joséphine.

Joséphine se para en seco y el aire a su alrededor se congela. Sabía que algún día su padre tendría que regresar, pero no está preparada aún para ello. Solo han sido diez días. Diez días en toda una vida.

Sébastian inspira hondo y sigue andando.

—¿Qué? —grita Joséphine, que no ha reemprendido la marcha—. ¿Piensas volver a marcharte y ya está?

Sébastian se para y se vuelve hacia ella.

—Nunca me marché. Lo sabes. —Habla en tono suave—. Has visto a tus hermanos, Joséphine. Los conoces. Y tú sabes mejor que nadie lo que es crecer sin un padre. No puedo hacerles esto.

—¿Y *maman*?, ¿qué pasa con ella? La quieres, sé que la quieres.

—Sí, la quiero, y también te quiero a ti. Y quiero a mi esposa y a mis hijos. —Frunce el entrecejo—. No puedo quedarme.

—¿Y no puedes ir y verlos de vez en cuando?

—No. —Sébastian niega con la cabeza—. Sabes muy bien que eso no sería suficiente.

—¿Así que vuelves con Margaret?

—Sí.

—Pero no la quieres, en realidad no la quieres. Te he visto con *maman*. Con ella es totalmente distinto.

—Joséphine —le coge la mano—, he llegado demasiado tarde para ti, cuando ya eras una mujer. Pero tengo que estar presente para mis hijos, y para Maggie.

Joséphine suelta todo el aire de sus pulmones.

—No es justo.

Sébastian suspira.

—Oh, Joséphine, ¿dime tú qué es justo? La vida son decisiones, a menudo complicadas. Y yo no siempre he tomado las mejores. Ahora tengo que tomar la decisión correcta.

—¡Pero podría no serlo! ¡A lo mejor ellos están perfectamente sin ti!

—Sabes que eso no es verdad. Los niños necesitan a su padre, igual que lo necesitabas tú. Y seguiré estando siempre aquí, para ti. Iré a visitarte a la universidad, y tú puedes venir y estar en casa conmigo

todo el tiempo que desees.

—¿Se lo has dicho ya a *maman*? —pregunta Joséphine de repente.

Sébastian niega con la cabeza.

—Se lo diré hoy.

—¿Cuándo te marchas?

—En el barco de esta noche. *Madame* Le Calvez ha accedido a acompañarme.

—¿Esta noche? —Los ojos de Joséphine se llenan de lágrimas cuando lo mira—. ¡Esta noche!

Sébastian la rodea con el brazo, pero Joséphine se muestra inflexible.

—Pensaba que ibas a venir a Rennes conmigo.

—Iré, cuando ya estés instalada. No puedo hacérselo a tu madre más duro de lo que ya es.

Joséphine le aparta el brazo.

—¡Pues vete y ya está! ¡Vete!

Se aleja con los brazos balanceándose desafiantes a los costados. Sabe que se está comportando injustamente y como una niña, pero no puede evitarlo.

## 81

*Bretaña, 16 de julio de 1963*

## Élise

Sébastian vuelve solo; no sabe dónde está Joséphine, pero dice que cree que quiere estar sola un rato. Veo que está preocupado por ella y le digo que aún tiene que asimilar muchas cosas, que disponer de tiempo para pensar le hará bien.

—Hace un día precioso. Podríamos preparar un pícnic. —Es una idea impulsiva, pero es justo lo que me apetece hacer hoy—. Podríamos hacerlo en la playa —añado.

Las arrugas de preocupación de Sébastian desaparecen cuando sonríe. Y de pronto vuelve a ser el joven que conocí hace diecinueve años.

—Me parece una idea estupenda.

Me rodea con el brazo, como si fuésemos una pareja normal y corriente. Recorremos juntos las tiendas para comprar todo lo necesario, empezando por la panadería, donde pedimos una *baguette* y unos pastelitos, y siguiendo por la *fromagerie*, donde nos hacemos con un camembert en su punto perfecto de maduración. Solo nos queda visitar la *épicerie*, donde tienen una pequeña selección de vinos.

—¿Cuál fue el vino que tomamos en nuestro pícnic en el hotel? —le pregunto.

Sorprendido, duda unos instantes antes de responder.

—Château Margaux —dice sonriente.

—Tendríamos que encontrar uno de la cosecha del 44 —digo.

—De hecho, tendría que ser del 39. Fue el que tomamos aquel día.

—¿No será demasiado viejo?

—No, pero habrá que preguntar.

Resulta que tienen una botella, aunque el precio es exagerado. De todos modos, Sébastian insiste en comprarlo. Trato de impedírselo,

pero dice:

—No, esto es algo que no tiene precio.

Volvemos a casa con todo.

—¿No te parece asombroso —dice Sébastian por el camino— lo mucho que puede cambiar todo en dieciocho años? Podemos comprar todo lo que queremos, ir donde nos apetece, comer lo que nos viene en gana.

«Amar a quien queremos», me gustaría añadir, aunque no lo hago, naturalmente. Es la única libertad que no tenemos. Deseo abrazarlo, acariciarle la nuca, sentir cómo se funde en mí, acostarme con él en la misma cama cada noche, pero no puedo hacer nada de todo eso.

—Sí —digo en cambio—. Es maravilloso.

De nuevo en casa, metemos todas las cosas en una mochila y envuelvo con cuidado dos copas entre servilletas, pues no está bien beber un Château Margaux 1939 en vasos de plástico. Nos ponemos en marcha y enfilamos el *sentier des douaniers* en dirección a Perros-Guirec, siguiendo el conocido camino que discurre por la costa entre bloques de granito y pinos a lo largo de los acantilados. Hablamos sobre París. Revivimos los encuentros secretos, el miedo, la emoción, la librería; hablamos sobre lo que le pasó a nuestro querido *monsieur* Le Bolzec. Nos quedamos un rato sin decir nada, recordándolo.

—Tendríamos que localizar su tumba —digo—. Me gustaría dejarle unas flores.

Sébastian me mira, pero no dice que sí, que deberíamos hacerlo. No dice nada.

Cuando por fin llegamos a Perros-Guirec, encontramos un lugar a la sombra bajo los árboles en un extremo de la playa. Sébastian extiende la manta, abre la mochila y empieza a disponer los elementos de nuestro pequeño banquete. Antes, he metido en la mochila el libro de poesía de Victor Hugo, pero dudo en si sacarlo o no; simplemente, me apetecía tenerlo con nosotros. El vino tiene cuerpo y un sabor equilibrado y el queso se funde en mi lengua. Me tumbo de lado, descanso la cabeza sobre una mano y observo a Sébastian, que contempla el mar mientras disfruta del vino. Se ha quitado la camisa; su piel es suave y está ligeramente bronceada, y el escaso vello dorado

que cubre su pecho brilla bajo el sol.

—Sébastian —digo—, ¿en qué piensas?

Se vuelve hacia mí y la intensidad de su mirada me abrasa.

Me acerco un poco más a él y le toco el hombro con la punta del dedo. Noto que tiembla y no puedo evitar acercarme más, cerrando el espacio que hay entre nosotros. Lo tengo a escasos centímetros de mí. Acaricio el vello de su pecho, anhelo pegar su cuerpo al mío.

—Lise… —suspira.

Lo beso en los labios, como si con un beso pudiera borrar las palabras que sé que va a pronunciar.

—Siempre estás en mi cabeza, detrás de todo lo que sea que haga, detrás de todo lo que sea que piense.

Vuelvo a besarlo.

Se aparta.

—Lise, tengo que irme.

Me enderezo hasta quedarme sentada y miro al frente, pero no veo nada. El viento me acaricia el pelo y me susurra al oído mientras mis lágrimas resbalan silenciosamente. No puedo mirarlo. Si lo hago, no seré capaz de dejarlo marchar.

—Esta noche —dice—. Me marcho esta noche.

Sigo mirando el mar. Mi corazón siente un vacío tan profundo que el dolor casi me impide respirar.

Me besa en la mejilla.

—Siempre te he querido. Siempre te querré.

Si me vuelvo hacia él y lo abrazo, si me aferro a él como en el hospital, si lo beso una y otra vez, será incapaz de dejarme. Sé que no lo hará. Pienso en lo mucho que lo necesito, en lo vacía que será mi vida sin él. Podría hacerlo. Podría, pero lo amo demasiado y por eso no digo nada. Ni siquiera me muevo. Me convierto en piedra.

Noto su labio rozándome la mejilla y capturo su aroma a roble, su aroma almizcleño.

—*Au revoir, Lise. Je t'aime* —murmura.

Oigo que empieza a recoger las cosas del pícnic y sé que va a dejarme solo con la manta en la que estoy sentada. Necesito de todas mis fuerzas para no moverme y abrazarlo, para no suplicarle que se

quede.

—No puedo quedarme, Lise. No puedo dejar a mis hijos sin un padre —dice acariciándome el pelo.

Me estremezco. Al darse cuenta, retira de inmediato la mano.

—Lo siento. Lo siento mucho.

«¡Calla!», deseo gritarle. Pero me mantengo en silencio. Imagino que soy una de esas rocas de granito y no muevo ni un músculo. Tiene que irse ahora. Debe irse. O me derrumbaré.

Noto que se marcha, pero no miro y el vacío de mi interior se expande hasta que me engulle y no queda nada de mí. Aunque sigo respirando.

Finalmente, me levanto y camino hacia el mar. Las olas salpican mis piernas. Me siento en el agua poco profunda y el mar envuelve mi vestido. Me mojo la cara, dejo que la sal del mar se mezcle con mis lágrimas, la saboreo en mis labios. No sé cuánto tiempo permanezco así, intentando darle sentido a todo, intentando ser más valiente de lo que siempre quise ser.

Y entonces oigo que alguien grita mi nombre.

Al volverme, veo a mi hija. A mi preciosa hija.

—*Maman, maman!* —grita.

Ese es mi nombre.

Me levanto y me abraza con fuerza.

—*Maman* —dice—, te quiero. —Es la primera vez, desde que era pequeña, que la oigo pronunciar estas palabras—. Te quiero, *maman* —repite, como si supiera que sus palabras me están devolviendo a la vida.

La abrazo y la levanto en volandas, giro y giro con ella, como cuando era una niña. Es como si no pesase nada. Es ligereza, es aire, es amor.

Sébastian me la ha devuelto. Y la ha dejado aquí conmigo, donde debe estar.

—Joséphine —digo—, estás aquí.

—Sí, *maman*, estoy aquí. ¡Estoy aquí!

Dejo de girar y beso su mejilla húmeda. Acaricio su pelo rebelde. Es mi familia y ha vuelto a casa. La atraigo contra mi pecho y la

mantengo ahí mientras parpadeo para ahuyentar las lágrimas. Con ojos vidriosos, miro por encima del hombro de mi hija y veo un par de palomas en la orilla. Ladean la cabeza y me observan un instante antes de extender las alas y emprender el vuelo; dos manchas blancas y brillantes por el cielo azul. Y, a medida que van volviéndose más pequeñas, se va apoderando de mí una sensación de libertad. Por fin, me he liberado de la red de mentiras. Estrecho a Joséphine con más fuerza y, con el corazón latiéndome veloz, aspiro profundamente y dejo que el aire me llene los pulmones con su fuerza vital. Esto es la vida. Una vida llena de posibilidades. Esta es la vida que quiero vivir.

# Epílogo

## *Principios de noviembre de 1963*

Es una mañana fresca de otoño y el sol brilla, aunque sin fuerza. Me estremezco y rodeo con el brazo a Joséphine mientras esperamos el tren.

—No he ido a París desde que salí de allí contigo dentro —digo riendo, aunque no tiene ninguna gracia.

Joséphine me mira muy seria.

—¿Crees que estarás bien?

Leo de nuevo el telegrama de mi madre.

> Papá murió viernes. Funeral martes. Ven, por favor.

Mi padre, «papá»; no lo llamaba así desde que era pequeña. Mi memoria recupera viejos recuerdos: mi padre recogiéndome en el colegio un sábado por la mañana y llevándome directamente a la *pâtisserie* para dejar que escogiera el pastel de cumpleaños de mi madre, mi padre cantando a pleno pulmón en el baño. ¿Quién era ese hombre?

Cuando llega el tren, subimos a un vagón vacío. Joséphine se sienta junto a la ventana y yo a su lado. Descanso la mano en su rodilla; necesito saber que está aquí.

A medida que la campiña va cediendo paso a hormigón y edificios, a medida que nos acercamos a París, voy notando un cosquilleo en el estómago. La vergüenza y el miedo que sentí al marcharme de la ciudad siguen conmigo.

Y, como si lo supiera, Joséphine deja ahora su mano sobre la mía.

—Ya casi estamos —murmura.

No me muevo cuando el tren reduce la velocidad y se vislumbra el andén. Y, cuando se detiene, Joséphine se encarga de coger nuestra maleta con una mano y me da la otra.

—Vamos, *maman*.

Pero me he quedado paralizada en el asiento, incapaz de moverme. París. Demasiados recuerdos. Me aterra.

Joséphine deja la maleta en el suelo y vuelve a sentarse. Me rodea con el brazo y me da un apretujón.

—Todo irá bien —dice.

Miro con ojos empañados por las lágrimas a mi preciosa y sensible hija y sé que, con ella a mi lado, estaré preparada para enfrentarme a cualquier recuerdo. Le doy un beso en la mejilla.

—Adelante —digo—. Vamos a ver París.

Al bajar del tren, es como entrar en un mundo distinto. No es el París que yo recordaba. La gente va corriendo por todas partes, charlando, gritando, riendo. Los uniformes siniestros y las botas negras han desaparecido, igual que los ciudadanos medio muertos de hambre y aterrados. Me paro un momento para asimilar tanta energía, tanta alegría, tanta libertad y me pregunto cómo es posible que todo aquello sucediera aquí. ¿Cómo es posible?

—¡Élise! —oigo que grita alguien. Isabelle llega corriendo y me abraza primero a mí y después a Joséphine—. Cuánto me alegro de que hayas venido.

Vamos andando hasta el apartamento. Cruzamos los Jardins du Luxembourg y recorremos avenidas flanqueadas por árboles, cuyas hojas empiezan a adquirir matices rojo rubí y naranja quemada. Pido sentarme en el banco delante del parterre perfectamente mantenido donde en su día estaba el cartel al que di el puntapié. Miro el espacio, ahora vacío, y recuerdo a Ellen.

Levanto la vista, casi esperando ver un grupo de soldados nazis, pero solo hay niños corriendo delante de sus madres y parejas cogidas del brazo paseando por los jardines como si nada en el mundo les importara. Cierro los ojos, me recuesto en el banco y aspiro el cálido olor a otoño que transporta la brisa.

No hablamos, pero Isabelle me coge la mano y yo cojo la de Joséphine, y juntas seguimos andando por los jardines en dirección a nuestra antigua casa. Cuando llegamos a Place Saint-Sulpice, mi pulso se acelera y me cuesta respirar. Cruzamos la plaza y doblamos la

esquina para adentrarnos en nuestra callejuela. Me paro en seco. La balaustrada de hierro sigue ahí. Cierro los ojos con fuerza, intentando bloquear el recuerdo de los hombres tirando de mí, el ruido sordo del golpe al impactar contra el suelo, el tremendo dolor en el codo, los gritos, los cánticos… ¡Basta! Sacudo la cabeza, como si con ello pudiera expulsar el recuerdo.

Joséphine me mira con preocupación.

—Estás muy pálida, *maman*.

Hago un gesto de asentimiento para tranquilizarla y miro la puerta de color granate de la entrada. No ha cambiado nada. Aunque todo ha cambiado. Isabelle empuja la puerta y accedemos al vestíbulo. Ahí está nuestro apellido, Chevalier, en uno de los buzones. Me imagino a mi padre con la pequeña llave abriendo el buzón y sacando las cartas que me llegaban a mí para correr a esconderlas.

Se abre la puerta de cristal del otro extremo del vestíbulo. Mi madre, delgada, frágil y con una tristeza tremenda en los ojos, nos mira de una en una. De pronto, recuerdo cómo llegó corriendo Joséphine a la playa, cuando tan destrozada me sentía, y lo que me dijo.

Avanzo un paso hacia mi madre y le cojo la mano. La acerco a mis labios y la beso con suavidad. Isabelle me coge la otra mano y las tres nos abrazamos. Joséphine se suma a nosotras y enlazamos los brazos por la espalda. Y, así, el círculo queda completo.

# Nota de la autora

Este libro está inspirado en la historia de mi tío abuelo, Wolfgang, que llegó al Reino Unido procedente de Alemania del Este y que, con quince años, se vio obligado a alistarse en las Juventudes Hitlerianas. En 1943, fue hecho prisionero por el ejército británico en el norte de África, desde donde fue enviado a América del Sur para trabajar en el campo. Posteriormente, fue transferido a Coventry, Inglaterra, siendo aún un prisionero de guerra, y fue entonces, mientras trabajaba en una granja de Kenilworth, cuando conoció a mi tía abuela Dorothy. A Wolfgang no le gustaba mencionar la guerra y jamás habló en alemán a sus hijos. Por desgracia, falleció en 2017, pero por suerte Dorothy sigue disfrutando hoy en día de buena salud y siempre cuenta que todo el mundo quería a Wolfgang «como a un hijo».

Su historia siempre me intrigó y me llevó a preguntarme sobre cómo asimilaría la población local aquel tipo de matrimonios. Leí posteriormente *Trautmann's Journey: From Hitler Youth to FA Cup Legend*, de Catrine Clay, un relato basado en hechos reales sobre la vida de un joven soldado alemán que llegó a Inglaterra como prisionero de guerra y acabó convirtiendo este país en su hogar, llegando incluso a jugar por Inglaterra en la FA Cup, un libro brillante e inspirador.

# Agradecimientos

Mi más sentido agradecimiento, una vez más, a todos mis maravillosos amigos del mundo de los libros, que son mucho más que eso: Ian, Shelley, Maz, Ellen, Melissa, Rachel, Haze, Nancy y Connie. Gracias por estar siempre ahí, para mí y para mis muchísimos borradores. Hacéis que la escritura cobre vida.

Tengo la suerte de tener una maravillosa editora y quiero darle las gracias a Sherise Hobbs, de Headline Review, por acompañarme en todos y cada uno de los pasos del camino. Gracias, Sherise, por tu pasión y por tu dedicación a «la historia». Cuando llegó el momento de darle los toques finales al libro, Flora Rees, mi correctora, realizó un trabajo brillante para garantizar que todo encajara a la perfección. Gracias, Flora, por tu atención al detalle y tus sugerencias. Me gustaría dar también las gracias a mi maravillosa agente, Sheila Crowley, de Curtis Brown, por todo su apoyo y por su duro trabajo. ¡No estaría aquí sin ti!

Y, en casa, quiero darle las gracias a Christian, por estar siempre a mi lado, a las duras y a las maduras, en tiempos buenos y malos, y en momentos felices y tristes.

**La guerra los unió. La liberación los separó.**

**Por la autora de *Mientras París dormía*, una inolvidable novela de amor, traición y redención.**

**París, 1944.** Élise Chevalier sabe lo que es el amor... y el odio. Su prometido, un joven soldado francés, fue asesinado por el ejército alemán en la Línea Maginot. Y mientras continúe viviendo entre los enemigos en la zona ocupada, Élise debe mantener oculta su rabia.

Sébastian Kleinhaus ya no se reconoce a sí mismo. Obligado a unirse al Tercer Reich y a llevar un uniforme que desprecia, ansía encontrar una salida a su desesperación. Encontrar a alguien, a cualquiera, que lo salve.

**Bretaña, 1963.** Cuando halla una maleta bajo la cama de su madre, la joven Joséphine Chevalier tropieza con un secreto que sacude todo su mundo. Decidida a saber la verdad, viaja a París, donde descubre la historia de un amor prohibido mientras la ciudad luchaba por su libertad. De las últimas horas robadas antes de las primeras luces de la liberación. Y de una traición tan profunda que cambiaría

irremediablemente el curso de dos vidas para siempre.

**Ruth Druart** creció en la isla de Wight y a los dieciocho años la abandonó para estudiar Psicología en la Universidad de Leicester. En 1993 se mudó a París para dedicarse a la enseñanza. Actualmente se dedica exclusivamente a escribir.

Titulo original: *The Last Hours in Paris*

Primera edición: septiembre de 2024

© 2022, Ruth Druart
El derecho de Ruth Druart a ser identificada como autora de la obra ha sido establecido de acuerdo con la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de 1988.
Publicado originalmente en inglés en 2022 por Headline Review, un sello de Headline Publishing Group
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2024, Isabel Murillo, por la traducción

Diseño de portada: adaptación de la cubierta original de Heike Schüssler / Penguin Random House Grupo Editorial
Imágenes de la portada: © Marcus Davies / Millennium Images; © Joanna Czogala / Arcangel Images; © Hundley Photography / Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, PRHGE se reserva expresamente los derechos de reproducción y de uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9129-661-4

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @sumadeletras

Instagram: @sumadeletrased
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

# Índice

Las últimas horas en París

Prólogo

Primera parte

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6

Segunda parte

- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21

Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Tercera parte
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51

Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Cuarta parte
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Quinta parte
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80

Capítulo 81

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Ruth Druart

Créditos